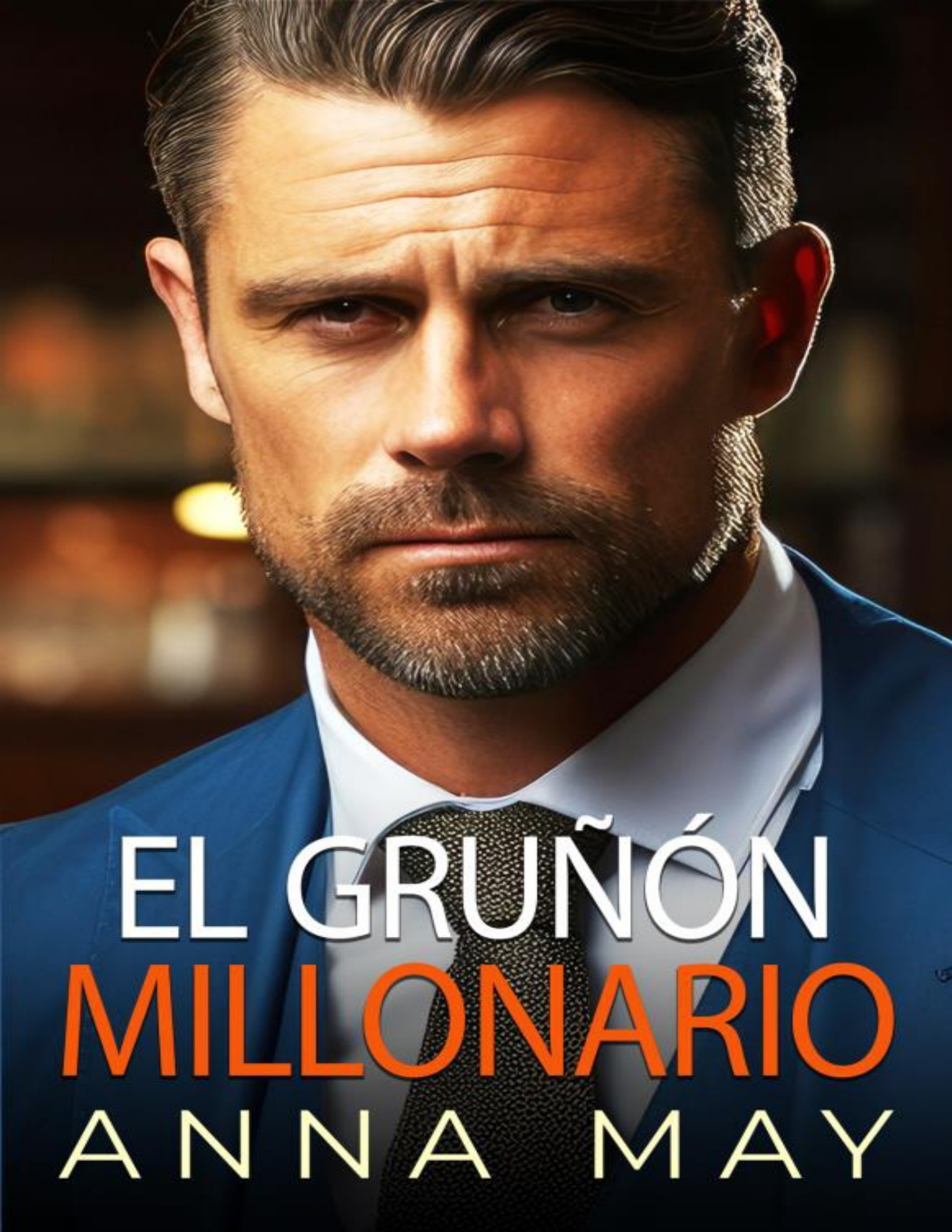

EL GRUÑÓN
MILLONARIO
ANNA MAY

El gruñón millonario

Una novela romántica sobre bebés multimillonarios sorpresa

Anna May

Anna May

1ª edición 2025

Diseño de portada: Luv & Lee Publishing

Traducción y redacción: Luv & Lee Publishing

Para estar al día de mis novedades y promociones, sígueme en mi página de autora de Amazon: https://www.amazon.es/stores/Anna-May/author/B08Q4HFPK3

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

LUV & LEE PUBLISHING LLC
3833 Powerline Road Suite 101
Fort Lauderdale, FL. US 33309

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Leer más...
Gracias

Capítulo 1

Molly

Mis dedos volaban por el teclado, luchando por seguir el ritmo de mis pensamientos acelerados.

"En el acto final de 'Amor bajo el cielo de medianoche', justo cuando parece que toda esperanza está perdida para Elena y Marcus, la autora da un giro audaz que me dejó sin aliento. La confesión de Marcus, un secreto que ha guardado desde el principio, no sólo cambia todo lo que creíamos saber de él, sino que también obliga a Elena a enfrentarse a sus propios miedos de una forma que se siente a la vez cruda y..."

Un golpe seco en la puerta me hizo dar un respingo, mi dedo golpeó una tecla al azar y esparció una retahíla de galimatías por la pantalla. "Maldita sea..." Murmuré, pulsando el botón de retroceso y tratando de aferrarme a mi siguiente pensamiento, pero los golpes persistían, cada golpe rompía aún más mi concentración. Sentía que la frase perfecta de hacía un momento se me escapaba como arena entre los dedos. Tenía muy poco tiempo para escribir la reseña de un libro en mi blog. Tenía que mantener la coherencia para contentar a mis lectores, que, reconozco, son pocos.

Miré a Atticus, mi gato esmoquin, que estaba encaramado al alféizar de la ventana, mirándome fijamente con sus ojos grandes y críticos.

"Ahora no", murmuré, esperando que quienquiera que fuera se marchara. No esperaba a nadie. Si volvía a concentrarme, podría recordar lo que iba a escribir. Pero los golpes continuaron, esta vez más fuertes, acompañados de un ruido sordo, como si alguien se estuviera inclinando hacia ellos.

"¡Uf, está bien!" Me aparté del escritorio y casi se me cae la taza de té. Mi té, ya tibio, se posó en el borde del escritorio y, antes de que pudiera cogerlo, Atticus saltó sobre él y lanzó la taza por los aires. El líquido salpicó mi portátil y vi con horror cómo la pantalla parpadeaba y luego se quedaba en negro.

"¡No, no, no!" Intenté revivirlo frenéticamente, pulsando botones y deslizando furiosamente el dedo por el panel táctil, pero fue inútil. Mi artículo -horas de trabajo- desapareció en un instante. Sentí una oleada de pánico y se me hizo un nudo en el estómago. Quizá se había guardado en la nube...

Los golpes volvieron, más insistentes. Me acerqué a la puerta y la abrí de un tirón con más fuerza de la necesaria. El pobre repartidor que estaba allí parecía asustado, con una bolsa en la mano que desprendía un ligero aroma a trufa y queso.

"Tengo una entrega para el Sr. Sullivan", tartamudeó, cambiando de un pie a otro.

El repartidor ni siquiera estaba en la casa correcta. Todo ese trabajo potencialmente perdido, para esto.

"Vive en la puerta de al lado", mordí, ya intentando cerrar la puerta para poder volver a mi portátil empapado de té. Pero el repartidor me detuvo.

"Sus instrucciones eran dejarlo aquí, con usted, hasta que pueda recogerlo", insistió, tratando de entregarme la bolsa.

Por supuesto que sí. Grant Sullivan. Mi adinerado, imposiblemente guapo y molesto vecino desconsiderado. No era la primera vez que usaba mi casa como almacén para sus lujosas entregas.

Suspiré, exasperada. "No soy su portera personal, ¿sabes?"

El repartidor parpadeó, claramente sin saber qué responder. "Eh, espere... Creo que tengo instrucciones sobre esto", sacó su teléfono y hojeó lo que supuse que eran notas de Grant. "Sí, aquí dice que 'si monta un escándalo, recuérdale que le daré propina como la última vez'".

Hice una pausa, recordando el crujiente billete de cien dólares que Grant me había entregado la última vez que acepté una entrega para él. No podía permitirme decir que no. No con el estado de mi antigua casa de piedra rojiza, las reparaciones interminables y mi blog a duras penas.

"Bien", refunfuñé, arrebatándole la bolsa al repartidor. "¿Qué es, por cierto?"

"Pizza", respondió con una sonrisa, aparentemente contento de que hubiera cedido.

Puse los ojos en blanco. ¿Todo este alboroto porque mi vecino quería una pizza y ni siquiera se molestó en estar en casa para la entrega?

"Lo sé", dijo el repartidor al notar mi escepticismo. "Pero no es una pizza cualquiera. Es una creación del chef Giacomo Ricci, de la Trattoria Giacomo. Me aterrorizo cada vez que tengo que entregar una de estas, por si me estrello y tengo que pagarla. Dos mil dólares, cubierta con langosta y caviar".

Casi me atraganto. "¿Dos mil dólares? ¿Por una pizza?"

Asintió con la cabeza, disfrutando claramente de mi reacción.

"¿Verdad?" Aceptó. "¡Es más de lo que gano en un mes!"

"Dímelo a mí", gemí, pensando en mi blog que no hacía más que tartamudear. "Espero que mi vecino te esté dando buenas propinas".

"Hizo que el estrés de entregar la pizza valiera la pena", guiñó el tipo.

"Bien", asentí. "Y oye, siento haberte gritado antes. Estoy estresada y no debí desquitarme contigo".

"No hay problema", el tipo se encogió de hombros como si nada. "Honestamente he pasado por cosas peores".

Eso no me hizo sentir mucho mejor.

"Disfrute de la velada, señorita", con eso, se dio la vuelta y se apresuró a bajar los escalones, probablemente ansioso por escapar de la loca que ni siquiera podía recibir una pizza sin meterse el pie en la boca.

Me quedé mirando la bolsa que tenía en las manos, estupefacta. Dos mil dólares por una pizza. La dejé sobre la encimera de la cocina, mirándola como si fuera a explotar. La idea de que Grant

comiera despreocupadamente algo tan absurdamente caro mientras yo luchaba por pagar la compra me hizo sentir humilde. No es que debiera sorprenderme. Grant Sullivan era la personificación del privilegio: guapo, alto y siempre impecablemente vestido con trajes de diseño. Probablemente ni siquiera tenía que pensárselo dos veces antes de gastarse tanto dinero en una comida. Me lo imaginaba descansando en su casa de al lado, saboreando cada bocado de pizza con una sonrisa de satisfacción.

A diferencia del lustroso palacio de Grant, mi casa era una reliquia de tiempos mejores. El ladrillo se estaba desmoronando en algunas partes y las ventanas, con sus encantadores cristales originales, dejaban pasar más corrientes de aire que luz. Las cañerías gemían como un anciano con problemas de espalda y el suelo crujía a cada paso. La heredé de mi abuela, que había vivido aquí durante cincuenta años, dejando poco a poco que el mantenimiento decayera a medida que su salud declinaba. Cuando falleció, la casa era lo único que me quedaba de ella, junto con los impuestos imposibles de pagar y una pila de facturas de reparaciones que parecía no acabar nunca. A veces tenía la sensación de que el lugar se mantenía unido más por los recuerdos que por la argamasa, y lo amaba ferozmente, aunque me volviera loca.

Volví a mi escritorio, necesitaba terminar mi trabajo para poder, con suerte, ganar suficiente dinero para pagar los impuestos y las facturas. O al menos sobrevivir un mes más.

"¿Crees que voy a poder hacer que vuelva a funcionar?" Le pregunté a mi gato mientras limpiaba mi portátil con una toalla. Atticus me miraba con expresión aburrida. No le importaba si el portátil funcionaba o no. Su vida giraba en torno a la comida, el amor y algún que otro momento en el que se dignaba a jugar con alguno de sus juguetes. Se lamió la pata blanca lentamente, sólo para dejar claro su punto de vista. "Sí, eso pensaba".

Golpeé las teclas, esperando una chispa de vida, pero mi portátil seguía muerto, mi artículo perdido en algún lugar del éter. Me quejé y saqué un viejo portátil de reserva que rara vez utilizaba. Era antiguo, lento y tenía tanta memoria como un pez de colores. Esperé diez minutos a que encendiera y mis últimas esperanzas se desvanecieron cuando por fin entré en la nube y mi archivo no estaba allí. Tendría que reescribirlo todo desde cero. Justo lo que necesitaba además de todo lo demás.

Dios, soy tan torpe.

Veinte minutos después, seguía intentando reconstruir de memoria mi trabajo perdido. Mis dedos revoloteaban sobre el teclado, pero las palabras no salían. Estaba demasiado distraída, demasiado enfadada, sobre todo conmigo misma. Era culpa mía por haberme olvidado la taza de té cerca del portátil. Y entonces, como el universo me tenía claramente preparada, llamaron a la puerta.

"Tiene que ser una broma", murmuré, dirigiéndome de nuevo a la puerta. Esta vez, era una mujer

que sostenía una elegante botella de vino negro, del tipo que parecía pertenecer a un museo más que a un botellero. "Déjame adivinar", dije antes de que pudiera hablar, "Grant Sullivan te pidió que me dejaras esto".

Sonrió disculpándose, con los ojos mirándome nerviosamente. "Sí, señorita. Siento las molestias".

"No es culpa tuya", le aseguré.

Cogí la botella y miré la etiqueta. Parecía ridículamente caro. "¿Cuánto cuesta esto?"

La vendedora de vino estaba a punto de responder, pero antes de que pudiera hacerlo, se oyeron pasos en las escaleras. Apareció Grant, tan exasperantemente perfecto como siempre, con un abrigo a medida. Llevaba el pelo castaño peinado a la perfección y sus ojos marrones, enmarcados por gruesas pestañas, brillaban con una mezcla de fastidio y diversión.

"Vecina", me saludó con una inclinación de cabeza, como si nada fuera de lo normal.

"Tengo un nombre", le dije con el ceño fruncido. Hacía una década que éramos vecinos y aún no se había molestado en saber nada de mí. Mientras tanto, yo lo sabía todo sobre sus reformas cuando convirtió las cuatro casas de piedra rojiza continuas que había comprado en una enorme mansión. Y las entregas que me dejaba, de comida y vinos caros, sus trajes a medida y, una vez, incluso un reloj que costaba tanto que me daba miedo tocarlo. No tenía problema en ser amable, pero era una calle de doble sentido.

"¿Y entonces?" Me miró expectante.

"¿Y entonces qué?" Fruncí el ceño.

"¿Vas a decirme tu nombre para que pueda recoger mis entregas o no?" Resopló.

Mis mejillas se encendieron de vergüenza.

"Molly", le dije. "Molly Markie".

"Genial, ¿ahora podrías darme mis entregas?" Preguntó, dando golpecitos con el pie con impaciencia.

Le entregué el vino, intentando contener mi irritación. "Sabes, tengo una vida. No puedes seguir usando mi casa como tu almacén personal".

Grant me miró, con expresión ilegible. "No creí que te importara. Estás en casa todo el tiempo".

¿En casa todo el tiempo? Me hervía la sangre. Por supuesto, el Sr. Todopoderoso supuso que no tenía nada mejor que hacer. Quería gritarle sobre mi artículo, mi portátil estropeado, la convención de blogs para la que tenía que prepararme... pero me mordí la lengua. No cambiaría nada. Rápidamente me metí dentro para coger su otra entrega. Quería que se fuera cuanto antes para poder volver al trabajo.

Le empujé la bolsa de pizza, apenas manteniendo la voz firme. "Aquí está tu preciada pizza. Sabes, algunas personas tienen que trabajar para vivir, Grant".

Cogió la bolsa, aparentemente imperturbable. "Gracias, Molly".

"Da igual", murmuré, dándome la vuelta para volver dentro. Pero entonces no pude contenerme. "Por cierto, es imposible que esa pizza cueste algo cercano a los 2000 dólares, te están timando".

Grant hizo una pausa y miró la bolsa.

"El precio no me molesta", dijo rotundamente, como si no mereciera la pena seguir explicándolo. "Es sólo pizza".

Un dolor de cabeza empezaba a formarse en una gruesa banda a lo largo de mi cabeza. Cenaba la comida más cara de la ciudad y ni siquiera la apreciaba. La ingratitud por lo que tenía era exasperante.

"Oh", dijo Grant, sacando su cartera. "Aquí está tu propina".

Abrió su cartera de cuero y descubrió un montón de billetes, todos de cien dólares. Me dio uno.

"Gracias", murmuré, cruzándome de brazos y aplastando el billete en mi mano. Me resultaba difícil no sentirme como un instrumento, aceptando dinero por hacer algo amable y de buena vecindad, pero no estaba en condiciones de rechazarlo. "No deberías llevar tanto dinero encima. Si alguien te robara la cartera, perderías mucho".

"Eh", se encogió de hombros. "Es sólo calderilla".

Me quedé mirándole como si fuera un extraterrestre. No pareció darse cuenta.

Estaba a punto de dar un portazo a todo este ridículo encuentro, pero antes de que pudiera hacerlo, Grant me lanzó una de esas miradas que sólo él podía lanzar, entre divertida y condescendiente. "Bonitas zapatillas", dijo, sonriendo ligeramente mientras se daba la vuelta para irse. La curvatura de sus labios lo hacía aún más atractivo.

Fruncí el ceño, viéndole alejarse. ¿Bonitas zapatillas? ¿De qué demonios estaba hablando? Miré hacia abajo y me ruboricé. Todavía llevaba puesto mi pijama de franela y una sudadera vieja, con mis zapatillas de conejo grandes y peludas, con orejas y todo. Había estado tan ocupada todo el día que se me había olvidado cambiarme el pijama.

"Genial", murmuré para mis adentros, cerrando la puerta de un portazo. Probablemente Grant pensara que yo era una especie de reclusa loca que se pasaba el día holgazaneando con ropa infantil. El Sr. Traje a Medida probablemente nunca andaba en pijama como el resto de nosotros, los plebeyos. Eran las zapatillas de conejo lo que me molestaba que viera. Las había comprado para darle un toque de fantasía a mi vida, pero no esperaba que nadie las viera. Gemí y hundí la cara entre las manos. "¿Por qué siempre me pasa esto?"

Volví a sentarme en mi escritorio. Atticus, sintiendo mi angustia, saltó a mi regazo y empezó a ronronear; su cuerpo cálido era un pequeño consuelo contra mi frustración. Lo acaricié distraídamente, aún furiosa por Grant y lo absurdo de todo aquello.

Pero no tenía tiempo para regodearme en la vergüenza. Mi artículo no se iba a escribir solo y ya llevaba retraso. Respiré hondo, aparté de mi mente los pensamientos sobre mi exasperante vecino y volví a sentarme en el escritorio. Atticus se acurrucó cómodamente en mi regazo, proporcionándome un ronroneo tranquilizador que me ayudó a concentrarme.

"No más interrupciones", me dije con firmeza, decidida a terminar lo que había empezado. Podía hacerlo. Tenía que hacerlo.

Capítulo 2

Molly

Miré el reloj, consternada por lo tarde que se había hecho, y me invadió una nueva oleada de cansancio. Eran más de las tres de la madrugada y por fin había terminado el artículo del blog. Me ardían los ojos, me escocían de mirar la pantalla durante horas y horas, y sentía los dedos agarrotados, doloridos a cada pulsación. Me dolían todos los músculos de la espalda, mi silla de escritorio de segunda mano había pasado por mejores momentos e incluso después de unas horas en ella empezaba a lastimarme. Me eché hacia atrás, estirándome, y un dolor sordo me subió por el cuello.

"¿Atticus?"

Miré a mi alrededor buscando a mi gato, pero no estaba por ninguna parte. Sin duda se había ido a dormir hacía tiempo, como debería haber hecho yo.

Entonces, como me gustaba castigarme a mí misma, revisé mi correo electrónico personal y apareció una nueva factura de Brookdale Memory Care. La residencia de mi madre.

Asunto: Recordatorio: Cita mañana a las 11 AM - Brookdale Memory Center

Querida Srta. Markie,

Este es un recordatorio amistoso de su cita programada para mañana, 8 de enero, a las 11:00 AM, para discutir la cuenta de su madre en Brookdale Memory Center.

Como usted sabe, la cuenta está actualmente en mora. Revisaremos el saldo pendiente, abordaremos la factura más reciente de...

Cerré de golpe el portátil antes de leer el importe de la última factura, intentando ignorar el creciente nudo en el estómago. Sabía que necesitaba dormir, pero la ansiedad me mantenía despierta.

Tiré los restos de mi triste cena -una barrita de cereales a medio comer y unos fideos para microondas empapados- a la basura. El olor me revolvió el estómago: estaba lejos de sentirme satisfecha. No dejaba de pensar en la lujosa pizza y el vino que Grant había pedido antes, y en el maravilloso aroma a trufa y langosta. Incluso su recuerdo parecía burlarse de mí. Aquí estaba yo, esforzándome por escribir una entrada para el blog que me diera lo suficiente para pagar el alquiler y la comida, mientras que él podía gastarse dos de los grandes en una pizza sin pensárselo dos veces.

Me restregué las manos por la cara, intentando sacudirme la frustración que me corroía por dentro. No era sólo la comida, era todo. La incesante presión por mantenerme al día con mi blog, la preocupación constante por el dinero, las constantes reparaciones que necesitaba esta vieja casa de piedra rojiza... Todo ello me pesaba como una manta pesada y deshilachada que me apretaba con cada respiración. Me quedé mirando el cursor parpadeante de la pantalla, pero el estrés no me abandonaba a pesar de haber terminado. Nunca lo hacía.

Sentía que las paredes de la casa se cerraban sobre mí, como si el aire fuera demasiado denso para respirar, así que cogí una manta del respaldo del sofá y la envolví alrededor de mis hombros. El aire frío de enero me golpeó como una bofetada, pero fue un choque bienvenido, algo que me sacó de mis pensamientos en espiral. Las previsiones anunciaban una "mezcla invernal" y la aguanieve empezó a caer como estaba previsto. Me senté en el último escalón y me envolví en la manta, con la esperanza de que el aire fresco ahuyentara el miedo que se había instalado en mi pecho como una pesada losa.

Eché un vistazo a la tranquila calle, donde las farolas proyectaban largas sombras sobre la nieve. El vecindario parecía dormir plácidamente, todas las ventanas a oscuras, excepto una. La de Grant. La luz se filtraba a través de las cortinas de una de las muchas ventanas de su enorme casa de piedra rojiza, resaltando en la fría noche. Por supuesto, él también estaría despierto. Probablemente disfrutando de algún capricho nocturno en su lujoso pijama o haciendo ejercicio en su gimnasio privado con aparatos de última generación. O tal vez estuviera al teléfono, haciendo otro negocio que le reportaría una ridícula suma de dinero, todo mientras yo estaba aquí fuera, envuelta en una manta como un vagabundo.

Si yo tuviera lo que él tenía, lo apreciaría y estaría agradecida todos los días.

Me lo imaginaba tumbado en un sofá de diseño, con un vaso de whisky en la mano, mirando al fuego de su perfecto salón digno de una revista, sin preocuparse de nada. O tal vez estaba hojeando uno de esos libros gruesos y caros que siempre le traían: primeras ediciones o alguna colección rara que costaba más que mis facturas mensuales. Hiciera lo que hiciera, dudaba de que estuviera preocupado por cómo llegar a fin de mes o estresado por la fecha de entrega de algún artículo. No, Grant Sullivan no tenía que estresarse. Se limitaba a ir por la vida con esa confianza que tenía en sí mismo, sabiendo que todo le saldría bien.

Pero una parte de mí quería creer que se había levantado porque algo también le preocupaba, que quizá no era tan inmune a las noches de insomnio y a los pensamientos ansiosos. Pero probablemente no era más que una ilusión. Fuera lo que fuese lo que le mantenía despierto por la noche, desde luego no era el mismo tipo de preocupación que me carcomía a mí.

Ojalá las cosas fueran más fáciles. Estoy trabajando hasta la extenuación para llegar a fin de mes.

El crujido de las botas sobre la aguanieve me sacó de mi imaginación y me devolvió al mundo real. Gabby, mi vecina, volvía a casa. Trabajaba de camarera en un bar cercano y a menudo volvía tarde. Después de todo, Grant y yo no éramos los únicos despiertos a estas horas de la noche.

Gabby se fijó en mí y esbozó una gran sonrisa, saludando con la mano mientras se acercaba. "Hola, Molly. ¿Qué haces aquí fuera? ¿No podías dormir?"

El pelo rubio de Gabby captaba la luz de la farola y sus ojos azules brillaban a pesar de lo tarde que era. Llevaba un grueso abrigo, unos vaqueros negros ajustados y unas bonitas botas de ante debajo. Incluso a esa hora tan intempestiva, se las apañaba para ir arreglada sin esfuerzo, como si perteneciera a la portada de una revista en lugar de caminar a casa después de otro agotador turno en el bar.

"Algo así", respondí, intentando esbozar una sonrisa. "¿Y tú? ¿Acabas de salir del trabajo?"

Ella asintió, aún sonriendo. "¡Sí! Un poco más tarde de lo habitual esta noche. El bar estaba lleno. Pero bueno, más propinas para mí, ¿verdad?"

Se rió y yo me encontré riendo con ella, a pesar de mi mal humor. Así era Gabby: siempre veía el lado bueno de las cosas, siempre llena de energía por muy agotada que estuviera. Tenía un entusiasmo contagioso capaz de iluminar una habitación. La envidiaba por eso. Por la forma en que podía aguantar los golpes, mantener el ánimo y hacer que todo pareciera un poco divertido.

Gabby se unió a mí en la entrada, frotándose las manos para entrar en calor. Respiraba

entrecortadamente, como de costumbre. Tenía un problema pulmonar, pero nunca me había contado toda la historia, algo sobre una lesión cuando era más joven. Compartí mi manta con ella y su respiración se hizo más fácil.

"¿Cómo va el negocio de los blogs de libros?" Preguntó, cruzando las piernas y echando los pies a un lado.

Suspiré, encogiéndome un poco de hombros. "Oh, es genial, realmente me encanta. Pero... no me da exactamente el dinero que necesito".

La sonrisa de Gabby vaciló un segundo, pero luego volvió a iluminarse, siempre buscando una solución. "Bueno, ¿sabes lo que deberías hacer? Deberías reformar el piso de arriba. Ponerlo bonito y alquilarlo. Podrías sacar un buen dinero. Yo vivo en el último piso de una casa de piedra rojiza reformada al final de la calle, y Dios sabe que ya pago bastante por ello".

Solté una pequeña carcajada. "Créeme, me encantaría. Pero eso requeriría fondos. Y lo de no tener suficiente dinero también se aplica a arreglar el piso", desvié la mirada, tratando de mantener un tono ligero, pero Gabby captó el filo de mi voz y probablemente se dio cuenta de que había tocado un nervio.

Rápidamente cambió de marcha y me dirigió una mirada comprensiva. "¿Servirá de algo que te cuente la horrible cita que tuve la otra noche?"

"Claro", le dije, dedicándole una sonrisa. "Cuéntame".

"Fue un desastre. El tipo era un completo idiota. Se pasó toda la cena hablando de su colección de coches antiguos Hot Wheels. Dos horas enteras hablando de coches en miniatura", puso los ojos en blanco y yo me reí.

"Suena como un verdadero ganador", dije, sonriendo a mi pesar.

Gabby se inclinó hacia mí y le brillaron los ojos. "¿Y tú? ¿Estás saliendo con alguien actualmente?"

Negué con la cabeza. "No".

"¿Por qué no?" Preguntó ella, ladeando la cabeza con curiosidad.

Me encogí de hombros. "Me invitaron a salir el otro día, pero no me pareció que el tipo fuera tan bueno, así que lo rechacé".

Gabby jadeó y me dio un codazo juguetón. "¡Oh, Molly! Siempre te pasa lo mismo. Lo dejas antes de empezar. Tienes que tener al menos una cita con un chico antes de juzgarlo así. ¿Cómo sabes que no es genial si dijiste 'no' enseguida?"

"No me interesa perder el tiempo, Gabby. Cuando conozca al hombre adecuado, lo sabré".

Gabby se echó hacia atrás, enarcando las cejas con escepticismo.

"¿Qué esperas sentir exactamente si encuentras al hombre adecuado?"

"No sé", me encogí de hombros. "Ese aleteo del corazón, supongo. Como si toda mi vida me llevara a conocerle. Quiero ser barrida de mis pies. Debería haber una conexión innegable".

"Oh, vamos, has estado leyendo demasiadas novelas románticas. Te has construido a ese chico perfecto en tu cabeza... ¡Es una fantasía! Ningún chico va a estar a la altura".

"Tengo una lista de comprobación", dije con una sonrisa burlona.

"Y ningún hombre va a marcar todas esas casillas, Molly. Tienes que empezar a arriesgarte, salir y tener citas. Eres demasiado romántica para tu propio bien".

Le dediqué una pequeña sonrisa, sintiendo una mezcla de frustración y cariño. "Sólo... quiero sentirme bien, ¿sabes?"

El tono de Gabby se suavizó. "Lo entiendo. Pero a veces, sentirse bien viene después de intentarlo. Nadie puede causar una buena primera impresión si siempre estás esperando a que llegue alguien perfecto. Pero si te abres, puede que te sorprendas".

Asentí, pero en el fondo no estaba dispuesta a renunciar a mis esperanzas de algo real, algo extraordinario. Aunque eso me convirtiera en un poco soñadora.

"¿Así que dices que tengo que besar unas cuantas ranas para encontrar un príncipe?" Me reí.

"Bueno, creo que podrías besar algo un poco mejor que las ranas", rió Gabby. "Háblame del

último chico que rechazaste, ¿por qué no dijiste que sí?"

Era una buena pregunta, de la que no sabía la respuesta.

"Supongo que no tenía chispa con él", dije, apretando más la manta a mi alrededor.

"¿Puedes ser más específica? ¿Qué es lo que dijo o hizo?"

Me mordí el labio y reflexioné sobre su pregunta.

"No era tan malo en realidad, era lo suficientemente agradable y atractivo", me encogí de hombros. "Simplemente no era lo que me imaginaba".

Quizá soy demasiado romántica.

"Lo que imaginabas", me repitió Gabby. "Ningún hombre va a estar a la altura de tu imaginación, Molly. Apuesto a que ni siquiera los héroes de tus libros favoritos son tan perfectos".

"Tienes razón", me reí. "Normalmente son del tipo gruñón y melancólico. Sin embargo, cuando pienso en los libros que escribía mi abuela... Esos héroes eran más bien el caballero de brillante armadura, listo para salvar a la damisela en apuros".

Pasé demasiado tiempo de mi infancia imaginando a un héroe apuesto que venía a sacarme de mi soledad.

Gabby chocó su hombro contra el mío.

"No necesitas que te salven", dijo con una mirada amable.

Algunos días me seguía pareciendo que sí, pero eso era sólo yo compadeciéndome de mí misma.

"Tienes razón", asentí. "La próxima vez me arriesgaré, diré que sí cuando alguien me invite a salir y veré a dónde me lleva".

Hacía tanto tiempo que no le daba una verdadera oportunidad a alguien. Me había aislado

demasiado, me había atado a las preocupaciones y me había olvidado de vivir. No era como si el Sr. Perfecto fuera a llamar a mi puerta.

"Eso es genial", sonrió Gabby. "Te mereces una oportunidad de ser feliz".

"Gracias", dije, con el corazón apretado. Gabby era una gran amiga. Tendría que hornearle unas galletas para mostrarle mi agradecimiento.

Cuando la aguanieve empezó a arreciar, Gabby se levantó para marcharse. "Debería irme. Ya he tenido bastante de este tiempo por una noche".

"Gracias por charlar, Gabby. Te lo agradezco", le dije, aunque me pesaban los pensamientos que me había suscitado.

Después de que Gabby desapareciera de mi vista, a unos cuantos edificios de distancia, me quedé fuera un momento más, mirando la calle como si el aire de la noche pudiera ofrecerme alguna respuesta. Finalmente, con un suspiro, me levanté y volví a entrar en mi casa. Al cerrar la puerta, mi mirada se posó en una fotografía que colgaba de la pared. Era una imagen en blanco y negro de un edificio derruido en algún lugar de una lejana zona de guerra, captada en el momento exacto en que el sol se abría paso entre las nubes, un frágil rayo de luz que atravesaba las ruinas.

Mi madre, Isabella, había hecho esa foto. Era una de sus fotos más famosas, de una serie que le valió varios premios y una reputación de fotógrafa atrevida con un don para captar el espíritu humano en medio de la devastación. Antes de que yo naciera, recorrió el mundo sin descanso: zonas de guerra, catástrofes naturales, lugares donde la mayoría de la gente nunca se atrevería a ir. Sus fotos eran crudas, reales y a menudo desgarradoras, y cada una de ellas contaba una historia que parecía saltar de la página.

El edificio parecía tan solitario.

Me quedé mirando la fotografía un momento más, con una sensación de pesadez en el pecho. Quizá había llegado el momento de dejar de esperar un gran momento cinematográfico y empezar a vivir en el mundo real, por incierto e imperfecto que fuera.

Ya era demasiado tarde para pensar en nada. Subí las escaleras, esperando que mi cerebro me dejara dormir. La mejor manera de olvidar mis preocupaciones y calmar mi cerebro siempre había sido la misma.

Me metí en la cama, la manta desgastada apenas mantenía el frío a raya. Con un suspiro, saqué

mi libro de la mesilla de noche, con la esperanza de perderme en sus páginas y caer en una evasión temporal.

Mientras me instalaba, no podía evitar una sensación de inquietud. La grieta del techo siempre me había recordado el estado de deterioro de mi casa. Había una fina línea de daños que se extendía por la escayola, pero yo la había apartado de mi mente, con la esperanza de que se quedara ahí hasta que pudiera reunir el dinero y ocuparme de ella. Esta noche, sin embargo, en el estado de ánimo en que estaba, se sentía más como una fatalidad inminente.

Iba por la mitad de un capítulo cuando un repentino y agudo crujido resonó en toda la habitación. Sobresaltada, levanté la vista justo a tiempo para ver cómo un trozo de moldura de escayola caía en picado desde el techo y me golpeaba de lleno en la frente. Grité e instintivamente levanté una mano para protegerme mientras una cascada de polvo y escombros caía a mi alrededor. Me estremecí al tocar el lugar donde me había golpeado el yeso. Me dolía, pero no era nada comparado con lo que estaba ocurriendo encima de mí.

La grieta se había abierto, dejando al descubierto las vigas, con daños por agua que manchaban la madera. El pánico se apoderó de mí cuando me di cuenta de que debía de haber una fuga en la parte superior de la casa, una sección que había cerrado hacía meses para ahorrar en calefacción. Los daños causados por el agua eran considerables y no hacían más que empeorar.

Resonó otro ominoso crujido, esta vez más fuerte, y cayó más yeso. Me levanté de un salto, apartándome justo a tiempo para que más trozos del techo cayeran sobre mi cama en una lluvia de polvo y escombros.

"¿Atticus?" Llamé en pánico. Necesitaba saber que mi gato estaba a salvo. Afortunadamente, lo encontré escondido debajo de mi escritorio. El pobre gato estaba asustado pero ileso, y me miró con ojos muy abiertos y asustados. Estaba bien.

La herida de mi cabeza palpitaba. Era yo quien necesitaba ayuda. Alimentada por mis pensamientos asustados, salí corriendo. Las luces de Grant seguían encendidas. Mis pies chapoteaban en los charcos y la lluvia helada empapaba mi delgado pijama y mis calcetines. Golpeé la puerta de Grant, esperando contra toda esperanza que abriera a esta hora. Los segundos parecían horas, y cada uno de ellos se alargaba en el frío cortante. Finalmente, la puerta se abrió con un chirrido.

Grant se quedó allí de pie, con una mezcla de confusión y enfado al ver mi aspecto desaliñado.

"¿Puedo entrar?" Pregunté, ya empezando a temblar.

"Estás chorreando. Y polvorienta", señaló.

Me mordí el labio. Fue estúpido por mi parte pensar que Grant me ayudaría.

"No debería haber venido aquí", balbuceé, ya retrocediendo. "Simplemente... encontraré a alguien más que me ayude".

Sin mediar palabra, se apartó y me hizo un gesto para que entrara. Dudé, pero se levantó una ráfaga de viento e incluso el corto camino de vuelta a casa me pareció demasiado. Traspasé el umbral a trompicones, temblando incontrolablemente al entrar en su cálida y bien cuidada casa.

"Gracias", dije, con los dientes castañeteando mientras intentaba recuperar el aliento. La lluvia goteaba de mi ropa y caía al suelo, estropeando la calidez del entorno perfectamente cuidado de Grant. Yo era un completo desastre en su pulido y ordenado mundo.

Me miró con una mezcla de curiosidad y recelo, pero no dijo nada. En lugar de eso, cerró la puerta tras de mí y fue a buscar una toalla. Me quedé de pie en su pasillo como una rata ahogada, sintiendo que el peso de mi hogar en ruinas me presionaba.

Capítulo 3

Grant

"Ven conmigo", le dije, guiando a mi vecina, Molly, hacia el baño más cercano. Tenía que secarla y asearla, tanto por mi bien como por el suyo.

Lo último que necesitaba era el desastre de una vecina arruinando mis pisos de madera dura con su ropa mojada y lo que fuera ese polvo blanco por todas partes de su cuerpo. Nunca soporté bien las interrupciones, pero después de la noche que había tenido...

Las voces de mis hermanos aún resonaban en mi cabeza. Esperaban que yo arreglara la bomba que papá acababa de soltarnos. Después de todo, yo era el mayor.

Saqué una toalla del armario y se la tendí. Ella se la envolvió alrededor de los hombros, cubriendo el fino pijama empapado que se le pegaba a la piel. Nunca me había fijado en lo bonito que era su cuerpo. Siempre se escondía en ropa holgada.

Le castañeteaban los dientes y no hacía ademán de limpiarse, se limitaba a mirarme como un cachorro perdido. Tenía sangre en la frente y no podía evitarlo.

Supongo que me toca a mí entonces. Como todo lo demás.

Cogí otra toalla y empecé a frotar suavemente el corte de la frente, justo en la línea del pelo. La sangre se mezcló con el polvo blanco, formando un desastre. El dolor brilló en sus ojos mientras trabajaba, mojando la toalla para limpiar el polvo y la sangre que ya empezaba a solidificarse.

Cuando retiré la toalla, su mirada se fijó en la mancha roja.

"¿Necesito puntos?" Preguntó con voz temblorosa.

"Creo que una venda bastará por ahora", dije, intentando sonar tranquilizador. Nunca había curado a nadie. El corte no parecía profundo y no iba a cargar con la responsabilidad de llevarla al hospital. Tenía mi propia urgencia.

Saqué mi botiquín de primeros auxilios, algo que nunca había usado antes, y sacudí las vendas y el ungüento.

"Entonces, ¿qué pasó?" Pregunté.

"Mi..." sus ojos se desviaron y sus mejillas se sonrojaron. "Mi techo se derrumbó".

Alcé las cejas, repentinamente preocupado por las paredes que compartíamos. Había comprado las cuatro casas de piedra rojiza contiguas a la de Molly y las había reformado para crear un hogar lo bastante grande para lo que yo quería.

"Lo último que necesito es que los problemas estructurales de tu casa afecten a la mía", dije en tono de advertencia.

"No todos podemos permitirnos arreglar las cosas cuando se rompen", dijo cruzándose de brazos a la defensiva.

"Si no puedes permitirte el mantenimiento de tu propiedad, ¿puedo sugerirte que la vendas?" Le dije. Me había gastado mucho dinero en mi casa; no iba a dejar que mi vecina irresponsable la arruinara.

Aferró la toalla con más fuerza, con esa mirada de pellizco que siempre ponía cuando yo ofendía su delicada sensibilidad.

"La heredé de mi abuela. Vivió allí durante cincuenta años; no voy a renunciar a ella así como así", resopló. "Es una de las pocas cosas que me quedan de ella, y significa mucho para mí, ¿vale? No es que sea asunto tuyo".

Herencia. Lo sé todo sobre eso.

"Ya veo", murmuré. Sabía lo que estaba dispuesto a hacer para quedarme con mi parte del pastel de mi padre. Nunca pensé que hubiera algo en Molly con lo que pudiera identificarme. Ni siquiera sabía su nombre hasta hacía unas horas.

Volví a mi tarea. Era difícil no fijarse en sus rasgos desde tan cerca. Tenía el pelo castaño, pegado a la piel y húmedo por la lluvia. Sus ojos eran grandes y más oscuros de lo que recordaba, enmarcados por largas pestañas oscuras que le daban un aspecto inesperadamente suave, casi delicado. Se mordió ligeramente el labio, como si estuviera conteniendo una mueca de dolor o tal vez una palabra, y el gesto me hizo sentir algo desconocido.

Aparté un mechón de pelo del corte y rocé su piel con los dedos. Su respiración se entrecortó, al igual que la mía.

Me estoy concentrando, eso es todo. No significa nada.

Pero su calor me distraía, la forma en que sus hombros temblaban bajo mi contacto hacía que mi corazón latiera un poco más rápido. Estaba delante de mí, más cerca de lo que nunca habíamos estado, y de repente me sorprendió lo delicada que parecía, lo... guapa. Siempre la había visto como la vecina torpe y melindrosa de al lado, pero de cerca, había algo cautivador en ella.

"Esto puede escocer", advertí, con voz más áspera de lo que pretendía, mientras centraba de nuevo mi atención y le aplicaba un poco de crema antiséptica con delicadeza. Se estremeció ligeramente, pero se quedó quieta, mirándome con aquellos ojos grandes y ansiosos.

"No pasa nada", susurró ella, aunque con la respiración entrecortada, su rostro mostraba una mezcla de dolor y determinación. "He pasado por cosas peores".

"Debes de ser muy propensa a los accidentes", gruñí. Esperaba que pusiera la misma expresión de fastidio que ponía siempre que yo hacía un comentario. Pero en lugar de eso, sonrió, sólo un poco, y por un segundo, me encontré perdido en esa expresión. Su sonrisa era suave, casi tímida, y transformó su rostro de un modo que yo no esperaba.

Terminé de vendarle el corte, alisando el adhesivo a lo largo de la frente. Mis manos se detuvieron allí un instante más de lo necesario y las aparté rápidamente, aclarándome la garganta.

"He terminado", dije, dando un paso atrás. "No está tan mal".

Ella asintió, sus manos aún temblaban ligeramente. "Gracias. Siento haber irrumpido así".

"No te disculpes", dije, sorprendido por la rapidez con que me salieron las palabras. "No tenías elección, dadas las circunstancias".

Crucé la habitación y cogí un albornoz blanco del armario de la ropa blanca; el tejido suave y afelpado contrastaba con su pijama empapado y pegajoso.

"Toma", le ofrecí, tendiéndoselo. "Deberías cambiarte esa ropa mojada".

Dudó, mirando entre la bata y yo. Sus mejillas se oscurecieron un poco. Avergonzada, probablemente.

"Estaré en el salón", dije, ya haciendo una rápida retirada.

"Gracias", murmuró, el sonido casi se perdió en el ruido sordo de mis pies en el suelo.

Quería pasear mientras esperaba a que se cambiara, pero me obligué a quedarme quieto junto a la ventana con el pretexto de ver caer la lluvia y la aguanieve. Me quedé mirando mi reflejo en la ventana. Tenía un aspecto tan desconcertado como yo. ¿Qué demonios estaba pasando?

Un minuto después, llegó su voz, suave e insegura. "Vale, ahora tengo un aspecto decente".

Me giré despacio y la vi envuelta en mi bata, con la tela blanca colgando alrededor de su pequeño cuerpo. La envolvía, pero de algún modo, parecía... no sé. ¿Acogedora? Quizá incluso mona. Alejé rápidamente ese pensamiento y volví a aclararme la garganta. "¿Mejor?"

Ella asintió, abrazándose más a la bata.

"Sí. Mucho mejor", dijo. Pero aún le castañeteaban los dientes y había algo en sus ojos: incertidumbre, tal vez. Vulnerabilidad. Fuera lo que fuera, me hizo sentir una punzada de algo que no había sentido en mucho tiempo.

"Bien", respondí, tratando de ignorar la extraña sensación.

El cansancio tiraba de mí, amenazando con convertirse en dolor de cabeza. Sólo quería irme a la cama, había sido una noche muy, muy larga. Pero no podía echarla a patadas. Tensé la mandíbula como si fueran mis dientes los que quisieran dejar de castañear.

"¿Puedo hacerte un té?" Me ofrecí en contra de mi buen juicio.

"Eso sería estupendo, gracias", dijo, animándose.

En la cocina, puse la tetera y empecé a preparar té. Ella se sentó en un taburete en la isla central. Nadie se había sentado allí antes, los taburetes habían sido decorativos hasta ahora.

"¿Qué tal la pizza que pediste?" Preguntó.

"No me la comí".

Al parecer, su fijación por la pizza no había desaparecido.

Sus ojos se abrieron ligeramente y frunció el ceño. "Debe ser agradable desperdiciar comida tan cara".

Me ericé ante el comentario. "No la desperdicié. Mi padre me visitó y se lo comió".

La pizza de langosta no era exactamente lo mío, pero eso era lo que menos me preocupaba después de la bomba que mi padre había soltado esta tarde.

Me dirigió una mirada cómplice. "¿Una visita inesperada?"

"No estaba aquí para una visita social", dije, sirviendo agua en dos tazas. "A mi padre no le gusta perder el tiempo. Es más bien una persona de negocios. Vino con un propósito".

"¿Con qué propósito?" Preguntó Molly, con curiosidad evidente en su voz.

Suspiré, sabiendo que podía soltarlo. "Ha decidido que es hora de jubilarse. Tiene cinco empresas y quiere darnos una a cada uno de nosotros, a mis hermanos y a mí".

Mil millones de dólares para cada uno también estaba sobre la mesa, pero no lo mencioné. Hablar así de dinero no sólo era descortés, sino que ella respondería mal, dada su opinión sobre la pizza de dos mil dólares. Le tendí la taza de té y un frasco de miel para endulzarlo, que ella aceptó y vertió una generosa cantidad.

"¿Así que cada uno tendrá un negocio?" Preguntó, como si fuera un concepto completamente extraño para ella. "No pareces muy feliz por ello".

No solía ser de los que comparten, pero la hora tardía hizo que se me aflojaran los labios. O tal vez fuera la forma en que Molly me miraba fijamente con esos ojos marrones como palomas.

"Hay una condición", le dije. Siempre la había con mi padre. Tenía muchas ideas sobre cómo debían ser las cosas y no se movía de ellas. Cogí la miel y rocié una cantidad adecuada en mi taza.

Sus ojos se abrieron de par en par. "¿Una condición?"

"Sí", dije, mirándola sorber su té. No sabía por qué nunca me había fijado en sus labios carnosos... "Quiere que todos nos casemos antes de un año, aunque todos estamos solteros".

Molly frunció el ceño, confundida. "Pero ¿cómo es eso posible? Encontrar el amor verdadero puede llevar toda una vida. ¿Cómo se supone que vas a encontrar a la persona adecuada en sólo doce meses?"

Sonreí ante su idealismo romántico. "Bueno, puede que tardes toda una vida en encontrar a la persona adecuada, pero una vez que la encuentras, el amor puede surgir en un abrir y cerrar de ojos".

Hubo un momento cargado en el que nuestras miradas se cruzaron. El aire entre nosotros pareció espesarse, cargado de un entendimiento tácito.

Internamente, me sacudí cualquier pensamiento de amor. No tenía nada que ver con el tema. Tomé un largo trago de té para calmarme.

"Pero, en opinión de mi padre, el matrimonio es un negocio", le expliqué. "A sus ojos, navegaremos mejor por la vida y tendremos éxito -dirigiendo con éxito sus empresas durante años- si tenemos pareja. Él y mi madre no están enamorados, pero llevan cuarenta años viviendo juntos".

Molly parecía incrédula. "El matrimonio no debería ser eso. Debería ser sobre el amor".

Me encogí de hombros. "Para mí, el amor es una posibilidad, no una garantía. El matrimonio, sin embargo, es mucho más serio que eso. Hay una razón por la que el matrimonio y el divorcio

requieren documentos legales. Encontraré una esposa adecuada con la que casarme antes de que acabe el año y, cuando tenga mi herencia, podré divorciarme de ella. Así es mucho más fácil. Mi amigo Nathan estaba en una situación similar. Tomé la idea de él, aunque acabó enamorándose. No planeo cometer el mismo error. Esto es un negocio, simple y llanamente".

"¿Y cómo vas a encontrar a una mujer que acepte eso?" Preguntó, antes de dar otro sorbo a su té como para demostrar que ella tenía la sartén por el mango en la conversación. Se equivocaba.

"Le pedí a mi ayudante que redactara una solicitud", le dije. El papel seguía en la encimera de la cocina, donde lo había dejado antes, junto al vaso de whisky vacío que había necesitado después de la conversación con mi padre. Le entregué el formulario a Molly y me bebí el resto del té mientras ella lo miraba como si fuera a incendiarse.

"No puedes hablar en serio", dijo ella, hojeando la página. "*Solicitud para el papel de esposa",* leyó en voz alta como si fuera absurdo.

"No veía la utilidad de andarme con rodeos", me encogí de hombros.

Parecía estar lidiando con esta noción. "¿Qué pasa con el romance, la intimidad y la química? Incluso si no van a estar casados mucho tiempo, ¿te parece bien dejarlo en manos de una serie de preguntas áridas como ésta? El matrimonio debería implicar amor, cariño y sexo".

El romance no estaba en mi radar, ¿pero la química y la intimidad? Me incliné ligeramente, bajando la voz. "El sexo también puede ser como un negocio. Ambas partes invierten, ambas obtienen recompensas. Si se hace bien, todos salen ganando".

Se produjo un sutil cambio en el ambiente. Molly se removió en su asiento. Sus mejillas se sonrojaron y sus labios se entreabrieron ligeramente al considerar mis palabras. Había algo en la forma en que me miraba que me hizo querer presionar más, para ver hasta dónde podía empujarla.

"¿Eso es lo que crees?" Dijo, dejando la taza sobre la isla. "¿Que todo es sólo... negociación y transacción?"

Me eché hacia atrás, cruzando los brazos sobre el pecho. "Te sorprendería saber cuántas veces es verdad".

Arqueó una ceja y una pequeña sonrisa burlona se dibujó en sus labios. "Bueno, si es así, supongo que no tendrás problemas para encontrar a alguien que vea las cosas de la misma

manera".

"Quizá", concedí, sin apartar mis ojos de los suyos. "Pero es más difícil encontrar a alguien que lo entienda y esté dispuesta a apuntarse".

Molly ladeó la cabeza y sonrió cada vez más. "Entonces, ¿es por eso que me estás contando todo esto? ¿Estás intentando reclutarme para que presente mi solicitud?"

La forma en que lo dijo, medio en broma, medio desafiante, me hizo reír. "¿Lo harías, si lo fuera?"

Se levantó y se llevó la taza vacía al fregadero. Su sonrisa se volvió juguetona. "No estoy segura de que pudieras manejar a alguien como yo, Grant. Podría ser demasiado... poco convencional para tu enfoque empresarial del matrimonio".

Cogí la miel para guardarla en el armario, sin pensar en lo cerca que me acercaría a ella hasta que nuestros hombros se rozaron. Levantó la vista hacia mí y un destello de interés brilló en sus ojos.

Mi mirada bajó de nuevo a sus labios y esta vez no me molesté en ocultarlo. "Lo poco convencional puede ser bueno. Mantiene las cosas interesantes".

Su respiración se entrecortó ligeramente y sus ojos se entrecerraron, pero ahora había una chispa en ellos, una luz que no había notado antes. "¿De verdad crees que puedes manejar a alguien que no sigue tus reglas?"

Me incliné más cerca, cerrando el espacio entre nosotros. "Creo que me gustaría el desafío".

No retrocedió, sino que me miró de frente y una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. "Tenga cuidado, Sr. Sullivan. Podría obtener más de lo que esperaba".

El calor entre nosotros latía, la atracción magnética me empujaba hacia ella.

Nuestros labios se encontraron en un beso y fue como si todas las barreras entre nosotros se derritieran.

Las manos de Molly me agarraron por los hombros cuando tiré de ella para acercarla, enredando una mano en su pelo húmedo. La suave tela de la bata me rozaba los brazos mientras la abrazaba.

El beso se hizo más profundo, cada vez más acalorado. La miel de su té se sentía dulce en sus labios. Molly soltó un suave gemido que me recorrió el cuerpo. Mis manos recorrieron sus costados, sintiendo las curvas de su cuerpo bajo la bata de felpa.

El beso seguía en su profundidad mientras Molly retrocedía contra la pared. Su bata se deslizó por un hombro, dejando al descubierto su suave piel. Me acerqué más, con mi cuerpo firme contra el suyo. Nuestra respiración se hizo más agitada.

La mano de Molly bajó tímidamente, rozando la parte delantera de mis pantalones. Jadeó suavemente al sentir mi excitación. Sus mejillas se sonrojaron, se mordió el labio y me miró con los ojos muy abiertos.

"¿Y ahora qué?" Preguntó sin aliento, con la voz apenas por encima de un susurro.

Mi mirada era intensa mientras respondía roncamente: "Tenemos dos opciones: la cocina o el salón".

Molly frunció ligeramente el ceño, confundida. "¿A qué te refieres?"

Me incliné hacia ella, mis labios rozaron su oreja mientras murmuraba: "No creo que lleguemos al dormitorio, te quiero ahora".

Asintió con la cabeza, mirándome con ojos inocentes pero ardientes. Hubo un momento de vacilación que me hizo preguntarme cuánta experiencia tenía con aventuras de una noche. Tomó aire y se quitó la bata, mostrándome su cuerpo perfecto.

"Aquí, entonces", dijo, cogiéndome de la camisa y acercándome.

Podría haberme quedado mirándola durante horas, pero tocarla era mucho mejor. Le rocé la clavícula con los nudillos, deleitándome con su piel suave y pálida. Sus pezones, de color rosa pálido, se agitaban hacia mí, suplicando que los tocara.

Acaricié sus pechos perfectos, disfrutando de la forma en que encajaban perfectamente en mis manos. Pasé los pulgares por sus pezones, y mi polla se tensó contra mis pantalones cuando respondieron a mis caricias, endureciéndose aún más, suplicándome que siguiera tocándolos. Jadeó, un sonido erótico que me hizo estremecerme. Pero no la solté todavía, no cuando tenía más que explorar.

Seguí la curvatura de sus caderas, la elasticidad de su vientre, hasta el premio que más deseaba. El vello púbico que ocultaba su coño estaba húmedo de excitación. Se estremeció cuando la acaricié con las yemas de los dedos. Y luego profundicé más, empujando entre sus pliegues húmedos y encontrando su clítoris.

"Grant", murmuró, su voz entrecortada y temblorosa mientras yo recogía su excitación en mis dedos y frotaba su clítoris con círculos lentos y metódicos que la dejaban jadeando.

"¿Sí, Molly?" Pregunté, sonando mucho más tranquilo de lo que me sentía. Me moría por estar dentro de ella, mi polla dolorosamente dura. Pero no podía dejar de tocarla, de jugar con ella. No cuando me miraba con esos grandes ojos marrones y sus labios rosados entreabiertos. Era lasciva e inocente al mismo tiempo, y me estaba volviendo loco.

"Creía que no podías esperar... así que ¿por qué el retraso ahora?" Preguntó, sus palabras vacilantes como si estuviera evitando una pregunta más explícita. Pero podía imaginármelo.

"¿Por qué no me estás follando todavía? ¿Por qué me haces esperar para tenerte dentro de mí?"

"Quiero asegurarme de que estás preparada", le informé. Sólo la mitad de la historia. Tampoco podía dejar de explorar, no cuando ella reaccionaba tan maravillosamente. Sus caderas habían empezado a moverse y a contonearse, un intento inconsciente de obtener más estimulación.

Me aventuré aún más, introduciendo mis dedos en su húmedo coño y amando la forma en que se rendía a mí, suave, cálida y resbaladiza.

"Estoy lista", me aseguró, con las mejillas sonrojadas.

¿Excitación o timidez? En cualquier caso, es delicioso.

Se apretó alrededor de mis dedos y mi necesidad de ella se duplicó. Pero tenía que estar seguro. Añadí otro dedo, llenándola con tres, y observé su rostro en busca de incomodidad. Todo lo que vi fue placer, sus párpados aleteando mientras se mordía el labio.

"Por favor", suplicó. Esa palabra en voz baja me produjo una descarga eléctrica.

"Necesito saber que puedes conmigo", dije, maldiciéndome interiormente. Ya podría estar dentro de ella.

Abrió los ojos de golpe.

"No es que sea virgen", protestó, con un atisbo de la frustración que solía expresarme. Esta vez no era molesto, no cuando tenía tres dedos dentro de ella. De hecho, era excitante ver cómo fruncía las cejas, ponía morritos y movía las caderas, atrayéndome más adentro.

"Gracias a Dios", respondí arrastrando las palabras. No estaba interesado en una inexperta violeta encogida. "Pero nunca me has tenido antes".

Su burla se transformó en gemido cuando le froté el clítoris con el pulgar y le metí los dedos. Una, dos, tres veces. Estaba lista.

Me retiré, su excitación cubrió mis dedos y brilló en la tenue luz de mi cocina. Su dulce almizcle era seductor y no me negué a probarlo, lamiendo su excitación de mis dedos. Ella me miraba con los ojos encapuchados, el pecho subiendo y bajando rápidamente, sus pechos perfectos sacudiéndose. ¿Quién iba a imaginar que bajo su holgada ropa se escondía el cuerpo de una sirena?

Me bajé la cremallera y suspiré al aliviar la presión sobre mi polla. No perdí tiempo desnudándome, sino que me bajé los pantalones y los bóxers lo justo para liberarme.

Molly jadeó al mirar hacia abajo, sus ojos se abrieron de par en par al ver lo grande que era mi polla. Una respuesta gratificante que hizo maravillas en mi ya saludable ego. Las mujeres con las que solía acostarme tenían demasiada experiencia o eran demasiado performativas para reaccionar de forma tan sincera.

"¿Ves por qué tenía que asegurarme?" Pregunté, palmeando mi polla y frotando el resto de su excitación sobre mí.

Se mordió el labio y asintió.

"Debería coger un condón", dije, preguntándome si aún tendría uno en la cartera.

"No quiero esperar", gimió. "Estoy tomando la píldora, y un tipo como tú debe hacerse pruebas médicas rutinarias, ¿no?"

Normalmente no era algo que dejara en manos de la confianza o el azar, pero la idea de buscar un preservativo en ese momento me resultaba muy poco atractiva. Y tenía razón; acababa de

hacerme el reconocimiento médico anual la semana pasada. Estaba en perfecto estado de salud, como era de esperar.

"Tienes razón", respondí, acariciándome la polla. "Y tampoco quiero esperar".

Molly y yo nos miramos, la tensión entre nosotros era eléctrica. Sin dejar de mirarnos, la levanté suavemente, sus piernas me rodearon la cintura mientras la apretaba contra la pared. La punta de mi polla presionó su coño resbaladizo y necesité toda mi fuerza de voluntad para no hundirme en ella.

La introduje despacio, dejando que se acostumbrara a mi tamaño y saboreando cómo me envolvía. Suspiré feliz, consiguiendo por fin la estimulación que ansiaba mientras su coño se agitaba a mi alrededor a medida que me adentraba más y más.

"¿Estás bien?" Pregunté.

Ella asintió rápidamente, casi sin palabras.

"Más", dijo, su voz casi un susurro. Nunca había negado a una dama una petición así.

Empujé los últimos centímetros, llenando a Molly y bebiendo sus gemidos. Se agarró a mis hombros, arqueando la espalda contra la pared y apretando las piernas contra mis caderas.

No esperé más. No podía.

Retrocedí y volví a penetrarla, encontrando un ritmo constante que nos dejó a los dos jadeando. Ahora que estaba dentro de ella, no quería salir nunca. Su cuerpo encajaba perfectamente contra el mío y sus dulces gemidos eran la banda sonora más erótica, salpicados por el resbaladizo sonido de la piel sobre la piel.

Me miró con tal fervor que apenas pude soportarlo. Atrapé sus labios entre los míos, para no tener que ver y poder concentrarme solo en sentir.

Nos besamos profundamente, apasionadamente, mientras nuestros cuerpos se movían a un ritmo sensual. Los dedos de Molly se enredaron en mi pelo mientras suaves gemidos escapaban de sus labios. Sus pechos se apretaban contra mi pecho y casi me arrepentí de no habérmela llevado a la cama para poder chupar esos hermosos pechos mientras la penetraba.

Siempre hay una segunda ronda.

La promesa de más sexo me espoleó, mis caderas chasqueando contra Molly mientras conducía a ambos hacia nuestro punto álgido. Pero incluso en mi frenesí, no quería dejarla insatisfecha. Metí una mano entre los dos y apoyé la palma en su pubis, frotando su clítoris con el pulgar. Echó la cabeza contra la pared y gimió, balanceando las caderas contra mí.

Le di besos chupadores por todo el cuello y a lo largo de la mandíbula, desordenados y salvajes.

"Grant", gimió mi nombre, una súplica y una advertencia a la vez.

Su orgasmo iba en aumento, los aleteos de su coño se hacían más fuertes a medida que se acercaba al borde, sus caderas se balanceaban con rapidez. Yo estaba borracho de placer, el suyo y el mío.

Conseguí contener mi propio orgasmo el tiempo suficiente para que Molly cayera en una espiral. Sus gritos y los espasmos de su coño fueron mi perdición, y la seguí hasta su dulce liberación.

El tiempo se detuvo mientras me sacudía dentro de ella, y cada apretón de su coño me producía ondas expansivas. Mi propio placer respondía en oleadas agudas mientras jadeaba y gemía en su cuello.

Cuando mi orgasmo por fin se desvaneció y mi cerebro volvió a ser capaz de pensar, al menos en gran medida, bajé a Molly al suelo, sujetándola mientras se ponía en pie con piernas temblorosas. Mantuve mis manos en sus caderas por si acaso, frotando mis pulgares sobre su suave piel.

"Eso fue..." Se quedó sin palabras. Si Molly se quedaba, mi ego iba a ser visible desde el espacio. Y no me quejaría.

"Grandioso", dije, terminando su frase y expresando mi placer de que se hubiera divertido. "Entonces espero que disfrutes igual de la segunda ronda. Esta vez puede que incluso lleguemos a la cama".

Se echó hacia atrás, con los ojos muy abiertos.

"¿Segunda ronda?" Chilló.

"Si estás de acuerdo".

"No estoy segura de poder", me dijo, pero el deseo en sus ojos me decía lo contrario.

"¿Pero quieres?" Pregunté, aunque sabía la respuesta.

"Sí, sí quiero", admitió en voz baja

"Entonces te llevaré allí".

Capítulo 4

Molly

No tenía ni idea de qué hacer a continuación. Después de acostarme con Grant, ¡dos veces! El recuerdo de lo necesitada que había estado me hizo sonrojarme: estaba emocional y físicamente agotada. No podía quedarme dormida a su lado -después de todo, habíamos llegado al dormitorio-, pero tampoco podía irme a casa sin más. Mi dormitorio era una zona de desastre, escayola y escombros por todas partes. No tenía a nadie a quien llamar para pedir alojamiento, y marcharme de casa de Grant sin expresarle mi gratitud me parecía una grosería, aunque la idea de darle las gracias por una noche de placer tan intenso se sentía imposible.

La etiqueta de esta situación era desconcertante. ¿Qué le dices exactamente a alguien con quien acabas de acostarte? Deambulé por la casa, el lujoso entorno sólo acentuaba lo fuera de lugar que me sentía. La primera luz del alba se colaba por las altas ventanas de la casa de Grant, proyectando un tono plateado sobre el opulento interior. Me paseé por el amplio salón, con el eco de mis pasos en el suelo de roble pulido y las chimeneas talladas que adornaban las paredes. La habitación era un estudio de lujo: los detalles de bronce y cristal brillaban con la luz temprana, y los muebles de felpa del salón parecían esculpidos en las nubes. Los candelabros de latón colgaban a poca altura y sus cristales captaban la luz de la mañana en deslumbrantes despliegues. Era hermoso, sí, pero no hacía más que aumentar mi confusión.

Me acechaban mis propios problemas. No tenía ni idea de cómo iba a llegar a fin de mes con el aumento de las facturas, y ahora necesitaba aún más reparaciones en mi casa. Debería haber estado disfrutando del éxtasis post-orgásmico, pero en lugar de eso era un manojo de nervios.

Justo cuando me hundía en una espiral de ansiedad, sonó mi teléfono. Era una llamada de mi madre.

"¿Hola?" Respondí, esperando distraerme de mi malestar.

"¿Quién es?"

La voz de mamá estaba igual de distante y, como de costumbre, no recordaba quién era yo ni por qué me había llamado. El especialista de la residencia me había dicho que era buena señal que siguiera queriendo llamarme, aunque no recordara por qué. En el fondo, aún me conocía, aunque le fallara la memoria cuando descolgaba.

"Molly. Soy tu hija. ¿Recuerdas?" Me dolía tener que recordarle quién era.

"Oh, cierto. Molly. Ese es tu nombre", su voz se apagó, su tono confuso.

"Soy escritora", añadí, intentando dar calidez a mi voz a pesar del dolor que sentía en el pecho.

"Oh, es verdad. Tal vez por eso te llamé... Yo también estoy en un negocio creativo. Fotografía. Viajo por todo el mundo".

Quería gritarle que lo sabía todo sobre su trabajo como fotógrafa, que tenía sus fotografías en las paredes de mi casa, pero el personal de Brookdale me había dicho que no la confrontara con demasiados hechos. Debía dejarla contar sus historias. "¿Es cierto?" pregunté, con la voz un poco temblorosa.

Me contó una de sus historias favoritas sobre un viaje a Jordania. La había oído cientos de veces: conoció a un rey, hizo fotos bajo la luna llena, saltó rocas en un ancho río. Siempre los mismos detalles, la misma narración entusiasta de una vida pasada que ahora parecía tan lejana. Siempre hablaba con cariño de la vida que había tenido antes de que yo naciera, pero siempre que le preguntaba por mi padre o por las circunstancias de mi nacimiento, se quedaba callada. Ni siquiera me había dicho dónde había nacido.

"¿Conociste a alguien en Jordania?" Le cuestioné, preguntándome si era la historia a la que siempre volvía por alguna razón… "¿Quizás alguien especial?"

A menudo me preguntaba si se le escaparía algo sobre mi padre ahora que su memoria se estaba desvaneciendo. Esperaba que olvidara por qué quería ocultármelo. Pero mis motivos para preguntar no eran totalmente egoístas. En la residencia me habían sugerido que le hiciera preguntas para mantener la mente activa.

"Por supuesto, conocí al rey de Jordania", dijo antes de lanzarse a describir el palacio.

A veces me costaba oír sus historias de una época más feliz. Me recordaba las ganas que tenía de irse cuando yo era pequeña. En cuanto tuve la edad suficiente, me dejó con una vecina mayor que estaba más interesada en el cheque que recibía por cuidarme que en mí. Como niña tímida e introvertida, los libros habían sido mi escape natural.

"Parece que te lo has pasado muy bien", comenté. "Una verdadera aventura".

"No sabes ni la mitad", dijo, emocionada. "A la semana de estar aquí, acabé en la orilla del río mirando las estrellas; era una noche cálida..."

Mientras hablaba, no pude evitar pensar en mi propia vida. Me había dedicado a mi blog, centrándome en lo que me hacía feliz, y sin embargo me parecía una lucha interminable. Era difícil no sentirse fracasada en comparación con las grandes aventuras de mi madre y la forma en que su trabajo la satisfacía como ninguna otra cosa. ¿Era así como debía ser mi vida? ¿Estaba destinada a pasarme los años trabajando incansablemente, sólo para encontrarme sola? Ni siquiera tenía momentos pasados que rememorar, a menos que contara los recuerdos de los libros que había leído, los mundos de fantasía que me habían parecido más reales que todo lo que había vivido.

"Y entonces..." La voz de mamá se quebró. Había perdido el hilo de su historia.

"Y entonces le dijiste al soldado que eras amiga del rey y evitaste que te detuvieran por nadar desnuda en el río", dije, terminando su historia. Me la sabía palabra por palabra. Mejor que ella ahora.

"Así es", dijo, pero me di cuenta de que el recuerdo ya se le estaba escapando. Decidí poner fin a nuestro sufrimiento y despedirme.

"Tengo que irme ahora, pero te veré más tarde, ¿de acuerdo?" Dije, aunque ella no recordaría esta conversación -o a mí, para el caso- cuando la viera.

"Por supuesto", respondió ella. "Adiós".

Me despedí entre dientes, pero ella ya había colgado. Con el corazón encogido, guardé el teléfono y busqué algo que me distrajera de mis problemas. Si había algo que me importaba más que mi trabajo, era la casa de piedra rojiza que me había dejado mi abuela. El único hogar en el que realmente me había sentido cómoda. Y se estaba derrumbando a mi alrededor.

Cuando la heredé, no había querido ver la realidad de su estado. No se encontraba en buen estado, pero el deterioro en los últimos diez años había sido enorme. Seguía pensando que mi blog iba a despegar, y a veces tenía una racha de meses en los que mi blog pagaba las facturas fácilmente. Pensaba que si seguía esforzándome, volcándome en mi pasión, la recompensa llegaría. Y ahora estaba atascada con facturas que no tenía ninguna esperanza de pagar a menos que hiciera algo drástico.

Eché un vistazo a la solicitud que Grant me había entregado, la del "papel de esposa". Parecía absurda y, sin embargo, extrañamente atractiva. Gabby tenía razón, tenía que ser más práctica. El amor verdadero no iba a llegar así como así a mi vida y, al menos, si hacía de esposa de Grant durante un tiempo, podría ahorrar para las reparaciones mientras viviera con él.

Tiene sentido, ¿verdad?

Mi agotamiento era tan profundo que mis pensamientos estaban confusos como si estuviera borracha.

Sentada en el sofá de Grant, cogí un bolígrafo y empecé a rellenar la solicitud, con la mano temblorosa. A medida que el sol subía, el cansancio me abrumaba. Apenas podía mantener los ojos abiertos. El sofá de felpa era sorprendentemente cómodo y, a pesar de la suntuosidad del lugar, me parecía el único sitio donde podía encontrar consuelo. Me acurruqué, la suave tela me envolvió y, en pocos minutos, caí en un sueño vacilante, con la mente aún enredada en la confusión y la nostalgia.



Me desperté sobresaltada, desorientada y aturdida. La luz del sol entraba a raudales por las altas ventanas del salón de Grant, bañándolo todo con un suave resplandor dorado. El cómodo sofá donde me había dormido me pareció un cálido capullo, pero la realidad me golpeó con fuerza cuando vi la solicitud sobre la mesa, junto con una nota de Grant.

La nota era breve: "Aprobada. Puedes empezar inmediatamente. - Grant".

Se me encogió el corazón al leerlo. ¿En qué estaba pensando? Estaba tan agotada y desesperada que había rellenado la solicitud por capricho. Ahora, a la luz del día, me parecía la peor de las ideas. Había estado esperando un amor real y verdadero. El matrimonio debería ser algo significativo, no una transacción comercial. La idea de casarme sin ninguna inversión emocional me parecía una traición a todo aquello en lo que creía. No importaba lo mucho que necesitara un lugar donde quedarme mientras intentaba reparar mi casa y reunir el dinero suficiente para pagar las facturas.

¡Oh, mierda! ¡La reunión!

Miré el reloj: ya eran las 10:15 de la mañana. Mi reunión con la residencia de ancianos era dentro de cuarenta y cinco minutos. Tenía que darme prisa. Me levanté a toda prisa y eché un último vistazo a mi lujoso entorno. Por mucho que quisiera quedarme y ordenar mis sentimientos, tenía preocupaciones más urgentes.

Salí corriendo de la casa de Grant, dejando atrás la nota y la solicitud. Mi mente era un caos. Tenía que llegar a casa, dar de comer al gato y ducharme antes de la reunión. No me atrevía a mirar los desperfectos de mi habitación, así que cogí ropa del cesto de la ropa sucia que no me había acordado de doblar y guardar. Me duché lo más rápido que pude y ni siquiera abracé a Atticus antes de darle de comer, como solía hacer por las mañanas. Atticus no pareció echarlo de menos; sólo le importaba que su desayuno llegara a su plato. Salí de casa con un aspecto vagamente presentable, con una blusa y unos vaqueros; mi abrigo de invierno estaba demasiado raído para abrigarme del todo.

El aire helado me golpeó cuando salí corriendo a la calle y casi choco con Gabby.

"¡Hola, Molly!" Dijo Gabby, sin importarle que casi la derribo al suelo. Estaba paseando a su bulldog, Charlie. "¿Qué te ha pasado? No tenías eso anoche", preguntó, señalando el vendaje en mi cabeza.

"En resumen, el techo se me vino encima mientras leía en la cama", expliqué. La visión de las vigas expuestas y dañadas por el agua me atormentaba más que el momento en que el techo me golpeó en la cabeza.

"¿Qué?" Los ojos de Gabby se abrieron de par en par. "¿Estás bien? Deberías haberme llamado".

"No quería molestarte después de que trabajaras hasta muy tarde, y Grant estaba despierto, así que..." Me interrumpí. No iba a contarle a Gabby lo de mi noche con Grant; yo misma aún estaba intentando asimilarlo. Yo no era el tipo de chica que tenía sexo al azar y sin sentido. Cuando recordaba cómo había flirteado con él la noche anterior, me daban ganas de esconder la cara. No sabía si era la adrenalina del techo derrumbándose, o la hora tardía, o si había algo en Grant que despertaba algo en mí, pero me había sentido una persona diferente a su lado. Ya no era la introvertida de biblioteca y propensa a los desastres que solía ser, sino alguien segura de sí misma y audaz. No me sentía así a la luz del día.

"¿Fuiste a ver a Grant? ¿El vecino rico Grant, que sigue dejándote sus entregas?" Preguntó Gabby, con los ojos muy abiertos por la sorpresa.

"Supuse que me lo debía", mentí. No había pensado mucho cuando fui a su casa. Y tenía cosas mucho más importantes de las que preocuparme. "Lo siento, tengo que irme. Tengo una cita con la residencia de ancianos donde vive mi madre y no puedo faltar".

La expresión de Gabby se suavizó con preocupación. "Oh, no. ¿Se encuentra bien tu madre?"

"Está bien, o todo lo bien que puede estar", dije, con el dolor familiar del estado de mi madre atenazándome el corazón. "He quedado con el departamento de contabilidad. Estoy atrasada en los pagos y necesito averiguar cómo mantenerla allí y cubrir los gastos".

El peso de la situación me presionaba.

Gabby frunció el ceño, preocupada. "Esas residencias son muy caras. ¿Qué vas a hacer?"

Su pregunta me cayó como un jarro de agua fría. Estaba acorralada, con pocas opciones y la necesidad urgente de encontrar una solución. En voz alta, dije: "Haré lo que haga falta para que pueda quedarse allí".

"Buena suerte", me dijo con una sonrisa triste. Se fue con su bulldog, y yo me tomé un momento para ordenar mi cabeza mientras caminaba.

Tenía que ocuparme del desorden en casa y encontrar la manera de llegar a fin de mes. Con mis opciones reduciéndose, la idea de casarme con Grant Sullivan, aunque sólo fuera por un año, empezó a parecer una solución práctica. Vivir con él aliviaría algunos de mis gastos, no tendría que poner la calefacción y probablemente me daría de comer mientras viviera con él. También podría cancelar mi internet y ahorrar en eso. No era lo que quería, pero podría ser lo que necesitaba.

Respiré hondo y empecé a caminar más deprisa, decidida a llegar a tiempo a la reunión. La idea de firmar aquella solicitud me agobiaba, pero tenía que afrontarla. Al fin y al cabo, sólo era por un año.

Capítulo 5

Grant

Unos días después de aceptar la solicitud de Molly, me senté a desayunar en mi mesa. Mi chef privado había preparado mi comida favorita, como siempre hacía los sábados. Corté mis huevos Benedict, dejando que la yema corriera sobre el panecillo inglés tostado y la fina loncha de beicon canadiense, tal y como me gustaba. El salmón escalfado estaba rosado y tierno, y su aroma se mezclaba con las hierbas frescas y las verduras al vapor de mi plato. Tomé un sorbo de mi capuchino, perfectamente espumado, con el punto justo de amargor para equilibrar la cremosidad de la leche. Todo era como debía ser.

Al otro lado de la mesa, Danette, mi asistente personal, estaba de pie con su tableta en la mano, dando golpecitos en la pantalla y mirándome entre actualización y actualización.

"Tiene una cita con el anticuario a las 9:30", dijo. "Le tienen guardado ese espejo de la época de la Regencia, al que le ha echado el ojo".

"Bien", murmuré, cortando el salmón y dándole un bocado. Se deshizo en mi boca, con un sabor brillante y limpio.

"Luego una sesión de entrenamiento con Beckett a las 10:30", continuó. "Tendrá que llegar a tiempo. Tiene otra reunión programada justo después, así que no podrá esperar".

Asentí, masticando pensativamente. "¿Qué más?"

Volvió a tocar la tableta. "Una reunión con el equipo de relaciones públicas a mediodía para discutir la última estrategia de medios sociales y cómo manejar cualquier reacción potencial del anuncio de la jubilación de su padre".

"Por supuesto".

El anuncio ya estaba causando ondas, pero era de esperar.

"Y..." Vaciló un poco, luego se aclaró la garganta. "Se supone que Molly Markie se mudará a su habitación de invitados esta tarde".

Estuve a punto de detenerme a medio masticar, pero conseguí mantener el rostro impasible. La verdad era que no había podido sacarme a Molly de la cabeza en los últimos días. Se suponía que era un acuerdo de negocios, pero después de nuestra noche juntos, sólo podía pensar en el segundo asalto. O tercero, técnicamente. "Cierto".

"No debería ser demasiado inconveniente", se apresuró a decir Danette, probablemente pensando que yo estaba irritado por la alteración de mi horario.

Terminé mi comida y dejé el tenedor, limpiándome la boca con la servilleta de lino. "Estoy seguro de que mi futura esposa no interrumpirá demasiado mi vida".

Danette parecía escéptica. Sabía lo mucho que valoraba el orden y la rutina. A pesar de todo, se guardó sus pensamientos.

"Por supuesto, señor", asintió Danette primorosamente. "Me aseguraré de que el ama de llaves prepare todo según sus estándares".

Tomé otro sorbo de mi capuchino, la cafeína llegó a mi torrente sanguíneo y ahuyentó la niebla del sueño. "Bien. ¿Algo más?"

Volvió a escanear su tableta. "No, eso es todo por ahora. Estaré por aquí si surge algo".

"Estupendo", tomé otro sorbo de mi café y calculé mentalmente si había tiempo para otra taza antes de tener que ponerme en marcha. "Sólo asegúrate de que todo salga bien".

Danette asintió bruscamente y dio un paso atrás en silencio, dejándome con mis pensamientos mientras ella se ocupaba de mis correos matutinos en su tableta.

Me dije que la estancia de Molly no me afectaría. Ella estaría en su habitación, mientras yo seguía con mi vida. No tenía que ser más complicado que eso.

Sonó el timbre y Danette y yo nos miramos sorprendidos. Yo no esperaba a nadie, y en esta calle no recibimos visitas inesperadas.

"¿Debo abrir?" Preguntó Danette.

"Sí", asentí, curioso por saber quién llamaba a mi timbre tan temprano.

Danette salió de la habitación, escuché el ruido de sus tacones en el suelo de madera y la puerta se abrió. A continuación, se oyeron voces: la de Danette y la de otra mujer. Me puse en pie y me picó la curiosidad. Justo antes de llegar a la puerta, un gato blanco y negro entró en el comedor.

"¿Qué demonios? ¿De quién es este gato?" Murmuré.

Me echó un vistazo y empezó a caminar alrededor de mis pantalones de diseño. Fruncí el ceño mientras dejaba pelos blancos y negros en ellos. No me gustaban nada los gatos y odiaba que me ensuciaran. Lo ahuyenté con un gesto irritado, intentando mantener la compostura.

Salí a la entrada y encontré a Molly en medio de lo que parecía una mudanza caótica.

"Amontoné todas mis cajas antes de llamar al timbre para que fuera más rápido", le decía a una Danette con los ojos muy abiertos. "Sólo hay unas pocas más".

"Ya veo, pero el señor Sullivan no estará contento con esto", objetó Danette en mi nombre. Y tenía razón, la visión de las pertenencias de Molly esparcidas por mi inmaculado pasillo fue suficiente para poner a prueba mi paciencia.

Antes de que Danette pudiera poner más objeciones, sonó su teléfono y se alejó con una educada excusa. Salí a reunirme con Molly.

"Molly, se suponía que llegarías esta tarde", dije, tratando de mantener la voz uniforme. "Esperaba unas maletas, no esto".

Estaba rodeada de cajas de cartón, la mayoría rebosantes de lo que parecían viejos libros de bolsillo. Primero un gato, ¿y ahora esa basura? Era demasiado. El caos me crispaba los nervios.

"Quería acabar pronto con la mudanza", explicó. "Tengo planeado un día entero de escritura".

Enarqué una ceja y eché un vistazo a las pilas de libros. Leí algunos de los títulos: Siempre *mía, La proposición del duque, El corazón del vaquero*. Cogí uno y hojeé la reseña de la contraportada. El argumento parecía tan esponjoso como el vestido de volantes de la mujer de la portada.

"¿Realmente necesitas todos estos libros?" Pregunté, sosteniendo uno como si fuera una bolsa de basura humeante. Lo que esencialmente era. "Quiero decir, ¿no son todos la misma historia?"

Molly se volvió hacia mí, con las manos en las caderas y los ojos entrecerrados de la misma forma ardiente que cuando tuvimos sexo. Era más apasionada de lo que su apariencia externa sugería, y yo estaba deseando ver las ventajas de que fuera mi falsa prometida. No había pensado en las desventajas de su mudanza, como todo el desorden y los trastos que se había traído.

"No, no son la misma historia", espetó, acercándose y quitándome el libro de la mano. "Cada una es diferente: distintos personajes, distintos escenarios, distintos viajes".

Puse los ojos en blanco. "Claro, pero todas acaban con el mismo felices para siempre, ¿no?"

Su expresión se suavizó, pero sólo un poco. "No se trata del final. Se trata de la experiencia, las emociones, las... posibilidades", hizo una pausa, con la cara ligeramente enrojecida, como si le avergonzara su entusiasmo.

Me apoyé en el marco de la puerta, cruzándome de brazos.

"Posibilidades", repetí, no muy convencido. "Suena como un montón de ilusiones".

Suspiró, claramente frustrada. "No es sólo una ilusión. Es... mira, mi abuela era una conocida escritora romántica. Algunos eran sus favoritos, otros son *suyos*, y me los dio. Solía sentarme con ella durante horas, leyéndolos juntas. Ella creía en el amor, y supongo que, en cierto modo, yo también. Estos libros me recuerdan a ella, a las historias que me contaba, a la esperanza que tenía, incluso cuando las cosas se ponían difíciles. Estos libros son tan míos como la casa de piedra rojiza. No quiero que se dañen. Mi casa es... un desastre ahora mismo".

Su voz se había suavizado y en sus ojos había una sinceridad que no esperaba. Un destello de algo me carcomió el pecho: ¿culpabilidad, tal vez? No había pensado en su familia ni en sus razones. Supuse que el montón de libros de bolsillo no tenía sentido.

"Bien", me aclaré la garganta, con el estómago retorciéndose de forma extraña. "¿Los daños en tu casa son importantes, entonces?"

No había olvidado la cantidad de restos que tenía en el pelo. Se había quitado la tirita de la frente y la herida cicatrizaba bien.

"Sí, lo son", se movía de un pie a otro. "Se necesita mucho trabajo de reparación".

Bajé la mirada hacia la caja, buscando una salida a la incómoda conversación. Mis ojos se posaron en la portada de un libro en el que aparecía un hombre increíblemente musculoso rasgando literalmente el corpiño de una mujer. No tuve que leer la contraportada para saber que era porno.

"Por favor, dime que tu abuela no te escribió ni te leyó *esto*", dije, levantando el libro.

La cara de Molly se puso roja y me arrebató el libro.

"No", tartamudeó. "Eso es..."

"Porno", dije. Imaginé a Molly metida en la cama, tocándose mientras hojeaba las páginas. Era algo que me encantaría ver en persona. Los pantalones empezaron a apretarme incómodamente.

"Es más que eso", protestó, incapaz de mirarme a los ojos. "Tiene una sorprendente cantidad de sustancia".

"No me digas que ahora te estás volviendo tímida", sonreí satisfecho. "No es que no sepa lo feroz que es tu apetito sexual".

Molly se estremeció al oír mis palabras. Por un segundo, pensé que me tiraría el libro, pero en lugar de eso, cuadró los hombros y me miró, con un destello de desafío en los ojos.

Me estremecí internamente. Tenía cosas que hacer aparte de quedarme en la zona catastrófica del pasillo flirteando con mi falsa prometida. Tenía que mantener un cierto nivel de control si quería sacar esto adelante. Conseguir que Molly se casara conmigo debía hacerme la vida más fácil, no más complicada.

"¿Eso es todo lo que crees que fue?" Preguntó en voz baja, su voz firme pero con un filo cortante. "¿Sólo algún... apetito feroz que necesitaba satisfacer?"

No me inmuté. "¿No era eso? No es como si significara algo", dije, manteniendo mi tono deliberadamente frío y despectivo. Tenía que cerrar lo que fuera esto antes de que se convirtiera en algo más... enredado. "Los dos conseguimos lo que queríamos. Fue cosa de una sola vez. Sencillo".

Su rostro se desencajó y su boca formó una fina línea. El escozor de mis palabras se apoderó de mí, pero no me permití sentir nada al respecto. No podía. Toda esta situación tenía que estar bajo control. Separada. Necesitaba que fuera mi esposa temporal, no un desastre emocional. Recordé sus palabras en la cocina: *"Ten cuidado, Grant. Podrías obtener más de lo que esperabas"*. Lo había tomado por un flirteo sin sentido, pero ahora que se mudaba a mi casa y ya estaba alterando mi paz cuidadosamente curada, lo sentía más como una amenaza.

Se abrazó el libro al pecho como si fuera una especie de escudo.

"Ya veo", respondió ella, con voz tensa. "¿Sólo negocios, entonces?"

Me encogí de hombros, tratando de ignorar el destello de dolor que cruzó su rostro. "No hace falta que lo conviertas en algo que no es".

Asintió con la cabeza, pero era evidente que estaba disgustada. Un destello de culpabilidad volvió a surgir en mi interior, pero lo aplasté. No tenía lugar para complicaciones ni sentimientos. Se suponía que todo iba a ser sencillo: un matrimonio de conveniencia, nada más.

Molly me miró por última vez, con una expresión dura y cautelosa que no había visto antes en ella.

"Si es sólo por negocios, parece que debería sacar algo más de esto", dijo, su tono se volvió frío para coincidir con el mío. "Estoy cambiando toda mi vida para interpretar a tu mujer. Debería recibir una compensación por ello".

Fruncí el ceño. "Vivir en mi casa ya es suficiente compensación. No voy a pagarte".

Sus ojos destellaron de fastidio. "Necesito el dinero, Grant. Para las reparaciones de mi casa y el cuidado de mi madre. No se trata sólo de vivir aquí; estoy prestando un servicio".

La miré fijamente, sintiendo cómo el peso de nuestro acuerdo se asentaba en una incómoda realidad. No se trataba de un gesto romántico, sino de un trato frío y calculador. La decepción en sus ojos era evidente, y sabía que se sentía acorralada, lamentando la situación en la que se encontraba.

"Bien", dije, con un tono plano. "Negociaremos un paquete de compensación. Pero recuerda, esto es estrictamente de negocios".

"¿Quieres que firme algo? ¿Como un contrato o un acuerdo de confidencialidad o algo así?" Preguntó. "Eso es lo que haces cuando se trata de negocios, ¿verdad?"

Sacudí la cabeza. "Esto se queda fuera de los libros. No quiero un rastro de papel que mi padre pueda encontrar. En cuanto al acuerdo de confidencialidad, ya tienes suficientes incentivos para guardar silencio. Si esto no funciona, no voy a pagarte. Además, no es como si tuvieras algo por lo que valga la pena demandar".

Sobre todo porque su casa se estaba derrumbando.

Sus labios se afinaron con desagrado.

"Bien, entendido", dijo.

"Entonces consideraremos el asunto resuelto", asentí con firmeza.

Molly murmuró en voz baja: "No puedo creer que haya caído tan bajo. Un matrimonio de conveniencia nunca fue lo que esperaba".

Observé cómo trasladaba sus cosas, con la frustración y la resignación haciendo estragos en mi interior. Este acuerdo se había convertido en algo tan impersonal y transaccional como yo pretendía que fuera, una solución temporal a nuestros problemas inmediatos. No entendía por qué el malestar se me había instalado en el estómago como una mala comida.

Esa noche entré en la casa, agotado tras un día lleno de reuniones y citas. Lo primero que me sorprendió fue la tranquilidad: Molly estaba acurrucada en el sofá, absorta en su portátil. Era antiguo, grande y tosco. Me sorprendió que aún funcionara. No sabía cómo hacía Molly para trabajar con él. Estaba vestida con un pijama de franela y tenía todo el aspecto de alguien que se había instalado en la comodidad de su hogar, aunque aún no fuera totalmente suyo.

Respiré hondo y me acerqué a ella con decisión. Saqué del bolsillo un anillo de diamantes grande y brillante y lo dejé sobre la mesita, frente a ella.

"Ponte esto", dije, con la voz desprovista de toda calidez.

Molly levantó la vista de la pantalla y parpadeó sorprendida. "¿Qué es esto?"

"Tu anillo de compromiso", respondí con naturalidad. "La ceremonia será en abril. El catorce. Ya he dado instrucciones a Danette para que reserve la capilla de Whitaker en el centro de la ciudad y organice un anuncio en el Boston Globe. Las invitaciones se enviarán en breve".

La cara de Molly se desencajó al asimilar la noticia. "La convención de blogueros se llevará a cabo ese mismo día. Esperaba que le diera a mi blog el impulso que necesita".

"No se puede mover", dije. "Ya he tenido que considerar demasiados horarios para que esto funcione, el mío y el de mi familia. Además, ahora que te pago por esto, espero que mis necesidades sean lo primero".

"Comprendo", suspiró pesadamente. "Ahora, atraeré la atención pública por las razones equivocadas. Mi nombre estará en el Globe, junto al tuyo. Miles lo verán..."

Sacudí la cabeza. Debería estar contenta con la publicidad. "El Globe es sólo el principio. Para mi familia, cualquier publicidad es recogida por los principales medios de comunicación. Pronto, el anuncio de nuestra boda aparecerá en periódicos de todo el país y más allá, además de algunos sitios de Internet. Deberías acostumbrarte a la atención".

Parecía abrumada, pero yo tenía otras preocupaciones. Señalé todo su aspecto, observando su pijama de franela y su aspecto desaliñado. "Y hablando de atención, tenemos que hacer algo con esto".

Las mejillas de Molly se sonrojaron al mirar su atuendo. La frustración se reflejaba en sus ojos, pero no iba a dejar que me distrajera de mi objetivo. Yo tenía el control de la situación, no ella. Ella había solicitado el puesto y ahora yo le pagaba, y le pagaba bien. Ya se sentía como en casa, pero tenía que cumplir mis expectativas.

"Para que la gente crea que nos vamos a casar, tienes que dar la talla", dije con firmeza. "A partir de ahora, espero que te vistas según un estilista".

Sus ojos se abrieron de par en par, pero antes de que pudiera decir nada, saqué mi teléfono y marqué el número de Danette.

"Danette, necesito que conciertes citas para Molly. Trabajará con un estilista que renovará completamente su vestuario y se encargará de su peinado y maquillaje. Necesitamos que se presente adecuadamente, empezando hoy mismo".

Las protestas de Molly se sucedieron, pero yo me mantuve firme. Ella había aceptado este acuerdo, y parte del acuerdo consistía en encajar en el papel que yo necesitaba que desempeñara.

Cuando colgué el teléfono, sentí una gran determinación: se trataba de un acuerdo comercial y pensaba tratarlo como tal.

Capítulo 6

Molly

Me quedé mirando mi reflejo en el espejo de cuerpo entero, y mi nuevo vestuario me pareció un elaborado disfraz para una obra de teatro que nunca había ensayado. La chica que me devolvía la mirada estaba irreconocible, vestida con unos vaqueros de diseño perfectamente ajustados, una atractiva blusa de seda y un peinado que probablemente costaba más que mi portátil nuevo, por no hablar de su reparación. ¿Quién era esta elegante desconocida y qué le había pasado a la Molly que yo solía ser?

Mis dedos rozaron el suave tejido de la blusa y recorrieron las delicadas costuras, más finas que cualquier otra cosa que hubiera tenido antes. Me resultaba difícil conciliar esta nueva apariencia con la vida que había conocido hacía apenas una semana: una vida de hallazgos en tiendas de segunda mano y de prendas usadas. De gastar cada dólar y arreglármelas con lo que tenía.

Acaricié mi anillo de compromiso. El enorme diamante me pesaba en el dedo. Odiaba salir de casa con él puesto, por miedo a que me atracaran o a perderlo de algún modo. Más de una vez, Grant me había reprendido por dejarlo en el baño, la cocina o el comedor.

El dormitorio de invitados de Grant -ahora mi dormitorio- parecía sacado de un folleto de un hotel de lujo. La lujosa cama king-size, con su montaña de almohadas y sus sábanas pecaminosamente suaves, dominaba el espacio. Las paredes estaban adornadas con obras de arte de buen gusto, cada una de las cuales probablemente valía más de lo que yo quería saber. Jarrones decorativos llenos de flores frescas reposaban sobre mesas auxiliares antiguas, y su sutil fragancia llenaba mi nuevo entorno.

Me acerqué a la ventana, con los pies descalzos hundidos en la alfombra de felpa, y contemplé el cuidado jardín que había debajo. Y pensar que justo al lado, a pocos metros, mi verdadero dormitorio, mi verdadera vida, seguía hecha jirones. Un recordatorio de mi origen y de lo drásticamente que había cambiado mi mundo.

"Toto, tengo la sensación de que ya no estamos en Kansas", le dije a Atticus, que estaba demasiado ocupado acicalándose en mi nueva cama como para hacerme mucho caso.

La indiferencia de mi gato ante el cambio de circunstancias era casi cómica. Para él, una cama era una cama, costara 50 o 5000 dólares. Envidiaba su visión sencilla de la vida.

Al principio, me había sentido sucia al pedirle dinero a Grant. La sola idea me revolvía el estómago de culpa y vergüenza. Pero desde que me mudé no me había mostrado más que frialdad, y esos sentimientos de culpa se estaban desvaneciendo poco a poco, sustituidos por una férrea determinación. Al menos ahora podía pagar las facturas de los cuidados de mi madre, y eso superaba casi todo lo demás.

La reunión en Brookdale no había ido bien. Si no saldaba la cuenta antes de fin de mes, iban a echarla, y yo no tenía capacidad para cuidarla; necesitaba atención las veinticuatro horas del día. Pero gracias a Grant, podía pagar. La preocupación enfermiza que había sido mi compañera constante durante meses por fin se había calmado, sustituida por otro tipo de malestar: el malestar de no pertenecer.

Empezar a arreglar mi casa de piedra rojiza era harina de otro costal. Ya tenía el dinero, pero la energía emocional necesaria para afrontar los daños y empezar las reparaciones era abrumadora. Cada vez que pensaba en ello, me invadía una oleada de agotamiento.

Sacudí la cabeza, intentando desalojar la espiral de preocupaciones que amenazaba con hundirme.

Concéntrate en el presente, Molly. Un día a la vez.

Cogí el cesto de la ropa sucia, decidida a hacer al menos una tarea normal y familiar. Grant había insistido en que utilizara su servicio de lavandería o que lo hiciera uno de sus empleados cuando pasaban por allí. Al parecer, mandaba limpiar en seco la mayor parte de su ropa, pero su personal lavaba el resto en su lavandería. Sin embargo, no podía hacerme a la idea de que otra persona se ocupara de mi ropa sucia. La idea de que un desconocido lavara mi ropa interior me erizaba la piel. Me parecía demasiado íntimo, demasiado personal, otro límite que no estaba dispuesta a cruzar.

La casa seguía siendo un laberinto para mí, sus sinuosos pasillos y sus numerosas habitaciones eran una fuente constante de confusión. A menudo me perdía y me encontraba en otra habitación desconocida llena de muebles caros y obras de arte de valor incalculable. Estaba a punto de salir de mi dormitorio y dirigirme al lavadero -si lo encontraba- cuando sonó mi teléfono, sacándome de mis pensamientos.

"¿Hola?" Respondí, balanceando la cesta de la ropa sucia sobre mi cadera.

"¿Hablo con Molly Markie?" La voz del otro lado era desconocida pero cálida, con un toque de nerviosismo que despertó mi interés de inmediato.

"¿Sí?"

"Estoy tan contenta de haberte encontrado por fin. Llevo días intentando localizarte, desde que vi tu foto en el periódico".

Parpadeé confundida y apreté con fuerza el teléfono. "¿Quién habla?"

Hubo una pausa, una respiración profunda al otro lado de la línea. "Me llamo Beatrice, o Bea para abreviar. Mira, no es fácil decir esto, pero... soy tu hermana gemela".

Las palabras hicieron que se me parara el corazón. El cesto de la ropa sucia se me escapó de las manos y cayó con un ruido sordo sobre la moqueta. Apenas podía procesar lo que estaba escuchando. "¿Mi... hermana gemela?"

Eso era imposible. ¿No es cierto? Y, sin embargo, una vocecita en el fondo de mi mente susurraba: *"Pero, ¿y si es verdad?"*.

"Sí", continuó, con las palabras saliendo a trompicones. "Nos separaron al nacer. Hice que un detective te investigara. Vi el anuncio de tu boda y tuve que ponerme en contacto contigo. Llevo años buscándote".

Los oídos se me llenaron de sangre y me hundí en el borde de la cama, con las piernas incapaces de sostenerme. "No lo entiendo. ¿Cómo es posible?"

"Sé que es mucho para asimilar", dijo Bea, suavizando su voz. "Hace tiempo que sé de ti, pero nunca supe cómo encontrarte. Cuando vi tu foto... Molly, fue como mirarme en un espejo".

Mi mano libre se aferró a la colcha, buscando algo sólido para anclarme. "Pero... mi madre nunca dijo nada de una hermana gemela".

Se oyó una fuerte pausa al otro lado de la línea.

"Fui adoptada", explicó Bea. "Mis padres me lo dijeron cuando tenía dieciocho años. No sabían mucho, pero sí que tenía una hermana gemela que no fue dada en adopción".

Mi mente se tambaleaba. ¿Podría ser cierto? ¿Por qué mamá habría dado en adopción a una de nosotras y se habría quedado con la otra? Parecía absurdo, pero había algo en la voz de Bea -un anhelo, una esperanza- que resonaba en mí.

"Yo... necesito tiempo para procesar esto", logré decir, con la voz apenas por encima de un susurro.

"Por supuesto, lo entiendo", contestó Bea rápidamente. "Pero, ¿podríamos vernos? Tengo muchas ganas de verte. Incluso si decides que no quieres saber más de mí, yo sólo... Necesito verte con mis propios ojos. ¿Por favor?"

La súplica en su voz tiró de algo muy dentro de mí.

"Lo pensaré", prometí. "¿Puedo llamarte a este número?"

"Sí, por supuesto. Estaré esperando".

Terminé la llamada. Me temblaban tanto las manos que casi se me cae el teléfono. Permanecí sentada durante unos largos instantes, tratando de asimilar lo que acababa de ocurrir. ¿Una hermana gemela? Parecía imposible, y sin embargo...

Necesitaba hablar con alguien. Necesitaba perspectiva. Antes de que pudiera dudar de mí misma, me puse en pie y me dirigí al despacho de Grant. Llamé ligeramente a la puerta antes de entrar, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho.

Grant levantó la vista de su escritorio y la típica expresión de frustración que ponía cuando yo invadía su espacio se transformó en preocupación al verme. Debía de parecer tan conmocionado como me sentía.

"¿Qué ocurre?" Preguntó frunciendo el ceño.

Apreté los puños e intenté templar la voz.

"Acabo de recibir una llamada de una mujer que dice ser mi hermana gemela", expliqué, las palabras sonaban aún más increíbles al pronunciarlas en voz alta. "Dice que nos separaron al nacer".

La expresión de Grant cambió, el escepticismo sustituyó a la preocupación. Se reclinó en su silla y me miró con una mezcla de lástima y exasperación.

"Eso debe de ser consecuencia de la cobertura mediática del anuncio de la boda", dijo, con un tono enloquecedoramente tranquilo y racional. "Ahora que el público cree que formas parte de la familia Sullivan y, por extensión, de nuestra fortuna, todo tipo de gente saldrá de la nada. Estafadores, 'parientes' perdidos hace tiempo, gente de tu pasado... cualquiera que te vea como un blanco fácil para hacer dinero rápido".

Sus palabras me escocieron, aunque una parte de mí sabía que podía tener razón.

"¿De verdad crees que la gente haría eso?" Pregunté, odiando lo ingenua que sonaba.

La mirada de Grant lo decía todo. Por supuesto que lo harían. Estaba siendo estúpida, dejando que mis emociones nublaran mi juicio. Pero había una parte de mí que no podía deshacerse de la sensación que había tenido al oír la voz de la mujer, una sensación de conexión que no podía explicar.

"Debes tener mucho cuidado con lo que compartes con la gente a partir de ahora", me sermoneó Grant, con un tono que recordaba al de un padre que regaña a una hija. "Te aconsejo encarecidamente que no te reúnas con esa persona. Sólo acabará en angustia o, peor aún, en escándalo".

Sabía que debía seguir su consejo. Él tenía mucha más experiencia en este mundo de riqueza y los buitres que atraía. Pero mi instinto me decía lo contrario.

"Pero, ¿y si realmente es mi hermana gemela?" Pregunté, incapaz de contener la pequeña chispa de esperanza en mi voz. "Nunca conocí a mi padre y mi madre siempre ha guardado silencio sobre él y sobre las circunstancias de mi nacimiento. Tal vez haya más en la historia de lo que yo sé".

Grant suspiró pesadamente, pellizcándose el puente de la nariz. Cuando volvió a mirarme, su expresión se había suavizado ligeramente.

"Molly, entiendo el atractivo. La idea de tener una hermana perdida hace mucho tiempo, especialmente una gemela, es seductora. Pero debes considerar los riesgos. Incluso si -y es un gran "si"- ella es quien dice ser, eso no significa que desarrollar una relación con ella vaya a ser todo sol y rosas. La familia puede ser... muy difícil".

Había algo en su tono, un atisbo de experiencia personal, que me hizo preguntarme por su propia dinámica familiar.

"Lo sé todo sobre familias difíciles", dije, jugueteando con la pulsera que el estilista de Grant me había puesto. "Mi madre no era muy... maternal. Hacía todo lo correcto, me alimentaba, me vestía. Pero emocionalmente, bueno, digamos que nunca estuve a la altura de su fotografía. Ella era fotoperiodista, y nunca me dejó olvidarlo. En cuanto tuve edad suficiente para que me dejara a cargo con una vecina mayor, volvió a cubrir zonas de guerra y desastres naturales. Hay una razón por la que me gustan tanto los libros, y no es sólo por mi abuela. A mi vecina sólo le interesaba cobrar un sueldo, y los libros me criaron más que nadie. Pensar que todo este tiempo, ¿podría haber tenido una hermana? ¿Una gemela? Grant, no entiendes cuánto significa esto para mí".

Se aclaró la garganta, dando a entender su malestar. No estaba segura de que Grant tuviera sentimientos.

"Si realmente insistes en reunirte con ella, haré que mis abogados estén presentes. Tenemos que protegerte -y, por extensión, al nombre Sullivan- de cualquier posible repercusión".

Abrí la boca para discutir, para insistir en que podía arreglármelas sola, cuando el timbre de la puerta me interrumpió. Grant miró la cámara del interfono, sus ojos se abrieron de sorpresa y luego se entrecerraron con lo que sospechosamente parecía pavor.

"Hablando de las dificultades de la familia..." Dijo, con la voz mezclada a partes iguales de resignación y aprensión. "Creo que son mis padres quienes han decidido venir a visitarme".

Le miré, la presión de mi papel de repente demasiado real. Justo cuando pensaba que mi vida no podía complicarse más, parecía que estaba a punto de verme atrapada en medio de una tormenta familiar de la que no sabía nada.

Grant se puso en pie, enderezando su ya impecable traje.

"Continuaremos esta discusión sobre tu supuesta gemela más tarde", dijo, su tono dejando claro que el tema estaba cerrado por ahora. "Por el momento, necesito que te comportes lo mejor posible. Mis padres pueden ser... desafiantes".

Mientras bajábamos las escaleras, era como si estuviera a punto de salir al escenario, no del todo preparada para representar otro acto en la elaborada obra en la que se había convertido mi vida. Una hermana gemela, suegros hostiles, un matrimonio de conveniencia que cada día me resultaba más incómodo... todo estaba tan lejos de la vida sencilla que había conocido hacía apenas una semana.

Pero cuando llegamos al pasillo, me cuadré de hombros y esbocé mi mejor sonrisa. Viniera lo que viniera, lo afrontaría de frente. Después de todo, me recordé a mí misma, estaba a punto de convertirme en Molly Sullivan. Y Molly Sullivan podía con todo.

¿Verdad?

Capítulo 7

Grant

Caminé por el pasillo de mi casa de piedra rojiza, cada paso reflejaba mi creciente irritación. Los suelos de madera pulida brillaban bajo mis pies, en marcado contraste con la tormenta que se estaba gestando en mi interior. Molly se apresuraba detrás de mí, con pasos más ligeros, pero no menos urgentes. Irradiaba una oleada de ansiedad.

"¿Qué significa esto exactamente?" La voz de Molly era baja pero insistente. "Se trata de una visita inesperada, ¿verdad? ¿Qué debemos hacer?"

Suspiré y volví a mirarla. La cara de Molly era un lienzo de emociones: confusión, nerviosismo y un atisbo de algo más que no podía identificar. Sus ojos, muy abiertos e interrogantes, se cruzaron con los míos, buscando una seguridad que yo no estaba seguro de poder darle.

"Significa que tenemos que montar un espectáculo", repliqué, con voz baja y controlada a pesar de la tensión que se agolpaba en mi pecho. "Mis padres están aquí para evaluar si este compromiso es genuino o sólo una estratagema para la herencia. Puede que mi padre no vea el valor del amor en un matrimonio, pero odia que lo burlen. Quiere que tenga una pareja adecuada a mi lado para dirigir la empresa, y si descubre la naturaleza de nuestro acuerdo, perderé la herencia. Por lo tanto, tenemos que actuar la parte. Finge que te emociona pasar tu vida conmigo. No debería ser tan difícil para nosotros parecer íntimos... después de todo, ya hemos..."

Me interrumpió con un rápido golpe en el brazo, sus ojos brillaban con una mezcla de pánico y algo que se parecía sospechosamente al deseo. "Calla. No quiero hablar de eso ahora".

No pude evitar la sonrisa que se dibujó en mis labios cuando abrí la puerta y vi a mis padres. Slater y Zora Sullivan estaban allí, tan aplomados e imponentes como siempre. El pelo gris acero de mi padre estaba impecablemente peinado, y su traje nítido y hecho a medida a la perfección. Mi madre, Zora, era el epítome de la elegancia con un vestido de diseño que probablemente sólo se pondría una vez antes de desecharlo. Para mis padres, la apariencia lo era todo.

Los enjuiciadores ojos marrones de mi padre -del mismo tono que los míos- se posaron en Molly con una mirada apreciativa que me hizo apretar la mandíbula. La mirada de mi madre, en cambio, era gélida y distante, y apenas reconocía la presencia de Molly.

"Grant", dijo mi padre, entrando sin esperar invitación. Su voz tenía el peso de la autoridad que había ejercido durante toda mi vida. "Hemos decidido venir a conocer a tu nueva prometida por nosotros mismos, ya que no consideraste oportuno presentarnos antes de tu compromiso. Nos quedaremos diez días".

Molly se puso rígida a mi lado, con la respiración entrecortada. Diez días. Podrían haber sido una eternidad.

Era el estilo de mi padre para expresar su disgusto y un edicto a la vez. No fue difícil discernir su verdadero significado: Estaba aquí para determinar si mi relación con Molly era real o sólo una estratagema para mi herencia.

"Maravilloso", respondí, tratando de disimular mi irritación con un barniz de cortesía. "Estoy seguro de que lo pasaremos muy bien".

Cuando nos instalamos en el salón, la tensión en el aire era palpable. Molly se sentó en el borde del sofá a mi lado, con una postura rígida. Instintivamente le puse la mano en la espalda, un gesto que pretendía reconfortarla, pero también vender nuestra farsa. El calor de su cuerpo a través de la fina tela de su blusa me produjo una sacudida inesperada.

"¿Y cómo se conocieron?" Preguntó mi madre, sin molestarse en fingir calidez o fingir que se alegraba por mí. Si mi relación fuera real, me habría dolido.

"Molly vive -o vivía, más bien- en la casa de al lado", expliqué, esperando que mi torpeza no me costara nada. No recordaba nuestro primer encuentro, pero sí mi impresión de ella. Con poco más de veinte años, Molly había sido tímida, insegura, la vecina rara que parecía pasar la mayor parte del tiempo encerrada en casa. Volviendo la visión en el pasado, me costaba creer que hacía poco más de una semana me la había estado follando en mi cocina. Y qué revelación había sido, una pícara con piel de cordero. Me dirigí a Molly, "Hemos sido vecinos por cuánto, ¿una década?"

Molly asintió, apoyando su espalda en mi mano. Iba a tener que hacerlo mucho mejor si queríamos vender nuestra relación.

Mi padre, que percibía la sangre en el agua como un tiburón, no perdió el tiempo y fue al meollo de la cuestión.

"Cuando te pedí que te casaras, hijo", empezó, con su tono mezcla de decepción y escepticismo, "no esperaba que salieras corriendo a elegir a la mujer más cercana que tuvieras a mano. Se trata de que elijas una compañera de vida, alguien que te apoye y sea un pilar en tu vida. Una mujer que te hará más exitoso, que estará a tu lado mientras diriges Sullivan Suites. No se trata de marcar una casilla lo antes posible".

Sus palabras me erizaron la piel y me puse a la defensiva, no sólo por mí, sino también por Molly.

"Molly es la compañera perfecta para mí", repliqué, sorprendido por la convicción de mi voz. "No la elegí precipitadamente. La conozco desde hace diez años", y entonces, para mi propio asombro, me encontré contando detalles sobre Molly. "Le gusta sentarse en el porche las noches de verano y ver salir las estrellas. Es muy trabajadora, una lectora voraz y una sentimental empedernida. Su abuela Helena Markie fue una escritora famosa, y Molly posee un ejemplar de cada uno de los libros que Helena escribió. Le gusta trasnochar, beber té de manzanilla y perderse en novelas clásicas. Tararea cuando está concentrada, siempre fuera de tono pero de forma entrañable. Ella..."

Me interrumpí, consciente del silencio que se había hecho en la habitación. Molly tenía los ojos muy abiertos y los labios entreabiertos por la sorpresa. Se esforzaba por conciliar mi conocimiento de ella con mis años de indiferencia. Una punzada de culpabilidad me golpeó, aguda e inesperada. ¿De verdad la había ignorado durante tanto tiempo cuando me había dado cuenta de tantas cosas? Me había sorprendido a mí mismo por saber tanto de ella.

Las cejas de mi padre se levantaron un poco, lo más cerca que había estado nunca de mostrar sorpresa. El gélido comportamiento de mamá se había descongelado ligeramente, con un parpadeo de interés en sus ojos al mirar a Molly con renovada curiosidad.

"Bueno", dijo Slater al cabo de un momento, con tono cauteloso. "Parece que la conoces bastante bien. Ahora, ¿qué tiene que hacer un hombre para conseguir una bebida en esta casa?"

En mi preocupación por engañar a mis padres, había olvidado mi papel de anfitrión. A diferencia de mis padres, yo tenía un personal mínimo. Me las arreglaba con mi chef privado y un servicio de limpieza que venía tres veces por semana. Prefería mi intimidad, aunque mi padre pensara que no tener mayordomo ni asistenta era como vivir en la pobreza.

"¿Por qué no vamos a la cocina? Serviré unos refrescos para todos", dije, poniéndome en pie y tendiéndole la mano a Molly. Tendría que mantenerla lo más cerca posible mientras se recuperaba. Su palma estaba un poco húmeda cuando cerré mis dedos alrededor de los suyos, pero de alguna manera, no me importó. "Acabo de comprar una nueva botella de ese whisky que te gusta".

Mi padre asintió, y él y mi madre se levantaron también, caminando delante de nosotros hacia la cocina.

Mientras íbamos detrás de mis padres, Molly se inclinó hacia mí, con la voz apenas por encima de un susurro. "¿Cómo es que no has hecho más que despreciarme durante una década y, sin embargo, realmente sabías todo eso?"

Me volví hacia ella y nuestros rostros quedaron a escasos centímetros. El aroma floral de su champú invadió mis sentidos, despertando recuerdos de nuestra noche juntos. Que Molly se mudara a vivir conmigo había sido una lección de resistencia; mi deseo sólo se había visto atenuado por la alteración de mi rutina y la paz que tanto había cuidado.

"Me doy cuenta de más cosas de las que crees, Molly", murmuré, con la voz baja y ronca. "Por ejemplo, recuerdo exactamente lo que hicimos en esta misma habitación... la forma en que te apretaste a mi alrededor, el sonido que haces cuando te corres".

Las mejillas de Molly se sonrojaron aún más y me dio un codazo escandalizada.

"Compórtate", susurró, pero en sus ojos brillaba una chispa de deseo. Si mis padres no hubieran estado en la habitación con nosotros, la habría doblado sobre la encimera de la cocina y no habría parado hasta que hubiera hecho esos deliciosos ruidos que aún podía oír en mi cabeza.

El momento fue interrumpido por la voz de mando de mi padre. Ya se estaba sirviendo mi whisky.

"¿Qué tienes planeado para cenar?" Preguntó. No era una pregunta inocente. Mi padre nunca decía nada sin propósito.

"Haré que mi chef prepare algo. ¿Qué te parece un filet mignon?" Le pregunté. Mi chef privado cocinaba todas mis comidas, a menos que comiera fuera.

La cara de mi padre se contorsionó en una mueca.

"Nunca me ha gustado ninguno de los chefs que has contratado, Grant", declaró, su tono no admitía discusión. "Despídelo. Pediremos la cena en Le Bernardin".

La mano de Molly se apretó contra la mía.

Me mordí un suspiro. "Por supuesto, padre. Haré los arreglos".

No tenía sentido discutir con él, aunque no tenía intención de despedir a mi cocinero. Tendría que tomarse unas vacaciones mientras mis padres se quedaban con nosotros.

Mi madre, mientras tanto, echaba un ojo crítico a la cocina.

"Esta decoración es... tan poco inspirada", dijo, arrugando la nariz con desagrado. "En serio, Grant, deberías considerar una renovación completa. Este salpicadero es atroz".

Molly se puso rígida a mi lado, sin duda sintiendo la presión del escrutinio de mis padres. Le apreté suavemente la mano en una silenciosa muestra de apoyo.

Gracias a Dios que tuve la previsión de cambiar el vestuario de Molly antes de que llegaran.

Si Molly se hubiera vestido con su atuendo habitual, habrían exigido que rompiera con ella en el acto.

Mi padre, tras descartar mis elecciones culinarias, pasó a su siguiente objetivo.

"¿Has hablado con Beckett últimamente?" Preguntó, con un tono que daba a entender que, fuera lo que fuera lo que Beckett, mi hermano, había hecho, no contaba con su aprobación. Uno pensaría que con cinco hijos, mis padres estarían satisfechos con al menos uno de nosotros, pero yo era el que más se acercaba a su aprobación.

"No", dije, aunque le había visto la semana pasada. Fuera lo que fuese lo que había hecho para ganarse la ira de mi padre esta vez, yo no lo sabía. Beckett se llevaba bien con todo el mundo menos con nuestro padre.

"Ha decidido no asistir a su reunión universitaria. Es una oportunidad crucial para establecer contactos, Grant. Tienes que hacerle entrar en razón".

Asentí con la cabeza, tratando de contener mi frustración. Como el hermano mayor, siempre me tocaba a mí mantener a raya a mis hermanos. "Le llamaré, padre. Pero ya conoces a Beckett: tiene sus propias ideas sobre estas cosas".

No me gustaba ser el guardián de mis hermanos. Beckett al menos entendía mi posición, pero los demás no respondían bien a que les transmitiera los mensajes de nuestro padre.

"Beckett te admira, Grant, como todos tus hermanos", insistió mi padre, como si no fuéramos todos adultos capaces de tomar nuestras propias decisiones. "Tienes que dar el ejemplo. Esto es importante para la familia".

Mi padre empezó a sermonearme sobre la importancia de mantener las relaciones hasta que mi madre no pudo soportarlo más. Cogió uno de los libros de bolsillo de Molly que ésta había dejado en la encimera de la cocina -siempre se dejaba sus cosas por toda la casa-. El rostro de mi madre se suavizó casi imperceptiblemente al leer la portada.

"Helena Markie, creía recordar el nombre", murmuró, pasando los dedos por la gastada cubierta. "Solía leer sus libros cuando era más joven. Me había olvidado de ellos".

Molly se animó al oírlo y una sonrisa genuina iluminó su rostro. "¿Has leído los libros de mi abuela? ¿Tienes alguno favorito?"

Por un momento, mamá pareció olvidar su habitual actitud distante. "Oh, '*Susurros en el viento*' siempre fue mi favorito. La forma en que describía las Tierras Altas Escocesas... era como estar allí".

Mientras Molly y mi madre discutían sobre la obra de Helena Markie, yo las observaba con interés. Era la primera vez en años que veía a mi madre conversar tan sinceramente con alguien. Había algo casi melancólico en su expresión cuando hablaba de las historias románticas que le habían gustado en su juventud.

Aproveché para pedir la cena. Mi padre, poco dado a leer por placer, centró su atención en su whisky y luego me dedicó una charla de negocios hasta que llegó nuestra comida.

Mientras mis padres se afanaban en inspeccionar el pedido, asegurándose de que todo estaba exactamente como habían especificado, yo dirigí mi atención a Molly. Lo estaba llevando mejor ahora que había encontrado un terreno común con mi madre, una hazaña que la mayoría nunca podría esperar conseguir. Parecía que había elegido mejor de lo que pensaba cuando la contraté. Pero había una cosa que no habíamos tenido ocasión de discutir y que era necesario abordar antes de retirarnos después de cenar.

Me incliné hacia ella y, bajo la apariencia de afecto, le susurré al oído, agitando con mi aliento los mechones sueltos de su pelo. "Ahora que mis padres se quedarán con nosotros, tendremos que cambiar la forma de dormir. No nos ayudará que te quedes en la habitación de invitados todas las noches. Sospecharían".

Los ojos de Molly se abrieron de par en par con sorpresa y algo que se parecía mucho a la anticipación parpadeaba en su rostro. "¿Qué estás tratando de decir, Grant?"

Le sostuve la mirada, sintiendo el peso de la situación instalarse entre nosotros. "Que tienes que dormir en mi habitación. En mi cama".

Se le escapó un pequeño suspiro y un sinfín de emociones recorrió sus facciones: nerviosismo, ¿era excitación?

"¿Seguro que es necesario?" Susurró ella, con la voz ligeramente entrecortada.

Asentí, sin apartar los ojos de los suyos. "Es la única manera de convencerlos. Tenemos que interpretar nuestros papeles a la perfección, Molly. ¿Puedes hacerlo?"

Durante un largo rato no dijo nada, y me encontré conteniendo la respiración, esperando su respuesta. Finalmente, hizo un pequeño gesto con la cabeza.

"De acuerdo", dijo en voz baja. "Lo haré".

Cuando nos volvimos para reunirnos con mis padres en la mesa, no pude evitar la sensación de que algo había cambiado entre Molly y yo, una camaradería y una intimidad que antes no existían. La farsa que estábamos representando se volvía cada vez más compleja y no estaba seguro de estar preparado para lo que pudiera ocurrir.

Pero mientras le acercaba la silla a Molly y le rozaba la espalda con la mano, tuve una certeza: los próximos diez días no se parecerían a nada que hubiera experimentado antes. Y a pesar de mi temor inicial, me encontré deseando que llegara cada momento.

Capítulo 8

Molly

La puerta se cerró con un clic tras de mí cuando entré en el dormitorio de Grant aquella noche. El cálido resplandor de la chimenea hacía bailar las sombras por las paredes, creando un ambiente demasiado íntimo para lo que habíamos acordado. Me tiré cohibida del dobladillo de los pantalones cortos, arrepintiéndome de repente de la ropa de dormir que había elegido. El dormitorio de Grant era muy cálido, así que me había puesto una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos, pero ahora me resultaban más llamativos que cómodos.

Los ojos de Grant me encontraron de inmediato, su mirada viajó lentamente desde mis pies descalzos hasta mi cara. La intensidad de su mirada hizo que se me erizara la piel y que un calor familiar se apoderara de mi vientre. Me maldije en silencio por no haber elegido algo menos revelador. Un camisón hasta el suelo, quizás. O una armadura.

"Bonito pijama", dijo Grant, con voz grave y ronca. Estaba apoyado contra la cabecera, sin camiseta, con un libro olvidado en el regazo. *Ulises*, de James Joyce. No era de extrañar que no le gustaran las novelas románticas. La luz del fuego jugaba con su pecho esculpido y recordé cómo lo sentía bajo mis manos.

Tragué saliva, intentando disimular mi malestar. Desde el momento en que Grant me informó de que íbamos a dormir juntos, me puse nerviosa. No es que la visita sorpresa de sus padres hubiera ayudado. Pero esto era diferente. Después de todos los roces casuales de la noche, estaba sensibilizada con Grant, hasta el punto de que incluso su mirada me pesaba en la piel. Y lo peor era lo mucho que me gustaba.

La cama king-size se alzaba entre nosotros, una isla de costoso algodón egipcio y espuma viscoelástica. Al acercarme a mi lado designado, los recuerdos de nuestra noche juntos inundaron mi mente. El placer no se parecía a nada que hubiera sentido antes. Si nuestra cita en la cocina había sido ardiente, nuestro tiempo en su cama había sido un infierno. La pasión, el calor, el tacto de las manos de Grant sobre mi piel... Sacudí la cabeza, tratando de disipar los pensamientos.

Me metí bajo las sábanas, hiperconsciente de la presencia de Grant a mi lado. Estaba lo bastante cerca como para que su cuerpo irradiara calor y su colonia me atrajera, un aroma amaderado que me resultaba frustrantemente atractivo.

"Así que", empecé, mi voz antinaturalmente alta en la habitación silenciosa, "probablemente deberíamos establecer algunas reglas básicas para este... acuerdo".

Grant rodó sobre un costado y el movimiento hizo que las sábanas se deslizaran sobre sus caderas. Me obligué a volver a mirarle a la cara.

"¿Reglas básicas? ¿Cómo cuáles?" Preguntó, frunciendo las cejas. Estaba claro que esperaba que esto fuera de otra manera.

Respiré hondo y me armé de valor. "Como nada de sexo".

Sus cejas se alzaron. "¿Sin sexo? Mis padres no están tan cerca como para que nos escuchen", su voz era incrédula, con un matiz que me produjo una descarga eléctrica.

"No me refiero sólo a este momento", dije con firmeza, aunque el corazón se me aceleraba. "No estoy a favor de tratar el sexo como un mero intercambio de placer. Debería ser romántico, significativo".

"No pareció importarte el intercambio de placer de la otra noche, y nada de eso fue romántico", contraatacó.

Me mordí el labio. En eso tenía razón. No había sido romántico. No podía arrepentirme, no cuando cada recuerdo de nuestro encuentro bastaba para hacerme mojar. Pero no podía repetirlo.

"Sí, pero ahora me estás pagando, y tener sexo también me haría sentir sucia".

Grant gimió y se tumbó boca arriba. El movimiento hizo que sus abdominales se flexionaran y

me quedé mirando antes de poder apartar la vista. "Molly, vamos. No puedes esperar que pase un año sin sexo mientras eres mi prometida y luego mi esposa. Así no funciona el matrimonio".

"Nada de esto es como se supone que debe funcionar un matrimonio", respondí, incorporándome. La sábana se apartó y los ojos de Grant se desviaron hacia mi pecho antes de volver a mirarme. "El matrimonio debe ser por amor. Fuiste tú quien lo puso todo patas arriba con este plan, y ahora tienes que afrontar las consecuencias".

Se volvió de nuevo hacia mí, sus ojos marrones ardían con una mezcla de frustración y deseo. "Aprobé tu solicitud porque ya habíamos follado, ¿y ahora te echas atrás?"

Enrojecí de rabia y vergüenza. No me había engañado a mí misma pensando que el sexo con Grant había significado algo, pero oírle decirlo así me hizo sentir sucia. No iba a dejar que me utilizaran. "Aquella noche ocurrió porque era tarde, se me acababa de caer un techo encima, me sentía sola y sí, hacía tiempo que, por usar tu encantador término, no me habían "follado"".

No pude contener el sarcasmo. Odiaba esa palabra para describir el sexo, era tan impersonal, tan burda.

"No actúes como si todo hubiera sido culpa mía", argumentó Grant, bajando el tono de su voz a un tono bajo e íntimo que hizo que se me acelerara el pulso. "Tú lo deseabas tanto como yo. Fue mutuo, Molly. ¿O has olvidado cómo gemías por mi nombre?"

El recuerdo pasó por mi mente, vívido y excitante. Me abracé las rodillas contra el pecho, tratando de crear cierta distancia. "Esa no es la cuestión. La cuestión es que no podré respetarme a mí misma si dejo que el sexo forme parte de este acuerdo. Ya estoy comprometiendo muchos de mis principios al aceptar este falso matrimonio. Necesito trazar la línea en algún lugar".

Grant se incorporó y la sábana le rodeó la cintura. Se pasó una mano por el pelo, frustrado, y el movimiento atrajo mi atención hacia sus musculosos brazos. "Entonces, ¿tengo que esperar a que nos divorciemos para volver a tener una vida sexual en condiciones? Eso es ridículo".

"Tú recibes tu herencia y yo cobro. Ese es el trato", dije, tratando de mantener la voz firme a pesar del calor que me recorría. "Mi cuerpo no forma parte de la transacción".

Nos miramos el uno al otro, la tensión en la habitación era tan densa como para cortarla con un cuchillo. Finalmente, Grant volvió a tumbarse, dándome la espalda. "Bien. Como quieras".

Suspiré y cogí el portátil de la mesilla de noche. Había podido repararlo gracias al pago de Grant.

Si no podía dormir, tenía que trabajar un poco. Abrí el panel de administración de mi blog, con la esperanza de que la mundana tarea de moderar los comentarios me cansara.

Pero al leer los comentarios, me distraje. Mi último post trataba sobre cómo mantener los límites en las relaciones -el tema del último libro que acababa de leer- y no se me escapaba la ironía. Un comentario en particular me llamó la atención:

"¿Cómo te mantienes fiel a ti misma cuando tu corazón quiere una cosa, pero tu cabeza sabe que no es así?"

Me quedé mirando las palabras, sintiendo como si hubieran sido escritas sólo para mí.

¿Cómo?

Aunque ahora no era mi corazón el que lo ansiaba. Miré a Grant, contemplando la amplitud de su espalda y la forma en que la luz del fuego jugaba sobre su piel. A pesar de mi determinación, el recuerdo de él abrazándome y besándome se reproducía en mi mente como una película erótica.

Mis dedos se posaron sobre el teclado mientras pensaba en mi respuesta. ¿Cómo podía dar consejos sobre algo con lo que yo misma estaba luchando? La hipocresía de todo aquello me hizo retorcerme.

Cerré el portátil con un chasquido, y el sonido hizo que Grant se removiera. Se dio la vuelta y sus ojos se encontraron con los míos en la penumbra. Por un momento, el aire entre nosotros crepitó de deseo no expresado.

"¿No puedes dormir?" Murmuró; su voz áspera por la somnolencia.

Negué con la cabeza, sin atreverme a hablar. La mano de Grant se movió por la extensión de sábanas que había entre nosotros, deteniéndose justo antes de tocarme. Una invitación. Una tentación.

"Molly", dijo en voz baja, y la forma en que pronunció mi nombre me produjo un escalofrío.

Cerré los ojos y respiré hondo. "Buenas noches, Grant", dije con firmeza, dándole la espalda.

Suspiró y el colchón se movió cuando volvió a su lado de la cama. La distancia entre nosotros parecía demasiado grande y a la vez insuficiente.

Mientras intentaba en vano dormirme, un pensamiento resonaba en mi mente: El ahogo nunca me había parecido tan tentador.



Horas más tarde, me di la vuelta, intentando encontrar una postura que me permitiera dormir por fin. Casi lo había conseguido unas cuantas veces, agotada por el día, pero entonces Grant se daba la vuelta o resoplaba en sueños, y yo volvía a despertarme de golpe. Intentar mantenerme lo más lejos posible de él no ayudaba. Incluso en la cama grande, me acurrucaba en el borde, temerosa de entrar accidentalmente en contacto con Grant y de lo que eso pudiera acarrear. No porque no confiara en él, sino porque no confiaba en mí misma. A pesar de lo que dictaba mi moral, lo deseaba tanto que me dolía.

Eché un vistazo a mi teléfono. Eran las tres de la madrugada. La falta de sueño y de alivio me estaban haciendo sentir frustrada e inquieta. En un esfuerzo por distraerme de Grant, había estado intentando centrarme en el trabajo, repasando mentalmente mi calendario de publicaciones y la administración del blog que tenía que hacer. Pero pensar en el trabajo no era nada relajante. Tenía mucho que hacer y otro artículo que escribir. Publicar con regularidad hacía que la gente volviera a mi blog, lo que me permitía ganar dinero. Incluso con Grant pagándome, no estaba dispuesta a dejarlo pasar. Esta era la ganancia inesperada que necesitaba para volver a la pista, y yo quería que mi blog me diera un sueldo decente para el momento en que esta cosa con Grant se terminara.

Con el sueño cada vez más lejos, decidí levantarme y trabajar. Nunca he sido una persona ociosa. Salí de la cama con el mayor cuidado posible, con la intención de bajar las escaleras. Sólo tenía que encontrar mi portátil.

¿Lo dejé en la cama?

Siempre perdía cosas, las dejaba en el suelo distraídamente, demasiado absorta en mis pensamientos como para darme cuenta de lo que tenía en la mano o de adónde habían ido a parar. Estaba tanteando la cama en la oscuridad cuando Grant se revolvió. Se dio la vuelta, con un aspecto molesto para ser las tres de la madrugada.

"¿Qué haces?" Murmuró, con la voz ronca por el sueño. Era irritantemente sexy. Todo lo que Grant hacía era irritantemente sexy, si no simplemente molesto. Y, sin embargo, mientras nos enfrentábamos a sus padres, había momentos en los que me reconfortaba.

"Busco mi portátil", expliqué en voz baja.

No estaba encima de las sábanas. ¿Quizás se había deslizado por debajo?

Grant se movió mientras yo buscaba, y una sacudida de sorpresa me recorrió cuando mi mano rozó su dura polla. Cubierta por un pijama de satén, se tensaba hacia mí. Retiré la mano bruscamente y mis ojos se encontraron con los de Grant. Incluso en la oscuridad, su deseo era palpable.

"Sabes, si no puedes dormir, hay formas en las que puedo ayudarte", dijo, poniéndose de lado, con una mano bajo la cabeza.

"No necesito tu ayuda", mi decisión de no acostarme con él no había cambiado, pero mi determinación estaba decayendo. Tocarlo de nuevo, aunque fuera brevemente, sólo había hecho las cosas... más difíciles. Había leído cientos de novelas románticas picantes en mis tiempos, y siempre pensé que las descripciones de poder sentir a los tíos durante días después del sexo eran fantasías de una imaginación hiperactiva y sobreexcitada. Eso fue antes de Grant. Al día siguiente, lo sentía cada vez que me movía, un recuerdo agudo del placer que me había dado. Deseaba volver a sentir ese éxtasis. Pero no me rendiría. Sólo necesitaba que mi cuerpo lo aceptara.

"Creo que sí", sus labios se curvaron en una sonrisa juguetona. "Podrías relajarte. Déjame hacer todo el trabajo. No hay nada como un buen orgasmo para conciliar el sueño".

Tragué saliva. La oferta era demasiado tentadora. Pero después tenía que lidiar conmigo misma. Un rollo de una noche con él ya estaba fuera de mi zona de confort. Pero el sexo sin sentido a cambio de dinero era un puente que no podía permitirme cruzar.

"Ya te he dado mi respuesta, Grant", afirmé con más fuerza de la que sentía.

Asintió y, afortunadamente, renunció a intentar seducirme. Intenté aplastar la pequeña parte de mí que estaba decepcionada.

"Entonces deberías intentar dormir de otra manera. Mañana tendremos un gran día", me dijo, y se puso tan serio que me dio un latigazo.

"¿Qué haremos mañana?" Pregunté, devanándome los sesos por lo que pudiera significar. El asistente personal de Grant me había enviado un horario semanal y yo le había echado un vistazo, pero no me había quedado claro.

"La gala es mañana por la noche", me incitó. "Saldremos hasta tarde, así que duerme bien

mientras puedas. Mañana por la mañana un estilista te traerá un vestido y joyas, y he organizado que alguien te peine y te maquille antes del evento. Este acto benéfico es importante. Será nuestra primera aparición pública como pareja".

"De acuerdo", dije, con el corazón encogido. Parecía que mañana tendría aún menos tiempo para trabajar de lo que pensaba. Pero tenía razón y volví a la cama, evitando tocarle. Si volvía a tocar accidentalmente su erección, no sabía si mi fuerza de voluntad podría soportarlo.

Grant me miró un momento más antes de rodar sobre su espalda. Levanté los ojos a propósito para no ver el bulto bajo las sábanas. Incluso en su lujosa ropa de cama, era lo bastante grande como para causar impacto. Su hermosa polla estaba justo ahí, a escasos centímetros de mí, dura, lista, dispuesta...

Rodé sobre un costado, de espaldas a Grant, apretando las piernas para aliviar un poco mi necesidad. No funcionó.

Deseaba que las cosas fueran diferentes, que Grant fuera realmente mi novio, mi prometido, mi marido. No tendría que sentirme mal por desearlo. Podría complacerlo sin comprometer mi moral. Pero en vez de eso, era sólo mi vecino gruñón con quien fingía estar. Por dinero. Tenía que recordarlo.

Para alejar mi mente de Grant, dirigí mis pensamientos al trabajo. De nuevo. Necesitaba publicar ese artículo mañana, pero parecía que tenía todo el día ocupado. Si no podía hacerlo entre una cita y otra, tendría que llevarme el portátil a la gala y escabullirme a trabajar cuando pudiera.

Capítulo 9

Grant

¿Dónde diablos está?

El gran salón de baile del Boston Park Plaza se arremolinaba a mi alrededor, una mezcla vertiginosa de vestidos de colores y esmóquines negros. El delicado tintineo de las copas de champán marcaba el constante parloteo de la élite de Boston. Me quedé de pie junto a una columna de mármol, con el esmoquin demasiado ajustado y apretado. Mis ojos recorrieron la sala por enésima vez, buscando a Molly.

Apreté los puños con frustración. Eran las 6 de la tarde y habíamos llegado a las 4. Era la tercera vez que se esfumaba durante la tarde, cada ausencia más larga que la anterior.

¿Qué está haciendo?

Agaché el cuello con la esperanza de ver el vestido verde esmeralda de Molly entre la multitud. En lugar de eso, mis ojos se clavaron en Charles Witherspoon, un conocido de negocios al que preferiría evitar ahora mismo.

"¡Grant, hijo mío!" Gritó Charles, que ya se acercaba. Tenía treinta y nueve años, pero los contemporáneos de mi padre seguían teniendo la costumbre de tratarme como a un crío.

Forcé una sonrisa cortés, preparando mi excusa. "Charles, me alegro de verte. Me temo que no puedo hablar ahora, estoy buscando a mi novia. Tal vez podamos ponernos al día más tarde".

Sin esperar respuesta, me escabullí, con mi irritación creciendo a cada paso. Me dirigí al vestíbulo, dejando atrás el ruido de la gala. El suelo de mármol resonó con mis pasos mientras me dirigía al balcón, con la esperanza de que el aire fresco del atardecer me despejara la cabeza.

El balcón estaba vacío y ofrecía una vista del horizonte de Boston bañado por la cálida luz del atardecer. Pero Molly seguía sin aparecer. Me pasé una mano por el pelo, despeinando los mechones cuidadosamente peinados. Volví a entrar, asomé la cabeza en una habitación cercana y nada.

Por fin, escondida en un rincón apartado, la encontré. Molly estaba sentada en un sillón de felpa, con la bata de seda a su alrededor y los tacones tirados por el suelo. Su portátil se balanceaba precariamente sobre sus rodillas mientras sus dedos volaban por el teclado, su rostro iluminado por la pantalla.

"¿Estás trabajando *otra vez*?" Mi voz salió más aguda de lo que pretendía, mezclada con la frustración que había estado acumulando toda la tarde. El objetivo de venir a este evento era presumir de Molly y, en lugar de eso, me había quedado charlando con gente aburrida. Si había algo que podía decir de Molly era que nunca era aburrida.

Molly levantó la cabeza, con los ojos muy abiertos por la sorpresa. "¡Grant! Yo... Lo siento, necesitaba terminar este artículo".

"No lo entiendo", dije, pellizcándome el puente de la nariz. "¿Por qué dedicas tanto tiempo a estas reseñas de libros? No es que te paguen por ello".

Un destello de dolor cruzó el rostro de Molly...

"No es por el dinero, Grant. Me encanta mi trabajo. Y me tranquiliza", señaló su vestido con una risa autocrítica. "Lo cual, créeme, es muy necesario cuando intentas comer canapés con un vestido que cuesta más que tu primer coche".

Fruncí el ceño. "¿No podría esperar hasta después de la gala?"

"Prometí a mis lectores que estaría publicado por la mañana", explicó Molly, con la voz teñida de determinación. "Odio defraudarles".

No podía imaginarme trabajando tanto por algo que no fuera una recompensa monetaria. Parecía una tontería dedicar tanto tiempo a algo en lo que el principal retorno de la inversión era la... ¿qué? ¿La felicidad? Molly tenía una gran ética de trabajo, eso estaba claro, pero no entendía por

qué lo invertía en un blog para frívolas lectoras románticas. Si quería ser periodista o crítica profesional, podría utilizar esa energía mucho mejor en un puesto remunerado.

"No le veo sentido", dije negando con la cabeza. "¿Todo este esfuerzo para qué? ¿Unos pocos comentarios en un blog? No es como si fuera a generar dinero o algún impacto real".

En el momento en que las palabras salieron de mi boca, supe que había cruzado una línea. Los ojos de Molly brillaron con dolor, rápidamente reemplazado por ira.

"¿Sabes qué, Grant? Te estás comportando como un auténtico imbécil", me espetó Molly, con voz grave pero intensa. Estaba acostumbrado a su enfado conmigo, pero esto iba mucho más allá.

Retrocedí, ofendido por el insulto. "¿Perdón?"

Molly se levantó, deslizando los pies de nuevo en sus tacones. "Ya me has oído. Que algo no genere una fortuna no significa que carezca de valor. Mi trabajo le importa a la gente. Aporta alegría, suscita debates y ayuda a los lectores a encontrar su próximo libro favorito. Hay una comunidad real de gente real que conecta porque realmente nos importan cosas como el amor, la belleza y la gente. Una de mis lectoras perdió a su marido el año pasado e hizo amistad con otras viudas en los comentarios, que la ayudaron a superar su duelo. Otra lectora encontró mi blog cuando estaba en rehabilitación por un trastorno alimentario, y mis recomendaciones de libros para personas que estaban pasando por lo mismo la ayudaron a sentirse menos sola. Que, a pesar de su dolor, seguía siendo adorable. Que no puedas ponerle precio a eso no significa que no tenga valor".

Cuando las palabras de Molly calaron hondo, sentí una punzada de vergüenza. No podía ver el valor del romance como género. Todo lo que había imaginado eran amas de casa aburridas que buscaban excitarse a causa de sus matrimonios insatisfactorios. Pero aunque así fuera, caí en la cuenta de que esas mujeres también merecían consuelo. Incluso mi propia madre había hablado muy bien del libro de la abuela de Molly. Yo había sido condescendiente, mi estrecha visión del éxito me había cegado ante el valor que Molly estaba proporcionando a la gente.

"Yo... lo siento", dije en voz baja, sorprendiéndome a mí mismo por la sinceridad de mi voz. "Tienes razón. Estaba siendo un idiota. Dejé que el estrés de esta tarde me afectara y me desquité contigo".

La expresión de Molly se suavizó ligeramente. "¿Estrés? ¿Qué es lo que te estresa de este evento? Se trata sólo de comer comida cara y charlar con gente rica como tú".

Suspiré. No tenía por costumbre admitir debilidades, pero después de insultar a Molly, se lo

debía.

"Para ser sincero, nunca me han gustado estas cenas benéficas", dije metiéndome las manos en los bolsillos. La voz de mi padre en mi cabeza me reprendió por hacer algo tan pedestre. "Siempre tengo la sensación de que al final de estas cosas me van a dar un boletín de notas diciéndome que he fallado. Forzar una conversación educada con los socios de mi padre, que aún me tratan como a un niño, no es mi idea de diversión".

Molly asintió con la cabeza, comprensiva, y luego un brillo travieso apareció en sus ojos. "Bueno, entonces, ¿por qué no nos vamos de aquí?"

"¿Qué? ¿Dejar la gala?" Pregunté, tan sorprendido como intrigado por la sugerencia.

Molly asintió con la cabeza y una sonrisa se dibujó en su rostro. "Tengo una idea para divertirnos. Hay una librería a la vuelta de la esquina, *Between the Covers*. Siempre he querido visitarla, pero nunca he tenido la oportunidad. ¿Qué te parece si nos olvidamos de esta fiesta y nos vamos de aventura?"

Por un momento, dudé. Irnos temprano podría ser visto como un paso en falso social. Pero cuando miré a Molly, con sus ojos llenos de entusiasmo, algo se agitó en mi interior: una explosión de espontaneidad que no había experimentado en años.

"¿Sabes qué? Hagámoslo", dije, ofreciéndole mi brazo con una sonrisa. Era lo menos que podía hacer después de insultarla, y alejarme de los ojos de los contemporáneos de mi padre era exactamente lo que necesitaba.

Cuando salimos de la gala, me invadió la emoción. Por primera vez en mucho tiempo, me adentraba en lo desconocido, guiado por alguien que veía el mundo a través de un prisma completamente distinto. Y mientras nos dirigíamos a la librería, todavía vestidos con nuestra ropa de gala, me sorprendió lo mucho que me apetecía lo que pudiera depararme esta improvisada aventura.

Las calles de Boston estaban más tranquilas ahora, la noche se iba asentando a nuestro alrededor a medida que nos acercábamos a *Between the Covers*. Y la cara de Molly... Dios, se iluminó con sólo ver el lugar. Nunca la había visto tan emocionada, ni siquiera entre todo el brillo y el glamour de la gala.

Pero entonces se me encogió el corazón al ver que el propietario ponía el cartel de "Cerrado".

"Oh no," dijo Molly, sonando como si su gato acabara de morir. "Llegamos demasiado tarde".

La miré y luego volví a mirar al dueño de la tienda, que estaba cerrando. Se me ocurrió una idea que hace una hora me habría parecido una locura.

"¡Espere!" Dije, apretando la mano de Molly antes de acercarme al dueño. "¿Disculpe, señor?"

El hombre levantó la vista, con curiosidad en los ojos al ver nuestro atuendo formal. "Lo siento, amigos. Hemos cerrado por esta noche".

Saqué mi cartera y extraje varios billetes de cien dólares. "Entiendo, pero esperaba que pudiéramos llegar a un acuerdo. ¿Considerarías dejarnos curiosear un rato? Los dos solos", Molly abrió los ojos con incredulidad.

El hombre levantó las cejas, miró el dinero y luego a nosotros. Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. "Bueno, supongo que podría hacer una excepción. Pero tendré que cerrar más tardar a medianoche".

"Trato hecho", dije, entregándole el dinero. "Gracias".

Cuando el dueño volvió a abrir la puerta, Molly se volvió hacia mí, con una sonrisa más brillante que cualquier diamante que hubiera visto en la gala. "¡No puedo creer que hayas hecho eso!"

Me encogí de hombros, tratando de mantener la calma a pesar del calor que sentía en el pecho por su reacción. "Bueno, hemos venido hasta aquí. Sería una pena volver atrás ahora".

El dueño nos hizo pasar y nos envolvió el olor a libros antiguos y madera pulida. "Disfruten. Volveré a medianoche".

En cuanto la puerta se cerró tras él, Molly me agarró de la mano, prácticamente vibrando de excitación.

"¡Ven!" Dijo, tirando de mí hacia una de las estanterías. "Déjame enseñarte algunos de mis favoritos".

No pude evitar reírme de su entusiasmo.

"Espera un segundo", dije, tirando suavemente de ella hacia atrás. "¿Todavía piensas que soy un imbécil?"

Molly hizo una pausa, acariciándose la barbilla con una exagerada expresión pensativa.

"Bueno, te he considerado un imbécil durante diez años, así que puede que haga falta algo más que un gran gesto para que cambie de opinión..." Se interrumpió, su mirada se suavizó cuando me miró. "Por otra parte, tal vez de eso se tratan los grandes gestos. Uno lo suficientemente grande puede cambiarlo todo".

Me dio un vuelco el corazón al oír sus palabras, al ver cómo me miraba. "Tendré que tenerlo en cuenta", dije, bajando la voz.

Durante la hora siguiente paseamos por la librería con Molly a la cabeza. Me enseñó sus autores favoritos, sacando libros de las estanterías con manos reverentes, sus ojos brillando mientras hablaba de tramas y personajes de los que yo nunca había oído hablar. Me sentí cautivado, no tanto por los libros en sí, sino por su pasión por ellos.

"¡Oh, mira!" Exclamó Molly, tirando de mí hacia una sección de libros usados. "Aquí tienen ediciones muy antiguas".

Mientras hojeábamos las estanterías, me sentí atraído por algunos clásicos encuadernados en cuero. Cogí un ejemplar de "La Ilíada" y pasé los dedos por su gastada cubierta.

Molly enarcó una ceja. "No sabía que te gustaban los clásicos".

Me encogí de hombros, un poco cohibido. "Siempre me ha gustado la historia. Estos libros antiguos, son como tener un pedazo del pasado en tus manos".

"Eso es... realmente genial", dijo Molly, sonando genuinamente impresionada. "Nunca supe eso de ti".

Mientras seguíamos explorando, me di cuenta de que veía a Molly bajo una nueva luz. La forma en que se le iluminaban los ojos cuando descubría una edición rara, la delicadeza con que trataba cada libro, la profundidad de sus conocimientos sobre autores y movimientos literarios... todo era cautivador. Nunca antes había apreciado realmente su pasión.

"Te encanta esto, ¿verdad?" Le pregunté suavemente mientras hojeaba un libro de bolsillo muy usado.

Molly me miró, con las mejillas ligeramente sonrojadas. "Sí. Los libros siempre han sido mi vía de escape, mi consuelo. Cada uno es un mundo nuevo que explorar".

Asentí, comprendiendo. "Creo que empiezo a ver por qué tu trabajo significa tanto para ti".

Sonrió y, por un momento, nos quedamos mirándonos. El aire entre nosotros parecía chisporrotear con una nueva energía, una tensión que antes no existía. Me incliné un poco hacia ella, atraído por algo que no podía nombrar.

Molly se aclaró la garganta, rompiendo el momento. "Entonces, um, ¿tienes alguna otra pasión oculta que debería saber?"

Me reí entre dientes, pasándome una mano por el pelo. Aparte del sexo y el trabajo, no me habría descrito como un apasionado de muchas cosas. "Bueno, hago un queso a la plancha buenísimo. ¿Eso cuenta?"

Se rió, el sonido resonó en la librería vacía. "Sin duda. Tendré que probarlo alguna vez".

Mientras continuábamos nuestra exploración, me di cuenta de que, por primera vez desde que conocía a Molly, no estábamos reñidos. Al menos fuera del sexo. Este cambio de escenario, entrar en su mundo de libros e historias, había cambiado algo entre nosotros. Y mientras la observaba colocar con cariño un libro en su estante, me encontré deseando que aquella noche no acabara nunca.

Capítulo 10

Molly

Las lámparas antiguas iluminaban las estanterías con una luz cálida, llenando la silenciosa librería de una atmósfera casi mágica. Eché otra mirada furtiva a Grant, que estaba absorto en un libro sobre muebles antiguos. Tenía el ceño fruncido, concentrado, y sus dedos trazaban suavemente las imágenes de las páginas. Sonreí a mi pesar.

¿Quién iba a pensar que Grant y yo acabaríamos aquí, de todos los lugares? Las últimas horas habían sido... bueno, increíbles. Por primera vez desde que lo conocí, pasamos más de unos minutos sin insultarnos. En lugar de eso, nos estábamos conociendo de verdad, y me sorprendió lo mucho que estaba disfrutando de su compañía.

Una punzada de culpabilidad me golpeó al recordar que le había llamado imbécil en la gala. Quizá me había precipitado al juzgarle. Después de todo, aquí estaba, pasando la noche del domingo en una librería conmigo en lugar de charlando con la élite de Boston. Incluso si, como había descubierto, no se sentía tan cómodo allí como yo hubiera imaginado, me sorprendió que el sentido del deber de Grant no lo hubiera retenido allí. Y la forma en que había convencido al dueño para que nos dejara quedarnos... Todavía no podía creerlo. No estaba segura de cuánto dinero le había entregado, pero debía de ser una cantidad considerable para que el dueño confiara su negocio a dos extraños.

Volví a mirar a Grant y se me cortó la respiración. Tenía un aspecto... bueno, magnífico era la única palabra para describirlo. Llevaba la corbata desabrochada, los botones de arriba de la camisa desabrochados y las mangas remangadas para mostrar sus fuertes antebrazos. El atuendo formal que había parecido tan rígido en la gala le daba ahora un aire desenvuelto que me hizo palpitar el corazón. Parecía la portada de una novela romántica.

Súbitamente consciente de mi propio estado de desaliño, busqué mis tacones y los encontré cerca de la chaqueta de Grant. Cuando fui a recogerlos, estaba claro que nuestra noche mágica llegaba a su fin. El dueño volvería a medianoche, y había tantas cosas que quería decir antes de que mi carruaje volviera a convertirse en una calabaza y mi vestido en los andrajos a los que estaba acostumbrada.

Respirando hondo, cogí la chaqueta de Grant y me acerqué a él. Levantó la vista cuando me acerqué, con una suave sonrisa en los labios.

"Toma", le dije, entregándole la chaqueta. "Pensé que la necesitarías de vuelta".

"Gracias", respondió, dejando a un lado el libro para coger su chaqueta. Nuestros dedos se rozaron y el contacto me produjo una descarga eléctrica.

Tragué con fuerza, armándome de valor.

"Sabes, siempre supe que me gustaría esta librería", empecé, con voz suave. "Pero seguí pasando por delante de ella durante años y años", no estaba hablando sólo de la librería, y por la forma en que Grant clavó sus ojos en los míos, supe que lo entendía. No me había permitido contemplarlo antes, pero había una razón por la que Grant me ponía de los nervios como nadie y por la que podía despotricar durante horas sobre su estúpido y apuesto rostro. Era el rico hombre de negocios de la puerta de al lado, y yo había leído suficientes novelas románticas como para no poder decir que no se me había ocurrido la idea a altas horas de la noche, cuando tenía la guardia baja. Por algo me había acostado con él en su cocina, y mi estado de ánimo era más una excusa que otra cosa.

"¿Es todo lo que esperabas?" Preguntó con voz grave e intensa.

Le miré a los ojos y descubrí una calidez que nunca antes había notado.

"Sí", susurré. "El mejor tipo de sorpresa".

Justo entonces, se oyó un tintineo de llaves en la entrada de la librería. El dueño había vuelto. Mi corazón se desplomó, sabiendo que nuestro tiempo a solas estaba a punto de terminar.

"Grant, yo..." Empecé, las palabras cayendo en un apuro.

Quería decirle algo mientras estábamos solos. Estar allí, rodeada de todos esos libros, me hizo

sentir que podía ser realmente auténtica con él. Como si pudiera hablar desde mi corazón.

Grant se acercó, sin apartar los ojos de los míos. "¿Qué pasa, Molly?"

Dudé, intentando encontrar las palabras adecuadas para disculparme por mi dureza anterior, para darle las gracias por esta noche increíble. Grant se había portado bien conmigo, no sólo esta noche, sino también cuando aceptó pagarme. Por mucho que me hubiera quejado de que me usara para dejar sus entregas en casa, siempre me había pagado bien por ello. Claro, siempre venía con una actitud despectiva y un comentario odioso, pero yo tampoco era inocente. En el fondo, siempre debí saber que podía confiar en él. Por eso había corrido a su casa después de que mi techo se derrumbara. Pero antes de que pudiera hablar, la mano de Grant me acarició la mejilla y, de repente, sus labios estaban sobre los míos.

El beso fue suave al principio, casi tentativo. Pero a medida que me inclinaba hacia él, se hizo más profundo, convirtiéndose en algo tierno y apasionado a la vez. Mis manos se dirigieron a su pecho, su corazón latía contra mi palma tan rápido como el mío. En aquel momento, rodeada por el aroma de los libros antiguos y el calor del abrazo de Grant, estaba exactamente donde quería estar.

Los pasos que se acercaban nos obligaron a separarnos, pero la conexión entre nosotros se mantuvo. Cuando nos giramos para saludar al dueño que regresaba, volví a fijarme en Grant. La mirada que compartimos me dijo que esta noche mágica aún no había terminado. De hecho, tenía la sensación de que era sólo el principio.

"Espero que hayan disfrutado de su sesión privada de navegación", dijo la voz del propietario, rompiendo el hechizo.

"Lo hicimos, gracias", contestó Grant, con la voz ligeramente ronca. Se aclaró la garganta. "Nos iremos en un momento".

"¿Supongo que no habrá encontrado nada que quiera comprar?" Preguntó descaradamente el dueño.

"En realidad, sí", dijo Grant, cogiendo "La Ilíada" y el libro sobre muebles antiguos que no había podido dejar.

El propietario estaba encantado de vender los caros libros. Grant había hecho que la intrusión valiera la pena. "¿Algo más?"

"No, creo que hemos encontrado lo que necesitamos", respondí, mirando a Grant.

Mientras recogíamos nuestras cosas, no podía dejar de sonreír. La noche había dado un giro inesperado, y estaba deseando ver lo que podría venir a continuación. Una cosa era cierta: mi visión de Grant había cambiado irrevocablemente, y no podía esperar a explorar esta nueva dinámica entre nosotros.



Grant me llevó a su dormitorio, con su mano sosteniendo la mía. La intimidad casual en la que habíamos caído para engañar a sus padres ya no era tan casual. Las caricias surgían de forma natural, incluso cuando no había nadie a quien engañar. Era sólo el segundo día de la visita de sus padres, pero al parecer estábamos destinados a hacer las cosas rápido. El sexo, el compromiso, la mudanza, todo iba a una velocidad de vértigo.

Mi corazón no había dejado de latir desde que me besó en la librería. El viaje de vuelta a casa había estado lleno de tensión y miradas robadas, y yo era constantemente consciente de su presencia, mi cuerpo atraído por el suyo. No sabía adónde me llevaba esto, pero ya no había vuelta atrás.

En cuanto se cerró la puerta del dormitorio, Grant volvió a besarme. Esta vez con más urgencia, impulsado por la interrupción en la librería y por tener que mantener nuestras manos quietas de camino a casa. Sus labios me exigían mientras me apoyaba contra la puerta y sus manos me agarraban las caderas y el culo. Era difícil no perderse en él. Todo en mí me pedía a gritos que me dejara llevar, que dejara que Grant llevara esto hasta el inevitable final. Ansiaba sus manos, sus labios, incluso su polla.

Fue Grant quien aminoró la marcha, echándose hacia atrás y mirándome con los ojos entornados. Me quedé sin aliento, atrapada en su mirada, con la piel erizada por la necesidad de ser tocada.

"En todos estos años conociéndote", empezó, metiéndome un mechón de pelo detrás de la oreja, "nunca hubiera imaginado que besarte sentaría tan bien".

Fruncí el ceño. "Nos besamos la noche que dormimos juntos. Deberías saber cómo es".

Pensar en aquella noche no ayudaba a calmar mi deseo, pero sí me hacía preguntarme si estaba cometiendo un error al verme envuelta en todo esto. No podía decir que me arrepintiera de aquella noche, en absoluto. Pero había ido en contra de lo que yo creía. Yo no era una chica de sexo sin sentido.

Pero entonces, ¿esto ahora tiene sentido?

Había algo entre Grant y yo, y parecía que él también lo sentía.

Me sostuvo la mirada, los engranajes de su cabeza obviamente girando, como si estuviera tratando de averiguar qué era esto.

"Lo sé, pero esto es diferente. No puedo expresarlo con palabras", dijo, con una arruga entre los ojos.

Se me hizo un nudo en el estómago. Conocía la opinión de Grant sobre el sexo y el matrimonio. Los consideraba acuerdos beneficiosos, no vínculos emocionales profundos. Pero tal vez estaba listo para algo más.

"Entonces déjame intentarlo", dije antes de perder los nervios. Dejé que mi tono fuera intencionadamente ambiguo, a caballo entre la línea alegre y lo serio por si Grant no respondía como yo esperaba. "Tal vez sea diferente porque... te estás enamorando de mí".

Sus labios esbozaron una sonrisa irónica.

"Me han dicho que soy frío y despiadado", dijo, pero no se apartó. Se inclinó más hacia mí, dejándome sentir el calor de su cuerpo. "Una mujer incluso me llamó imbécil".

Le devolví la sonrisa para disimular la caída de mi corazón, rozando con las yemas de los dedos su sien y su pelo. Un momento robado de afecto.

"Siempre pensé en ti como el gruñón de la puerta de al lado. Pero eres mucho más que eso. Gracias de nuevo por esta noche", dije, ocultando la tristeza que florecía en mi pecho. Fuera lo que fuese lo que estaba pasando entre Grant y yo, no estaba preparada para ello. "Ha sido una de las mejores noches de mi vida".

"La noche no tiene por qué terminar", dijo, agarrándome de nuevo de las caderas.

Era tan tentador.

"Pero ya ha terminado", dije, zafándome de su agarre y de su órbita. No le miré a la cara para no encontrar la decepción que sabía que debía haber allí. "Esta relación sigue siendo falsa, ¿no es así?"

"Aún podemos divertirnos", dijo, siguiéndome mientras yo me afanaba en coger mi pijama.

"Sería una mala idea", suspiré. "Realmente no soy ese tipo de chica, Grant. No tengo sexo sin sentido, y definitivamente no hago complicaciones, y esto se va a poner muy complicado si cruzamos esa línea".

No le dije que no estaba segura de poder acostarme con él sin enamorarme. En mi cerebro, las dos cosas estaban tan ligadas que daba igual cuál fuera primero; la otra vendría después.

Volvió a estrecharme entre sus brazos y me dejé llevar sin oponer resistencia.

"Si hay líneas que no quieres cruzar, puedo respetarlo", regateó. "No tenemos que llegar hasta el final, sólo ceñirnos a tocar".

"Tal vez los besos estén bien", dije tentativamente.

Grant me atrajo hacia otro beso ardiente. No pude evitar devolverle el beso, devolviéndole la pasión que intentaba reprimir.

"No tienes ni idea de las ganas que tengo de comerte", murmuró contra mis labios, y luego volvió a besarme.

Me estremecí ante la oferta, el deseo amenazaba con consumirme. No me di cuenta de que nos estábamos moviendo hasta que mi espalda chocó contra la pared. Era la misma posición en la que habíamos empezado, y mi mundo se reducía a Grant una vez más. Besarlo era como ser tragada por el sol, dicha y ruina a la vez.

Apretó sus caderas contra mí. Su polla estaba durísima. Un estremecimiento de necesidad me recorrió y mis bragas se mojaron. Sus manos buscaron mis muslos y tiraron de mi bata esmeralda hacia arriba para que se deslizara sensualmente contra mis piernas hasta dejarme al descubierto. Me acarició los muslos y yo seguí la dirección de sus manos, levantando la pierna y rodeándole la cintura para que su dura polla rozara mis bragas casi empapadas.

Lo deseaba tanto. Pero no así. No cuando sólo me daría su cuerpo y nada más. Me debía más.

"Se está haciendo tarde", susurré contra sus labios. Un estremecimiento recorrió mi cuerpo cuando su polla vestida presionó mi clítoris. "Deberíamos irnos a la cama".

"Eso es lo que pretendo", ronroneó, sin entender que yo intentaba pisar el freno.

"Así no", le dije, aunque me dolía rechazarlo. Empujé sus hombros y él retrocedió. "Me refería a dormir de verdad".

Grant suspiró pero me soltó. "No creo que vaya a dormir esta noche. No contigo a mi lado".

Yo tampoco lo creía, pero no iba a decírselo.

"Tenemos que intentarlo", dije.

Cogí el pijama y me metí en el baño para cambiarme. Casi tuve la tentación de tocarme, solo para aliviarme un poco, pero Grant lo sabría y yo no quería eso.

Cuando salí del baño, él ya estaba acostado, con el traje bien colgado. Me metí en la cama a su lado, manteniéndome a distancia. Apagamos las luces y me dispuse a acurrucarme en mi lado de la cama cuando Grant volvió a acercarse a mí, deteniéndose justo antes de tocarme. Quería que me tocara, pero sabía que no debía hacerlo. No podía seguir jugando al frío y al calor con él. Pero no podía contenerme.

"Quizá tocar también esté bien", murmuré.

Grant volvió a estrecharme entre sus brazos y nuestros labios se encontraron al mismo tiempo. Al amparo de la oscuridad, me resultaba aún más difícil recordar por qué no quería aquello. Sus manos recorrieron mi cuerpo, encontraron mis pezones duros y jugaron con ellos hasta que jadeé en su boca.

Lo acaricié a través de sus pantalones de satén, disfrutando de la sensación del suave y sedoso tejido rozando su dura longitud. Por la forma en que gemía, supuse que a él también le encantaba.

Sus manos se introdujeron en mis calzoncillos y se detuvieron. Gemí un "sí". Me había quitado las bragas porque estaban muy mojadas, y ahora ya no había ninguna barrera entre los hábiles dedos de Grant y yo. Acarició mis pliegues resbaladizos, haciéndome estremecer con el más leve de los toques.

Me acercó aún más y se sacó la polla de los pantalones para que se la acariciara. Me encantaba cómo la sentía en mis manos, palpitando y goteando por la punta, mostrándome cuánto me

deseaba. Me besó en el cuello mientras me frotaba el clítoris, haciéndome respirar suavemente.

Nos arrastramos el uno contra el otro, las piernas rozándose, los pechos apretados, y entonces -*Dios*- la longitud de su polla se deslizó por mis pliegues, rozándome el clítoris.

"Estás tan mojada", gimió Grant, con voz grave y áspera. "Tan jodidamente mojada para mí".

Le clavé las uñas en el muslo, sin saber si quería que se detuviera o tirar de él para acercarme más. La cabeza me daba vueltas mientras el deseo y la lógica entraban en guerra.

"¿Siguen siendo válidas las reglas?" Preguntó Grant, temblando por la fuerza que le costaba contenerse.

Cerré los ojos con fuerza.

¿Cabeza o corazón?

No era tan sencillo. No si quería proteger mi corazón. Y lo irónico era que la caballerosidad de Grant me recordaba lo que realmente quería. No una cita sin sentido en plena noche, que satisficiera mi cuerpo pero dejara mi corazón vacío y frío. Quería algo más profundo. Algo verdadero.

Me eché hacia atrás, aunque mi cuerpo me pedía a gritos que continuara. Unas cuantas embestidas y caricias de los dedos de Grant sobre mi clítoris habrían bastado para llevarme al límite, estaba así de excitada.

"Lo siento", dije, rodando sobre mi espalda y lejos de la polla de Grant. Eché de menos su calor de inmediato. "Es mejor no complicar las cosas".

Abrí los ojos, necesitaba ver su reacción, aunque temía decepcionarlo. Tenía la boca delineada, pero asintió sin enfadarse.

"De acuerdo", fue todo lo que dijo antes de darse la vuelta y darme la espalda.

Para resistir la tentación, yo también le di la espalda, aferrándome al borde de la cama. Con los muslos apretados, me daba la presión justa para provocarme. Una parte de mí odiaba lo que había decidido hacer. Mi estúpido corazón romántico se interponía en el camino del placer profundo, pero a la fría luz de la mañana, iba a alegrarme de haber tomado esta decisión.

Pero eso no hizo que el dolor desapareciera. Las ganas de volver a sentirlo dentro de mí, llenándome como nunca nadie lo había hecho, eran abrumadoras. No fue fácil conciliar el sueño en ese momento.

Capítulo 11

Molly

El sol de la tarde me daba en la cara mientras caminaba por las concurridas calles de Back Bay. Era el quinto día de la visita de los padres de Grant y me alegraba de estar fuera de casa. Pero al acercarme al restaurante Dixie, mis pasos vacilaron por un momento. Estaba a punto de conocer a mi hermana gemela. Suponiendo que no fuera una estafa. Pero ni siquiera los nervios pudieron tapar mi cansancio. Ahogué un bostezo, la falta de sueño de las últimas noches me estaba pasando factura.

Los recuerdos de aquellas noches con Grant inundaron mi mente de forma espontánea. El calor de su piel contra la mía, la intensidad de sus ojos mientras nos explorábamos mutuamente... pero sin llegar a cruzar esa línea final. Mi determinación de mantener mi regla vacilaba cada noche que pasaba, el deseo crecía como un crescendo que amenazaba con abrumarme. Sacudí la cabeza, intentando aclarar mis pensamientos. No era el momento para esas distracciones.

La gente entraba y salía del restaurante, y me pregunté si Bea estaría ya dentro. El nombre me resultaba extraño en la lengua, incluso pensándolo.

Bea.

Mi supuesta hermana gemela. El mero concepto me parecía absurdo, más propio de una telenovela que de mi vida real.

Decidí no traer al abogado de Grant conmigo. No me parecía bien. Si realmente era mi hermana,

no quería empezar con mal pie. Y si sólo era una estafadora, confiaba en mi intuición lo suficiente como para saberlo.

Una enorme oleada de nerviosismo me invadió mientras permanecía inmóvil. Una parte de mí quería dar media vuelta y salir corriendo, fingir que nunca había recibido aquella llamada tan estremecedora. Pero la curiosidad, ese implacable deseo de saber la verdad, me impulsó a seguir adelante.

Cuando abrí la pesada puerta de madera, me envolvió el cálido aroma del pan y el café recién horneados. Se acercó una anfitriona, cuya sonrisa no ayudó a calmar mis nervios.

"Bienvenida a Dixie. ¿Tiene una reserva?" Preguntó.

"He quedado con alguien", logré responder, mi voz sonaba tensa incluso para mis propios oídos. "Bajo el nombre de Bea o Beatrice Tinsdale, creo".

La anfitriona asintió, consultando su tableta. "Ah, sí. Por aquí, por favor".

A medida que avanzábamos por el abarrotado comedor, mi corazón empezó a acelerarse. A cada paso me sentía más cerca de un precipicio, a punto de sumergirme en profundidades desconocidas. Me recriminé por no haber involucrado al abogado de Grant, por haberme precipitado en esta reunión. ¿Y si todo era un engaño?

Y de repente, ya estábamos allí. La anfitriona señaló una mesa escondida en un rincón tranquilo y la vi.

Bea.

Por un momento, fue como si me mirara en un espejo, aunque ligeramente distorsionado. La mujer que se levantó para saludarme tenía mis ojos, mi nariz, la misma cara en forma de corazón que veía todas las mañanas. Pero también había diferencias: su pelo era un poco más oscuro, su complexión ligeramente más atlética. Era como una versión de mí misma de un universo paralelo. Pero no había duda. *Tenía* que ser mi hermana. El corazón se me estrujó dolorosamente.

"Molly", dijo, su voz cálida, pero había nerviosismo allí también. "Estoy tan contenta de que hayas venido".

Asentí con la cabeza, sin atreverme a hablar todavía. Las dos nos sentamos y un silencio incómodo se apoderó de nosotras cuando la anfitriona se retiró.

"No sé por dónde empezar", dijo Bea, mientras jugueteaba con el borde de la servilleta. "Esto debe de ser abrumador para ti. Sé que lo fue para mí cuando me enteré. Todavía lo es, si te soy sincera".

Solté una risa temblorosa. "Eso es decir poco".

Bea sonrió, y la familiaridad de esa expresión en su rostro me produjo una sacudida.

"Supongo que debería explicarte cómo te encontré", empezó. "Somos gemelas fraternas, no idénticas. Me enteré de que era adoptada hace años, y he estado tratando de rastrear información sobre mi familia biológica desde entonces".

Mientras Bea hablaba, la estudié atentamente. Los mismos ojos, la misma estructura facial... era extraño. Y, sin embargo, era una extraña para mí. También podía distinguir a mi madre, a nuestra madre, en ella. No podía decidir si eso era más o menos extraño que verme a mí misma en ella.

"Cuando vi tu foto en el periódico para el anuncio de tu boda, lo supe", continuó Bea, "no había error en el parecido. Le di el artículo a un detective privado, que consiguió encontrar tu blog y, finalmente, tu información de contacto".

Asentí con la cabeza. "Y ahora aquí estamos", dije suavemente.

"¿No es increíble?" Respondió Bea, con una sonrisa tentativa en los labios.

Cuando empecé a asimilar la realidad de la situación, me invadió una vorágine de emociones. Alegría por el descubrimiento de una hermana que no sabía que tenía. Enfado con mi madre por haberme ocultado este secreto durante tantos años. Pena por todo el tiempo que habíamos perdido, por todas las experiencias que podríamos haber compartido. No entendía cómo podía renunciar a una de nosotras. ¿Por eso nunca pudo conectar de verdad conmigo?

"No puedo creer que nunca me lo dijera", susurré, más para mí que para Bea. "Todos estos años..."

Bea extendió la mano por encima de la mesa y la mía se cernió insegura antes de retirarse. "Lo siento. Sé que esto debe ser difícil para ti".

Levanté la vista hacia ella, de repente abrumada por la magnitud de lo que ambas habíamos perdido. "¿Sabes... sabes algo de nuestro padre biológico?"

Bea negó con la cabeza, un destello de tristeza cruzó sus facciones. "No, nada. Los registros de adopción estaban sellados, y me he metido en un callejón sin salida tras otro tratando de encontrar información".

Pensé en cómo había sido crecer con preguntas sobre mi padre que nunca recibían respuesta. Bea lo había vivido al doble.

"Nunca conocí a nuestro padre; no aparecía en ninguna foto, y nunca pude conseguir información sobre él. Nuestra madre era reportera gráfica; estuvo mucho tiempo fuera, y ahora..." ¿Cómo iba a decirle a Bea que nuestra madre tenía Alzheimer y que quizá no fuera capaz de contarnos a ninguna de las dos lo que había pasado ni por qué nos había separado?

"¿Ha fallecido?" Preguntó Bea, con los ojos llenos de tristeza.

"No, está viva, sólo que..." Se me hizo un nudo en la garganta al pensar en todas las preguntas sin respuesta, en toda la historia que nos habían negado a las dos. El peso de todo aquello me oprimía, dificultándome la respiración.

"Lo siento", dije bruscamente, empujando mi silla hacia atrás. "Necesito un poco de aire".

Sin esperar respuesta, me apresuré a salir del restaurante, aspirando el aire fresco en cuanto llegué a la acera. Mi mente daba vueltas, intentando procesarlo todo. Tenía una hermana gemela y era una desconocida para mí. Lo había oído todo sobre las conexiones entre gemelas, el vínculo que compartían, pero cuando miré a Bea, no había más que pena.

Unos pasos corrían detrás de mí y, cuando me volví, Bea salía del restaurante con la preocupación grabada en el rostro.

"Molly, espera", gritó.

Me detuve, me temblaban las manos al pasármelas por el pelo.

"Lo siento", dije de nuevo. "Es que... no te conozco. Ni siquiera sabría por dónde empezar".

La expresión de Bea se suavizó, pero había algo en sus ojos que no supe interpretar. No me

miraba directamente a los ojos y su postura era tensa, casi cautelosa.

"Sé que nos hemos perdido muchos años como hermanas", dijo, bajando la voz. "Pero no es demasiado tarde para desarrollar una relación. Podríamos empezar por pasar algún tiempo juntas".

Me tomé un momento para centrarme, intentando calmar mis pensamientos acelerados.

"Tienes razón", admití. "Es que... salí corriendo por mis sentimientos hacia nuestra madre más que nada. Pero estar enfadada con ella no va a ayudar en nada. Siento haber intentado alejarme".

Los hombros de Bea se relajaron ligeramente al oír mis palabras. "No pasa nada. Esto es mucho que asimilar".

"¿Dónde te alojas?" Pregunté, dándome cuenta de repente de que no sabía nada de su vida ni de sus planes.

"En una habitación en el Sullivan Suites", respondió.

Asentí, sonriendo un poco a pesar de todo. Era toda una coincidencia. "Bueno, al menos puedo hacer que Grant te compense la habitación".

Bea enarcó las cejas, sorprendida. "¿En serio? Eso sería increíble".

"Después de todo, eres mi hermana", le dije. Entonces se me ocurrió una idea, una forma de empezar a salvar el enorme abismo que nos separaba. "Escucha, se supone que tengo que ir a comprar el vestido de novia con la madre de Grant, Zora, mañana. ¿Te gustaría venir?"

La sonrisa que floreció en el rostro de Bea era genuina e iluminaba sus facciones de un modo que hacía aún más llamativo nuestro parecido familiar.

"Me encantaría", dijo con entusiasmo.

Mientras hacíamos planes para vernos en la tienda de ropa al día siguiente, se agolpaban en mí demasiadas emociones. Entusiasmo ante la perspectiva de conocer a mi nueva hermana, aprensión por la forma en que esto cambiaría mi vida, mis relaciones, mi comprensión de mi propia identidad... Y por debajo de todo, una inquietud persistente que no podía quitarme de encima. Todavía había muchas cosas que no sabía ni entendía.

"¿Podemos hacernos una foto juntas?" Le pregunté a Bea, de repente llena de la necesidad de tener algo de mi hermana para guardarlo como si necesitara probarme a mí misma que esto era real.

"Claro", sonrió, claramente contenta de que se lo haya preguntado.

Posamos juntas mientras nos hacía el selfie. Compararnos en la foto fue surrealista. Mi sonrisa estaba en la cara de otra persona, no exactamente como un espejo, pero casi.

Nos despedimos y me alejé de mi hermana gemela, sintiéndome como si me hubiera atropellado una apisonadora.

De vuelta en casa de Grant, mi mente se agitaba con todo lo que había pasado. Tenía una hermana. Una hermana gemela de verdad. Y eso era sólo una parte de mis preocupaciones. Estaba lidiando con los padres de Grant escudriñando cada uno de nuestros movimientos. Cada vez era más difícil resistirse a Grant. ¿Y mi madre? El dolor y la rabia que sentía hacia ella por haber guardado el secreto eran crudos e intensos.

A pesar de mi agitación interior, un extraño consuelo surgió en mi interior a medida que me acercaba a la casa de Grant. Incluso con el juicio siempre presente de sus padres, estaba deseando volver a casa. Tenía ganas de ver a Grant.

Capítulo 12

Grant

El rico aroma del ajo y las hierbas salteadas se esparcía por toda la casa, prometiendo tentadoramente la comida que se avecinaba. En circunstancias normales, se me haría la boca agua. Pero mientras me sentaba a la cabecera de la mesa, observando el ceño cada vez más fruncido de mi padre, el miedo crecía en mi interior. Llevaba cinco días aguantando sus críticas. Sólo la mitad.

Mis padres ya estaban sentados, charlando amablemente de cosas triviales que no ayudaban a disimular la tensión subyacente. Casi podía imaginarme los engranajes girando en la cabeza de mi padre, sin duda formulando un aluvión de preguntas a nuestro nuevo chef. Mi verdadero chef se había ido de vacaciones, como estaba previsto, y yo me había apresurado a encontrar un sustituto para la estancia de mis padres.

Sólo quería comer. Ya me rugía el estómago.

"Padre", dije, tratando de mantener mi voz ligera, "Sé que eres particular acerca de tus comidas, pero por favor trata de ser de mente abierta esta noche. Hice lo mejor que pude con tan poco tiempo".

Los ojos de mi padre se entrecerraron ligeramente. "Seguro que sí, hijo. Pero la calidad no debe sacrificarse por la conveniencia".

Reprimí un suspiro. Iba a ser una noche larga.

Me salvé de tener que responder porque la puerta de la cocina se abrió de golpe. Nuestro nuevo chef salió con una bandeja de ensaladas elegantemente emplatadas. Las hojas estaban ingeniosamente dispuestas, salpicadas de lo que parecían flores comestibles y rociadas con una ligera vinagreta.

"Su primer plato", anunció el chef, su voz traicionando un toque de nerviosismo. "Una ensalada de primavera con nueces confitadas, queso de cabra, y un aderezo de miel y lavanda".

Observé la cara de mi padre, esperando contra toda esperanza que simplemente asintiera y empezara a comer. Pero, por supuesto, eso era demasiado pedir.

"¿Dijiste lavanda?" Mi padre se inclinó hacia delante, examinando el plato como si fuera una prueba en un juicio. "¿No es un poco... perfumado para un aliño de ensalada? Y estas flores, ¿son realmente comestibles? ¿De qué variedad son?"

El cocinero se lanzó a dar explicaciones, pero yo no le presté atención, pues me llamó la atención un movimiento en la puerta. Molly había llegado, deslizándose distraída en la habitación. Cuando tomó asiento a mi lado, me di cuenta de que algo le preocupaba.

"¿Todo bien?" Murmuré, alcanzando su mano por debajo de la mesa sin pensarlo.

¿Cuándo se volvió tan fácil tocar a Molly? Esto ni siquiera es por actuar frente a mis padres.

Me dedicó una pequeña sonrisa que no le llegó a los ojos. "¿Puedo tener un momento a solas contigo? ¿Después de la ensalada?"

Asentí, con curiosidad y preocupación en mi mente.

El plato de ensalada transcurrió como me temía. Mi padre interrogó al chef sobre cada ingrediente, método de preparación y filosofía culinaria de este. Cuando terminamos de comer, estaba seguro de que el plato principal estaría frío cuando llegara.

Después de que recogieron los platos, llamé la atención de Molly y me puse en pie.

"Volvemos enseguida", anuncié a la mesa, conduciendo a Molly a mi sala de estar al final del pasillo.

Una vez que la puerta se cerró tras nosotros, Molly respiró hondo.

"Hoy he conocido a Bea", dijo sin preámbulos.

Por un momento, no pude reconocer el nombre. Entonces caí en la cuenta. "¿Tu supuesta gemela? Molly, acordamos tener un abogado presente en esa reunión. ¡Podría haber sido peligroso!"

"Lo sé, lo sé", dijo levantando las manos. "Pero mira".

Sacó su teléfono y buscó una foto antes de mostrármela.

Me quedé boquiabierto al ver la imagen. Dos mujeres, una al lado de la otra, con la misma cara en forma de corazón y los mismos ojos cálidos. Una era inconfundiblemente Molly, y la otra... tenía que ser Bea.

"Ya... ya veo lo que quieres decir", admití, devolviéndole el teléfono. "El parecido es asombroso. Gemelas fraternas, supongo".

Molly asintió, con la emoción y la incertidumbre en guerra en sus ojos. "Hablamos un rato. Parece sincera, Grant. La invité a venir mañana a comprar el vestido de novia".

"Aun así", dije, sintiéndome inusualmente protector, no sólo de mis propios intereses, sino también de los de Molly. "Deberías tener cuidado. No compartas ninguna información financiera con ella; asegúrate de que no vea la tarjeta de crédito que te voy a dar para pagar el vestido. Sólo... mantén las distancias hasta que sepas que puedes confiar en ella. Aunque sea de la familia, eso no significa que sus intenciones sean buenas".

"Lo entiendo, y créeme, seré cautelosa", aceptó.

Todavía era una novedad que Molly estuviera de acuerdo conmigo. Deseaba que lo hiciera más, como cuando jugueteábamos en la cama. Nunca me había masturbado tanto en mi vida como en los últimos cinco días.

Un golpe en la puerta nos interrumpió. Se oyó la voz de mi madre. "¿Molly? ¿Quieres el faisán o el pescado blanco?"

"Pescado blanco, por favor", respondió Molly. Me dedicó una pequeña sonrisa. "Deberíamos volver".

Asentí y la seguí hasta el vestíbulo. Pero justo cuando llegamos al comedor, mi teléfono zumbó en mi bolsillo. Al sacarlo, una sacudida de sorpresa -y pavor- me recorrió al ver el identificador de llamadas.

Shannon Pratt. Mi ex.

Joder.

Eché un vistazo al comedor, donde mi padre seguía interrogando al chef sobre el plato principal. Molly se había reincorporado a la mesa, escuchando pacientemente mientras mi madre exponía algún que otro tema. No podía quedarme sentado durante toda la cena preguntándome qué quería; era mejor enfrentarme a ella de frente, y no me echarían de menos en la mesa durante unos minutos.

Tomada la decisión, volví sigilosamente al salón y cerré la puerta del comedor. Respondí a la llamada.

"Shannon. Esto es... inesperado".

"Hola, Grant", su voz era tan suave y fresca como la recordaba, como seda cara contra la piel. Ella siempre había tenido una manera de decir mi nombre como si yo estuviera en problemas. "Vi los anuncios de la boda. Debo decir que estoy sorprendida. Pensé que Grant Sullivan estaba decidido a permanecer soltero para siempre. Al menos, eso me pareció a mí después de que estuviéramos juntos dos años y no te declararas".

Me invadió una oleada de irritación. "Tal vez finalmente me di cuenta de lo fría y despiadada que eres. Por eso rompimos, ¿recuerdas?"

Viniendo de mi familia, eso era mucho decir. Difícilmente éramos cálidos y cariñosos. Pero había descubierto demasiado tarde que Shannon sólo se preocupaba por sí misma.

Ella se rió, el sonido tan quebradizo como un cristal rompiéndose. "Oh, Grant. Se necesita uno para conocer a otro, querido".

Se me revolvió el estómago. Nunca me habían acusado de tener un corazón blando, pero tampoco era despiadado.

"¿Qué quieres, Shannon?" Pregunté, yendo al grano.

"¿Qué quiero? ¿No puede llamarte un antiguo amor para felicitarte?" Hizo una pausa, y casi pude imaginarme la sonrisa depredadora en su cara. "Aunque dudo que al final lo hagas".

"¿Y por qué lo dudas?"

"He fisgoneado un poco sobre esa nueva mujer tuya", dijo Shannon, con un tono de conspiración en la voz. "Tiene un blog sobre *el amor*, Grant. No puedes enamorarte de una mujer tan ingenua y tonta. Eres demasiado listo para eso".

La protección hacia Molly me invadió por segunda vez en el día, mezclada con un creciente malestar por el interés de Shannon. "Mi relación no es de tu incumbencia, Shannon".

"Oh, claro que lo es", ronroneó. "Tenemos un pasado, tú y yo. Y si decides que quieres una mujer más... a tu altura, ya sabes dónde encontrarme".

"Yo estoy en Boston; tú estás en California", dije rotundamente. "No creo que nos encontremos pronto".

Shannon se había mudado después de que rompiéramos, y había sido un alivio.

Hubo una pausa, cargada de significado. "Oh, no, cariño. En realidad estoy mucho más cerca de lo que crees".

Antes de que pudiera responder, la línea se cortó. Me quedé mirando el teléfono, con un escalofrío recorriéndome la espalda a pesar del calor de la habitación.

¿Qué demonios se supone que significa eso?

Respirando hondo, intenté deshacerme de la inquietante sensación que me había dejado la llamada de Shannon. Tenía una cena familiar a la que volver, una prometida a la que mantener y una vida que estaba construyendo en la que no tenían cabida los fantasmas de mi pasado. Tenía que centrarme en mi herencia, no en el juego que estuviera jugando Shannon. Probablemente estaba celosa. Nunca pudo resistirse a entrometerse.

Cuando volví a entrar en el comedor, busqué inmediatamente a Molly. Levantó la vista y una cálida sonrisa se dibujó en su rostro cuando nuestras miradas se encontraron. En ese momento, todos los pensamientos sobre Shannon y sus crípticas advertencias se desvanecieron.

Después de cenar, Molly y yo nos disculpamos con mis padres y nos retiramos al piso de arriba. Mi dormitorio se había convertido en mi lugar de refugio contra la visita de mis padres. Y mi lugar de tortura.

La tentación de Molly estaba poniendo a prueba mi fuerza de voluntad como nunca lo había hecho nada. Era la quinta noche que dormíamos castamente en la misma cama.

"No sé cuántas noches más como esta podré soportar", dije mientras dejaba el teléfono y la cartera sobre la mesilla de noche. "Tenerte en mi cama pero no poder tenerte como quiero es demasiado".

"¿Y cómo me quieres?" Preguntó Molly, parpadeándome con falsa inocencia. Me tenía enredado en su dedo meñique, y ni siquiera podía estar tan enfadado por ello. Frustrado, sí. Pero no enfadado.

"Sabes cómo", le contesté, lanzándole mi mejor mirada seductora, desnudándola con los ojos. Y allí estaba ese rubor que tanto me gustaba; sus mejillas teñidas de rosa por el deseo y la timidez que aún no se había quitado de encima.

Decidí subir la apuesta. Me había estado cambiando en el cuarto de baño por respeto a sus límites, pero a ella no le importaba molestarme. Ella podría soportar verme desnudo. O, con suerte, no lo soportaría y acabaría sucumbiendo a mi seducción.

Me aflojé la corbata y me desabroché la camisa, manteniendo el contacto visual con ella mientras lo hacía. Hasta que no pudo resistirse a mirar hacia abajo mientras me descubría el pecho. Pero no me detuve ahí. Me quité la camisa y empecé con los pantalones, bajándome lentamente la bragueta. Estaba medio empalmado sólo por la anticipación de las burlas de Molly. Su mirada se dirigió a mi polla, cubierta por la fina tela negra de mis bóxers. Se lamió los labios.

"Esto no es justo", dijo, pero no apartó la mirada.

Ladeé una ceja y seguí avanzando, despojándome de los pantalones y los calzoncillos y dejándole a la vista mi endurecida polla.

"Grant..." Dijo en tono de advertencia, pero su voz ya estaba entrecortada por la necesidad.

"Me estoy cambiando", dije.

Dos podrían jugar al inocente.

"¿Y tienes que quitarte los calzoncillos?" Gimió.

"No duermo en calzoncillos; ya deberías saberlo", sonreí con satisfacción.

Cogí los pantalones de satén de mi pijama y me los puse, dejando a un lado mi polla medio dura.

"Básicamente eres mi jefe", se quejó. "Me pagas por este trabajo. Los jefes no deberían ponerse así con sus empleados, es injusto".

No pude evitar sonreír mientras me metía en la cama.

"Oh, ¿te estoy excitando?" Pregunté, y mi polla se crispó ante la idea.

"Sabes lo que haces", respondió ella. Pero no se detuvo ahí.

Molly también se había estado cambiando en el cuarto de baño, pero, por lo visto, el juego estaba servido. La observé mientras se quitaba la blusa, dejando al descubierto un sujetador de encaje que abrazaba la turgencia de sus pechos y me suplicaba que los tocara, lamiera y chupara. Contuve la respiración cuando se quitó los pantalones, dejando al descubierto sus muslos perfectos. A continuación se quitó el sujetador, que se unió al montón de ropa del suelo. Sus pezones se endurecieron mientras la miraba, y luego me los arrebató cruelmente cuando se puso la camiseta de tirantes y unos pantalones cortos.

"Y sabes lo que me estás haciendo también", gruñí.

Parecía demasiado satisfecha de sí misma cuando se metió en la cama a mi lado. No pude contenerme más. La atraje hacia mí, mi frente a su espalda.

"Dijiste que tocar está bien", gruñí.

Se inclinó hacia mí, mostrándome con su cuerpo que no se oponía y permitiéndome que dejara vagar mis manos. Así era cada noche, las burlas y los tocamientos, pero el límite final seguía vedado para mí.

Se echó hacia atrás para acariciarme el muslo mientras yo le acercaba una mano por delante y le acariciaba los pechos perfectos a través de la blusa, pellizcando y jugando con sus duros pezones hasta que jadeó.

Molly apretó su dulce culito hacia atrás, frotándose contra mi dura polla, haciéndome palpitar. Sería tan fácil bajarle los pantalones cortos y las bragas, o hacerlos a un lado, y zambullirme en ella como yo deseaba.

Pero no si ella no quería.

"Te deseo", susurré, presionando besos en su cuello. "¿Por qué no puedo tenerte?"

Ella gimió, y no en el buen sentido.

"Tontear así está bien, pero me refería a lo que dije de que básicamente eres mi jefe", dijo. Me di cuenta de que no estaba contenta con la dinámica. "Si empezamos a dormir juntos de *verdad*, cambiará todo".

Detuve mi exploración de su cuerpo, pero no la solté de mis brazos.

"Si lo que te preocupan son las complicaciones, creo que es demasiado tarde para eso", argumenté. Esto ha dejado de ser un acuerdo puramente comercial. No estaba seguro de si alguna vez lo fue realmente.

"Lo sé, pero..." Suspiró. "Pero podría ser mucho peor".

Se giró en mis brazos para mirarme a la cara. Su expresión era seria. Demasiado seria para lo excitado que estaba.

"Para mí, el sexo es amor", me dijo, sosteniéndome la mirada.

Era como si me hubieran echado un cubo de agua fría en la cabeza. No quería hablar de amor ni de sentimientos. Ella debió verlo en mi cara, porque se apartó, con los ojos entornados.

El espacio que nos separaba parecía más grande de lo que realmente era. Se apoyó en la almohada y cogió el portátil de la mesilla. Estaba claro que la discusión había terminado y yo la había fastidiado.

Me tumbé boca arriba y me quedé mirando al techo. Esperaba que Molly volviera a rechazarme, pero no me esperaba ese tema de conversación. Deseaba que fuera más fácil, que pudiera follármela como quisiera y no tuviera que pensar en *complicaciones*. Pero en el fondo, ella tenía razón. Esa era la parte que más me jodía. Sabía que si teníamos sexo ahora, no sería sólo sexo. Sería algo más profundo.

Amor...

Eso no era algo que estuviera dispuesto a considerar.

La tensión flotaba en el aire, densa y sofocante, y cada fibra de mi ser deseaba acortar esa distancia. Pero el muro que había levantado era sólido y no estaba seguro de si podría -o debería- atravesarlo.

Se giró para mirarme, pero en lugar del beso apasionado que yo deseaba, suspiró. "Estoy estresada, Grant. Están pasando muchas cosas".

Su voz era suave, casi vulnerable, y me obligué a escuchar, aunque mi cuerpo protestaba por la falta de contacto.

"No sólo por la aparición de mi 'hermana gemela'", continuó, sino también por el trabajo. Se acerca la gran convención de blogueros y me han pedido que conceda una entrevista para una importante publicación romántica. Me estoy apresurando a prepararla".

Asentí con la cabeza, intentando concentrarme en sus palabras y no en la curva de sus labios, la forma en que su pelo caía sobre su hombro, o lo cerca, y a la vez lo lejos que estaba.

"Hay tanto que hacer en relación con mi blog y las reseñas de libros. El trabajo se acumula y siento como si me estuviera ahogando".

Había tensión en sus ojos, y una parte de mí quería ayudarla, quitarle parte de esa carga de encima. Pero otra parte de mí, la que era consciente de cada centímetro de su cuerpo bajo aquellas sábanas, era egoísta, la deseaba de una forma que no tenía nada que ver con ayudar.

Suspiró de nuevo, casi con nostalgia. "Y ahora se supone que tengo que ir a comprar el vestido de novia con tu madre... no debería tomar tanto tiempo, ¿verdad? Hay tantos vestidos bonitos por ahí, y no es como si tuviéramos un presupuesto".

Se me revolvieron las tripas al mencionar la boda. La boda que en realidad no era una boda. La boda que se suponía que era un acuerdo de negocios, nada más.

La voz de Molly vaciló ligeramente. "He soñado con una boda preciosa a lo largo de los años, pero esta... esta no lo será. Esta boda es una farsa, así que no importa cómo sea el vestido".

Vi cómo le temblaban un poco los labios mientras hablaba, y quise extender la mano, tocarla, decirle que esto no tenía por qué ser una farsa. Pero, ¿cómo iba a decírselo si ni siquiera estaba seguro de lo que quería?

En vez de eso, murmuré: "Ir de compras con mi madre nunca es fácil, créeme".

Sonrió débilmente, pero no le llegó a los ojos. "Estoy segura de que sobreviviré".

Sobrevivir. Eso es lo que estábamos haciendo ahora, ¿no? Sobrevivir a esta extraña y complicada situación en la que nos habíamos metido. Pero sobrevivir no era suficiente para mí, ya no. No cuando se trataba de Molly.

Miré las sábanas, cómo se pegaban a su cuerpo, y se me aceleró el pulso. Estar en la cama con ella, tan cerca, pero sin poder hacer lo que cada parte de mí quería hacer... era una tortura. Una tortura pura y dura.

La deseaba. La deseaba de un modo que ni siquiera comprendía. Pero esto ya no era sólo sexo. No, esto iba mucho más allá y me asustaba muchísimo. Porque si me dejaba ir allí, si me dejaba sentir lo que sabía que estaba hirviendo a fuego lento justo debajo de la superficie... no habría vuelta atrás.

"¿Grant?" Su voz me sacó de mis pensamientos, y levanté la vista para encontrarla mirándome, sus ojos escudriñando los míos.

"¿Sí?" Dije, mi voz más áspera de lo que pretendía.

Dudó, luego sacudió la cabeza como si decidiera no decir nada. "No importa".

Tragué saliva, asentí con la cabeza y estiré la mano para apartarle un mechón de pelo de la cara. Mi mano se detuvo en su mejilla y mi pulgar recorrió su suave piel.

"Descansa un poco, Molly", dije suavemente, deseando poder tomarla en mis brazos…

Me dedicó una pequeña sonrisa, teñida de tristeza, y se dio la vuelta, dejando el portátil a un lado y subiendo las sábanas a su alrededor. Me eché hacia atrás, mirando al techo oscuro, todo lo no dicho entre nosotros flotaba pesadamente en el aire...

Me quedé tumbado, escuchando su respiración, intentando ignorar el deseo que me recorría y sabiendo que esta noche, como todas las anteriores, el sueño tardaría en llegar.

Capítulo 13

Molly

"He invitado a alguien a que nos acompañe, espero que no te importe", le dije a Zora mientras nos acercábamos a la tienda de vestidos de novia.

"¿A quién has invitado?" Preguntó, sin reservarse un juicio.

"Hace poco me reencontré con mi hermana gemela y pensé que sería una buena experiencia para estrechar lazos", quería reducir los detalles al mínimo. Había visto cómo había reaccionado Grant y esperaba que Zora fuera aún peor.

"Ya veo".

Bueno, al menos no se opuso.

"Ahí está", dije, viendo a Bea delante de la tienda de vestidos. La saludé con la mano. "Hola, Bea. Me alegro de que hayas venido. Te presento a mi futura suegra, Zora Sullivan. Zora, ella es Bea".

Omití el apellido de Bea para evitar que Zora hiciera más preguntas.

"Encantada de conocerte", dijo Bea, tendiéndole la mano.

Zora dudó antes de coger la mano de Bea: "Lo mismo digo, estoy segura".

Bea le dedicó una débil sonrisa.

"¿Hay gemelos en tu familia?" Preguntó Zora, volviéndose hacia mí. "Nunca hemos tenido gemelos en la familia Sullivan antes".

"No que yo sepa. ¿Entramos?" Dije rápidamente. No quería que me hiciera más preguntas sobre Bea o mi pasado, ni quería mentir más de lo necesario. Grant y yo no íbamos a tener hijos y cualquier gemelo Sullivan no tendría nada que ver conmigo.

No esperé la respuesta de Zora, sino que tomé la iniciativa y entré.

Los timbres de la boutique Lillian Grace sonaron al entrar, una nota discordante en mi ya agotado estado. Parpadeé ante las luces brillantes, sintiéndome como si me moviera entre melaza. La noche anterior había sido otra noche interminable de dar vueltas en la cama, con la mente atormentada por miles de pensamientos sobre el trabajo, mi blog y esta farsa de boda. La reacción de Grant cuando saqué el tema del amor, cerrándose de esa manera, no había sido una sorpresa. Pero me había dolido.

"Ahora, Molly, tienes que pensar bien qué vestido vas a elegir", me sermoneó Zora, con los ojos entrecerrados mientras contemplaba las hileras de impolutos vestidos blancos. "No elijas sólo el vestido de moda. Tienes que pensar a largo plazo. Vas a ver las fotos de tu boda el resto de tu vida; tienes que quedarte con algo clásico que envejezca bien".

Esbocé una débil sonrisa. "Por supuesto, Zora".

Que Bea estuviera allí no ayudaba a mis nervios. No tenía ni idea de cómo comportarme con mi hermana gemela, y lo odiaba. Cuando la invité, no había pensado en lo incómodo que sería. Bea se puso de puntillas a mi lado. "Es tan emocionante. No puedo creer que vayamos a comprar tu vestido de novia".

Quería señalar que en realidad no era nada emocionante, dado que toda la boda era una farsa diseñada para conseguir la herencia de Grant. *Un acuerdo de negocios*. Pero, por supuesto, no podía. Así que asentí con la cabeza y traté de parecer una novia de verdad.

Una alegre empleada con una etiqueta en la que se leía "Cassandra" se acercó a nosotras, con una sonrisa tan brillante que resultaba casi doloroso mirarla. "¡Bienvenidas a Lillian Grace! ¿Así que tenemos una futura novia aquí hoy?"

Antes de que pudiera abrir la boca, Zora se adelantó. "Sí. Mi futura nuera, Molly, se casará con mi hijo, y estamos buscando un vestido. Tiene que ser perfecto, ya me entiendes. El precio no es problema".

Me encogí. Era el sexto día de la visita de Zora y su empeño en microgestionar todos los aspectos de esta boda falsa me estaba poniendo de los nervios. Había pensado que sería más fácil tener a mi futura suegra para ir a comprar vestidos en lugar de a mi propia madre. Al menos Zora sabía quién era yo, no como mi madre, que hacía años que no me reconocía. Rápidamente me di cuenta de lo equivocada que estaba.

Cassandra dio una palmada. "Maravilloso. Empecemos por ver algunas de nuestras colecciones de diseño. ¿Tenías en mente algún estilo en particular?"

Mientras Zora me describía en detalle su visión de *mi* vestido de novia, yo me quedaba en blanco. Mis pensamientos se dirigieron a mi última entrada del blog, que no había tenido la oportunidad de corregir antes de publicar una nota esta mañana. ¿Y si había erratas? ¿Y si mis seguidores se daban cuenta? ¿Y si...?

"¿Molly? Molly, querida, ¿estás escuchando?"

Volví a prestar atención y me encontré con que tanto Zora como Cassandra me miraban expectantes. "Perdona, ¿qué?"

Zora frunció los labios con desaprobación. "Cassandra preguntaba si querías probarte primero el Vera Wang o el Marchesa".

"Oh. Um, cualquiera está bien, supongo".

La sonrisa de Cassandra no vaciló en ningún momento, pero percibí un destello de confusión en sus ojos. Imaginé que la mayoría de las novias estaban un poco más involucradas en este proceso.

"Empecemos con el Vera Wang", decidió Zora cuando quedó claro que yo no iba a opinar. "Y trae también el Marchesa. Ah, y ese encantador Monique Lhuillier del escaparate".

Mientras Cassandra se apresuraba a recoger los vestidos, un dolor de cabeza empezó a palpitar detrás de mis ojos. Iba a ser una tarde muy larga.

En el vestidor, permanecí pasiva mientras Cassandra me ayudaba a ponerme el primer vestido. La verdad es que era precioso, con detalles de encaje y una larga cola. Pero mientras miraba mi reflejo, solo podía pensar en cuántos likes había recibido mi última publicación de Instagram.

"¿Molly?" La voz de Cassandra rompió mi ensueño. "¿Estás lista para mostrar el vestido?"

Asentí y salí del vestuario.

Los ojos de Zora se iluminaron por un momento, y enseguida se entrecerraron cuando empezó a escrutar cada centímetro del vestido.

"Hmm", musitó, rodeándome como un tiburón. "El escote no le queda bien a tus hombros, querida. Y la cola... es demasiado, ¿no crees? No querríamos que eclipsaras a mi hijo en el altar".

Resistí el impulso de señalar que había sido ella la que había insistido en lo de "espectacular" hacía unos momentos. "Si no te gusta, puedo probarme otro".

"¿Qué tal algo menos tradicional?" Dijo Bea, levantó un vestido negro cubierto de plumas que parecía propio de una discoteca gótica. "Creo que este te quedaría muy bien".

Mis ojos se abrieron de par en par. No solo era el vestido que menos me convenía, sino que sugerir algo así delante de Zora era como desear la muerte.

"No es momento para bromas", despidió Zora a Bea. Volvió a juzgar el vestido que llevaba. A juzgarme. Zora negó con la cabeza. "No, no. Este no sirve. Probemos el Marchesa".

Y así fue. Vestido tras vestido, con Zora encontrando defectos en cada uno. Demasiado simple. Demasiado elaborado. Demasiado moderno. Demasiado tradicional. El escote era incorrecto; la tela era barata; la pedrería era hortera. Nada era lo suficientemente bueno para la novia de su precioso hijo.

Al décimo vestido, estaba a punto de gritar. Mientras Cassandra me ayudaba a ponerme otro vestido, ya no podía más. Tenía que hacer algo antes de perder la cabeza. Saqué mi teléfono y me conecté a mi blog.

"¿Srta. Markie?" Preguntó Cassandra vacilante. "¿Qué está haciendo?"

"Esto me está llevando mucho más tiempo de lo que pensaba. Necesito comprobar algo del

trabajo", murmuré, tecleando furiosamente. "Sólo será un segundo".

El desconcierto de Cassandra era como una fuerza física, pero no me importaba. Necesitaba asegurarme de que mi última publicación tuviera la audiencia que esperaba. Tenía que responder a los comentarios. Necesitaba hacer algo que realmente importara, a diferencia de esta ridícula expedición de compras de vestidos de novia.

"¿Molly?" La voz impaciente de Zora llegó desde fuera del camerino. "¿Por qué tardas tanto? Mi hijo se merece una novia que se tome esto en serio, sabes".

La culpa y la frustración luchaban en mi interior mientras dejaba el teléfono a regañadientes. "¡Ya voy, Zora!"

Salí sin mirarme al espejo. Este vestido era como todos los demás: bonito, caro y completamente insignificante.

La cara de Zora se desencajó en cuanto me vio. "Oh, no. No, esto está mal. La silueta no hace nada por tu figura, querida. Y ese color... no es lo suficientemente blanco, ¿verdad? Hace que tu piel parezca cetrina. No podemos permitir que salgas deslucida en las fotos de la boda".

Me miré y no vi nada malo en el color. Pero, de nuevo, ¿qué sabía yo? Sólo era la novia en esta elaborada farsa.

"Creo que Molly está preciosa", dijo Bea, pero su voz carecía de convicción. Había estado extrañamente callada durante todo el proceso. Tal vez el rechazo de su vestido negro la había herido. No conocía a Bea lo suficiente como para darme cuenta, y eso era otra capa de estrés añadida al día. Mi propia hermana gemela. Había cometido un error al invitarla hoy. Nada de esto nos estaba ayudando a conocernos.

Zora rechazó el comentario de Bea. "Podemos hacerlo mejor. Mi hijo sólo se merece lo mejor. Cassandra, ¿qué más tienes?"

Cuando Cassandra empezó a enumerar más diseñadores, algo en mí se quebró. "¿Sabes qué? Este está bien".

Zora parpadeó, claramente sorprendida. "¿Qué?"

"He dicho que este está bien", repetí, mi voz más fuerte ahora. "Cojamos este y acabemos con

esto".

"Este vestido es adecuado para una mujer con más pecho", me dijo, y sus ojos juiciosos se dirigieron a mi busto. Miré hacia abajo y me sonrojé al ver lo flojo que me quedaba alrededor de las tetas. No era exactamente de pecho plano, pero mi talla apenas era copa B y ésa era una de las razones por las que solía llevar mucha ropa holgada hasta que Grant había decidido convertirme en una muñeca de vestir con su estilista.

Pero necesitaba que esta tortura acabara de una vez. No podía probarme otro vestido o perdería la cabeza.

Forcé una sonrisa. "Podemos hacerlo a medida, ¿no? Eso arreglará cualquier problema".

Zora abrió la boca para seguir discutiendo, pero pareció pensárselo mejor. Se volvió hacia Cassandra. "¿Es posible? ¿Puedes modificarlo para que le quede mejor?"

Cassandra asintió con entusiasmo, probablemente aliviada de tener por fin una venta a la vista. "¡Claro que sí! Tenemos excelentes sastres. Sólo tendremos que tomar algunas medidas y rellenar un formulario para los arreglos".

"De acuerdo", suspiró Zora, claramente decepcionada pero sin ganas de insistir más. "Si esto es lo que Molly quiere... Aunque espero que pienses más en el resto de los planes de boda, querida. Mi hijo se merece una novia *totalmente comprometida*".

Casi me río. Zora se estaba dando cuenta de mi desinterés. Lo que yo quería era estar en cualquier sitio menos aquí, preferiblemente trabajando en mi blog o planeando mi próximo paso profesional. Pero me lo guardé para mí.

Cuando Cassandra fue a buscar el formulario de arreglos, vi mi reflejo en uno de los muchos espejos. Tenía que admitir que el vestido era precioso. Pero había algo que no me gustaba, y no era el busto mal ajustado, como si estuviera jugando a disfrazarme en la vida de otra persona.

Zora se acercó a mí, en voz baja. "Sabes, querida, incluso con arreglos, este vestido está hecho para alguien con más curvas. No te queda del todo bien. Espero que estés planeando comer bien antes de la boda. No podemos permitir que te veas muy delgada al lado de mi hijo. Todo el mundo pensaría que se casa con una niña de la calle".

El calor me subió a la cara, la vergüenza y la rabia luchaban por dominar.

"Zora", siseé, "eso es..."

"Sólo estoy siendo sincera, cariño", me dijo, dándome una palmadita en el brazo. "Pero no te preocupes, seguro que los sastres pueden hacer milagros. Además, podrías utilizar un sujetador push-up".

Antes de que pudiera formular una respuesta, Cassandra volvió con el formulario de modificación. Se lo cogí, agradecida por la distracción, y empecé a rellenarlo.

Nombre, fecha de la boda, información de contacto... Me detuve en la sección de medidas, dándome cuenta de que desconocía la mayoría de ellas. Cassandra intervino, tomando expertamente cada medida y pronunciándolas en voz alta para que yo las anotara.

Mientras terminaba de rellenar el formulario, Bea rondaba cerca, con expresión extraña. "¿Va todo bien?" Le pregunté.

Ella asintió, pero la expresión de incomodidad no desapareció de su rostro.

Zora estaba ocupada interrogando a Cassandra sobre el proceso de confección, así que aproveché la oportunidad para entregarle el formulario cumplimentado y escapar de vuelta al probador. Me quité el vestido con dificultad y fue un alivio volver a ponerme mi propia ropa. Aunque fueran las que el estilista de Grant había elegido para mí.

Cuando volví a salir, Zora me había elegido un velo y no discutí. Sólo quería salir de allí.

Salimos de la tienda, caminando bajo el débil sol invernal. Estaba lista para volver a casa cuando Bea se volvió de repente.

"Lo siento, sólo necesito... ir al baño", dijo, deslizándose de nuevo en la tienda de vestidos. "Ustedes dos váyanse; estoy segura de que tienen mucho que hacer. Gracias por invitarme, Molly".

La vi alejarse a toda prisa, con el estómago revuelto. Había algo raro en su comportamiento, pero no sabía qué era. Zora ya se alejaba y tuve que trotar para alcanzarla.

"Ahora, lo siguiente de lo que tenemos que hablar es de las flores", dijo Zora, ajena a mi inquietud. "Para una boda en abril, los tulipanes y las peonías estarán de temporada, pero no queremos que sean demasiado llamativas y te sobrecarguen. Y, por supuesto, Grant es mucho

más alto, así que lo último que necesitamos es esconderte detrás de un enorme ramo; espero que lleves tacones lo bastante altos. No queremos que las fotos de la boda parezcan ridículas..."

Pero sólo escuchaba a medias. Esa persistente sensación de equivocación se había intensificado. El comportamiento de Bea, su repentina marcha... algo no cuadraba.

"En realidad, Zora," interrumpí, "Creo que dejé mi teléfono en el vestuario. Vuelvo enseguida".

Antes de que pudiera protestar, di media vuelta, volví a la calle y me metí en la tienda. Cassandra estaba ordenando los vestidos rechazados, canturreando suavemente para sí misma. Bea no estaba por ninguna parte.

"Perdona", dije, haciéndola dar un pequeño respingo. "Me preguntaba... ¿has visto por casualidad lo que hacía Bea antes de irse? Mi hermana", aclaré cuando Cassandra puso cara de confusión.

"¡Oh!" La comprensión apareció en su rostro. "Sí, volvió para hacer los cambios que pediste en tu formulario de solicitud de sastrería".

Me quedé helada. "¿Qué cambios?"

Cassandra frunció el ceño. "Las modificaciones de tus medidas. Dijo que querías hacer algunos ajustes pero que te daba vergüenza hacerlo delante de tu futura suegra. Que ibas a ponerte a dieta en lugar de rellenar como ella insistió..." Se interrumpió, percibiendo claramente mi creciente alarma.

"No pedí ningún cambio", dije lentamente. "¿Puedo ver el formulario?"

Vacilante, Cassandra sacó el formulario de detrás del mostrador. En cuanto lo vi, se me encogió el corazón. Las medidas habían cambiado drásticamente. Si el vestido se ajustaba a esas medidas, no podría ni subirme la cremallera. Ninguna dieta del mundo podría hacerme tan pequeña. Para empezar, no tenía carne en los huesos, como Zora había señalado tan cruelmente.

"¿Por qué haría esto?" Murmuré más para mí mismo que para Cassandra.

Pero Cassandra contestó de todos modos, con voz suave y un poco triste. "Bueno, no me gusta suponer, pero... a veces, con las damas de honor... puede haber problemas de celos. Ya sabes, querer sabotear el gran día de la novia".

Por supuesto, Cassandra había dado por sentado que mi hermana sería mi dama de honor, pero esa parte apenas la tenía en cuenta. La miré fijamente, mientras las piezas encajaban poco a poco. El extraño comportamiento de Bea, su nerviosismo, su repentina marcha... ¿Podría estar intentando sabotear mi boda?

Pero, ¿por qué?

Podría haber un millón de respuestas a esa pregunta. La verdad era que no sabía nada de ella, aparte de que éramos parientes. Podría ser que le molestara que me casara por dinero, o tal vez sólo estaba trastornada. Diablos, tal vez ella podía ver lo infeliz que me sentía con la prueba del vestido y pensó que me estaba salvando de alguna manera. No lo sabía.

"¿Va todo bien?" Preguntó Cassandra, con evidente preocupación en su voz.

Forcé una sonrisa, aunque mi mente se agitaba. "Sí, ha sido un malentendido. Lo solucionaremos. Por favor, usa las medidas originales. No voy a ponerme a dieta. Gracias por tu ayuda".

Mientras me dirigía hacia donde me esperaba Zora, mis pensamientos eran confusos. Había estado tan concentrada en mantener esta fachada para mis futuros suegros y en mis crecientes sentimientos por Grant, que no había pensado en mi hermana y en a quién estaba trayendo a mi vida.

"¡Ahí estás!" Exclamó Zora cuando me acerqué. "¿Encontraste tu teléfono? Ahora, sobre las modificaciones, estaba pensando que podríamos añadir algo de relleno para darte más figura. Mi hijo prefiere mujeres con curvas, ya sabes".

"En realidad, Zora", interrumpí, "estoy contenta con mi aspecto, y Grant también".

Zora me miró con los ojos entrecerrados, pero finalmente asintió.

Dios mío, creo que hice algo para ganarme la aprobación de Zora.

"Muy bien", dijo ella. "Supongo que veo cuál es el atractivo".

Lamentablemente, no era una victoria que pudiera saborear, no cuando el extraño comportamiento de Bea seguía en mi mente.

Mientras Zora llamaba a un taxi, parloteando sobre velos y zapatos y todos los demás adornos de boda que no me importaban, yo pensaba en Bea y trataba de decidir qué hacer. ¿Debería enfrentarme a ella por lo que había hecho o apartarla de mi vida y considerarlo una mala experiencia?

El taxi se detuvo y, mientras me deslizaba en el asiento trasero junto a mi futura suegra, sentí un nudo en el estómago. Mi vida estaba patas arriba. Tenía una hermana gemela de la que no sabía nada, que intentaba sabotear mi boda, unos futuros suegros que parecían empeñados en hacerme pasar un mal rato y un prometido falso que deseaba desesperadamente pero que no podía tener. Y lo más extraño era que me moría de ganas de volver a casa con Grant.

Capítulo 14

Grant

Irrumpí en mi dormitorio, cerrando la puerta tras de mí con más fuerza de la necesaria. El satisfactorio golpe no sirvió de mucho para aliviar mi frustración, pero al menos puso una barrera física entre mí y el flujo constante de críticas y expectativas que provenían de mis padres. Llevaban siete días en mi casa. Y ya eran siete días de más.

"Alto ahí, tigre. ¿Qué te ha hecho esa pobre puerta?"

Me quedé helado al darme cuenta de que no estaba solo. Molly estaba sentada en mi cama con las piernas cruzadas, el portátil en precario equilibrio sobre una rodilla y el gato ocupando casi todo su regazo. Llevaba el pelo recogido en un moño desordenado y llevaba esos ridículos calcetines mullidos que tanto le gustaban. A pesar de mi mal humor, no pude evitar sonreír al verla. Incluso el gato de Molly empezaba a caerme bien. Habíamos hecho una especie de tregua: yo lo ignoraba y él a mí. Pero cuando lo vi acurrucado con Molly, ronroneando feliz, una parte de mí se sintió identificado con él.

"¿Qué haces aquí?" Pregunté, enarcando una ceja.

Molly tuvo la delicadeza de parecer avergonzada.

"Este era el único lugar de la casa donde podía escapar de los regaños de Slater y Zora", admitió. "Tu padre no para de acribillarme a preguntas cuando intento trabajar, y tu madre... bueno, digamos que he recibido suficientes consejos no solicitados para toda la vida".

Me reí entre dientes y me desplomé en la cama junto a ella. "Bienvenida a mi mundo. ¿En qué estás trabajando tan intensamente?"

Su expresión se volvió seria. "Estoy intentando indagar en la vida de Bea, averiguar qué trama. Después de lo que hizo en la tienda de vestidos de novia, sospecho más de la cuenta".

Cierto, el fiasco del vestido de novia. Todavía no podía creer que esa mujer hubiera intentado sabotear el vestido de Molly. El hecho de que la hermana gemela perdida de Molly estuviera trabajando activamente contra nuestro falso compromiso era una ironía que no se me escapaba. Quería que Molly se deshiciera de ella inmediatamente, pero Molly necesitaba respuestas, y yo podía entenderlo.

"¿Has tenido suerte?" Pregunté, con auténtica curiosidad.

Molly negó con la cabeza, con la frustración evidente en la mandíbula.

"Todavía no. Es como intentar resolver un puzzle sin la mitad de las piezas. Tiene una página en las redes sociales con algunos selfies y fotos de la puesta de sol, pero eso no me dice mucho", me miró con curiosidad. "¿Y qué hay de ti? ¿Qué haces aquí?"

Me tumbé en la cama y me tapé los ojos con un brazo. "Escapando, igual que tú. Te juro que si escucho otro sermón sobre 'prácticas empresariales responsables' o 'estar a la altura del apellido', podría perder la cabeza".

Molly me palmeó la pierna con simpatía. "La visita de tus padres realmente te está afectando, ¿eh?"

Era agradable tener una cómplice en esto. Mis hermanos entendían las presiones de ser un Sullivan, pero cada uno se las apañaba a su manera y compadecernos de ellos sólo conseguía que nos estresáramos aún más. Con Molly fue diferente, ella realmente me apoyaba. No era una experiencia a la que estuviera acostumbrado con una pareja, aunque fuera falsa.

"No tienes ni idea", gemí. "No puedo aguantar ni un minuto más. Por eso..." Me incorporé, con un brillo travieso en los ojos. "He organizado una salida nocturna".

Molly abrió los ojos alarmada. "Oh no, Grant. No puedo. Tengo toda esta investigación que hacer, además de mi trabajo en el blog. No tengo tiempo para arreglarme e ir a un restaurante elegante donde tendremos que esquivar fotógrafos y..."

"Relájate", la corté, sonriendo. "Te prometo que te gustará esta sorpresa".

Parecía escéptica. "Sólo quiero una noche para ser yo un rato sin tener que montar un espectáculo".

Le puse la mano en la rodilla y su gato me miró con desconfianza, pero no reaccionó. "Por eso deberías salir conmigo. No hace falta ropa elegante. Tampoco fotógrafos. Sólo tú, yo y un muy necesario descanso de la locura que es mi familia".

Molly se mordió el labio, claramente indecisa. Pero no era un no. "No lo sé, Grant. Realmente debería seguir trabajando en este asunto con Bea..."

Extendí la mano, cerrando suavemente su portátil. "Vamos, Molly. Ambos necesitamos esto. No soporto la idea de otra cena en ese comedor, escuchando a mi padre criticar al chef y sermonearnos sobre los maridajes adecuados".

Suspiró, pero las comisuras de sus labios se movieron hacia arriba. "Bien. Pero más vale que sea bueno, Grant. Y si veo una pizca de glamour, me voy".

Levanté las manos en señal de rendición. "Honor de explorador. Sin cámaras, sin trajes elegantes, sin restaurantes cargados. Sólo una agradable y relajante velada lejos de todo... esto", hice un gesto vago para abarcar toda la situación en la que nos habíamos encontrado. Cuando había planeado contratar a una esposa falsa, no había previsto lo difícil que sería. Mi amigo Nathan había hecho lo mismo, y yo había pensado que sería pan comido evitar las trampas. Evitar encariñarme con Molly era imposible, pero por una vez, no me importaba fracasar. Era el resto de la farsa lo que me irritaba.

Mientras Molly dejaba a un lado su portátil de mala gana y despedía a Atticus con besos, mi pecho se llenó de calidez. A pesar del estrés de nuestro acuerdo, a pesar de la presencia constante de mis autoritarios padres, a pesar de la amenaza inminente de que mi herencia pendiera de un hilo... en momentos como este, con Molly, era como si pudiera respirar de nuevo.

"Muy bien, Sr. Misterioso", dijo Molly, poniéndose en pie, con un atisbo de sonrisa en los labios. "Guíame".

Salimos a hurtadillas del dormitorio, pasando de puntillas por delante del salón, donde mis padres debatían a cuál de los numerosos conocidos de mi padre invitarían a la boda y a quién podían permitirse desairar. La emoción se apoderó de mí. Por primera vez en días, tenía ganas de hacer algo. Miré a Molly, sus ojos brillaban con una mezcla de curiosidad y diversión, pero también había algo más. Una conexión que nunca antes había experimentado. Mi compañera de

fechorías.



El coche aminoró la marcha al girar hacia una calle que era nuestro destino. Observé la cara de Molly para ver si fruncía el ceño al darse cuenta de dónde estábamos. Sus ojos ya se fijaban en los edificios que le resultaban familiares y los recorría con la mirada como si buscara algo en concreto. La calle estaba poco iluminada, sólo por la luz de los escaparates. Me miró y allí estaba, con el ceño fruncido por la confusión, pero yo mantuve una expresión lo más neutra que pude.

"¿Dónde está exactamente este restaurante?" Preguntó, con una nota de esperanza deslizándose en su voz.

No respondí, sólo me removí ligeramente en el asiento, inundado por la energía nerviosa que había ido acumulando desde que puse todo en marcha. Le había dicho que íbamos a salir a cenar, pero no le había dicho nada más. Quería que fuera una sorpresa, algo que no se esperara. Algo... diferente. Algo real.

El coche se detuvo y le di una propina al conductor, pidiéndole que volviera a medianoche. Molly seguía mirándome, con una mezcla de confusión y expectación.

"Vamos", le dije, abriéndole la puerta y cogiéndole la mano mientras salía. "Confía en mí".

Dudó un segundo y luego me siguió, apretando los dedos en torno a los míos. La conduje por la acera, acariciados por la brisa fresca del atardecer, y vi cómo su expresión se suavizaba hasta convertirse en algo que sólo podía describir como asombro.

Cuanto más nos acercábamos a la librería, más entusiasmo irradiaba. *Between the Covers* estaba enclavada en medio de la manzana, guardando el recuerdo de la primera vez que Molly y yo habíamos conectado de verdad. Sus ventanas brillaban suavemente, la cálida luz se derramaba por la acera, invitándonos a entrar.

"¿Vamos... a cenar en la librería?" Preguntó Molly, aún sonando escéptica. Tenía los ojos brillantes, casi ansiosos, pero se estaba conteniendo, intentando no creérselo.

Asentí con la cabeza, tratando de mantener la voz firme. "Es correcto".

Se le iluminó la cara, y allí había alegría pura y desprevenida. "¿En serio?"

"En serio", confirmé, guiándola hacia la puerta. Parecía casi temerosa de respirar, como si en cualquier momento fuera a despertarse y descubrir que aquello era un sueño.

Le abrí la puerta y entró, con la respiración entrecortada al contemplar la escena.

La pequeña cafetería de la librería se había transformado. Se había preparado una comida para nosotros, con una suave luz de velas que parpadeaba sobre las mesas. Había algunos ramilletes de flores esparcidos por los alrededores, cuyo delicado aroma se mezclaba con el de los libros. De fondo sonaban suaves notas de jazz, lo bastante bajas como para no perturbar la paz, pero lo suficiente como para añadir un toque de intimidad.

Molly se volvió hacia mí, con los ojos muy abiertos y la boca ligeramente abierta en una perfecta "o".

"Grant", susurró, como si no se atreviera a hablar más alto por si desaparecía todo. "¿Organizaste todo esto para mí?"

Asentí, sintiendo un parpadeo de algo en el pecho. "Así es".

Parpadeó varias veces, todavía aturdida. "Pero... ¿por qué?"

Me encogí de hombros, tratando de hacerme el interesante. "Te encanta este sitio. Y pensé... que tal vez sería un buen cambio de ritmo. Algo diferente".

Se rió, un pequeño sonido de sorpresa, y fue como música para mis oídos. "¿Diferente? Es perfecto".

El dueño de la librería se acercó a nosotros con una sonrisa amable. Había sido muy complaciente, sabiendo desde la última vez que yo daba buenas propinas. "¿Todo como esperaba, Sr. Sullivan?"

"Sí, gracias", dije, dándole unos cientos de dólares de propina. Era más de lo que le estaba pagando por alquilar el local por esa noche, pero habría pagado mucho más por hacer sonreír a Molly como lo estaba haciendo ahora. "Has hecho un gran trabajo".

Sonrió y asintió. "Volveré a medianoche. Hasta entonces, la tienda es suya. Disfruten de la

velada".

Se dio la vuelta y se marchó, cerrando la puerta tras de sí y dejándonos solos en aquel espacio tranquilo y acogedor.

Molly respiró hondo y luego lo soltó lentamente, su mirada recorrió de nuevo la habitación, asimilándolo todo. "Esto es increíble. No puedo creer que hayas hecho esto por mí".

Volví a encogerme de hombros, sintiéndome un poco incómodo bajo su escrutinio. "Quería hacer algo bonito por ti. Has estado aguantando mucho últimamente".

Volvió a reír, esta vez más suavemente, y sacudió la cabeza. "¿Esto sigue formando parte del asunto de la 'relación falsa'?" Preguntó, pero no había acusación en su tono, sólo curiosidad, tal vez incluso un poco de esperanza.

Tragué saliva, con el corazón latiéndome un poco más deprisa. "No veo a nadie aquí a quien engañar o impresionar".

Sus ojos se ablandaron y, por un momento, nos quedamos mirándonos. El silencio se extendió entre nosotros, lleno de cosas que ninguno de los dos estaba preparado para decir.

Finalmente, hice un gesto hacia la mesa. "¿Vamos?"

Molly asintió, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. "Por supuesto".

Nos sentamos a la mesa y serví una copa de vino para cada uno. Ella me observó atentamente, como si intentara leer algo en mi rostro, pero yo mantuve una expresión neutra, sin querer revelar nada todavía.

"Entonces", dije, tratando de romper la tensión. "¿Qué te parece?"

Sonrió y la tensión desapareció de su rostro. "Creo que esta es la mejor cita de mi vida", dijo, y había algo genuino en su voz, algo que me hizo sentir calor en el pecho.

Me reí. "Me alegra oír eso".

La comida era sencilla pero elegante, nada ostentosa. Sólo pollo asado con romero, una

guarnición de espárragos tiernos y un risotto cremoso que se deshacía en la boca. El tipo de comida que está hecha para ser saboreada, cada bocado cálido y reconfortante. Sin cúpulas de plata ni presentaciones pretenciosas, sólo comida auténtica y honesta que parecía algo que Molly habría hecho ella misma. La miré, con la cara iluminada por el suave parpadeo de la vela, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba exactamente donde tenía que estar.

"Todavía no puedo creer que hayas alquilado toda la librería", se rió Molly, como si fuera increíble que hiciera algo así por ella. "Realmente es el mejor lugar para una cita que podrías haber elegido para mí".

"Sí, me he dado cuenta de que te gustan los libros", dije secamente. Mi casa estaba llena de los muchos libros de Molly. De alguna manera el desorden me molestaba cada vez menos.

"¿De verdad?" Se rió. Pero había una vulnerabilidad que se colaba en su expresión. "No es sólo que me encanten los libros, es también que..."

Se interrumpió y su mirada se apartó de la mía.

"¿Qué?" Pregunté.

"Vas a pensar que soy patética", dijo con una pequeña sonrisa de autodesprecio que no podía ocultar su dolor.

"No lo haré", prometí. "Dímelo".

Tardó un momento, pero esperé pacientemente.

"Te conté un poco cómo crecí, que mi madre no estuvo a mí lado la mayor parte del tiempo", dijo. Asentí con la cabeza. "Los libros fueron mi refugio. Me criaron más que nada. Cuando mamá no estaba para arroparme, tenía un libro para arrullarme. Cuando no hacía amigos en el colegio, no pasaba nada, porque tenía docenas de amigos de ficción con los que podía vivir aventuras".

Sentí una gran pesadez en el pecho. Por muy diferentes que fueran mi educación y mi vida, extrañamente podía identificarme con su soledad. El hogar de mi familia no había estado lleno de calidez. No me había dado cuenta de esa carencia hasta que Molly llegó a mi vida.

"Debió de ser muy duro", dije.

"Lo fue y no lo fue", se rió. Sentí un extraño tirón en el pecho ante aquel sonido brillante. "Encontré mi pasión, y nunca podría arrepentirme de ello. Y eso significa que, vaya donde vaya o pase lo que pase, siempre puedo perderme en un libro. Sólo el olor de las páginas me reconforta. Me hace sentir segura, como en casa. No me queda familia, pero al menos tengo eso".

Por primera vez en mi vida, la envidia me arañó el corazón. Yo no tenía una pasión ni un refugio así.

"¿Por eso no estás dispuesta a cortar con Bea sin averiguar por qué intentó sabotear tu vestido de novia?" Pregunté, comprendiendo mejor los pensamientos y sentimientos de Molly. Mi familia era grande y carecía de cercanía, pero solitaria no era la palabra que usaría para describir mi infancia. Si sumaba eso a la inclinación de Molly por el romanticismo, tenía aún más sentido. Una gemela perdida hacía mucho tiempo no era algo a lo que ella renunciaría fácilmente.

"Sólo necesito entender, al menos", asintió. "Mi abuela está muerta, el estado de mi madre empeora día a día, ni siquiera he tenido nunca un novio de verdad a largo plazo. Bea podría ser todo lo que tengo; no puedo tirar eso por la borda sin entender por qué".

Quería decirle que me tenía, pero las palabras se me atascaron en la garganta. En vez de eso, dije: "No hemos hablado antes de relaciones pasadas".

Molly hizo una pausa a medio trago de vino.

"No hay mucho que contar", dijo encogiéndose de hombros, pero sus ojos eran cautelosos como si se estuviera conteniendo. "Nada parecía funcionar nunca".

Decidí dejarlo ahí. Esta noche se suponía que era un escape, no el momento de desenterrar el pasado.

Pasamos a otros temas, como la última entrada del blog de Molly, que iba viento en popa. Al parecer, los subgéneros románticos eran un tema candente, y el encarnizado debate sobre las virtudes del romance histórico frente al romance paranormal me sonaba a chino, pero Molly consiguió hacerlo fascinante con su entusiasmo.

A medida que avanzaba la noche, el ambiente íntimo de la librería me hizo bajar la guardia. Me acerqué más a Molly y le aparté un mechón de pelo de la cara sin ni siquiera pensarlo. Era el tipo de afecto que me había esforzado en mostrar delante de mis padres para convencerlos, pero esta noche no había que montar ningún espectáculo. El movimiento me salió natural. Molly no se apartó; en todo caso, se inclinó más hacia mí.

Hubo un momento, una pausa tranquila entre temas, en el que se limitó a mirarme, con ojos suaves y escrutadores.

"¿Por qué hiciste esto realmente, Grant?" Preguntó, su voz apenas más que un susurro. "Esto no fue sólo una escapada espontánea de tus padres. Tú lo planeaste".

Dudé, con el corazón latiéndome en el pecho. Podría mentir, seguir fingiendo, pero algo en sus ojos me hizo querer decir la verdad.

"Porque", dije lentamente, "quería verte sonreír así otra vez. Como lo hiciste la última vez que estuvimos aquí".

Molly respiró entrecortadamente y, por un momento, pensé que había dicho demasiado, que había ido demasiado lejos. Pero entonces sonrió, una sonrisa lenta y hermosa que me hizo palpitar el corazón. La había visto sonreír ante cientos de cosas diferentes, pero ninguna había sido como esta.

"Estás lleno de sorpresas, Grant Sullivan", dijo, con las puntas de sus dedos rozando el dorso de mi mano donde descansaba sobre la mesa.

"Creo que nunca me han acusado de ser sorprendente", dije. Tampoco era espontáneo. Más de uno de mis hermanos se había quejado de que yo era muy serio y me ofendía con facilidad.

"Tal vez te has estado juntando con la gente equivocada", se encogió de hombros.

Cada vez más, empezaba a ver que era cierto.

Capítulo 15

Molly

Me maravillé de lo perfecta que había resultado la velada. Grant se había superado a sí mismo alquilando Between the Covers por una noche. La librería, con su luz tenue y su ambiente acogedor, parecía un refugio del mundo.

"La comida fue absolutamente perfecta; gracias, Grant", dije, jugando con el tallo de mi copa de vino vacía.

"Aún no ha terminado", dijo, levantándose y acercándose al mostrador, dejando al descubierto una caja de tarta blanca con el logotipo de una pastelería de renombre. La dejó sobre la mesa y dentro había un trozo de tarta de chocolate.

"Dios mío, siempre he querido probar las tartas de esta pastelería", dije, sin añadir que nunca tendría el dinero suficiente para ir allí. "Y el chocolate es mi sabor favorito".

"Lo sé", dijo.

Me devané los sesos pensando cómo podía saber algo así. Entonces caí en la cuenta: la primera semana que estuve en su casa, antes de que llegaran sus padres, una noche hice un comentario sin importancia. Pensé que no me había prestado mucha atención, pero no debería haberme sorprendido. Grant me prestaba mucha más atención de la que aparentaba. Me conmovió lo atento que Grant había sido a mis gustos y disgustos. Esta noche fue todo lo que podría haber esperado, y más.

El pastel era, sin duda, el mejor que había probado en mi vida. Gemí cuando la primera explosión de chocolate golpeó mi lengua, rico, oscuro y húmedo. Había una pizca de café en el glaseado, que aumentaba la profundidad del sabor.

No me había dado cuenta de que había cerrado los ojos hasta que sentí la mirada de Grant clavada en mí. Los abrí y lo vi mirándome los labios.

"¿Qué?" Pregunté, preocupada por si me había manchado la boca de glaseado.

"Creía que era el único que podía hacerte gemir así", dijo.

Mis mejillas se sonrojaron.

"Si pruebas la tarta, lo entenderás", dije, aunque un atisbo de deseo ya se estaba instalando en mi interior.

Dio un mordisco y sus párpados se cerraron por un momento.

"Sí, vale", dijo, "está muy bueno. Pero no estoy seguro de que me gusta estar en competencia con la torta".

Quería decirle que la competencia no estaba ni siquiera cerca, que nada se comparaba con la sensación de sus labios o el tacto de sus manos. Pero eso sería abrir la puerta a otra noche de frustración sexual, y no estaba segura de que ninguno de los dos pudiera soportarlo. Pero si Grant quería mantener los sentimientos fuera de la mezcla, estaba haciendo un mal trabajo.

"¿Qué está pasando entre nosotros?" Pregunté en su lugar. Un segundo, Grant estaba evitando profundizar en nuestra conexión, y al siguiente estaba planeando cenas románticas para mí. No podía seguirle el ritmo.

Los ojos de Grant tenían un brillo de diversión. "Eres una experta en el amor, ¿no? Deberías saberlo".

Me reí suavemente, pero por dentro se me aceleró el corazón.

"Escribo sobre el amor, pero nunca lo he sentido de verdad", admití.

Mientras miraba a Grant, con el rostro iluminado por la vacilante luz de las velas, me pregunté si así era como se sentía el amor.

"¿Cómo crees que debe ser?" Preguntó.

"Al crecer, leyendo los libros de mi abuela, creía saber exactamente lo que me esperaba", dije, dejando el tenedor junto al trozo de tarta a medio comer. "Amor a primera vista, ver al hombre de mis sueños y saber inmediatamente que era el elegido. Pensaba en todo tipo de romances relámpago, que me dejaría llevar por mi caballero de brillante armadura, que me salvaría de mis circunstancias y me trataría como a una princesa".

Grant resopló, pero no con maldad. Conocía su opinión sobre el romanticismo y su enfoque empresarial de los sentimientos.

"Pero ahora..." Continué, preguntándome si me estaba preparando para más decepciones, "empiezo a verlo de otra manera. Quizá el amor esté en los pequeños momentos, en recordar la comida favorita de alguien, en notar cuando está cansado o estresado, en ser un refugio seguro cuando el mundo es demasiado".

"Tenía ideas opuestas sobre el amor y el romance", dijo Grant, y no fue una sorpresa. "Mi única referencia eran mis padres, y pensaba que así era como funcionaba. Había visto los divorcios complicados de los padres de mis amigos y cómo el amor puede convertirse rápidamente en odio. Había visto el dolor que causaba el amor, cuando el padre de mi amigo Nathan murió y dejó a su madre destrozada. No quería vivir ninguno de esos trastornos".

"Creo que el riesgo puede merecer la pena", repliqué, aunque comprendía su punto de vista.

"Yo también empiezo a considerar esa idea", dijo pensativo.

Hubo un cargado momento de silencio entre nosotros.

"Aún tenemos dos horas antes de que vuelva el dueño. ¿Podemos echar un vistazo?" Preguntó, rompiendo el hechizo. No debería haberme sorprendido. Cada vez que pensaba que podríamos estar haciendo progresos, Grant se retiraba.

"Claro", dije, poniéndome en pie.

En caso de duda, siempre hay libros en los que perderse.

A medida que nos adentrábamos en la librería, la tensión crecía entre nosotros. Los libros parecían burlarse de mí, cientos de romances perfectos, cientos de finales felices, rodeándome. Nos dirigimos hacia los clásicos, con la esperanza de que el género se adaptara mejor a mis circunstancias. Debería haberlo sabido.

Jane Eyre me recordó que Grant y yo pertenecíamos a mundos distintos y que, a diferencia de lo que ocurre en los libros, las personas de diferente condición social no se mezclaban. *Orgullo y prejuicio* se burlaba de mí por pensar que Grant podría ser mi Sr. Darcy. *El Gran Gatsby* fue como un presagio que me recordó que el amor a menudo no era correspondido y acababa en tragedia.

Nos acercamos al mismo tiempo y nuestros dedos se rozaron. El más simple de los roces, pero me produjo un escalofrío de anhelo.

De repente, Grant me empujó contra las estanterías y sus labios encontraron los míos, tan desesperados y necesitados como yo. Me agarré a su camisa, necesitando anclarme para no quedar atrapada en el tornado de sentimientos que amenazaba con consumirme. El beso se hizo más profundo y apasionado. Antes de que me diera cuenta, nos estábamos quitando la ropa, la camisa de Grant yacía amontonada en el suelo junto con mi blusa, y sus manos ya me estaban bajando la cremallera de los pantalones.

Me había prometido a mí misma que no cruzaría esa línea, especialmente con alguien que técnicamente era mi jefe. Pero a medida que el calor entre nosotros crecía, no podía seguir resistiéndome a él.

"Grant", susurré, apartándome ligeramente. "¿Podemos, por esta noche, fingir que no eres mi jefe, que no me pagas por estar aquí, por interpretar este papel?"

Sus ojos buscaron los míos, y respondió suavemente: "Eso será fácil de hacer".

Sus palabras fueron un bálsamo para mi conflictivo corazón. No éramos Grant y Molly, vecinos convertidos en conspiradores. No me estaba empleando para algún papel. Tal vez habíamos tenido una chispa de atracción cuando yo me había quejado de que me utilizaba para recibir sus entregas, y él había prometido compensarme invitándome a cenar o dándome propinas de tres dígitos. Primero nos conocimos, nos enamoramos y...

"Molly", Grant murmuró mi nombre antes de succionar una línea de besos por mi cuello, sus manos volvieron a mis pantalones, empujándolos hacia abajo por mis muslos. Mi historia construida se hizo añicos. No se alejaba lo suficiente de la realidad.

"Llámame Beth", le dije. Era el personaje de mi novela romántica favorita, una dulce historia sobre una mujer sin experiencia que regentaba una cafetería y una pastelería y se enamoraba de un cliente habitual de su tienda. Ella imaginaba su vida a través de lo que él le pedía cada día y de los retazos de conversaciones telefónicas que había mantenido mientras estaba en la cola, enamorándose de la idea de él antes incluso de que hubieran hablado.

"Pervertido", dijo Grant con una sonrisa burlona, disfrutando de la idea del juego de roles, sin saber que era la única manera de permitirme tener lo que tan desesperadamente deseaba. "¿Cuál va a ser mi nombre?"

"Chris", dije, usando el nombre del interés amoroso de Beth. Grant se parecía mucho a cómo me había imaginado al personaje. Tal vez me había inspirado en él, inconscientemente.

"Bueno, *Beth*", dijo, ronroneando mi nombre por la noche. "¿Por qué no me dices exactamente lo que quieres que te haga?"

Mil ideas pasaron por mi cabeza, la mayoría lo bastante acaloradas como para hacerme sonrojar y tropezar con mis palabras. Pero eso era cosa de Molly, y esta noche yo no era ella. Yo era Beth, enamorada de mi alma gemela, segura y cómoda en mi piel.

"Quiero que me comas", dije, sorprendida de no haber tartamudeado.

Los ojos de Grant se oscurecieron de deseo.

"Tus deseos son órdenes", sonrió lascivamente.

Pero en lugar de arrodillarse, me acarició el hombro con los labios mientras me desabrochaba el sujetador con las manos. Dejó que cayera al suelo y empezó a besarme los pechos hasta llegar a los pezones. Se metió uno en la boca y sus dedos buscaron el otro, dedicándome tanta atención que la cabeza me daba vueltas.

Eché la cabeza hacia atrás, golpeándome contra los libros que tenía detrás. Era apropiado, ceder por fin a mis deseos rodeada de mi único e incondicional compañero. ¿Cuántas noches había pasado en vela, consumida por historias de amor y deseando tener la mía propia? Y ahora la tenía, al menos por esta noche.

Me entregué al momento, soltando mis miedos y permitiéndome creer en esta hermosa ilusión.

Pasé la mano por el pelo de Grant y lo estreché contra mí, pues necesitaba el recordatorio físico de que era real y no sólo una ensoñación vívida como las que había tenido tantas veces.

Cuando se retiró, eché de menos el calor de su boca. El aire frío me provocaba en los pezones duros.

"Voy a hacerte gritar", prometió Grant, poniéndose finalmente de rodillas.

"Oh, Dios", jadeé, apretándome de deseo y deleitándome en la libertad de ser Beth.

"Creía que habías dicho que me llamaba Chris", bromeó, pero yo no tenía tiempo ni cabeza para reírme o enfadarme, no podía decidirme. Porque Grant me estaba bajando los pantalones y las bragas, con la cara tan cerca que su cálido aliento me recorría como un fantasma, una promesa de lo que estaba a punto de hacer. "Dios, estás tan mojada para mí".

Gemí cuando me separó con los pulgares y se inclinó hacia mí, con su lengua deslizándose tan caliente e insistente entre mis pliegues. Incliné las caderas para dejarle más espacio, me apoyé en la estantería y me agarré a uno de los estantes para estabilizarme.

Grant gemía en mi coño mientras me saboreaba, las vibraciones me hacían estremecer de placer. Había perdido la cuenta de cuántas noches habíamos tonteado, terminando la velada desesperados e insatisfechos. Estaba al límite, sin haber tenido tiempo ni espacio para aliviar la tensión. Y con la forma en que me lamía, no iba a durar mucho.

"Por favor", susurré, sin estar segura de lo que quería. Pero no hacía falta, porque parecía que Grant sabía exactamente lo que necesitaba.

"No te resistas", me instó, retirándose un poco. "Córrete así, y luego te haré ver las estrellas de nuevo".

Era el permiso que necesitaba para dejarme llevar. Redobló sus esfuerzos, chupándome el clítoris y moviendo la parte plana de su lengua contra mí como si intentara devorarme el coño. Me sacudí contra su cara a medida que aumentaba mi placer, y su gruñido de respuesta me dijo lo mucho que le gustaba.

Nunca había sido tan salvaje. Me retorcí contra él, siguiendo su lengua y su boca mientras me comía como un muerto de hambre.

"Estoy muy cerca", le advertí, con los nudillos blancos de tanto agarrarme a la estantería.

Hizo un ruido de afirmación en el fondo de su garganta, sabiendo que no debía apartarme ni cambiar el ritmo cuando yo estaba justo al borde. Sus dedos se clavaron en mis caderas, animándome a seguir, a ser libre.

"Chris", dije, casi rompiendo la ilusión. No tuve tiempo de preocuparme ni de volver a la realidad. Me corrí con un grito, mis caderas se agitaron, mi coño tuvo espasmos y mi visión se volvió blanca. Un chorro de humedad me dejó jadeando, y Grant me lamió con un gemido hasta que no pude hacer otra cosa que estremecerme contra él, atrapada entre demasiado sensible y lista para más.

Grant se echó hacia atrás, con los labios y la barbilla brillando a la luz de las velas.

"Ven aquí", me dijo, guiándome al suelo con él.

Le rocé la polla, haciéndole gemir. De mi interior brotó una necesidad de respuesta. A pesar de lo alucinante que había sido mi orgasmo, quería -no, necesitaba- más. Todo mi deseo estaba suelto y no había forma de reprimirlo. Ya no.

Cogí los pantalones de Grant y juntos le quitamos lo que quedaba de ropa. No se me había ocurrido que técnicamente estábamos en público, y que el dueño de la tienda podía volver en cualquier momento hasta que ambos estuviéramos desnudos en el suelo de la librería. Pero no me importaba. A Beth no le importaba.

"Ponte a cuatro patas", me ordenó Grant, y en lugar de escandalizarme, obedecí.

Tomó su lugar detrás de mí, entre mis piernas, ya alineándose.

"Hacía tanto tiempo que necesitaba esto", dijo frotándome el coño con la punta de su polla. Estaba muy sensible y no podía contener el estremecimiento que me recorría. "Creo que tú también lo necesitabas".

"Sí", asentí, casi dispuesta a suplicar. Pero no hacía falta.

Grant se zambulló dentro de mí, sin darme tiempo a acostumbrarme a su enorme polla esta vez. Gemí mientras me llenaba, la satisfacción estallando en mi cuerpo como un mini orgasmo sólo por tenerlo dentro de mí.

"Joder", gruñó, empezando ya a empujar.

Colocó sus manos en la parte baja de mi espalda, marcando un ritmo profundo y constante. Delante de mí había un expositor del último éxito de novela romántica, un libro con más escenas de sexo de las que incluso yo me sentía cómoda. ¿Sería ese el tipo de libro que leía Beth? ¿Sus noches estaban llenas de fantasías de hombres dominantes que hacían lo que querían con ella?

Empezaba a ver el atractivo.

Pero entonces Grant me rodeó con sus brazos, tirando de mí para que mi espalda quedara pegada a su pecho. Me besó el cuello, respirando agitadamente por la nariz. Sus manos me acariciaban los pechos, bajaban por mi vientre y volvían a encontrar mi clítoris. Nunca había tenido dos orgasmos seguidos, pero estaba a punto de tenerlos.

"Eso es, nena", gruñó Grant, sintiendo mi inminente placer. "Muéstrame cuánto te gusta mi polla".

Era sucio, grosero, y me hizo gemir lo suficientemente alto como para que mi voz resonara por toda la tienda.

Me balanceé hacia delante y hacia atrás sobre su polla y contra sus hábiles dedos que me frotaban el clítoris en rápidos círculos que seguían el ritmo de sus embestidas. El mundo se desvaneció. No me quedaban preocupaciones, inhibiciones ni pensamientos. Sólo estaba Grant y el placer que estaba arrancando de mi cuerpo.

"Córrete para mí", me ordenó, la tensión en su voz me decía que él también estaba cerca.

Ya fueran sus órdenes o saber que estaba a punto de correrse, fue suficiente para llevarme al éxtasis.

Mi cuerpo estalló de placer, haciéndome perder todo sentido del tiempo y del lugar. Grant se hizo eco de mis gemidos mientras sus caderas chasqueaban contra mí. Llamada y respuesta. Mi placer y el suyo. No había forma de separarlos. Unimos la dicha.

Me aferré a Grant mientras nuestros orgasmos se desvanecían. Pronto tendríamos que vestirnos y estar presentables antes de que volviera el dueño de la tienda. En unos minutos, la noche, la noche perfecta, habría terminado. Pero por ahora, éramos Chris y Beth, en un mundo donde los finales felices realmente existían.

Capítulo 16

Molly

La cafetería bullía de actividad cuando Zora y yo llegamos, con conversaciones, tazas de café tintineando y el aroma a café recién hecho llenando el ambiente. Seguí a Zora hasta una mesa de la esquina, donde nos apretujamos entre una pila de periódicos y una maceta que había visto días mejores. Todavía tenía la cabeza nublada por la falta de sueño y no dejaba de pensar en la última noche con Grant.

La voz de Zora era como el ladrido de un sargento instructor. "¿Dónde estuvieron Grant y tú anoche? Les he oído tropezar después de medianoche".

Un rubor me subió por el cuello. "Sólo salimos a cenar tarde. Nada demasiado emocionante".

Una mentira a medias. Emocionante ni siquiera era la palabra para describirlo. Había sido trascendente.

La mirada de Zora era penetrante, pero la dejó pasar. Estaba demasiado concentrada en nuestra misión de hoy: reunirnos con la organizadora de la boda y ultimar el pedido de flores. Se suponía que iba a ser una salida rutinaria, pero la inquietud me corroía. Necesitaba hablar con Grant sobre la noche anterior, pero no había tenido la oportunidad. También tenía que lidiar con la situación de Bea. La había invitado a la reunión, pero llegaba tarde. Necesitaba respuestas sobre ella y era la única persona de la que podía obtenerlas. Otra reunión relacionada con la boda era la oportunidad perfecta para aclarar las cosas. El incidente de la tienda de vestidos me había dejado intranquila y, aunque había podido averiguar algunos datos sobre ella, como dónde había estudiado, nada de eso explicaba por qué había intentado sabotear mi vestido. Esperaba obtener

algunas respuestas hoy.

El calor de la cafetería no me reconfortó. Ya estaba distraída, mis pensamientos daban vueltas con los recuerdos de la noche anterior. Grant y yo habíamos vuelto a su casa y mis esfuerzos por mantener los límites se habían hecho añicos. Habíamos vuelto a acostarnos, en la cama de Grant. Nuestra conexión había sido innegable, y yo estaba luchando con las implicaciones de eso.

El incesante parloteo de Zora sobre los detalles de la boda la hacía sonar como una niña en una tienda de golosinas mientras sorbíamos nuestros cafés y discutíamos los puntos más delicados de la planificación de la boda. "Las flores tienen que ser perfectas, Molly. Es un acontecimiento único en la vida".

"Lo sé, Zora", dije, intentando parecer más interesada de lo que me sentía. "Supongo que no sé mucho de flores. Ni siquiera sé por dónde empezar".

"Por eso estoy aquí, para guiarte", me dijo, como si me estuviera ofreciendo una amabilidad en lugar de apisonar mi falsa boda.

Asentí, aunque mi mente ya estaba divagando. Había estado trabajando en los antecedentes de Bea, intentando desentrañar sus intenciones.

Apareció Rachel, la organizadora de la boda, una mujer elegante con un portapapeles y una confianza que tranquilizó inmediatamente a Zora. Nos acurrucamos alrededor de una mesa para hablar de flores y arreglos. A Zora se le iluminaban los ojos mientras hojeaba los catálogos, pero a mí me costaba mantener la atención en la conversación.

"Las rosas blancas y los eucaliptos son una combinación clásica para un ramo, muy elegante", se entusiasmó la organizadora de bodas, hablando más con Zora que conmigo.

"Cierto, pero también se ha hecho mil veces", replicó Zora. "La boda de mi hijo será el acontecimiento de la temporada; no quiero algo que tenga todo el mundo, quiero algo extraordinario".

"Las peonías estarán de temporada", sugirió Rachel.

"Sí, he pensado en peonías, pero no quiero que el ramo agobie a Molly, es muy pequeña, y mi hijo es alto y ancho", dijo Zora. "Un ramo grande podría ahogarla por completo".

"También están los guisantes de olor", sugerí débilmente. Pensé que al menos debía hacer un esfuerzo, aunque tuviera muy pocos conocimientos sobre flores. Mi abuela había cultivado guisantes de olor en su pequeño jardín trasero. Ahora estaba lleno de malas hierbas. Yo no era tan buena con las flores como ella.

"No, no, eso es demasiado manso", descartó Zora mi idea.

"Por no hablar de que los guisantes de olor son temperamentales, es difícil asegurarlos para una fecha concreta, las flores se marchitan demasiado rápido, habría que recogerlos frescos", añadió Rachel.

La llegada de Bea me evitó tener que formular una respuesta. Parecía tranquila y serena, pero no podía fiarme. Intenté calibrar su estado de ánimo mientras hablábamos de las flores, pero era como tratar de leer un libro cerrado.

La conversación era un borrón de colores y arreglos florales, y las expectativas de Zora parecían aumentar a cada minuto que pasaba. "Este arreglo tiene que ser perfecto", dijo, sosteniendo una muestra con ojo crítico. "Tiene que complementar la decoración del lugar".

"Por supuesto", dije, aunque en realidad no me interesaba. Era una espectadora en mi propia vida, observando desde la barrera cómo Zora y la organizadora de bodas debatían sobre pétalos y tallos.

Bea parecía extrañamente callada durante las conversaciones, y yo me fijaba más en ella que en las flores. Su comportamiento era tranquilo, casi demasiado tranquilo. Cuando hablaba, su voz era suave y controlada. ¿Había sido así desde el principio o era una fachada nueva?

Al final, decidimos el pedido de flores y la reunión terminó. Ni siquiera recordaba lo que había elegido Zora. La emoción de Zora era palpable mientras terminaba, pero yo sólo podía evocar preocupación. Quería hablar con Bea en privado, tantearla.

Mientras Zora recogía sus cosas, aparté a Bea, esperando tener una conversación sincera. "¿Podemos hablar un momento?" Pregunté, tratando de mantener la voz firme.

"Claro", dijo Bea, con los ojos brillantes de curiosidad.

"Yo sólo..." Una parte de mí quería preguntarle directamente, acusarla de sabotaje y ver cuál era su reacción. Pero el conflicto no era uno de mis fuertes. Y una parte de mí aún se aferraba a la esperanza de que Bea y yo pudiéramos tener algún tipo de relación. "Estaba pensando que, con

todo esto de la boda, aún no hemos tenido ocasión de conocernos".

"No pasa nada, lo comprendo", sonrió Bea, acomodándose un mechón de pelo detrás de la oreja. Yo hacía lo mismo cuando me sentía incómoda.

"Me encantaría saber más sobre tu vida", insistí. "¿Dónde creciste? ¿Cuál es tu color favorito? ¿Tienes novio?"

Bea respondió a mis preguntas con facilidad, y coincidían con lo que había podido averiguar sobre ella. Al menos, no mentía en nada de eso. Fue agridulce descubrir que las dos teníamos el mismo color favorito: el verde salvia.

Antes de que pudiera profundizar, Zora nos interrumpió. "Molly, tenemos que darnos prisa en volver. Los chicos podrían estar ya en el brunch".

"¿Los chicos?" Pregunté, desconcertada.

"Sí, Beckett, Jonas y Porter", dijo Zora, con el rostro iluminado al hablar de sus hijos. "Conseguí que Jonas aceptara acompañarnos, aunque fue todo un reto. Siempre acaba marchándose enfadado, así que tenemos que darnos prisa. No pude contactar con Quinton, por desgracia".

El entusiasmo de Zora por ver a sus hijos era evidente, pero no ayudaba en nada a mi creciente temor. No estaba más cerca de entender a Bea y ahora era como si me metiera en la boca del lobo, sin estar preparada para conocer a los hermanos de Grant. Forcé una sonrisa y me despedí de Bea, prometiéndole que nos veríamos más tarde.

Mientras Zora y yo caminábamos hacia la casa de Grant, recibí una llamada de la floristería. La voz al otro lado del teléfono era tranquila y profesional. "Llamo para confirmar cambios recientes en su pedido de flores".

"¿Cambios?" Pregunté, frunciendo el ceño. "No he hecho ningún cambio".

"¿Estás segura?" Preguntó la florista. "La organizadora de bodas dijo que se equivocó de lugar, que debemos enviar el ramo al Fairmont Copley Plaza".

Se me encogió el corazón.

"¿Cómo se llamaba la organizadora de bodas?" Pregunté, necesitando confirmar mis sospechas.

"Oh, um..." Hubo un crujido de papel. "Ella no dejó un nombre".

"¿Tienes el número, quizá?" Pregunté.

La florista comprobó los registros. Dijo el número y yo lo comparé con mis contactos, aunque ya sabía de quién se trataba. Bea.

Una oleada de pánico me golpeó. "¿Estás segura?"

"Sí", confirmó la florista, repitiendo el número una vez más.

"Gracias", dije, aunque la cabeza me daba vueltas. "Parece que ha habido un error de comunicación. El lugar de la boda sigue siendo la Capilla Whitaker".

"Ya veo", respondió la florista, sonando confusa. "Me aseguraré de anotarlo".

"Gracias, y por favor no hagas ningún cambio a menos que te lo diga directamente yo", le dije.

"Por supuesto", respondió ella.

Terminé la llamada y Zora me miró expectante, sin duda preguntándose por la llamada.

"Era la floristería", le expliqué, "confundieron nuestro pedido con otro y pensaron que habíamos cambiado el lugar de celebración".

Zora soltó una mueca de desaprobación: "Hoy en día no te puedes fiar de nadie".

No sabía cuánta razón tenía.

Capítulo 17

Grant

El salón estaba bañado por la suave luz de la mañana, que entraba por las amplias ventanas que daban a la ciudad. El aire olía ligeramente a café recién hecho y cruasanes calientes. Tres de mis hermanos, Beckett, Jonas y Porter, estaban sentados alrededor de la mesa baja y pulida, en la que se habían colocado bandejas de huevos, salmón ahumado y fruta con la atención al detalle que exigía nuestro padre.

Beckett estaba recostado en su silla, con sus cálidos ojos marrones fijos en mí con una mezcla familiar de diversión y picardía. Su pelo castaño, artísticamente despeinado, enmarcaba un rostro que podría haber sido portada de una revista: mandíbula fuerte, sonrisa con hoyuelos y una seguridad en sí mismo que siempre parecía atraer a la gente. Siempre había sido el favorito de todos, con su encanto juvenil y su actitud despreocupada. Y ni siquiera podía sentir celos por ello; Beckett era mi hermano más cercano, en edad y amistad.

"¿Cuándo conoceremos a tu nueva novia?" Preguntó, con los ojos brillantes de diversión. Todos sabían que era una farsa. Les había contado mi plan después de que papá nos soltara la bomba de la herencia.

"Sí", dijo Porter, mi segundo hermano menor, riendo. "Tenemos que ver quién ha capturado el corazón de nuestro hermano. Debe ser toda una mujer para aguantar tu serio trasero".

Le lancé una mirada de advertencia a Porter. Estaba seguro de que Molly y yo habíamos convencido a mis padres de que nuestra relación era verdadera, y lo último que necesitaba era que el idiota de mi hermano lo arruinara.

Papá me había llevado aparte esa mañana, justo antes del brunch, y me había dicho que Molly parecía una buena esposa. Un indicio de aprobación, por fin. Incluso me había felicitado por haberla encontrado, y un raro orgullo se había hinchado en mi pecho. Quizá, por una vez, había hecho algo bien según sus criterios. Lo miré desde el otro lado de la habitación, que seguía hablando por teléfono, con expresión seria. Negocios, como siempre.

"Molly está fuera con mamá, reuniéndose con una organizadora de bodas", les expliqué. "Estoy seguro de que volverán pronto".

"Divertido", dijo Jonas, mi hermano mediano, con más sarcasmo del que parecía posible. Siempre estaba de mal humor durante los acontecimientos familiares y se había vuelto aún más adusto desde que nuestro padre había anunciado su jubilación y su ultimátum. Podía entenderlo. Yo tampoco me había alegrado cuando papá había hecho el anuncio, pero a diferencia del resto de mis hermanos, había tomado la iniciativa.

Miré a mi padre, pero seguía inmerso en una conversación telefónica, ajeno a lo que decíamos. Siempre había sido así. No podía recordar un solo acontecimiento familiar en el que no hubiera estado ocupándose de los negocios de alguna manera. Solía admirar eso de él, valorar su ética de valía. Sin embargo, empezaba a cuestionármelo. Tal vez había cosas más importantes en la vida que sólo el trabajo.

Seguro de que no nos oirían, me incliné hacia delante, bajando la voz.

"Escuchen, encontrar una esposa no es tan difícil", empecé, manteniendo mi tono casual. "Yo lo logré, ¿no? Y estoy organizando esta boda para demostrar que se puede hacer con eficacia. Hice que mi asistente personal preparara una solicitud y 'contraté' a Molly para el papel. Tan sencillo como eso".

La sonrisa de Beckett se ensanchó.

"¿La contrataste?" Repitió. No era información nueva para él, pero le gustaba bromear. "¿Algo así como, con una tarifa por hora y beneficios?"

Porter resopló en su café. "Sí, porque eso es totalmente normal, Grant. Contratar a una esposa como si fuera una especie de asistente ejecutiva".

Jonás, siempre escéptico, enarcó una ceja. "Entonces, ¿tú también esperas que vayamos y contratemos a alguien? Cueste lo que cueste".

Me encogí de hombros, imperturbable. "A mí me funcionó. No veo por qué no iba a funcionar con ustedes. Si quieren su parte de la herencia -a menos que todos tengan novias en secreto de las que yo no sepa-, esta es la forma de hacerlo. ¿Por qué no acabar de una vez?"

Intercambiaron miradas y pude percibir la conversación tácita que había entre ellos. No siempre nos llevábamos bien, pero con unos padres ausentes emocional y en ocasiones físicamente, nuestro vínculo era estrecho, y nunca habían tenido reparos en llamarme la atención.

Beckett se inclinó hacia delante, sus ojos se entrecerraron con un brillo juguetón. "Sí, pero Molly no es sólo una mujer que contrataste. He visto las fotos del anuncio de tu boda. Es guapísima. Y no me digas que no te acuestas con ella, porque es imposible que te guardes las manos".

Porter asintió, sonriendo. "Vamos, Grant. No sólo la contrataste. La quieres. Te gusta".

Jonas sonrió satisfecho. "Admítelo. Aquí hay algo más que un simple acuerdo comercial. Ni siquiera tú eres tan robótico".

Se me tensó la mandíbula. Odiaba cuando hacían eso, escarbar bajo la superficie de todo lo que decía, buscando siempre un motivo oculto. Respiré hondo, decidido a mantener la calma. "Vale", dije, con voz cortante. "Nos acostamos. Pero eso es sólo un extra del acuerdo".

Se me escapó antes de que pudiera detenerme. Durante un segundo, la sala se sumió en un silencio atónito. Luego, Beckett se rió, echándose hacia atrás con cara de satisfacción. "Un extra, ¿eh?"

Jonas sacudió la cabeza y una sonrisa de complicidad se dibujó en su rostro. "Vaya, Grant, eres realmente increíble".

Porter silbó suavemente. "¿Sólo un 'extra', dices? Seguro que parece más que eso".

Intenté encogerme de hombros, pero mis pensamientos estaban enredados. No estaba preparado para pensar en lo que estaba pasando entre Molly y yo en otros términos. Sólo era sexo. Buen sexo, sin duda, pero sólo un placer añadido al acuerdo. Me negaba a permitirme considerar algo más profundo.

Pero antes de que pudiera decir nada más, Molly apareció en la puerta, con la cara pálida, los ojos muy abiertos y llenos de dolor. Debía de haberlo oído. Se me cayó el corazón al estómago.

"Molly..."

No esperó ninguna explicación. Apretó los labios en una fina línea y sus ojos se encendieron. "¿Sólo un extra?" Repitió, con la voz temblorosa por la ira.

"Molly, espera..." Me levanté, tendiéndole la mano, pero ella giró sobre sus talones y salió corriendo. Sentí que se me iba el color de la cara.

La sonrisa de Beckett desapareció, sustituida por el ceño fruncido. "Bien hecho, Grant", murmuró. "Muy amable de tu parte".

Me pasé una mano por el pelo, con el pecho apretado por el pánico y la culpa. Maldita sea. No era mi intención que oyera eso, no así. Tenía que ir tras ella.

Encontré a Molly en la cocina, caminando de un lado a otro, abrazada a sí misma como para protegerse del frío que se había instalado en la ciudad. Pero la cocina estaba tan caliente como el resto de la casa. Tenía las mejillas enrojecidas por la ira, o tal vez por el dolor. Sentí una punzada de culpabilidad al pensar que yo había provocado aquello.

"Molly", grité mientras me acercaba, intentando mantener la voz firme. Se volvió hacia mí, con los ojos brillantes.

"¿Eso es todo lo que soy para ti?" Preguntó, con la voz tensa por la emoción. "¿Sólo un extra?"

Me puse delante de ella, buscando las palabras adecuadas.

"Yo... siento que hayas oído eso", empecé, mi voz sonaba más insegura de lo que me gustaba. "No quise decirlo en la forma en que salió".

Ella se cruzó de brazos con más fuerza, sin ceder un ápice. "¿Qué querías decir, entonces?"

Respiré hondo, tratando de encontrar el valor para ser sincero. "Nunca me he permitido sentir algo por una mujer, no así", admití. "Este... Este es tu mundo, no el mío. No sé nada de romances".

Una leve sonrisa asomó a sus labios, aunque sus ojos seguían desconfiados.

"Me lo imaginé en cuanto dijiste que el sexo era como un negocio", respondió ella.

Me estremecí, reconociendo lo frío que debía sonar. "Lo sé, lo sé. Soy un idiota. Pero te pido que seas paciente conmigo, Molly. Estoy tratando de entender esto".

Me estudió un momento y la tensión de sus hombros se relajó ligeramente. "Lo haré", dijo en voz baja. "Pero necesito saber a qué atenerme. Necesito saber que esto no es sólo un... arreglo para ti".

"No lo es", le aseguré, acercándome. "Ya no".

Dudó y luego asintió. "De acuerdo", dijo en voz baja. "Entonces... dime algo real, Grant. Algo que no forme parte de toda esta farsa".

Me lo pensé un momento, tratando de decidir cuánto revelar.

"Mi ex, Shannon, era una pesadilla", dije finalmente. "Fue un error, todo. Ella quería cosas que yo no estaba dispuesto a dar, y me quedé más tiempo del que debía porque pensé que eso era lo que debía hacer".

La mirada de Molly se suavizó. "¿Todavía la ves?"

Sacudí la cabeza. "No, se acabó. Y eso es algo muy bueno".

Asintió con la cabeza, con curiosidad en los ojos. Estaba sopesando mis palabras.

"¿Y tú?" Pregunté, alejando la conversación de mí mismo. "¿Qué hay de tus relaciones pasadas?"

Habíamos tocado el tema anoche en la librería, pero se había mostrado evasiva.

Molly soltó una pequeña carcajada, sacudiendo la cabeza.

"Son un desastre", admitió. "La mayoría de las veces, no paso de la primera cita. Cada vez, termino sintiéndome... como si hubiera fallado de alguna manera. Como si no fuera suficiente

para ellos, o tal vez ellos no fueran suficientes para mí... no lo sé. Supongo que siempre he sido una romántica empedernida, creyendo en el tipo de amor que existe en los libros y las películas".

No hacía mucho, había menospreciado su romanticismo, pero me estaba ablandando. Le dediqué una sonrisa irónica. "¿Y eso es malo?"

Me miró a los ojos y soltó una carcajada al verme tan romántico. Pero por un momento, había algo vulnerable en su expresión.

"No lo sé", dijo en voz baja. "A veces, me pregunto si me preparo para la decepción. Si espero demasiado".

Se me apretó el corazón. No quería decepcionarla. Estaba acostumbrado a cumplir las expectativas de mi padre, espoleado por el deber familiar. Pero esto era nuevo, una presión que nunca antes había experimentado. Y quería estar a la altura de las circunstancias.

Extendí la mano y la tomé suavemente entre las mías. "Creo que es valiente", le dije. "Creer en algo así".

Sus labios se curvaron en una leve sonrisa, y un parpadeo de calidez floreció en mi pecho. "Tal vez", murmuró. "Pero también es aterrador".

Asentí, comprendiendo más de lo que me importaba admitir. Había una razón por la que nunca me había comprometido con nadie.

"Sí", estuve de acuerdo. "Aterrador".

Nos quedamos un momento mirándonos. Las cosas estaban cambiando rápidamente entre nosotros, y yo luchaba por ponerme al día, pero quería hacerlo.

Antes de que pudiera decir nada más, llamaron a la puerta detrás de nosotros y la voz de Gabby gritó: "¿Grant? ¿Molly?"

Gabby había venido varias veces desde que Molly se había mudado. No conocía muy bien a nuestra vecina, pero era una buena amiga de Molly, y me caía bien por eso.

"Siento molestar", dijo. "Un tío bueno me ha dejado entrar; creo que se llama Beckett".

Así que, mi hermano ha encantado a otra mujer. Sólo por abrirle la puerta. Muy propio de él.

"No hay problema", dijo Molly, aunque hubiera preferido que no me interrumpieran, no cuando Molly y yo estábamos progresando. "¿Qué pasa?"

"Pasaba por aquí cuando vi a tu hermana merodeando fuera", explicó Gabby. "Dijo que te estaba buscando, así que llamé al timbre".

"¿Bea?" Preguntó Molly, alzando las cejas.

Sabía que Molly la había invitado a la reunión con la organizadora de la boda -algo que no aprobaba, pero Molly tenía que tomar sus propias decisiones-, pero no había dicho nada de invitarla al brunch.

"Sí, ella", confirmó Gabby. "Está esperando en el pasillo".

Molly parecía pensativa, pero asintió. "Gracias Gabby".

"No te preocupes, será mejor que regrese, estaba paseando a mi perro cuando la vi. No quisiera que pensara que lo he abandonado", dijo con una sonrisa, dándose la vuelta para marcharse.

Como anfitrión, debería haberla seguido, pero mi preocupación era Molly.

"¿Estás bien?" Pregunté.

"Me alegro de que Bea esté aquí", dijo finalmente, una mirada decidida cruzó su rostro. "Tengo algo importante que hablar con ella".

Asentí, con el corazón todavía latiéndome demasiado rápido por todo lo que acababa de pasar. Pero por ahora, lo dejaría pasar. Seguí a Molly hasta el pasillo, donde saludó a Bea y la condujo fuera, lejos de miradas indiscretas. Quería seguirla, protegerla de la mujer en la que no confiaba, pero sabía que era algo que Molly tenía que resolver por sí misma.

"Oye, ¿dónde ha ido esa rubia?" Preguntó Beckett, volviendo al pasillo con una taza humeante. "Le he traído café".

"Tuvo que marcharse", dije, sin molestarme en dar más explicaciones. Ninguna mujer había

mantenido la atención de Beckett durante mucho tiempo. Mañana se olvidaría de ella.

"Ugh," se quejó Beckett. "Vamos, hermano, no puedes dejarme ahí solo con mamá y papá".

"Jonas y Porter también están allí", señalé.

"Exacto", se rió Beckett, apartándome del pasillo donde quería esperar a Molly.

Capítulo 18

Molly

El aire frío me mordió las mejillas cuando salí a la entrada para reunirme con Bea. Quería que estuviéramos a solas para enfrentarme a ella; necesitaba oír su explicación sin que Grant ni nadie más interfiriera. Ni siquiera le había contado a Gabby lo que estaba pasando, sólo que había encontrado a mi hermana gemela. El corazón me latía con fuerza, por la rabia, la traición y un profundo dolor. Bea y yo empezábamos de conocernos y ya parecía que entre nosotras había más secretos que verdades.

"Tenemos que hablar", le dije. Lo que había venido a buscar podía esperar. Necesitaba mis respuestas. Ahora mismo.

Bea asintió, con el rostro pálido.

"¿Por qué?" Pregunté, cruzándome de brazos para entrar en calor y mantenerme firme. "¿Por qué has estado intentando sabotear la boda, Bea?"

La expresión de Bea reflejaba algo, quizá culpa o miedo. Llevaba las manos metidas en los bolsillos del abrigo y apartó la mirada de mí para contemplar la tranquila calle.

"No he sido del todo sincera contigo, Molly", dijo en voz baja, su voz apenas audible por encima del lejano zumbido de la ciudad.

"No me digas", espeté, con la frustración a flor de piel. "Cambiaste las medidas en el formulario

de modificación del vestido. Llamaste a la floristería para cambiar el lugar. Has interferido en cada paso. ¿Por qué?"

Se mordió el labio, pareciendo luchar consigo misma por un momento. Luego suspiró, con el aliento empañado por el aire frío.

"Cambié las medidas y llamé a la floristería", admitió, encontrándose finalmente con mi mirada. "Pero no es porque quisiera hacerte daño".

Entrecerré los ojos, mi paciencia se agotaba. "¿Entonces por qué lo hiciste?"

Vaciló y luego respiró hondo. "Cuando empecé a buscarte, contraté a un detective privado. Estaba desesperada por encontrarte, Molly. Pero en lugar de encontrar tu información de contacto, el detective encontró este lugar: la casa de piedra rojiza de Grant Sullivan. Así que vine aquí. Pero cuando llegué, no había nadie en casa. Decidí esperar en la entrada".

Fruncí el ceño, preguntándome por qué todo esto era relevante. "Vale, así que estabas esperando... ¿Y luego qué?"

La mirada de Bea se desplazó, su expresión tensa. "Mientras esperaba, se me acercó una mujer de pelo castaño. Al principio parecía amable y me preguntó quién era y qué hacía allí. Empezamos a hablar y... entonces me hizo una oferta".

Fruncí el ceño. "¿Una oferta?"

Bea asintió, con el rostro pálido. "Me ofreció veinte mil dólares por hacer lo que fuera para estropear tu boda".

Se me cayó el estómago.

"¿Qué?" Susurré, sintiendo como si el suelo se hubiera movido debajo de mí. "¿Quién es esta mujer? ¿Por qué intenta arruinar mi boda?"

Bea negó con la cabeza. "No quiso decirme su nombre. Le pregunté, pero se limitó a sonreír y dijo que no era importante. Me dijo que me pagaría en efectivo si accedía a ponerte las cosas... difíciles. Parecía saber mucho sobre ti, Molly. Sobre la boda, sobre Grant".

Una oleada de náuseas se apoderó de mi estómago y mi mente se aceleró.

"¿Y aceptaste?" Pregunté, con la voz ligeramente quebrada. "¿Aceptaste su dinero?"

Bea parecía avergonzada y bajó la mirada hacia sus pies.

"Estaba enfadada", admitió. "Estaba enfadada porque te había encontrado a ti, mi hermana gemela, y tú vivías esta... vida perfecta. Nuestra madre me abandonó a mí, no a ti. ¿Te imaginas lo que es eso? ¿Qué había de malo en mí para que fuera tan indeseada? ¿Qué hay en ti que nuestra madre decidió mantenerte? No es como si estuviera nadando en dinero, y yo..."

"¿Veinte mil dólares, Bea?" Interrumpí, dolida. "¿Cogiste dinero para sabotear mi boda? ¿Por qué no hablaste conmigo?"

Volvió a levantar la vista, con los ojos muy abiertos y suplicantes. "Iba a negarme, lo juro. Pero siguió hablando y... no sé, Molly. Se metió en mi cabeza. Hizo que sonara como si tú fueras... como si de alguna manera tuvieras la culpa de algo, como si yo estuviera haciendo lo correcto al aceptar".

Me enfadé a fuego lento, pero intenté mantener la voz firme. "¿Y no tienes ni idea de quién es?"

Bea volvió a negar con la cabeza. "No lo sé. No me lo ha dicho. Pero... he quedado con ella dentro de una hora en el vestíbulo de Sullivan Suites, y si quieres... puedes venir conmigo. Puedes verla por ti misma. Por eso vine hoy. No podía vivir más con la culpa, y quería hacer lo correcto. Lo siento.

La miré fijamente, con el corazón desbocado. No podía aceptar sus disculpas; no estaba preparada. Y eso podía esperar. Tenía otros asuntos más importantes. Como averiguar quién estaba intentando sabotear mi boda. No conocía a nadie como Bea me había descrito.

"¿Te vas a reunir con ella *otra vez*?" Pregunté con incredulidad.

"Sí", dijo Bea, con expresión seria. "Pensé que era la única manera de averiguar quién es. No intento hacerte daño, Molly. Te lo juro, sólo... me dejé llevar por algo que no entendía".

Una parte de mí quería gritar, llorar, exigir más respuestas, pero esta era una oportunidad para llegar al fondo de las cosas. De averiguar quién estaba detrás de esto.

"De acuerdo", dije finalmente, con voz firme. "Iré contigo. Vamos a averiguar quién está tratando de arruinar mi boda".

Bea asintió con un gesto de alivio. "De acuerdo", susurró. "Vamos".

El vestíbulo del Sullivan Suites era imponente: altas columnas de mármol, lámparas de araña que brillaban a la luz de la mañana y gente bien vestida que entraba y salía, cada una más glamurosa que la anterior. Me mantuve en la sombra, detrás de una gran maceta, intentando pasar desapercibida mientras Bea se adentraba en el vestíbulo en busca de la mujer.

No podía creer lo que estaba haciendo: husmear como un detective aficionado en una película de suspenso barata. Pero necesitaba ver a aquella mujer, saber quién estaba intentando destruir mi boda antes incluso de que se hubiera celebrado. Apreté los dedos alrededor del teléfono y eché un vistazo desde la planta, con el corazón martilleándome en el pecho.

Allí estaba. La mujer de pelo castaño, con el mismo aspecto que había descrito Bea: alta, elegante y con una confianza que parecía irradiar de ella. Estaba cerca de la entrada, observando la sala, y mi adrenalina se disparó. Cogí rápidamente mi teléfono y saqué unas cuantas fotos, tratando de ser discreta.

Al hacerlo, mi teléfono zumbó en mi mano, haciéndome dar un respingo. Miré hacia abajo. Era Grant.

Grant: *¿A dónde te escapaste?*

Una sonrisa se dibujó en mis labios a pesar de la tensión. No quería preocuparle contándole lo que estaba haciendo, no hasta que obtuviera algunas respuestas. Respondí rápidamente.

Molly: *Sólo me ocupo de algunas cosas de la boda. No te preocupes, volveré pronto.*

Su respuesta fue instantánea.

Grant: *¿Cosas de la boda? Eso suena vago... no estarás tramando mi desaparición, ¿verdad?*

Ahogué una carcajada, sintiéndome un poco más ligera.

Molly: *Tal vez estoy planeando una sorpresa para mantenerte alerta.*

Grant: *Me encantan las sorpresas, especialmente si te involucran.*

Las palabras me calentaron las mejillas. Volví a asomarme por encima de la planta. La mujer estaba hablando con Bea. Hice unas cuantas fotos rápidas más y bajé el teléfono, con el corazón latiéndome en el pecho. Un aleteo de ansiedad me hizo cambiar de un pie a otro, nervios y algo... algo más. Le contesté rápidamente.

Molly: *Volveré pronto. Lo prometo. Pero, ¿y si estuviera tramando tu muerte? ¿Qué harías entonces?*

Grant: *Ir a buscarte, por supuesto. Y tal vez atarte para que no puedas escapar de nuevo.*

Me mordí el labio, intentando ocultar la sonrisa. Me gustaba esa faceta de Grant, la faceta juguetona y coqueta que me hacía sentir como si fuéramos las dos únicas personas en el mundo.

Molly: *Pervertido. Estás lleno de sorpresas, ¿verdad?*

Grant: *Sólo cuando se trata de ti, Molly. Vuelve pronto o puede que vaya a buscarte.*

Se me escapó una risita antes de que pudiera detenerla. Miré a Bea y a la mujer de pelo castaño rojizo, que seguían conversando. Mis dedos volaron sobre la pantalla.

Molly: *Ya casi termino. No hagas ninguna locura sin mí.*

Grant: *Trato hecho. Pero no me hagas esperar demasiado. Sabes que no soy paciente.*

Molly: *Lo sé. Volveré antes de que te des cuenta.*

Justo cuando pulsé "Enviar", la mujer de pelo castaño rojizo se giró ligeramente y escrutó el vestíbulo con la mirada. Me agaché detrás de la planta, con el corazón acelerado. ¿Me había visto? Contuve la respiración, escuchando, esperando. Pasó un momento. Luego otro.

Habló en voz baja e irritada. "¿Estás segura de que nadie te siguió?"

Me asomé de nuevo, con la respiración entrecortada. Bea negó con la cabeza, haciéndose la interesante. "Sí. ¿Por qué?"

"Porque me pareció ver algo... o a alguien", la mujer frunció el ceño, su mirada barriendo la habitación una vez más.

Me agaché, con el pulso latiéndome en los oídos. Esperé unos segundos y volví a mirar. La mujer se había vuelto hacia Bea, aparentemente satisfecha. Exhalé lentamente, sintiendo un gran alivio.

Retrocedí unos pasos, alejándome con cuidado de la planta, intentando no llamar la atención. Estaba casi en la salida cuando mi teléfono volvió a zumbar.

Grant: *Te sigo esperando...*

Sonreí satisfecha y respondí rápidamente.

Molly: *Paciencia, Sullivan. Estoy trabajando en mi huida.*

Salí por la puerta y esperé en la acera, con el corazón aún acelerado. Un minuto después, Bea salió, un poco ruborizada. Me vio y se acercó rápidamente.

"¿Y bien?" Pregunté, aún recuperando el aliento.

"Está paranoica", dijo Bea, mirando por encima del hombro. "Pero no creo que te haya visto".

Asentí con la cabeza. "Bien. Y... gracias, Bea. Por dejarme acompañarte".

Bea sonrió un poco, una sonrisa genuina que le llegaba a los ojos. "Te debo eso... probablemente más. Lo siento, Molly. De verdad".

Se me hizo un nudo en la garganta. A pesar de todo, me di cuenta de que mi hermana estaba siendo sincera. Después de escuchar su versión de los hechos y ver su intento de enmendarse, pude entender por qué había hecho lo que había hecho. Sabía lo mal que me sentía por lo que había hecho mamá. Me había centrado en mis sentimientos al respecto, la traición y los secretos. No había pensado mucho en lo que debió de doler ser la gemela a la que regalaron.

"Está bien", me las arreglé. "Lo resolveremos. Juntas".

Asintió con la cabeza y pude ver un atisbo de alivio en su expresión. "Sí. Juntas".

Sentí que se creaba una extraña camaradería entre nosotras. Puede que Bea y yo no tuviéramos la relación más fácil, pero en aquel momento por fin empezábamos a entendernos.

Y en cuanto a Grant... bueno, tenía que dar algunas explicaciones. Pero eso podría esperar un poco más.

Por ahora, sólo estaba agradecida de que no me hubieran pillado.



Cuando regresé de mi misión, el sol de la tarde entraba por las ventanas de la casa de Grant. La familiaridad del espacio era reconfortante, pero no podía deshacerme de la ansiedad que se había ido acumulando desde lo ocurrido en Sullivan Suites. Necesitaba hablar con Grant sobre lo que había descubierto. Por suerte, sus hermanos se habían ido y sus padres no estaban.

Respiré hondo y entré en el salón, donde Grant me esperaba. Levantó la vista del teléfono cuando entré, con una sonrisa en los labios que me aceleró el pulso.

"Hola", dije, tratando de sonar casual a pesar de los nervios que se arremolinaban en mi estómago. "Tengo que hablarte de algo importante".

Los ojos de Grant se iluminaron con interés. "¿Oh? ¿Y qué podría ser?"

Por su expresión, estaba claro que esperaba que nuestro flirteo continuara. Se levantó, cerró el pequeño hueco que nos separaba y me rodeó con los brazos.

"He estado fisgoneando", empecé a decir, pero Grant me distraía, frotándome la espalda con las manos y apretando las caderas contra mí. Estaba medio empalmado.

"¿Jugando a ser un detective?" Sonrió. "No sé si serías un buen Sherlock Holmes; eres demasiado sexy para llevar una cazadora".

Me besó, y cualquier urgencia que tuviera por contarle lo de Bea y la mujer que había conocido empezó a desvanecerse. No era como si Bea hubiera sido capaz de estropear nada, al fin y al cabo la había pillado. Y podríamos hablar de la misteriosa mujer de pelo castaño más tarde.

Las manos de Grant vagaban acariciándome la espalda, el culo, las caderas y los muslos. Me

vinieron a la mente imágenes de la noche anterior, interpretando a Beth y Chris, la libertad que había sentido. Pero hoy no necesitaba interpretar ningún papel. Grant y yo teníamos una conexión que estaba creciendo rápidamente. Nuestra conversación después de oírle decir que el sexo conmigo era un extra lo había consolidado. Después de ver lo fríos y exigentes que eran sus padres, podía entender por qué Grant era reacio a lanzarse de cabeza a los sentimientos. Pero lo estaba intentando. Y eso significaba algo.

"Creo que te mereces una recompensa", dije, apartándome y sonriéndole.

"¿Ah, sí? ¿Por qué?" Me preguntó, metiendo los dedos bajo la camisa y acariciándome la espalda.

"Por lo de anoche", respondí. La forma en que me había consentido, con la cena romántica, y dado prioridad a mi placer me había dejado huella y quería devolverle el favor.

"¿Qué parte?" Ladeó la cabeza y sus ojos castaños brillaron con interés y deseo.

"Todo", dije, poniéndome de rodillas frente a él.

Grant aspiró sorprendido y la satisfacción y el orgullo llenaron mi pecho. Saber que podía sorprenderlo y excitarlo me hacía sentir poderosa y sexy como nunca antes.

Le acaricié la polla endurecida a través de los pantalones, provocándole antes de bajarle la cremallera. Me miraba con hambre, pasándome los dedos por el pelo y haciéndome ronronear como Atticus. Pero no me conformaba con arrodillarme y dejarme acariciar. Quería hacer que Grant se deshiciera.

Le saqué la polla de los calzoncillos, empujando la tela hacia abajo alrededor de sus muslos para tener acceso también a sus huevos. Se me hizo la boca agua. Nunca en mi vida había deseado tanto chupársela a alguien.

Agarrándolo por la base, lamí el tronco hasta llegar a la punta. Me metí la cabeza en la boca, amando la textura sedosa y el calor de mi lengua. Pero nada de eso se comparó con el calor que sentí en mi interior cuando se endureció por completo y estiré los labios a su alrededor mientras una gota de semen caía sobre mi lengua. Me miró con los ojos entrecerrados y la boca entreabierta, sacando la lengua para lamerse los labios.

"Sabes tan bien", le dije, envalentonada por su evidente deseo hacia mí.

Se sacudió en mi mano y otra gota de semen apareció en la punta.

"No tienes ni idea de lo que me estás haciendo", gimió.

Tener a Grant a mi merced era una experiencia nueva, a la que me veía convirtiéndome rápidamente en adicta.

"Creo que tenía alguna idea", repliqué, enfatizando mi punto lamiendo la cabeza de su polla y haciéndole sisear.

Le acaricié con la mano derecha y con la izquierda le toqué los huevos. Me debatía entre tomarme mi tiempo, saborear cada detalle o hacer que se corriera tan rápido que no supiera qué le había golpeado. Me encantaba su peso en las manos, su sabor y su textura.

"Sabía que detrás de toda esa inocencia, eras una descarada", gimió Grant mientras centraba mi atención en ese pequeño manojo de nervios donde la cabeza de su polla se unía con el tronco. Pasé la lengua por encima, observando su reacción con regocijo. Intentó cerrar los párpados, pero los mantuvo abiertos para verme chuparle la polla.

Mis bragas estaban cada vez más mojadas, pero mi atención estaba puesta en Grant y en hacerle sentir increíble. La forma en que me había comido en la librería era razón suficiente para devolverle el favor, pero iba más allá. No sólo quería que Grant sintiera el mismo tipo de placer, quería ser yo quien se lo hiciera sentir. Para desmontar su fachada cuidadosamente construida y desnudarlo hasta la emoción cruda.

"Me encanta chuparte la polla", le dije, ya sin sentir vergüenza de decir cosas tan sucias. Grant había destapado un lado sexy de mí que no sabía que existía, y lo estaba aprovechando al máximo.

"¿Intentas matarme?" Me preguntó, con el estómago revuelto y las pelotas apretadas en mi mano.

"Un poco, tal vez", bromeé. "Una muerte lenta".

"Sólo tú podrías hacer que una mamada fuera erudita", gimió, y me tomé el cumplido como pretendía.

Lo rodeé con mis labios y lo succioné, incapaz de seguir provocándolo. Su gemido llegó directamente a mi coño, haciéndome estremecer de necesidad. Lo metí tan profundo como pude,

pero su longitud me obligó a cubrir el resto de su pene con la mano.

Grant me apartó el pelo de la cara, recogiéndomelo en una improvisada coleta para que pudiera mirar. Le ofrecí un espectáculo, moviendo la cabeza arriba y abajo, chupándole la punta y pasándole la lengua, masturbándole la polla y haciéndole rodar los huevos en la palma de la mano.

"Joder", gruñó, con las caderas temblorosas mientras se contenía para no empujar.

Me incliné un momento hacia atrás y su polla cayó de mi boca con un chasquido satisfactorio.

"No te contengas", le animé. "Quiero saber, sentir cuánto estás disfrutando esto".

"¿Estás segura?" Preguntó frotándome el labio inferior con el pulgar, con asombro y hambre en los ojos.

"Sí", dije, entrecortada y necesitada.

Volví a meterme su polla en la boca, y la mano de Grant en mi pelo se tensó placenteramente. Empujó sus caderas hacia adelante, presionando su polla en la parte posterior de mi boca hasta que mis labios se encontraron con mi mano en su eje. Se retiró lentamente, saboreando claramente la sensación de mis labios alrededor de su polla.

Le miré a través de las pestañas, confiando en que no me daría más de lo que podía soportar. Puse las dos manos en sus caderas, dándole rienda suelta.

Empezó lento y superficial al principio, pero cuando llegó al fondo de mi garganta, no pude evitar el gemido que brotó de mi pecho. Era todo el permiso que necesitaba. Aceleró el ritmo y me folló la boca exactamente como yo quería.

"Te sientes tan bien", gimió. "Dios, Molly".

Me encantaba oírle gemir y chupé con más fuerza, moviendo la cabeza al ritmo de sus embestidas. Nunca había dejado que nadie lo hiciera. Cuando lo había leído en los libros, había sido una fantasía y nada más. Grant estaba cambiando mucho en mi vida y nunca me había alegrado tanto de descubrir algo nuevo. Podría haberle chupado la polla todo el día. La idea me hizo apretar los muslos, buscando alivio a la necesidad de mi coño.

"Joder, me estoy acercando", me advirtió Grant, tirándome del pelo para echarme hacia atrás.

Pero no quería soltarlo, quería que terminara en mi boca. Quería saborearlo y saber que lo había hecho que se corriera. Tiré de la mano que me guiaba, introduciendo su polla más profundamente en mi boca. Supe que había captado el mensaje cuando soltó un gemido ahogado.

Succioné con más fuerza, cerrando los labios en torno a él y deslizándome por su pene. Se introdujo en mi boca una, dos y tres veces más, antes de soltar un gemido gutural.

"Me voy a correr", me advirtió justo antes de que mi boca se llenara de su esperma, gruesas cintas que aterrizaban en mi lengua y se deslizaban por mi garganta. Agarré la base de su polla con la mano, apretando y acariciando, exprimiendo hasta la última gota que tenía para darme. Chupé hasta que no le quedó nada, hasta que sus gemidos se convirtieron en quejidos cuando se puso demasiado sensible.

Pero no tuvimos tiempo de disfrutar del momento. El inconfundible sonido de la puerta principal abriéndose fue seguido por las voces de Slater, Zora y Beckett. Una sacudida de miedo me recorrió.

"Mierda", dije, poniéndome en pie. Lo último que necesitaba era que me pillaran en una posición indecente. Nunca me recuperaría de ello.

"Joder, joder, joder", murmuró Grant, volviendo a meterse la polla en los pantalones y siseando mientras se subía la cremallera.

Los pasos subían por el pasillo mientras nos apresurábamos a ponernos presentables. Me alisé la camisa alborotada e intenté acomodarme el pelo, pero Grant me había despeinado demasiado. Aunque la ropa y el pelo estuvieran en su sitio, no había nada que hacer con la mirada vidriosa de Grant, que ni siquiera la preocupación de que nos descubrieran podía amortiguar. O la hinchazón de mis labios. *Dios*, ni siquiera me habría sorprendido si me hubiera empapado las bragas y los pantalones. Mi excitación me corría por los muslos.

"Ven conmigo", dijo Grant, cogiéndome la mano.

Había dos puertas que daban al salón, una que daba al pasillo principal y otra que conectaba con otra habitación en la que nunca había estado. Los múltiples edificios de piedra rojiza de Grant, convertidos en mansión, eran una madriguera de habitaciones y pasillos, al menos para mi mente con problemas de orientación.

Le seguí por la segunda puerta y tardé un momento en darme cuenta de que estábamos en el pasillo que llevaba al lavadero, en la parte trasera de la casa. Había otras escaleras que llevaban al piso superior y desde allí sólo había unos pasos hasta el dormitorio de Grant. Nos metimos dentro y Grant cerró y atrancó la puerta. Nos habíamos puesto a salvo sin que nos vieran.

"Estuvo cerca", dije, con el corazón latiéndome como loco.

"Definitivamente no es el tipo de final que tenía en mente", estuvo de acuerdo, respirando con dificultad. "Joder, juro que todavía puedo sentir tus labios".

Me acercó y me besó profundamente, no menos amoroso a pesar de haberse corrido. Sus manos buscaron mis pechos y su atención me hizo darme cuenta de lo duros que tenía los pezones. El miedo a ser descubierta por la familia de Grant no podía anular lo excitada que estaba. La mano de Grant se deslizó hacia el sur, desabrochándome los pantalones.

"¿No se preguntarán tus padres y tus hermanos dónde estamos?" Pregunté, aunque era lo último en lo que quería pensar.

"Pueden cuidar de sí mismos", dijo Grant. "Déjame cuidar de ti".

Metió la mano en mis bragas y yo ahogué mi gemido enterrando la cara en su cuello. Grant tenía razón, todo lo demás podía esperar. Todo lo que tenía que hacer ahora era sentir.

Capítulo 19

Molly

Los dedos de Grant en mi clítoris eran el alivio que necesitaba. Me recosté contra la puerta, dispuesta a correrme allí mismo sólo con sus dedos, pero Grant tenía otros planes.

"Necesito saborearte", murmuró, rozando con los labios la concha de mi oreja. Me estremecí contra él, con un deseo fresco recorriéndome como un tsunami. Soltó una suave carcajada. "Tomaré eso como un sí".

"Sí", me apresuré a decir. "Por favor".

Me quejé por la pérdida de sus dedos en mi clítoris, pero valdría la pena.

Grant me guió hasta la cama, tomándose su tiempo para besarme, capturando mis labios lenta y sensualmente. Era una tortura exquisita. Él estaba feliz de tomarse su tiempo, lánguido por su orgasmo, mientras yo estaba en el filo de la navaja, desesperada y necesitada. Pero por mucho que intentara incitarle, estaba decidido a alargar las cosas.

Me besó el cuello mientras sus manos tiraban de mi ropa. Mi camisa fue la primera en caer, Grant se retiró sólo el momento que tardó en quitármela antes de que sus labios volvieran a besarme los hombros descubiertos. Siguieron sus manos y sus labios, acariciándome y chupándome hasta hacerme jadear.

"Tienes unos pechos preciosos", me dijo, pellizcándome y haciéndome rodar los pezones.

"Podría jugar con ellos durante horas. Quiero hacer que te corras sólo con chuparlos".

El gemido que se me escapó me hizo sonrojar. Era un pensamiento tentador y burlón a la vez.

"Necesito más que eso", jadeé, poniendo las manos sobre sus hombros. Tuve la tentación de empujarlo, de ponerlo exactamente donde quería. Donde lo necesitaba. "Prometiste comerme".

Grant se rió entre dientes: "No creo que fuera exactamente una promesa..."

Pero a pesar de sus palabras juguetonas, continuó su búsqueda hacia abajo. Mis pantalones fueron los siguientes, uniéndose a la pila de ropa en el suelo.

"Tus bragas están empapadas", dijo Grant, arrastrando sus dedos por mi parte delantera, frotándome la tela húmeda. "¿De verdad chuparme la polla te ha puesto tan cachonda?"

Me mordí el labio y asentí. Grant estaba encendiendo en mí cosas que no sabía que eran posibles, haciéndome más audaz de lo que hubiera soñado.

"La forma en que me cogiste la polla", rememoró, sin dejar de burlarse de mí a través de mis bragas. "Tan buena chica para mí, ¿eh? Y las chicas buenas reciben buenas recompensas".

Se arrodilló y me bajó las bragas, tomándose su tiempo para besarme las caderas y los muslos. Su ternura fue la yuxtaposición perfecta a sus palabras explícitas, haciéndome sentir cuidada y sucia en la combinación más descabellada.

"Súbete a la cama", me ordenó mientras se levantaba.

Hice lo que me dijo, me subí a la cama y moví un poco el culo. No me esperaba la ligera nalgada, un golpecito de amor que aterrizó en mi nalga derecha, ni la forma en que me hizo estremecer el coño.

"De espaldas", dijo Grant, y cuando me di la vuelta y me tumbé, el fuego de sus ojos me dijo que había disfrutado del pequeño espectáculo.

Sin apartar los ojos de mí, Grant se desnudó. Fue lento y metódico. Primero se desnudó el pecho, ofreciéndome una tentadora visión de sus músculos y su vello oscuro. Se quitó los pantalones y los calzoncillos, y su suave polla colgaba pesada y rolliza. Se acarició un par de veces, mirándome con tanta lujuria que nunca habría imaginado que acababa de correrse hacía unos

minutos.

No pude soportarlo más y colé las manos entre las piernas, necesitaba alivio aunque tuviera que dármelo a mí misma.

"No dije que pudieras tocarte", dijo Grant con un gruñido.

No podía creerlo cuando obedecí, retirando las manos y gimoteando.

"Grant, por favor", me quejé.

"Me encanta cuando suplicas", sonrió con satisfacción, acercándose a mí en la cama.

Se tumbó entre mis piernas, besándome el interior de los muslos y abriéndome las piernas con las manos. Sacó la lengua, saboreando donde mi excitación había goteado, gimiendo en el fondo de su garganta. Me miró con fuego en los ojos.

"Este coño es mío", me dijo, su posesividad me hacía sentir dolor por él. "Cuidaré de él, de ti".

Grant había cuidado de mí en más de un sentido, y cuanto más avanzaban las cosas entre nosotros, más feliz me sentía de dejarlo que lo hiciera.

Cuando por fin su boca entró en contacto con mi coño, no supe si gemir o llorar de alivio. Lamió mi excitación, emitiendo un sonido de satisfacción por el sabor y persiguiéndola hasta mi entrada. Meneó la lengua dentro de mí, prácticamente besándose con mi coño. Lo único que podía hacer era agarrarme a las sábanas hasta que los nudillos se me pusieran blancos y sentir. Subió hasta mi clítoris, dándome la estimulación que ansiaba. Largas y lentas lamidas se alternaban con rápidas caricias, y el cambio de ritmo me mareaba. Sus dedos se unieron a su boca, deslizándose dentro de mí y alcanzando aquel punto profundo y sensible. Dos al principio, luego tres. Me abría mientras me chupaba el clítoris hasta que gemí y me agité.

"Tan sensible", ronroneó, echándose hacia atrás, metiendo y sacando los dedos, con los ojos desviados entre mi cara y mi coño, como si no pudiera decidir qué vista le gustaba más.

Volvió a bajar la cabeza, alternando el ritmo lento y sensual con el rápido e intenso. Cada ritmo aumentaba más y más mi placer, pero nunca lo suficiente como para hacerme superar el último obstáculo.

"Por favor, por favor", canturreé. "Necesito más, necesito..."

"¿Qué necesitas?" Preguntó, frotándome el clítoris con el pulgar mientras sus dedos se hundían en mi coño. "¿Mi boca? ¿Mis dedos? ¿Mi polla?"

"Sí", dije, "Lo necesito todo".

Volvió a agacharse, aumentando el ritmo y la intensidad hasta que tuve que ahogar mis gemidos con la mano por miedo a que me oyera su familia.

"Estoy tan cerca", gemí, mis caderas empezaban a agitarse.

Grant se apartó, dejándome jadeante y gimoteando. Mis ojos se abrieron de golpe, mis piernas temblando con la fuerza de mi orgasmo fallido, retrocediendo desde el borde.

"¿Por qué?" Le pregunté, loca de necesidad.

"Porque se me está empezando a poner dura otra vez y quiero estar dentro de ti", dijo, sentándose de nuevo sobre sus ancas.

Miré entre mis piernas. Se acariciaba la polla medio dura, utilizando mi excitación como lubricante. Por muy frustrada que estuviera, lo único que me consumía era un ansia profunda.

"Te necesito", gemí. "Necesito tu polla".

La mano de Grant se aceleró, masturbándose hasta la dureza.

"Dije que cuidaría de ti", me dijo, tranquilizándome con la mano libre para acariciarme las piernas.

"No sé cuánto más podré aguantar", admití. Nunca había experimentado algo así, la negación, las burlas, la forma en que Grant me estaba llevando a nuevas cotas de placer que no sabía que eran posibles.

"Tomarás lo que yo te dé", dijo, su tono estricto no hacía más que hacerme sentir más necesitada.

Podría haber sollozado de felicidad cuando por fin se acomodó entre mis muslos. Sujetó la polla por la mitad e inclinó la cabeza hacia mí, frotándome el clítoris y untándome de semen. Jugar con el clítoris solía ser todo lo que necesitaba. Pero eso fue antes de tener la polla de Grant dentro de mí. Me sentía vacía, mi coño ansiaba su polla.

"Grant, por favor", le supliqué una vez más.

"Shhh", me tranquilizó. "Quiero saborear esto. He pasado más de ocho días contigo en mi cama, sin poder tenerte. Disfrutaré cada momento".

Guió su polla hacia abajo, dejando que la punta jugara en mi entrada como aquella noche. Quería agarrarle, rodearle con las piernas y forzarle a entrar en mí. Como si percibiera mis pensamientos, puso las manos sobre mis muslos, separándome cada vez más. Estaba expuesta y a su merced. Y nunca me había sentido tan completa.

Me apretó el coño lentamente, haciéndome sentir cada centímetro de su considerable longitud. No había pasado ni un día entero desde la última vez que estuvo dentro de mí y, sin embargo, fue como si hubiera pasado una eternidad sin él. Estuve a punto de correrme sólo con su penetración, mi coño espasmódico de éxtasis.

"Joder", jadeó, sus caderas dieron un par de empujones involuntarios.

Cuando estuvo completamente dentro de mí, levantó mis piernas y las enganchó sobre sus hombros. El cambio de ángulo le empujó más dentro de mí. Me apreté a su alrededor, haciéndole gemir.

"Te juro", dijo, empujando más dentro de mí, aunque ya estaba pegado a mí, el movimiento me doblaba prácticamente por la mitad, "me quedaría dentro de tu coño para siempre, y nunca sería suficiente".

"Mientras consiga correrme, puedes hacer lo que quieras", dije, jadeando. "Estoy tan cerca, Grant".

"¿Crees que puedes correrte sólo con mi polla?" Preguntó, puntuando su pregunta con unos cuantos empujones superficiales.

"No lo sé", temblé.

"Inténtalo", ordenó.

Empezó a empujar, largo y profundo y agonizantemente lento. Yo estaba tan sensible que cada instante era un choque de placer por todo mi cuerpo.

Me perdí en él; el tiempo se alargó de forma imposible, dejando de tener sentido. Grant tenía una forma de hacer desaparecer el mundo cuando estábamos juntos, pero esto trascendía incluso eso. Nunca había sido tan consciente de mi cuerpo, temblores de placer que irradiaban de mi coño a todo mi cuerpo en oleadas, encendiendo mis nervios de tal manera que hasta los dedos de los pies me hormigueaban.

Jadeé conmocionada cuando mi orgasmo empezó a crecer. Por un momento, temí que no llegara. Que Grant me lo negara de nuevo o que yo no fuera capaz de llegar. Pero entonces Grant se inclinó hacia mí y me miró fijamente.

"Córrete para mí, nena", me animó. "Sé lo mucho que te gusta mi polla, lo bien que te sienta que te llene. Suéltate y demuéstramelo. Córrete para mí, Molly".

Una supernova de felicidad explotó en mi interior. Me retorcí y me sacudí bajo él, con el alma en llamas. Y Grant estaba allí, impidiendo que me rompiera en mil pedazos, sosteniéndome mientras el placer me asolaba. Siguió empujando, implacable, mientras yo me apretaba y tenía espasmos a su alrededor.

"Tan hermosa", murmuró. "Dios, mírate. Eso es, sigue corriéndote en mi polla".

Su ritmo no decayó, ni siquiera cuando mi orgasmo empezó a desvanecerse y me estremecí por las réplicas. Incluso cuando mi orgasmo retrocedía, seguía enviando rayos de felicidad a través de mí hasta que, finalmente, Grant gimió y se calmó, corriéndose por segunda vez en una hora. Si no hubiera estado tan loca de placer, mi ego habría crecido tanto que no habría cabido en la habitación.

Me bajó las piernas lentamente, los dos respirábamos con dificultad. El peso de la relajación tiraba de mí. Era como una muñeca de trapo, y Grant me maniobró, arropándome contra él mientras se tumbaba boca arriba. Me acurruqué a su lado, apoyando la cabeza en su pecho, mientras los latidos de su corazón disminuían gradualmente. Trazó dibujos sin sentido en mi espalda con los dedos.

Poco a poco, el día volvió a mí. El segundo intento de sabotaje de Bea, la revelación de que alguien le estaba pagando para que lo hiciera y la mujer de pelo castaño cuyos motivos eran un secreto que aún tenía que averiguar. No quería arruinar la paz entre Grant y yo, pero no podía

guardármelo por más tiempo.

"Tengo que contarte en qué andaba cuando me perdí el almuerzo con tu familia", dije, apoyándome en el codo.

Me miró con una mirada perezosa e interrogante, como un oso que se despierta demasiado pronto de la hibernación.

"¿Tiene algo que ver con Bea, supongo?" Estiró los brazos por encima de la cabeza. Si no hubiera hablado, podría haberse quedado dormido.

"Sí, así que esto es muy raro", dije, una emoción renovada de antes burbujeando en mí. No estaba contenta con las circunstancias, pero jugar a ser espía había sido divertido. Sobre todo con los coquetos mensajes de Grant haciéndome compañía. "Bea me dijo que alguien le pagó para sabotear nuestra boda".

"¿Qué?" Dijo Grant, la ira destellando en su rostro. "¿Por qué motivo? ¿Quién?"

"Ésas son definitivamente todas las preguntas que yo también me hago", solté una risita. Al parecer, los orgasmos alucinantes me ponían un poco chiflada.

A Grant no parecía hacerle gracia.

"Se le acercó alguien que no quiso darle su nombre, pero le hizo creer que yo era una persona terrible y manipuló a Bea para que lo hiciera, ofreciéndole veinte mil dólares por ello".

"Eso es ridículo", dijo. "¿Y Bea estuvo de acuerdo? Ni siquiera es mucho dinero".

Enarqué una ceja y Grant tuvo la delicadeza de parecer avergonzado.

"Es mucho cuando no tienes nada", dije, sin esperar encontrarme defendiendo a Bea. "Pero a lo que voy es que Bea se reuniría hoy con ella y yo la acompañé, de incógnito. No reconocí a la mujer, pero le hice unas fotos".

Estaba orgullosa de mí misma por lo que había conseguido, y la mirada impresionada de Grant no hizo más que intensificar el sentimiento.

"Cogeré mi teléfono y te las enseñaré", dije.

Me levanté de la cama, echando de menos inmediatamente el calor del cuerpo de Grant. Busqué entre el montón de ropa que habíamos tirado, un recuerdo físico del increíble placer que acabábamos de compartir. Finalmente lo encontré y volví a la cama, donde Grant se había apoyado contra las almohadas para ver.

"Aquí están", dije, mostrando las fotos que había hecho. Había estado lejos, pero aún así se podía ver a la persona en las fotos, junto a Bea. "Nunca la había visto".

Grant abrió los ojos sorprendido y palideció al ver las fotos.

"¿La conoces?" Pregunté, pero Grant me ignoró, con los ojos fijos en la mujer.

En un arrebato, se bajó de la cama, dándome la espalda.

"¿Grant?" Pregunté.

Me ignoró y entró en el cuarto de baño. Segundos después, la ducha empezó a correr.

Frunciendo el ceño, y con el corazón latiéndome demasiado deprisa, le seguí. Fuera quien fuese la mujer, su presencia había asustado a Grant, y yo merecía respuestas.

Capítulo 20

Grant

El cuarto de baño estaba lleno de vapor y el aire espeso y húmedo empañaba el espejo. Extendí la mano para probar el chorro de agua. Estaba hirviendo, como a mí me gustaba. Perfecta para intentar pensar, para eliminar la tensión que parecía envolverme el pecho como una prensa. Miré de reojo a Molly, que estaba apoyada en el marco de la puerta, con expresión curiosa, pero había algo más profundo, algo que no podía identificar. Preocupación, tal vez. O sospecha.

"Entonces, ¿quién es esta mujer misteriosa?" Preguntó, con voz baja pero firme, como si estuviera tanteando el terreno tanto como yo la temperatura. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y me miraba con aquellos ojos profundos e inquebrantables que siempre parecían ver demasiado.

Me volví hacia el agua, el calor ya empezaba a escocerme en la mano, y me encogí de hombros, tratando de disimular como si nada.

"Lo investigaré", dije, manteniendo un tono despreocupado, desdeñoso.

La observé con el rabillo del ojo. Su mandíbula se tensó ligeramente. No se lo creía. Molly no era de las que dejaban pasar las cosas. Quería respuestas, y no podía culparla. Yo también las querría si estuviera en su lugar. Pero esto... esto era algo que no estaba listo para compartir. Todavía no.

La verdad era que sabía exactamente quién era esa mujer: Shannon, mi ex. Llevaba demasiado

tiempo acechando en el fondo de mi vida, un fantasma al que no podía exorcizar. Creía que me había librado de ella, que la había superado, pero ahí estaba de nuevo, intentando volver a colarse. Intentando arruinarlo todo. Tratando de arruinar a Molly. Y no iba a dejar que eso pasara. No podía dejar que pensara que tenía ese tipo de poder sobre mí... o sobre nosotros.

"Grant", dijo Molly, su voz más suave ahora, casi suplicante. "Sé que hay más en esto de lo que me estás contando".

Tragué saliva, con un nudo en la garganta. Le había dicho a Molly que ya no veía a Shannon. Era cierto, pero no había mencionado su extraña llamada. Si ahora se lo contaba a Molly, o le decía que la había reconocido, parecería un mentiroso.

"Sólo estoy molesto porque alguien está tratando de arruinar esto, ¿de acuerdo?" Dije, buscando algo de la verdad, si no toda. "Era diferente cuando pensaba que era sólo tu hermana celosa o loca o lo que sea. Esto es un esfuerzo concertado para socavarnos. Podría haber todo tipo de razones para esto, ninguna de ellas buena. Necesito investigar esto, y quiero que te mantengas alejada. Si esta mujer estaba dispuesta a sobornar a tu hermana para sabotear las cosas, quién sabe qué más podría hacer".

No esperé la respuesta de Molly. Me metí en la ducha, dejando que el agua caliente me cayera sobre la cabeza, esperando que me despejara la mente y me quitara las dudas, el miedo, la rabia. Me quedé allí más tiempo del necesario, con el vapor llenándome los pulmones y el calor quemándome la piel. Necesitaba tiempo para pensar, tiempo para averiguar qué demonios iba a hacer. Shannon era un problema que creía haber resuelto, pero ahora estaba claro que no había terminado conmigo. Y eso me asustaba más de lo que quería admitir. Justo cuando las cosas entre Molly y yo se estaban convirtiendo en algo más...

Cuando por fin cerré el grifo y salí, Molly seguía allí, encaramada al borde del lavabo, con los brazos cruzados y los ojos fijos en mí, como si intentara leerme el pensamiento.

"No me lo estás contando todo", dijo ella, con voz firme y mirada inquebrantable.

Cogí una toalla y me la pasé por el pelo, ganando tiempo.

"¿Qué quieres decir?" Pregunté, intentando mantener un tono ligero, como si estuviéramos hablando del tiempo; como si ésta no fuera una conversación que pudiera hacerlo saltar todo por los aires.

Suspiró, con los hombros ligeramente caídos. "Sabes exactamente lo que quiero decir, Grant. Esta mujer... no pareces sorprendido de que intente arruinar la boda. Y definitivamente no me

estás dando ningún detalle".

Un destello de frustración me apretó el pecho. ¿Por qué no podía dejar el asunto en paz? ¿Por qué tenía que presionar? Pero sabía la respuesta. Molly no era de las que se echaban atrás. No era de las que aceptaban medias verdades o evasivas. Quería la verdad, aunque doliera. Aunque fuera terrible.

Forcé una sonrisa, tratando de desviar la atención.

"Mira, mi madre me ha dicho que mis hermanos tienen que venir a cenar esta noche", dije, cambiando de tema. "Aparentemente, el brunch no fue suficiente".

Sus ojos se entrecerraron ligeramente, sopesando sus opciones, decidiendo si presionarme más o dejarlo pasar.

"Y eso tampoco parece entusiasmarte", dijo ella, con un tono ligero pero con los ojos todavía escrutadores.

Me reí, un sonido corto y sin gracia.

"Sí, bueno, ha sido un día muy largo", contesté, cogiendo otra toalla y secándome el pecho a palmaditas. No quería lidiar con otra cena familiar. No esta noche. No con Shannon acechando en el fondo como una especie de espectro.

Molly no dijo nada durante un momento, se limitó a observarme, con expresión pensativa, casi compasiva. Me di cuenta de que trataba de entenderme, de comprender lo que me pasaba por la cabeza. Y yo quería contárselo. Quería dejarla entrar. Pero no podía. Todavía no. No hasta que supiera lo que Shannon estaba tramando realmente.

Cogí el teléfono y llamé a mi asistente personal, esperando impaciente a que contestara.

"Hola Danette, necesito una habitación en Sullivan Suites para esta noche", dije, manteniendo mi voz calmada y controlada.

Hubo una pausa al otro lado y luego una respuesta vacilante. "Sr. Sullivan, todas las suites están reservadas para esta noche".

. "Entonces anula la reserva de una", espeté con irritación, con un calor familiar subiendo por mi

pecho. "Haz que ocurra".

Molly enarcó una ceja, claramente sorprendida por mi tono.

"¿Por qué necesitas una habitación de hotel?" Preguntó, con voz curiosa, cautelosa.

Colgué el teléfono y me volví hacia ella, con la frustración aún latente bajo la superficie.

"Haz la maleta", dije, con la voz más aguda de lo que pretendía.

Sus ojos se abrieron de par en par y, por un momento, un destello de algo parecido al dolor cruzó su rostro.

"¿Qué? ¿Por qué?" Preguntó con voz más suave, insegura.

Me acerqué un paso, incapaz de contener la intensidad de mi voz, con el cuerpo palpitando de frustración y deseo.

"Porque ya no quiero tener que escabullirme contigo en mi maldita casa", dije, con las manos cerrándose en puños a los lados. "Vamos a pasar la noche en una de las suites".

Me miró, sorprendida, y su expresión se suavizó ligeramente. "¿Así de fácil? Todo esto es muy... de última hora".

No pude evitar una pequeña sonrisa irónica.

"Esa es una de las muchas ventajas de ser un Sullivan", dije, tratando de inyectar un poco de frivolidad en mi voz, para aligerar el ambiente. "Ahora, vamos, salgamos de aquí".

Molly aún parecía indecisa, como si no estuviera muy segura de si sentirse molesta o divertida, pero una pequeña sonrisa empezaba a formarse en la comisura de sus labios, y eso fue suficiente para mí. Suficiente para hacerme sentir que tal vez, sólo tal vez, estaba haciendo lo correcto.

Cogí una bolsa y la llené con la ropa que pudiera necesitar, con la mente aún acelerada y el corazón palpitante. No podía dejar que Shannon arruinara esto. A nosotros. Ahora no. No cuando las cosas por fin empezaban a parecer... reales.

Miré a Molly, que seguía de pie junto a la puerta, observándome con la misma mezcla de curiosidad y confusión.

"¿Vienes?" Pregunté, tratando de mantener un tono ligero y casual.

Dudó un momento, luego asintió con una pequeña sonrisa…

"Sí", dijo en voz baja. "Ya voy".

Suspiré aliviado. Tal vez podríamos encontrar una manera de hacer que esto funcionara. Podía encontrar una forma de tratar con Shannon, y Molly no tenía que enterarse nunca. Porque si Shannon le ponía las garras encima a Molly, no creía que saliera ilesa. Yo apenas lo había hecho y no era de corazón abierto como Molly. Ella era mucho más suave, mucho más amable, y yo quería protegerla. Y lo que hubiera entre nosotros. Haría lo que tuviera que hacer para mantenerla a salvo, incluso si eso significaba ocultarle cosas.

Capítulo 29

Molly

Por segunda vez aquel día, entré en el vestíbulo del Sullivan Suites. Pero ahora no estaba allí para esconderme en un rincón. Grant me rodeó la cintura con la mano y tiró de mí. Alcancé a ver nuestro reflejo en los espejos de las paredes: él, alto e imponente con su traje perfectamente confeccionado, y yo, sonrojada y un poco fuera de mí, sintiendo que no encajaba ni siquiera en la ropa de diseño que me había comprado su estilista. En cuanto cruzamos el umbral, el personal pareció cobrar vida. La mujer de recepción sonrió y sus ojos se abrieron de par en par.

"Sr. Sullivan, bienvenido", dijo con una inclinación de cabeza en señal de respeto. Luego su mirada se desvió hacia mí y se iluminó al instante. "Srta. Markie, es un honor tenerla con nosotros".

Parpadeé sorprendida. No esperaba que supiera mi nombre. Pero entonces, yo era la futura Sra. Sullivan. Supuse que eso significaba algo.

"Oh, gracias", murmuré, una oleada de calor inundó mis mejillas.

Se acercó rápidamente un encargado, un hombre alto, de pelo rubio y sonrisa encantadora.

"Hemos preparado todo exactamente como lo solicitó, Sr. Sullivan", dijo. "Y si necesita algo más, no dude en pedírnoslo".

Se volvió hacia mí y su sonrisa se ensanchó.

"Srta. Markie, esperamos que disfrute de su estancia. La suite del ático es una de nuestras mejores. El champán les estará esperando arriba".

¿Una suite en el ático? No necesitaba nada tan lujoso.

"Oh, no tenías que..." Empecé, pero la mano de Grant apretó la mía, una garantía silenciosa.

"Sólo lo mejor", me murmuró al oído, con voz grave y segura. "Te lo mereces".

El personal se sincronizó a la perfección y nos guió hacia un ascensor privado con alfombras de felpa y accesorios dorados. Volví a vislumbrar las miradas discretas y las suaves sonrisas que me dirigían, la deferencia en su postura. Por un momento, me permití imaginar cómo sería pertenecer de verdad a este mundo, ser la reina que Grant me estaba haciendo sentir esta noche.

El ascensor nos llevó hacia arriba y las puertas se abrieron para dejarnos ver un lujoso pasillo que conducía a unas puertas dobles con el rótulo "Ático". Al acercarnos, apareció otro empleado que ya las tenía abiertas de par en par. Dentro, el espacio parecía infinito: una sala de estar con chimenea de mármol, ventanales desde el suelo hasta el techo con impresionantes vistas de la ciudad y un enorme jacuzzi. Había pétalos de rosa esparcidos por el suelo y una botella de champán fría junto a un plato de bombones. La vista era magnífica: un conjunto de luces centelleantes que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. El personal nos dejó solos después de reiterarnos que, si necesitábamos algo, lo conseguirían enseguida.

Fue un alivio estar a solas con Grant, pero me dio el espacio para recordar todas las preguntas que me rondaban la cabeza.

¿Quién era la mujer de las fotos y por qué Grant había reaccionado con tanta suspicacia?

Estaba ocultando algo y no me gustaba la distancia que creaba entre nosotros. Sobre todo después de lo cerca que habíamos estado, como si se estuviera formando una conexión real, y ahora esto...

Grant se movía con decisión por la suite, preparando el baño. Me tomé un momento para centrarme. El día había sido un torbellino y empezaba a asimilar la realidad de nuestra situación.

"¿Este baño es para mí o para ti?" Le pregunté, cuestionándome si todo esto no era más que una estratagema de Grant para que me olvidara de la mujer, o si hacía todo esto porque quería que pasáramos una noche lejos de su familia de verdad. "Los dos acabamos de ducharnos".

Grant se volvió hacia mí con una sonrisa de satisfacción, con los ojos llenos de calor.

"Es para los dos", dijo, su voz baja y tentadora. "Y no se trata de ducharse. Todo lo contrario".

Se acercó y, antes de que me diera cuenta, sus manos estaban sobre mí, suaves pero insistentes. Sus labios encontraron los míos en un beso que me produjo escalofríos. Cuando empezó a desnudarme, la excitación y la inquietud luchaban por dominar. Cuando estaba casi desnuda, me aparté, tratando de expresar la confusión que me invadía.

"Ahora sí que me siento como el juguete de un multimillonario", dije, forzando una carcajada. "¿Es otro 'extra' de nuestro acuerdo?"

La expresión de Grant cambió y su mirada se oscureció de deseo.

"'Juguete', eso sí que es una idea", dijo.

Me sonrojé, recordando cómo me había ordenado en el dormitorio.

"De verdad creo que tenemos que hablar", le dije, intentando resistirme a su seducción. "Necesito saber qué está pasando entre nosotros, quiero tener claro qué significa todo esto".

"Molly, ahora sólo puedo pensar en lo hermosa que eres y en lo mucho que te deseo", me dijo con voz áspera por la necesidad. Ya se había corrido dos veces y aún podía sentirlo entre mis muslos. El hecho de que ni siquiera eso fuese suficiente para él, de que siguiera deseándome, era suficiente para hacerme girar la cabeza.

Se quitó la camisa y se desabrochó los pantalones, sacándose la polla y mostrándome lo dura que estaba, su excitación era innegable. Mi corazón se aceleró y el deseo volvió a bullir en mi interior, pero eso no hizo más que aumentar mi confusión.

"Esa no es la respuesta que esperaba", dije, tratando de mantener la voz firme.

Los ojos de Grant eran intensos, casi suplicantes. "Sólo sé que te deseo más que a nada".

Se acercó y puso mi mano sobre su polla, como para demostrarme que, incluso después de dos orgasmos, seguía empalmado para mí. A pesar de mi deseo de tener una conversación seria sobre nuestro futuro, la intensidad del momento me dominaba. La combinación de sus caricias, sus palabras y el ambiente romántico me impedían concentrarme en otra cosa que no fuera el

presente.

"Podemos hablar más tarde", me dijo, tocándome la mejilla con la nariz.

En contra de mi buen juicio, me giré para besarle. No podía huir de la conversación para siempre, y ¿cuándo volvería a tener la oportunidad de practicar sexo en una lujosa suite del ático? Era como algo sacado de las novelas que leía.

Hizo un ruido de felicidad y me acercó aún más. Me quitó el resto de la ropa y yo le ayudé a desnudarse también. El jacuzzi nos llamaba. Pero aunque Grant me había distraído con sexo, no iba a dejar que me pisoteara.

"Esta vez quiero estar arriba", le dije.

La emoción iluminó sus ojos oscuros.

"Adelante", dijo.

Se metió en la bañera, con la polla dura asomando por delante. El agua caliente era tan acogedora como los brazos de Grant, y me metí tras él, a horcajadas sobre su regazo pero sin prisa por llegar a la meta. Volví a besarlo, disfrutando del sedoso chapoteo del agua en mi piel.

Las manos de Grant subían y bajaban por mi espalda, cada vez más abajo, hasta que me acarició el culo y trató de animarme a continuar, mientras su polla se tensaba hacia mí.

"No es tan divertido que te lo nieguen, ¿verdad?" Pregunté, cardando con los dedos el pelo de su nuca.

"Parece que te lo has pasado bien", sonrió satisfecho.

"Eres una amenaza", dije, pero se me escapó una risita. No tenía talento natural para tomar el control, pero estaba decidida. "Creo que mencionaste algo sobre chuparme los pezones".

"Así que va a ser así, ¿eh?" Dijo, lamiéndose los labios. "Soy tu esclavo sexual, aquí sólo para tu placer".

Me gustó cómo sonaba.

"Sí", dije, tratando de imponerme y cayendo en algún lugar cerca de la necesidad.

"Entonces supongo que no tengo elección".

Su sonrisa decía lo contrario.

Me animó a sentarme sobre las rodillas e inclinó la cabeza, llevándose el pezón izquierdo a la boca. Me frotó el pezón derecho con el pulgar, prestándoles la misma atención. Me chupó los pechos con la misma dedicación que cuando me comía. Intensa, minuciosa y alucinantemente placentera. Cambió de lado y repitió el proceso hasta que me estremecí de necesidad. Después de cómo me había hecho correr en su casa, no sabía cómo podía estar tan dispuesta. Al parecer, tenía el mismo efecto en mí que yo en él.

"¿Puedo tocarte el coño?" Preguntó, siguiéndome la corriente aunque el juego se me había ido de la cabeza.

"Sí", acepté. Y luego, como quería recuperar el control, añadí: "Frótame el clítoris".

"Lo que mi ama pida", dijo, metiendo la mano bajo el agua y entre mis piernas.

Encontró mi clítoris y lo frotó en lentos círculos, al mismo ritmo burlón de siempre.

"Más rápido", le ordené, entrando en la dinámica donde va lo que he dicho.

Asintió y aceleró, encontrando el ritmo adecuado para hacerme jadear. Y esta vez no tuve que suplicar. Recibía órdenes mías, y era emocionante.

"Dos dedos", dije, el vacío necesitado que sólo Grant hacía aflorar en mí subiendo por dentro. Mi coño le respondía como nadie.

"¿Dónde?" Preguntó, siendo deliberadamente obtuso. Sabía que quería oírme decirlo.

"Métemelos en el coño", respondí, intentando no sonrojarme.

"Por supuesto, sólo quería asegurarme de que no los querías en otro sitio, como tu boca", dijo, alejando los dedos de mi entrada y llevándolos hacia arriba. Intentaba recuperar el control.

"Si sigues así, voy a tener que castigarte", le advertí. Pero eso sólo animó a Grant.

"¿Ah, sí? ¿Qué tienes en mente?" Estaba disfrutando esto demasiado. Nunca iba a ganar contra Grant, no cuando el sexo estaba involucrado.

"No necesito tu polla para correrme, recuérdalo", le dije, tirándole ligeramente del pelo.

Sus ojos brillaban de deseo y su polla se sacudía en el agua que nos separaba. Pero él cumplió, llevó sus dedos a mi coño y deslizó dos dentro. Suspiré satisfecha.

"Ahora frótame el clítoris con el pulgar", le ordené, los detalles empezaban a resultarme más fáciles.

Hizo lo que le decía, metiendo y sacando los dedos mientras me frotaba el clítoris al ritmo justo. Volvió a bajar la cabeza y se metió el pezón en la boca. Era sobreestimulación en el mejor de los sentidos; todos mis centros de placer estaban siendo atendidos por un hombre que sabía tocar mi cuerpo como si fuera un violín, y él era un maestro.

Mi orgasmo no tardó en llegar. Tuve la tentación de dejar que Grant siguiera, de cumplir mi amenaza y darle una lección. Pero no era tan cruel y me castigaría a mí misma.

"Para", le ordené. Tardó unos instantes en obedecer, tan absorto estaba en darme placer.

"¿Sí?" Preguntó, esperanzado. "¿Qué más puedo hacer por usted?"

"Quiero tu polla", dije, sorprendiéndome a mí misma por la facilidad con la que me llegó la petición.

Retiró los dedos y yo metí mis manos entre los dos, le agarré la polla y tomé el control, guiándola hasta mi entrada. Esta era normalmente la parte en la que se burlaba de mí, frotando su polla en mi coño. Pero esta vez yo estaba al mando.

Me hundí sobre él, haciendo que me llenara en un rápido movimiento que lo dejó jadeando y maldiciendo, con las manos agarrándose a mis caderas. Fue mi turno de sonreír. Ya veía por qué a Grant le gustaba tanto tener el control.

No esperé a que se recuperara, inmediatamente balanceé mis caderas y tomé lo que quería de él. Se agarró a mis caderas y me dejó, con los ojos vidriosos y los labios entreabiertos. Fue una

euforia.

Lo cabalgué, concentrándome en lo que me hacía sentir bien y no en lo que pensaba que le gustaría a él. A juzgar por la forma en que jadeaba y gemía, estaba disfrutando tanto como yo. El agua chapoteaba a nuestro alrededor y ni siquiera me importaba si la ensuciábamos. Llevaba demasiado tiempo a merced de los demás, jugando a ser la novia perfecta, intentando impresionar a los padres de Grant, dejando que Grant tomara todas las decisiones porque me pagaba y porque éste era su mundo.

Grant cogió lo que quiso. Ahora yo también podría.

Bajé la mano para frotarme el clítoris, dueña de mi propio placer. Grant me miró con ojos suplicantes.

"¿Puedo tocarte?" Preguntó. No, *suplicó.*

Una parte de mí quería negárselo, sólo para demostrar que podía. En lugar de eso, asentí.

"Sigue mi ritmo", le dije, apartando mi mano para que pudiera sustituir mis dedos por los suyos.

Quedé libre para agarrarme a los hombros de Grant, manteniéndome firme mientras rebotaba arriba y abajo sobre su polla. El ángulo era mucho más intenso, eché la cabeza hacia atrás y me dejé sentir. Ni siquiera me importó cuando los labios de Grant se aferraron a mi cuello, succionando besos desordenados en mi piel.

El orgasmo me golpeó como un tren de mercancías y me agité contra Grant mientras lo aguantaba. Me aferré a él, acercándolo a mí, mientras las estrellas estallaban en mi cerebro y mis nervios se encendían como fuegos artificiales.

De repente, Grant jadeó en mi cuello, sus caderas se abalanzaron sobre mí mientras él también se corría, vaciándose dentro de mí. Lo abracé mientras disfrutábamos juntos de nuestro placer y permanecimos unidos hasta que su polla, cada vez más blanda, salió de mí.

"Mmm", ronroneó Grant, acariciándome el cuello. "Eso ha estado bien".

Lo atraje hacia mí en un beso largo y lento. Era difícil conectar con mis sentimientos de preocupación y sospecha cuando tenía el corazón tan lleno.

Me recosté y miré alrededor de la habitación, apreciando realmente todo lo que Grant había dispuesto para mí. Incluso había pétalos de rosa sobre la cama.

"Esa cama parece tan cómoda", dije, cansada después de un día increíblemente activo.

"La probaremos más tarde", dijo, dejando caer un beso sobre mi hombro. "Pero no para dormir. Quiero darte la mejor noche de tu vida".



La suite estaba poco iluminada y el único sonido era el suave zumbido de la ciudad. Grant y yo estábamos tumbados juntos en la cama grande, con el calor de nuestra intimidad anterior aún presente. Un suspiro de satisfacción se escapó de mis labios mientras nos relajábamos y la tensión del día desaparecía poco a poco.

Unos golpes en la puerta interrumpieron nuestro momento de tranquilidad. Grant se levantó de la cama y abrió la puerta. Al poco rato, un empleado del hotel trajo un carrito con una comida muy bien preparada. Había una nota adjunta con las felicitaciones del director del hotel.

Grant sonrió al leer la nota.

"Parece que nos están celebrando", dijo, con los ojos brillándole divertidos.

Dejó la comida en la mesa cercana y se volvió hacia mí con una mirada de auténtica felicidad.

"He recibido felicitaciones de todo el mundo: familia, amigos, incluso de gente que apenas conozco. Todos se alegran por mí", dijo, y su voz se suavizó al mirarme.

"¿Por qué están tan contentos?" Pregunté, curiosa.

"Porque pueden ver que soy feliz", respondió, con la mirada fija. "Más feliz de lo que he sido en años".

Sus palabras me calentaron, al igual que la sinceridad de su voz, y me conmovieron profundamente. Sentía que era un momento decisivo, pero tenía miedo de confiar en él.

"Yo también soy feliz", admití, con la voz apenas por encima de un susurro. "Eres bueno para mí, Grant".

Sonrió, con una expresión suave y afectuosa.

"Eres lo mejor de mi vida", me dijo, acercándose y apartándome un mechón de pelo de la cara.

La esperanza intentó echar raíces en mi interior.

"Quizá me eches de menos cuando todo haya acabado", dije, medio en broma, medio en serio.

Se rió entre dientes y se inclinó para besarme.

"Los acuerdos pueden renegociarse en función de las circunstancias", dijo, con tono ligero pero ojos serios. "Quizá tengamos que renegociar".

El corazón me dio un vuelco. ¿Era su forma de insinuar que tal vez no quisiera el divorcio cuando todo hubiera terminado y hubiera recibido su herencia? No podía contener la esperanza de que tal vez, sólo tal vez, nuestro acuerdo pudiera convertirse en algo más duradero.

Grant se levantó para rellenarme la copa de champán. Lo miré, con el pecho caliente de afecto. Mientras se movía por la habitación, me dejé caer en la cama y me relajé por completo. El lujoso entorno y los tiernos momentos que habíamos compartido me hacían sentir en el paraíso.

Por primera vez, me permití creer que este matrimonio podría no ser sólo un acuerdo comercial. Tal vez podría convertirse en algo real, algo lleno de amor y conexión. Dejé que el pensamiento perdurara, saboreando la esperanza de que nuestra relación pudiera estar convirtiéndose en el tipo de matrimonio con el que siempre había soñado.

Capítulo 22

Grant

El frío me mordió la piel cuando salí a la acera y me apreté más el abrigo. Deseaba seguir en la suite del ático con Molly, pero una noche de escapada era todo lo que mis padres tolerarían. El cielo gris de Cambridge estaba bajo, el viento amargo me azotaba como un cuchillo. La estancia de una noche en el hotel había sido exactamente lo que necesitaba, una breve escapada de la locura de mi vida, pero ahora la realidad estaba volviendo y, con ella, una urgencia que no podía ignorar.

Me metí las manos en los bolsillos y el cuero de los guantes crujió al apretar los puños. Tenía que llegar al fondo del asunto. Necesitaba saber por qué Shannon estaba intentando sabotear mi boda. La ansiedad me atenazaba el estómago. Las cosas con Molly iban bien, lo último que necesitaba era que algo -o alguien- lo arruinara.

Miré mi teléfono, la pantalla brillaba en la luz gris. Recorrí mi lista de contactos y encontré el número de Shannon. No iba a obtener una respuesta directa de ella, pero la única persona que sabía por qué estaba haciendo esto era ella misma. Dudé un momento, con el pulgar sobre el botón de llamada, antes de pulsarlo. El teléfono sonó una vez, dos veces, y entonces su voz, aguda y familiar, atravesó el frío.

"Grant", contestó, con un tono casi divertido, como si hubiera estado esperando mi llamada. "¿A qué debo el placer?"

Apreté los dientes.

"¿Por qué intentas sabotear mi boda?" Pregunté, yendo directo al grano.

Hubo una pausa, un breve silencio al otro lado de la línea. Luego se rió, un sonido ligero, casi juguetón. "Oh, vamos, Grant. No seas tan dramático. Sólo me estoy divirtiendo un poco".

"¿Divirtiendo?" Repetí, con la mandíbula tensa. "¿Así es como lo llamas?"

Suspiró, como si estuviera tratando con un niño petulante.

"¿Dónde estás ahora?" Preguntó.

La pregunta me confundió, pero contesté de todos modos: "En Cambridge, cerca de Sullivan Suites. ¿Por qué?"

"Estoy cerca", dijo. "En la cafetería de la esquina de la calle Winthrop. ¿Por qué no vienes a verme? Podemos hablar cara a cara, como gente civilizada".

El corazón me dio un vuelco. Estaba en la calle Winthrop.

Levanté la vista y, efectivamente, la cafetería estaba justo delante, con los cristales empañados por la condensación y las cálidas luces derramándose por la calle. ¿Coincidencia? ¿Destino? ¿O me estaba acechando? Dudé un momento, pero la curiosidad -y la necesidad de respuestas- me vencieron.

"Bien", dije. "Estaré allí en un minuto".

Colgué y empecé a caminar, con pasos rápidos y decididos, la respiración entrecortada. No podía deshacerme del miedo que me invadía el estómago, un peso que parecía aumentar a cada paso. Shannon siempre tenía una manera de meterse en mi piel, de torcer las cosas en su beneficio. No iba a dejar que lo hiciera ahora.

Cuando abrí la puerta de la cafetería, el calor me golpeó como una ola y parpadeé, momentáneamente cegado por el repentino cambio de temperatura. Me quité los guantes. Shannon estaba sentada en una mesita junto a la ventana, con el pelo castaño perfectamente peinado y una taza de café entre las manos. Levantó la vista cuando me acerqué y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

"Ahí estás", dijo, con un tono casi burlón.

Me senté frente a ella, manteniendo una expresión neutra.

"Corta el rollo, Shannon", le dije. "¿Por qué haces esto? Y quiero la verdad".

Inclinó la cabeza y su sonrisa se ensanchó. "¿Haciendo qué, exactamente?"

Su intento de hacerse la inocente me estaba volviendo loco. Pero Shannon siempre tenía ese efecto en mí, de una forma u otra.

"Sabotear mi boda", espeté. "Estás tratando de meterte con mi vida, y quiero saber por qué".

Volvió a reírse, un sonido ligero y etéreo que me crispó los nervios.

"Oh, Grant, siempre tan serio," dijo ella. "Es una de las cosas que me encantan de ti. Eres tan... intenso".

No tenía tiempo para sus juegos.

"Dime por qué", insistí, con voz baja y controlada.

Shannon se reclinó en su silla y su expresión se tornó más pensativa.

"¿Por qué?" Repitió ella, con los ojos ligeramente entrecerrados. "Porque, Grant, te conozco mejor que nadie. Soy como tú. Pienso como tú. Somos iguales".

Fruncí el ceño, no sabía adónde quería llegar. "¿De qué demonios estás hablando?"

Se inclinó hacia delante, su mirada penetrante, su tono repentinamente serio.

"Quiero decir que tú y yo, ambos somos realistas. Pragmáticos. No somos como tu chica, Molly, con sus ideales románticos y sus sueños. Vivimos para nosotros mismos, egoístamente, y esa no es una mala forma de vivir. Es práctica. Es honesta".

Sacudí la cabeza, carcomida por la frustración.

"Te equivocas", le dije. "Ya no soy así. Estoy tratando de construir algo real con Molly".

Me dedicó una pequeña sonrisa de complicidad.

"¿Lo haces de verdad?" Preguntó. "¿O sólo estás fingiendo? Porque he hecho que mi personal investigue la vida de Molly, Grant. Ella es dulce, es amable, en realidad es una persona muy agradable. Pero no es como nosotros. Va a salir lastimada si le dejas creer que eres algo que no eres".

Un escalofrío me recorrió la espalda, más frío que el viento de fuera. "¿Qué estás tratando de decir, Shannon?"

Se encogió de hombros, con expresión casi compasiva.

"Digo que no puedes estar a la altura de lo que ella espera que seas. Ella quiere que seas perfecto, el tipo de héroe de esas ridículas novelas románticas que lee. Y los dos sabemos que tú no eres así".

Apreté la mandíbula, la ira surgiendo en mí fría y aguda. "No sabes nada de lo que quiero ni de quién soy".

Su sonrisa se amplió. "Oh, claro que lo sé. Te conozco mejor que nadie. Sé que en el fondo eres como yo. Duro. Poco sentimental. No nos engañamos con fantasías que se romperán, se harán añicos y se desvanecerán".

Sacudí la cabeza, con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. "Te equivocas", dije, pero mi voz era hueca, incluso para mis propios oídos. "Molly y yo... tenemos algo real".

Los ojos de Shannon brillaban de diversión.

"¿Real?" Repitió. "¿O conveniente? Cuando leí el anuncio de tu boda, casi no podía creer lo que veían mis ojos. ¿Grant Sullivan atando el nudo? Parecía ridículo. Pero luego pensé en el anuncio de la jubilación de tu padre. Sólo una semana antes, ¿no? El momento parecía sospechoso".

"No sé a qué te refieres", mentí, con el corazón latiéndome tan fuerte que casi ahogaba el parloteo de la cafetería y el zumbido de las máquinas detrás del mostrador.

"No te hagas el tímido conmigo, te conozco demasiado bien para eso", dijo, clavándome una

mirada que me llegó directamente al alma. "Estás tramando algo. La única pregunta que me hago es a quién intentas engañar, ¿a los demás o a ti mismo?"

Abrí la boca para discutir, pero las palabras se me atascaron en la garganta. ¿Tenía razón? ¿Me estaba engañando a mí mismo? ¿Estaba engañando a Molly, fingiendo ser alguien que no era? Nunca me había considerado una persona romántica, alguien que creyera en el amor. Pero con Molly... se sentía diferente. Se sentía real.

Y sin embargo, las palabras de Shannon sonaban ciertas. Yo no era un romántico. Nunca había planeado un matrimonio por amor. Era complicado, volátil, y siempre terminaba en lágrimas de una forma u otra. No quería lastimar a Molly. No quería engañarla si todo esto iba a desmoronarse al final.

Me aparté de la mesa, repentinamente sofocado.

"No te metas en mis asuntos, Shannon", dije, con la voz baja y tensa.

Una lenta sonrisa de suficiencia se dibujó en su rostro.

"Entiendo que te haya molestado", dijo. "La verdad duele. Pero piensa en lo que te he dicho. Te mereces estar con alguien que te conozca y no le importe que no tengas corazón".

Me levanté, con las manos cerradas en puños a los lados y la mandíbula tensa.

"Tengo corazón", dije, mi voz baja y amenazante. "Y he terminado contigo".

Giré sobre mis talones y salí de la cafetería, el aire frío me golpeó como una bofetada en la cara. Pero apenas lo noté. Estaba demasiado absorto en mis pensamientos, en mis dudas. ¿Tenía razón? ¿Me estaba engañando a mí mismo y a Molly? ¿Podría realmente ser el hombre que Molly creía que era? ¿El hombre que ella merecía?

Mientras me alejaba, vi una cara conocida: Bea, la hermana gemela de Molly. Estaba al otro lado de la calle. Por educación, debía hablar con ella, pero no sabía si me había visto y no estaba en condiciones de charlar. Mi mente estaba demasiado ocupada con todo lo que Shannon había dicho, con la duda que me corroía como un dolor persistente.

Consulté mi reloj. Tenía que estar en el club privado para jugar al baloncesto con Beckett. Saqué el teléfono, con los dedos entumecidos por el frío, y marqué su número. Me palpé el abrigo en

busca de los guantes. ¿Me los había dejado en la cafetería?

"¿Dónde estás?" La voz de Beckett llegó, impaciente y ligeramente molesta.

"Estoy en camino", dije, tratando de sonar calmado. "Llegaré diez minutos tarde".

"Vamos, hombre", respondió Beckett. "El partido está a punto de empezar. Date prisa".

Colgué y empecé a caminar más deprisa, con la mente todavía dándome vueltas. No tenía ni idea de lo que iba a hacer. Lo único que sabía era que necesitaba ir al club, despejar mi mente, centrarme en algo que no fuera el desastre en que se había convertido mi vida. Pero mientras caminaba, las palabras de Shannon resonaban en mi cabeza, una y otra vez, como un tambor que no podía ignorar. Y por mucho que lo intentara, no podía quitarme la sensación de que tal vez tenía razón.

Capítulo 23

Molly

Estaba acurrucada en la tranquila comodidad del dormitorio de Grant, con el suave ronroneo de mi gato a mi lado mientras trabajaba. El caos de abajo era demasiado, y me había escapado al dormitorio para perderme un rato en mi trabajo. Había dejado a Slater, Zora, Jonas y Porter en el salón, con los cócteles en la mano, enzarzados en varias discusiones. Jonas y Slater estaban en desacuerdo por algo que no pude seguir. Jonas también se había enzarzado en una discusión con Porter, y Zora hacía de árbitro. Yo era demasiado introvertida para todo aquello. Esta noche era la última de Slater y Zora en la ciudad, y debería pasar tiempo con ellos como mi futura familia política, pero no habían parecido darse cuenta de que me escapaba.

Grant y Beckett estaban en su elegante gimnasio jugando al baloncesto y yo agradecí la paz temporal, aprovechando el tiempo para ponerme al día con los correos electrónicos del trabajo. La familiaridad de mi portátil y el suave calor de mi gato me reconfortaron mientras tecleaba, pero la calma se vio interrumpida por una llamada telefónica. Atticus me siseó y se alejó de mí para tumbarse en la almohada de Grant.

Miré mi teléfono. Bea estaba llamando.

"Hola, Bea", le contesté. "¿Qué tal?"

No estaba del todo segura de cuál era mi posición con Bea, pero estaba dispuesta a darle una segunda oportunidad después de haberme confesado por qué había intentado arruinar mi boda.

"Molly..." Sonaba preocupada. "Necesito decirte algo".

Se me revolvió el estómago.

"¿Qué pasa?" Pregunté, inquiriendo qué nueva bomba tenía Bea para mí.

"Acabo de ver a Grant en una cafetería con esa mujer castaña", dijo, con voz urgente. "La que me estaba pagando para sabotear tu boda".

Se me encogió el corazón. "¿Qué? ¿Estás segura?"

"Sí, hice una foto, espera", confirmó Bea. Hubo una breve pausa mientras me enviaba la foto. Me dio un vuelco el corazón. "Él no sabía que yo estaba allí, pero los vi juntos. Es la misma mujer, y si se ha estado viendo con ella a escondidas, no es buena señal".

Me invadió una oleada de dolor y confusión. Estaba claro que Grant había reconocido a la mujer de la foto, pero después de nuestra conversación de la noche anterior lo había dejado pasar. Había decidido confiar en él, pensando que nuestra creciente conexión era más importante. Intenté estabilizar la respiración mientras me levantaba de la cama. "Cuando Grant llegue a casa, voy a preguntarle al respecto".

La voz de Bea estaba llena de simpatía. "Haz lo que tengas que hacer, Molly. Estoy aquí si me necesitas".

Terminé la llamada, con el estómago hecho un nudo. La espera hasta que Grant llegara a casa era una agonía, cada minuto que pasaba me traía más preguntas y teorías sobre por qué me había mentido. Tal vez había una explicación perfectamente razonable. Había dicho que la estaba investigando, después de todo... pero no podía creerlo. Mi instinto me decía que algo iba mal.

Cuando Grant llegó a casa, parecía agotado, y parecía llevar el peso del mundo sobre los hombros. ¿Culpa? Había algo que no encajaba cuando me enfrenté a él, mi ira hirviendo a fuego lento bajo la superficie.

"Grant", empecé, intentando mantener la voz firme, "necesito saber qué está pasando. He oído que te has reunido con esa mujer, la que ha estado intentando sabotear nuestra boda".

Grant bajó los hombros y se sentó en el borde de la cama. Al menos no iba a negarlo.

"Es mi ex", dijo, incapaz de mirarme a los ojos. "Shannon Pratt. Ella vino a mí porque cree que no soy el adecuado para ti. Ella estaba tratando de advertirte, supuestamente para salvarte de la angustia".

Lo miré fijamente, con incredulidad mezclada con dolor. "Pero dijiste que Shannon estaba fuera de tu vida. Que ya no estabas en contacto con ella".

Suspiró profundamente, bajando la mirada. "Ella llamó después del anuncio de nuestra boda. No quería mencionarla, pero ahora parece que ha estado intentando manipular las cosas".

Sentí un nudo apretarse en mi pecho. "¿Así que has estado hablando con ella en secreto? ¿Es eso lo que ha estado pasando?"

Mentiras, engaños. Y yo lo había visto, intuido, y me había engañado a mí misma para dejarlo pasar. Estaba tan cegada por lo que estaba pasando entre nosotros que me permití creer que podía confiar en él. Le di el beneficio de la duda. Fue como si me hubieran echado un cubo de agua fría por la cabeza. Quizás había dejado que mis sentimientos se descontrolaran demasiado rápido. Todos los momentos de conexión que había tenido con Grant, habían sido todos sobre sexo al final.

Los ojos de Grant se encontraron con los míos con expresión de dolor. "Ha estado intentando convencerme de que no soy lo que necesitas. Cree que no soy el adecuado para ti".

Me dolía el corazón. Me había dejado enamorar de Grant, y ahora esto era un golpe de realidad. Debería haber seguido mi instinto, que el sexo complicaría las cosas, que no podía estar con alguien así y no encariñarme. Había dejado que Grant me lastimara. Fui una idiota.

"Entonces, ¿a quién le importa si ella no cree que eres el adecuado para mí? ¿Eso es lo que tú también crees?"

Grant tenía los ojos nublados por la incertidumbre. "No lo sé".

No podía seguir mirándole. Caminé hacia la ventana, rodeándome con los brazos. Esto era exactamente lo que había intentado evitar. Acercarme demasiado a Grant había causado todas las complicaciones que temía. No era una relación normal. Dependía de Grant por dinero, por mi casa... Me pagaba por vivir en su casa y mentir a su familia. Dependía completamente de él. Y él no era el hombre que yo creía que era si podía mentirme así.

"Tal vez Shannon tiene un punto", dijo Grant, su voz cada vez más dura. "Esto empezó como un

acuerdo de negocios, y se ha convertido en algo demasiado emocional. Tenemos que dar un paso atrás".

Su rechazo me dolió más que cualquier otra cosa. Después de todo lo que había pasado, en cuanto las cosas se complicaron, volvió a ser el hombre frío que yo creía que era sólo una fachada. Necesitaba espacio para pensar, para procesar lo que estaba pasando.

"¿Sabes qué? Voy a dar un paso atrás. Mejor aún, varios pasos atrás", dije, con la voz como el acero. "Necesito revisar mi propia casa. Hace días que no voy".

Me di la vuelta y me dirigí a la puerta, con las emociones a flor de piel. Cuando bajé las escaleras, los ojos se me llenaron de lágrimas. Me apresuré a pasar por el salón. Uno de los chicos Sullivan me invitó a tomar un cóctel, pero apenas le hice caso y me apresuré a excusarme.

Salí a la fría noche y el frío no hizo nada por aliviar mi dolor. Inmediatamente llamé a Bea, mi voz temblaba cuando le pedí que viniera. Necesitaba a alguien con quien hablar, alguien que me comprendiera.



De vuelta a mi casa, el viejo sistema de calefacción rugió, traqueteando y chisporroteando mientras se esforzaba por calentar el lugar. El sonido era a la vez tranquilizador y nostálgico, y me recordaba los momentos que había pasado aquí con mi abuela. No solía beber mucho, pero encontré una vieja botella de vodka que había comprado para cocinar y le di un buen trago. Cuando la habitación empezó a calentarse, llegó Bea, con los ojos muy abiertos.

"Vaya, Molly. Este lugar es increíble", dijo, mirando a su alrededor con admiración y sorpresa.

"Gracias, era de mi... nuestra abuela", dije, dándome cuenta de que técnicamente, Bea también tenía derecho a este lugar. "Su nombre era Helena".

A Bea se le empañaron los ojos mientras caminaba. Yo sólo veía mis fallos, las cosas rotas, las grietas en la pared, la corriente a través de la ventana mal ajustada. Pero Bea miraba a su alrededor con asombro.

Seguía sin atreverme a mirar en mi dormitorio. El techo no se habría reparado por arte de magia mientras yo no estaba.

"¿Quieres tomar algo? He encontrado una botella de vodka", le dije, ya retirándome a la cocina.

"Claro", aceptó Bea con facilidad.

Me temblaban las manos mientras servía el vodka en dos vasos. Bea me siguió, ofreciéndome su apoyo silencioso.

Nos sentamos a la mesa de la cocina, Bea se tomaba su vaso mientras yo bebía el mío. El trago de antes ya me tenía la cabeza un poco confusa.

"Descubrí quién es la mujer castaña", le dije. "Es la ex novia de Grant. Al parecer, quería sabotear la boda porque piensa que Grant no es lo suficientemente bueno para mí..."

"¿Qué?" Dijo Bea, sorprendida. "Eso es una lógica realmente retrógrada".

"Lo sé, siento que me estoy volviendo loca. Grant me dijo que no estaba en contacto con ella, pero mintió. Ya no sé qué pensar. Pensé que Grant y yo teníamos algo real. Ahora me siento tan herida y utilizada. Me permití creer en esta relación, y ahora siento que todo fue sólo por su placer. Me siento como una tonta".

"Algo me dice que me estoy perdiendo algo aquí", dijo Bea. Por supuesto, ella no sabía que la relación era técnicamente falsa.

Después de todo lo que había hecho, no tenía ninguna razón para confiar en ella. Pero estaba aquí, tratando de hacer las paces. Se había sincerado conmigo sobre su trato con Shannon y eso contaba para algo. Tal vez era el vodka que me hacía temblar el cerebro, o tal vez la conexión entre gemelas existía aunque no nos hubiéramos criado juntas, pero mi intuición me guiaba a decírselo.

"La verdad es que cuando Grant y yo nos comprometimos, todo era para aparentar", empecé a explicar. Los ojos de Bea se abrieron de par en par, asombrada. "Me contrató para hacer el papel porque su padre no le deja heredar si no tiene una esposa. Debo de parecer una persona terrible, pero realmente necesitaba el dinero. Ya has visto esta casa, hay tantas reparaciones que no podía pagar. Y luego están las facturas de la residencia de mamá que se estaban acumulando".

"Lo sé todo sobre hacer algo en contra de tu naturaleza por dinero", dijo moviendo la cabeza. Era cierto, si había alguien en el mundo que podía entenderlo, esa era Bea.

"No esperaba desarrollar sentimientos por Grant", fue bueno finalmente desahogarme y decir la verdad. Toda la verdad. "Todo ha sido un torbellino, pero yo... me enamoré de él. Y realmente pensé que teníamos algo. Me hizo creer que sí. Supongo que llaman a la gente como yo románticos sin esperanza por una razón. Énfasis en lo de desesperada".

Esperé su respuesta, esperando que me dijera todo lo que estaba pensando sobre mí. Que era una idiota. Una ingenua. Una mentirosa. Pero Bea se limitó a abrazarme, como haría una hermana de verdad. Cuando se retiró, me entraron ganas de llorar, no sólo por Grant, sino porque por fin sentía que estaba conectando con mi hermana. Fue el peor momento.

"Molly, lo siento mucho", dijo ella con nada más que simpatía. "Sé lo mucho que has invertido en esto. Pero no eres tonta. Sólo esperabas algo genuino".

"Creí que era amor", dije, con la voz entrecortada. "Pero ahora parece que sólo era una forma de conseguir lo que quería. Estoy atrapada en este arreglo que se ha vuelto más complicado de lo que esperaba".

Bea dio un sorbo a su vodka, contemplando mis palabras. "Sabes, Shannon realmente me pagó los veinte mil dólares que me había prometido. Estoy dispuesta a darte ese dinero".

Parpadeé, atónita. "¿Hablas en serio?"

"Por supuesto", dijo Bea con firmeza. "Podemos utilizarlo para arreglar la casa, pagar los atrasos de Brookdale y asegurarnos de que mamá esté bien atendida. Incluso podemos alquilar la habitación de arriba para conseguir unos ingresos extra. Así te librarás del acuerdo con Grant".

"No podría quitarte ese dinero", argumenté, recordando cómo Grant habría restado importancia a la cantidad como si no fuera nada. No era nada.

"Por favor, es mi forma de compensarte", dijo cogiéndome la mano. "Todavía me siento muy culpable por ello, pero si este dinero puede ayudarte en lugar de hacerte daño, entonces quizá pueda perdonarme por lo que hice".

El plan tomó forma en mi mente, un faro de esperanza en medio del naufragio de mis sentimientos. Asentí con la cabeza, sintiendo alivio y determinación. "Eso es exactamente lo que necesito. Gracias, Bea. Esto es un salvavidas".

Con una nueva determinación, cogí el teléfono y marqué el número de Grant. Sonó durante una eternidad antes de que contestara.

"Grant", dije, con voz firme pero decidida, "he terminado de fingir ser tu esposa. No puedo continuar con este acuerdo por más tiempo".

Capítulo 24

Grant

El calor del fuego del salón parecía burlarse de mí mientras permanecía de pie junto a la ventana, con la mente convertida en un remolino de confusión y dolor. Beckett me tendió un whisky con un comentario despreocupado sobre el año, pero apenas le oí. Mis pensamientos estaban consumidos por lo que Molly acababa de decir. Sujeté el teléfono con fuerza, intentando procesar sus palabras mientras se colaban entre el parloteo ambiental de la habitación.

"Molly, espera", dije, luchando por mantener mi voz firme. "¿Qué estás diciendo?"

La fría luz del atardecer no traía más que sombras. Parecía subrayar el vacío interior. Me alejé del ruido y las discusiones del salón, buscando un rincón más tranquilo cerca de la ventana. El débil tintineo de los vasos y los sonidos apagados de la conversación familiar seguían filtrándose, pero mi atención se centraba únicamente en la voz de Molly.

"Grant", repitió ella, con tono decidido, "he terminado. No puedo seguir adelante con la boda. No quiero más dinero. Te devolveré el anillo y me mudaré. Recogeré mis cosas mañana, cuando tus padres se hayan ido. Sé que querrás quedar bien con ellos".

La finalidad de su voz era absoluta. Me quedé de piedra, como si se me hubiera caído el suelo encima. Por un momento, quise correr a su casa y rogarle que lo reconsiderara, con la desesperada necesidad de arreglarlo todo, de hacer las cosas bien.

Pero entonces recordé las palabras de Shannon.

Molly era demasiado buena para mí. Saldría lastimada si creyera que puedo ser algo que no soy.

El miedo a herir a Molly era abrumador y no quería causarle más dolor. Era mejor cortar por lo sano si eso era lo que ella realmente quería.

Agarré con más fuerza mi teléfono. "Si estás segura de esto..."

Era el último salvavidas si quería agarrarlo.

Pero ella se mantuvo firme. "No, Grant. No puedo seguir con esto. Pensé que teníamos algo real, pero está claro que no es lo que creía. Necesito seguir adelante".

Sus palabras fueron demoledoras. Había esperado un resultado diferente, pero parecía que mis peores temores se estaban haciendo realidad. Había conseguido estropear lo que podría haber sido algo genuino. La había perdido y ahora me enfrentaba a la realidad.

Colgué el teléfono, lleno de pena y resignación al darme cuenta de que había perdido a Molly. No quería hacerle daño, y si estaba decidida a marcharse, tal vez fuera mejor dejarla marchar. Me dije a mí mismo que era inevitable que acabara así. Por eso la gente no debería casarse por amor; era demasiado arriesgado, demasiado impredecible.

Volví a la sala de estar, intentando poner buena cara. Las discusiones entre Jonas y Slater iban en aumento mientras Porter y Beckett mantenían su propia conversación animada. Mi madre había cogido una novela romántica hecha jirones de la mesita y la hojeaba distraídamente. Era de Molly.

"¿Todo bien, Grant?" Preguntó, levantando la vista del libro.

Asentí, aunque el dolor en el pecho me impedía hablar.

"Sólo ha sido un día un poco duro", logré decir. Bebí un sorbo de whisky, esperando que el calor del alcohol adormeciera el dolor que me carcomía el pecho.

Mi padre y los demás seguían enfrascados en sus debates y discusiones, pero yo no podía concentrarme en ellos. Mis pensamientos volvían una y otra vez a Molly, a su forma de sonreír, a cómo me hacía sentir cuando estaba cerca de ella. Ya echaba de menos su presencia, los momentos sencillos que compartimos. Había aportado una calidez a mi vida que no me había dado cuenta de que necesitaba hasta que se marchó. Incluso me había empezado a agradar su

estúpido gato, que dejaba sus pelos por toda mi almohada. Molly me había hecho más feliz de lo que nunca me había sentido. Y ahora se había ido.

Me levanté y salí al pasillo, necesitaba espacio para pensar. Pero Beckett me siguió, y luego Porter.

"Amigo, ¿qué pasa?" Beckett preguntó.

"Nada", mentí.

"Sabes que no puedes engañarnos", dijo Porter arrastrando las palabras.

Suspiré. Si había alguien en el mundo con quien podía hablar de esto, eran mis hermanos. Me preparé para lo que estaba a punto de decir.

"Molly acaba de romper conmigo", admití.

Beckett abrió los ojos sorprendido y Porter frunció el ceño, preocupado.

"¿Quieres decir que puso fin al acuerdo?" Preguntó Beckett. Por supuesto, mis hermanos no sabían cuánto me había enamorado de ella.

"Sí", dije, dejándoles creer eso en lugar de conocer mi vergüenza. Que por fin me había permitido sentir algo por alguien, sólo para estropearlo.

"A papá no le va a gustar esto", dijo Porter, dejando escapar un silbido grave que auguraba el fin.

Aún no había considerado las implicaciones de la ruptura. Sólo me había centrado en perder a Molly. Pero mi herencia también estaba en juego. Me pasé las manos por el pelo.

"No sé qué hacer", admití.

"No es demasiado tarde para sustituir a Molly", sugirió Porter. Quería gritarle y decirle que Molly no era reemplazable, pero él no lo decía como pareja sentimental, sino como medio para un fin.

"¿Con quién?" Dije en su lugar, luchando por encontrar una salida a esto.

"¿Qué hay de Shannon?" Beckett sugirió, sin darse cuenta de la ironía.

"Sí, tío, Shannon se casaría encantada por dinero", asintió Porter. "No sé por qué no le preguntaste a ella en primer lugar".

Porque ya había puesto mis ojos en Molly.

Parecía que se había abierto camino en mi corazón antes de que me diera cuenta.

"Exactamente", estuvo de acuerdo Beckett. "Si quieres conseguir tu herencia, tienes que casarte. Dile a papá que Shannon ha vuelto a tu vida y que la has elegido a ella. Se lo creerá. Sabes que pensará que es la pareja más inteligente".

Sus palabras fueron como una bofetada. Casarme con Shannon era una solución pragmática, pero me parecía un compromiso vacío. Tenía que tomar una decisión, pero cada opción parecía conducir a más dolor.

"Es hora de cenar", dijo mamá saliendo del salón.

Beckett intercambió una última mirada cómplice conmigo antes de seguir a Porter al comedor con el resto de la familia.

Pero me contuve, necesitaba pensar. La profunda sensación de pérdida me atenazaba, no sólo por Molly, sino por quién era yo a su lado. Pero eso era tan mentira como lo había sido nuestra relación. Era hora de ser práctico. No podía perderlo todo.

Cogí el teléfono y llamé a Shannon.

"Grant", ronroneó cuando descolgó. "Estaba esperando noticias tuyas".

"Shannon, tal vez tenías razón", dije, las palabras se sentían como cenizas en mi boca. "Tal vez Molly es demasiado buena para mí. No puedo ofrecerle lo que necesita. Es demasiado dulce, demasiado genuina para alguien como yo".

La voz de Shannon era tranquila y calculadora. "Lo sabía. Era sólo cuestión de tiempo. Molly y

tú no estaban hechos para durar. Ella está mucho mejor sin ti. Estoy segura de que hay una razón por la que me llamas..."

Me deshice de la culpa y la tristeza.

"Tus sospechas también eran correctas", odiaba decirlo. "Había una razón para casarme con Molly. Mi padre ha puesto condiciones a nuestra herencia. Mis hermanos y yo recibiremos cada uno un negocio y mil millones de dólares, pero sólo si estamos casados. Ya conoces sus opiniones al respecto".

"Lo sé", dijo ella.

Shannon conocía a mi padre. Entendía mi vida. Ella habría sido la elección lógica desde el principio.

"Ahora que Molly se ha ido..."

"Necesitas una esposa", terminó por mí.

"Necesito encarrilar mi vida. Quiero casarme en abril. Mi padre ha puesto fecha de caducidad, todos tenemos que casarnos en un año, o perderemos la herencia. Debo dar ejemplo a mis hermanos, y necesito cumplir las expectativas de mi padre".

La respuesta de Shannon fue inmediata y profesional. "El mes de abril sería la fecha ideal para mí".

"Entiéndelo, no puede haber romance ni sexo hasta que necesitemos producir un heredero", le advertí. Nunca volvería por ese camino. Sólo conducía a la angustia, como siempre había sabido.

"Ya no siento nada por ti, Grant, no te preocupes", dijo desdeñosamente. "Pero tu dinero, por otro lado..."

"Fijaremos un precio por tus servicios", le dije. Algo me decía que exigiría un precio más alto que Molly, pero valía la pena proteger mi corazón y mi futuro. "Puedes tener lo que quieras".

Pero no me pidas mi corazón.

El tono de Shannon era pragmático. "Eso está perfectamente bien. Mantendremos la profesionalidad. Iré a Cambridge y trabajaremos con un equipo de relaciones públicas para gestionar el anuncio público. Les informaremos de que Molly y tú han terminado y empezaremos a preparar nuestro compromiso. Ellos se encargarán del calendario para que todo esto parezca legal".

Lo tenía todo planeado, como si estuviera hecha para esto. Supuse que había algo de consuelo en eso.

Cuando terminé la llamada, la decisión definitiva se sintió como un grillete en mi pierna. Me había convencido a mí mismo de que era la elección lógica, el paso correcto para mi futuro. Pero por dentro, una parte de mí lloraba la pérdida de lo que podría haber sido: una conexión genuina que se me había escapado de las manos. Intenté decirme a mí mismo que era lo mejor, pero el dolor de perder a Molly era algo que no podía quitarme de encima fácilmente.

Capítulo 25

Molly

La capa de pintura fresca y el olor a barniz llenaban el aire mientras Bea y yo dábamos los últimos retoques a la habitación de arriba. La transformación fue asombrosa. Lo que había sido un espacio sucio y olvidado era ahora luminoso y acogedor, gracias al duro trabajo del equipo de construcción, los fontaneros e incluso un técnico de calefacción. Me llené de orgullo al mirar la habitación.

"Este lugar se ve increíble", dijo Bea, su voz llena de admiración. "Casi no puedo creer que sea la misma habitación".

"Lo sé", dije, con una sonrisa de oreja a oreja. "Estoy muy orgullosa de cómo ha quedado. El dinero me ha venido muy bien; no tardaré en alquilar esta habitación".

Mientras admiraba la habitación, mis pensamientos se dirigieron inevitablemente a Grant. Hacía dos semanas que había abandonado su casa y me había esforzado por no pensar en él. Pero, a pesar de mis esfuerzos, lo echaba muchísimo de menos. Tenía que dejar de mirar por la ventana cuando sabía que iba o venía. Verle sólo me dolería más, aunque ansiaba verle.

"Estoy muy orgullosa de ti", dijo Bea. Sabía lo duro que había sido para mí.

"No podría haberlo hecho sin ti", le contesté. Si algo bueno había salido de todo esto era que Bea y yo nos habíamos vuelto más cercanas, como verdaderas hermanas. Pero la pérdida de Grant eclipsó mi alegría.

Lo peor era que había oído rumores de que había vuelto con Shannon Pratt. Había visto fotos de ellos juntos en páginas web de cotilleos y siempre se sentía como un puñetazo en el estómago. Los rumores estaban por todas partes: Grant había roto conmigo para estar con Shannon y planeaban casarse en abril. En realidad, no fue una sorpresa. Grant tenía que pensar en sus negocios y en su herencia, y el amor nunca había formado parte de sus planes. Aun así, me dolió más de lo que quería admitir. La prueba de que su relación conmigo no había sido más que una aventura. No sólo me había utilizado para conseguir su herencia, sino también para tener sexo.

"Creo que hemos terminado aquí arriba", dijo Bea, sacándome de mi espiral de tristeza.

Asentí con la cabeza: "Creo que sí".

Limpiamos los utensilios de pintura y, justo cuando empezaba a sentirme realizada, me asaltó una oleada de náuseas. Me agarré el estómago y luché por mantenerme en pie.

"¡Molly!" Dijo Bea alarmada, corriendo a mi lado. "¿Qué pasa?"

"No me encuentro muy bien. Llevo toda la mañana con náuseas", dije, jadeando entre las oleadas de náuseas que me sacudían el cuerpo.

"¿Crees que podría ser gripe estomacal?" Bea frunció el ceño, preocupada. "Deberías sentarte. Te traeré agua".

Tomé asiento e intenté tranquilizar mi respiración. Bea volvió con un vaso de agua y me lo dio. Tomé pequeños sorbos.

"No sé qué me pasa. Toda esta semana me he sentido mal, ayer por la mañana también tuve náuseas", le expliqué. "A lo mejor es el estrés".

Bea me miró con simpatía. "¿Has considerado realizarte una prueba de embarazo?"

Se me cayó el estómago. No podía estar embarazada... ¿o sí?

"Tomo la píldora", le dije. Mamá me la había puesto a los dieciséis años; le aterrorizaba la idea de que me quedara embarazada. Lo achaqué a que pensaba que había arruinado su vida al tenerme. Seguí tomándola por costumbre y comodidad.

"Sí, pero no es infalible", dijo Bea, frotándome la espalda. "Basta con que te saltes un día o te

enfermes una vez, y puede fallar".

Ella tenía razón. Y en todo el caos de la mudanza a casa de Grant y luego con la visita de sus padres, era posible que me hubiera saltado un día. Tal vez incluso más. Yo era de las que apenas podía sostener mi teléfono durante un día sin perderlo en algún lugar de la casa. Debería haber tenido más cuidado con algo así.

"Tienes razón", admití, la preocupación echando raíces en mi estómago. No combinaba bien con las náuseas.

"Saldré y te conseguiré una prueba", dijo, enderezando la espalda. "Lo haremos juntas".

Asentí con la cabeza, consolándome de que no estaba sola. Mientras ella estaba fuera, me acurruqué con Atticus. Normalmente era él quien decidía cuándo se me permitía tocarlo, pero debía de intuir que lo necesitaba porque no se quejó.

Bea regresó rápidamente, entregándome la prueba de embarazo con una sonrisa de apoyo.

Me metí en el cuarto de baño. Con manos temblorosas, seguí las instrucciones de la prueba y esperé los resultados junto a Bea. Los minutos parecían eternos. Cuando, por fin, la prueba mostró dos líneas, me quedé mirándola estupefacta.

"Dios mío", susurré, con el corazón acelerado. "Estoy... estoy embarazada".

Bea parecía tan estupefacta como yo. "¿Qué vas a hacer?"

Me senté en el sofá, abrumada. "Siempre he querido tener hijos, pero nunca imaginé que ocurriría así... estando soltera. Y con todo lo que ha pasado con Grant, no sé ni qué pensar".

Bea se sentó a mi lado y me puso una mano reconfortante en el hombro. "Esto es mucho que procesar. Pero no estás sola. Lo resolveremos juntas. Pero lo primero es lo más importante, tienes que cuidarte".

Asentí con la cabeza, intentando asimilar la enormidad de lo que acababa de ocurrir. La idea de criar a un hijo yo sola era desalentadora, pero a pesar de mi aprensión, también me embargaba la emoción.

"Necesito un poco de aire fresco para despejarme", dije, y Bea asintió comprensiva. Salí a la

entrada de mi casa.

El aire de febrero era frío y fresco, y me sentí bien en la piel. De pie en la acera, miré hacia la casa de piedra rojiza de Grant. Se me encogió el corazón. Allí estaba él, caminando calle arriba con Shannon. Estaban charlando y riendo, aparentemente a gusto el uno con el otro.

Me dolía el corazón. Me metí las manos en los bolsillos, dispuesta a volver a entrar y evitarlos. Algo afilado me rozó los dedos y saqué un anillo. Mi anillo de compromiso. Con las prisas por irme de casa de Grant, había olvidado devolvérselo.

Ahora era tan buen momento como cualquier otro. Bajé las escaleras hasta la acera. Aún no habían reparado en mí, demasiado absortos en su conversación. Shannon estaba impresionante, su abrigo de diseño y su estilo elegante y sofisticado me hacían sentir pequeña con mi ropa salpicada de pintura.

Dudé un momento, intentando ordenar mis pensamientos y controlar mi acelerado corazón. Cuando Grant por fin se fijó en mí, su rostro pasó de la despreocupación a la sorpresa. Shannon siguió su mirada y me miró con frialdad. Al verla, tan elegante, me sentí más fuera de lugar.

"Hola, Molly", dijo Grant, con voz cautelosa. "¿Qué estás haciendo aquí?"

Respiré hondo, sosteniendo con fuerza el gran anillo de diamantes en la mano.

"He venido a devolverte esto", dije, con voz firme a pesar de la agitación que sentía en mi interior. Le tendí el anillo, cuyo peso era un ancla que me arrastraba hacia abajo.

Grant abrió los ojos sorprendido.

"No necesitamos eso", dijo Shannon desdeñosamente. "No voy a llevar un anillo comprado para otra persona, y no es que Grant necesite que le devuelvan el dinero".

Me ardía la cara de humillación. Pero no me eché atrás. Empujé el anillo en la mano de Grant, haciendo que lo cogiera.

"Gracias", dijo automáticamente. Sus dedos se cerraron alrededor del anillo, ocultándolo a la vista. Pero no se volvió para marcharse. "¿Cómo has estado?"

Por un momento, estuve a punto de contarle lo del bebé. Tenía las palabras en la punta de la

lengua: *"Estoy embarazada de ti, ¿y tú?"*, pero la mirada de Shannon me hizo dudar. La idea de revelar un detalle tan personal mientras estaba con ella me parecía insoportable. No me atrevía a exponer mi vulnerabilidad delante de ella, sabiendo la poca simpatía que probablemente tendría.

En lugar de eso, di un paso atrás, con el corazón latiéndome con fuerza. "Estoy bien. Debería irme".

La sonrisa de Shannon era gélida, pero no dijo nada. Se limitó a observarme mientras me daba la vuelta, como si estuviera asegurándose de que realmente me retiraba para volver al lugar al que pertenecía. Caminé a paso ligero de vuelta a mi casa, luchando contra las lágrimas. Mis pasos eran pesados, y cada uno solidificaba el dolor que llevaba conmigo.

Dentro de mi casa, me hundí en el sofá. La realidad de las últimas semanas, el dolor de ver a Grant con otra persona y el conocimiento del bebé que crecía dentro de mí se combinaron en una sofocante oleada de emociones.

Esperaba que se cerrara el capítulo, pero en lugar de eso, me quedé con una herida abierta y la fría realidad de seguir adelante por mi cuenta. Necesitaba afrontar el futuro, pero por ahora lo único que podía hacer era sentarme con mi dolor e intentar aceptar la nueva realidad de mi vida.

Capítulo 26

Molly

El sol radiante de la mañana pintaba todo lo que tocaba con una luz dorada. Me senté a la mesa, vestida con mi mejor atuendo, un elegante vestido que había elegido para mi gran entrevista en la convención de blogueros. Era el día para el que había estado trabajando durante meses y, sin embargo, no podía deshacerme de la pesadez que sentía en mi corazón.

Bea estaba preparando té, con el familiar aroma de Earl Grey llenando la habitación. Había sido mi compañera casi constante durante los dos primeros meses de embarazo, cuidándome cuando las náuseas matutinas eran demasiado fuertes. No podría haberlo hecho sin ella.

Mi portátil estaba delante de mí, con mis notas en alto. Quería repasarlas antes de la entrevista. Antes de que pudiera, sin embargo, una notificación apareció, recomendando un artículo. Un artículo sobre Grant...

Hice clic en el artículo, en contra de mi buen juicio, con el pecho apretado al leer los últimos cotilleos sobre su boda. Había una foto de él con Shannon, sonriendo, pareciendo la pareja perfecta. Al leer los detalles, se me revolvió el estómago.

"¿Molly?" Preguntó Bea, dejando mi taza de té delante de mí. "¿Pasa algo malo?"

Le enseñé el artículo, furiosa.

"Ni siquiera se ha molestado en cambiar la fecha o el lugar de celebración", murmuré, más para

mí que para Bea. "Es como si sólo siguiera adelante con la boda para llegar al premio final, la herencia. Ni siquiera importa quién sea la novia", solté una carcajada amarga. "Fui tan idiota al pensar que alguna vez me quiso..."

Bea tomó asiento frente a mí, con una expresión suave de simpatía. "No fuiste una idiota, Molly. Creíste en él. Eso no es culpa tuya".

"¿Creí en él?" Negué con la cabeza, mirando fijamente mi té como si contuviera respuestas. "Creí en algo que no era real. Y ahora simplemente... sigue adelante. Como si yo no fuera nada", la ira en mi voz me sorprendió incluso a mí misma. Rara vez me permitía sentirla, pero hoy burbujeaba, demasiado fuerte para contenerla. Entre las hormonas del embarazo y los nervios por la convención, era demasiado.

Bea cruzó la mesa y me apretó la mano. "Él es el que está equivocado aquí, no tú. Es frío y está cometiendo un gran error".

Asentí, pero sus palabras no aliviaron el dolor. "Sé que tienes razón. Pero eso no impide que me sienta como una tonta. ¿Cómo me dejé atrapar tanto por alguien a quien claramente nunca le importé?"

Bea me miró con ojos sabios... siempre parecía saber más de lo que decía. "Porque eres una buena persona. Tienes un gran corazón y querías creer en algo hermoso. Eso no es algo de lo que debas avergonzarte".

Suspiré y eché un vistazo a mi portátil. "Debería centrarme en la convención. La entrevista será en el Centro de Convenciones Bayside, en la sala Bayview a las once de la mañana. Quieren que hable del amor, de lo que significa para mí y de cómo influye en mis críticas", la tristeza en mi voz era innegable, y Bea se dio cuenta.

"¿Qué pasa, Molly?" Preguntó con dulzura.

Abrí la boca para contestar, pero no me salían las palabras.

En lugar de eso, eché la silla hacia atrás y me levanté bruscamente. "No quiero hablar de eso, Bea. Sólo... necesito un poco de aire".

Sin esperar su respuesta, me dirigí a la puerta, la necesidad de escapar me abrumaba.

Mientras estaba sentada en la entrada, intentando respirar entre la tormenta de emociones que me invadía, me saludó el familiar sonido de unas pesadas patas en la acera. Levanté la cabeza. Gabby caminaba hacia mí, con su bulldog a su lado. Verlos fue una distracción breve y bienvenida, pero la tristeza persistía como una sombra.

Gabby se detuvo frente a mí y me miró con preocupación.

"Hola, Molly", dijo, su voz suave. "Pareces... apagada. ¿Es por la boda de Grant?"

La mención de su nombre me produjo una nueva oleada de dolor. Tragué saliva, tratando de mantener la voz firme.

"Sí", admití, bajando la mirada al suelo.

Gabby asintió con simpatía. "Debe ser duro, verlo con una chica nueva. No puedo imaginar cómo es".

Le dediqué una pequeña sonrisa de labios apretados. "Sí, lo es".

"Lo siento", dijo, llena de simpatía. No respondí.

Se quedó un momento como si no estuviera segura de si quedarse o irse. Pero luego, con una amable inclinación de cabeza, siguió calle abajo, con su bulldog detrás. Los vi marcharse, con un nudo en el pecho que se me estrechaba a cada paso que daban.

Un momento después, Bea salió y se sentó a mi lado en la entrada, su presencia reconfortante en su nueva familiaridad. Al principio no dijo nada; se quedó sentada conmigo, compartiendo el silencio. Pero al cabo de un rato, habló, con voz suave y comprensiva. "Puedes hablar conmigo. Somos gemelas".

La simple verdad de sus palabras me deshizo. Se me llenaron los ojos de lágrimas y, antes de darme cuenta, estaba llorando. Los sollozos me sacudían el cuerpo cuando por fin sentí todo el peso de lo que había estado conteniendo. Bea me rodeó con el brazo y me abrazó mientras lloraba.

Entre lágrimas, me atraganté: "Se supone que hoy tengo que hacer una entrevista en la

convención... y hablar de amor", me enjugué los ojos, intentando recuperar la compostura, pero fue inútil. "Adoro los libros de la abuela Helena desde que era pequeña. Toda mi vida he creído en el amor y he esperado encontrar a la persona adecuada. Pensé que había encontrado ambos en Grant, pero... él no me correspondió. Se siente como una especie de broma cruel".

Bea me escuchaba en silencio, con su brazo alrededor de mí, y su presencia me apoyaba mientras yo desahogaba mi corazón.

"Y ahora... estoy embarazada. De gemelas, Bea. Voy a tener dos bebés, y él va a vivir justo al lado, con Shannon", se me quebró la voz. Me habían hecho la primera ecografía a principios de semana y aún no había asimilado la nueva información. La foto de la ecografía seguía en el salón. "Es todo tan complicado e injusto. No sé si podré soportarlo".

Bea me agarró con más fuerza. "¿Has pensado en decírselo a Grant? Debería saberlo, sobre todo antes de casarse con Shannon".

Sacudí la cabeza. La idea de enfrentarme a él por el embarazo era imposible. "No puedo, Bea. No ahora, no cuando está tan metido en este... espectáculo de boda. No quiero complicar aún más las cosas".

"Pero estás embarazada de él", dijo Bea con dulzura. "Eso no es algo que puedas ocultar para siempre. Merece saberlo".

"Lo sé", susurré, con voz apenas audible. "Pero no es tan sencillo. Cada vez que pienso en decírselo, lo veo con Shannon, y se siente como si tuviera un cuchillo atravesado en el corazón. ¿Cómo voy a contarle lo del embarazo cuando está tan metido en su nueva vida?"

Bea suspiró y me frotó la espalda con la mano. "Lo entiendo. De verdad que lo entiendo. Pero en algún momento tendrás que afrontarlo. Tiene que saberlo".

Antes de que pudiera responder, sonó mi teléfono y el sonido me sacó de mis pensamientos. Lo cogí a tientas y me sequé las lágrimas al contestar. "¿Hola?"

"Srta. Markie, soy de Brookdale Memory Care", dijo la voz al otro lado del teléfono, lo que me produjo una sacudida de miedo. "Su madre ha desaparecido. Estamos buscando por la zona, pero queríamos avisarle de inmediato".

. "¿Qué? ¿Cómo ha...?" El pánico se apoderó de mí, la preocupación por la seguridad de mi madre abrumaba todo lo demás.

"Estamos haciendo todo lo posible para encontrarla", continuó la voz. "Le mantendremos informada".

"Por favor... por favor, encuéntrenla", tartamudeé, mi mente corriendo con los peores escenarios. "Ella... ella no puede estar ahí fuera sola".

"Lo entendemos, Srta. Markie. Haremos lo que podamos".

La llamada terminó y me quedé allí sentada, paralizada de miedo. Bea me miraba preocupada. "¿Qué pasa?"

"Es mamá", susurré, con la voz temblorosa. "Ha desaparecido".

Los ojos de Bea se abrieron de golpe. "Dios mío, Molly..."

"Tengo que irme", dije, levantándome bruscamente, mi mente ya daba vueltas con lo que tenía que hacer. "Tengo que encontrarla. No puedo... perderla a ella también".

Bea se puso a mi lado, con expresión resuelta. "Iré contigo".

"Creo que es mejor que vaya sola", dije, con la culpa estrujándome el corazón. "Lo siento, Bea, pero si ella está angustiada, es injusto, pero no te conoce".

El dolor en el rostro de Bea era imperceptible, pero asintió.

"Entiendo", dijo ella. "Ve a buscarla".

Cogí mis cosas y me apresuré a marcharme. Todo se me venía encima: la boda de Grant, el embarazo y ahora la desaparición de mi madre. Era demasiado, demasiado abrumador. Pero no había tiempo para derrumbarse. Tenía que seguir adelante. Tenía que encontrar a mi madre. Todo lo demás tendría que esperar.

Capítulo 27

Molly

Las calles de la ciudad bullían de vida, un tapiz caótico de gente disfrutando del primer día de primavera verdaderamente cálido y hermoso de la temporada. Pero para mí, la belleza del día se veía ensombrecida por una preocupación asfixiante que me oprimía el pecho como un peso. Maniobraba por las aceras atestadas de gente, esquivando cochecitos, vendedores ambulantes y personas que disfrutaban del sol. Tenía la mirada fija hacia delante, en dirección a la entrada de Brookdale Memory Care.

Había estado recibiendo notificaciones en mi teléfono, zumbido tras zumbido, recordándome que empezaba la convención de blogueros, que la entrevista para la que tanto había trabajado estaba a sólo unas horas. Pero no podía obligarme a preocuparme. La seguridad de mi madre era lo único que me importaba ahora. Pensar en ella, perdida y confusa en la ciudad, me hacía palpitar el corazón de miedo.

Finalmente, Brookdale apareció por delante, el edificio erguido en medio de la expansión urbana. Me abrí paso a través de un grupo de turistas que se habían detenido para hacer fotos, y mi ansiedad aumentaba a cada paso. Cuando llegué a la puerta principal, la abrí de golpe y entré corriendo, con los ojos escrutando la recepción en busca de alguna señal de mi madre.

El personal de recepción debió de ver el pánico en mis ojos e inmediatamente se acercó a mí.

"Srta. Markie, seguimos buscando a su madre, pero aún no la hemos encontrado", me dijo amablemente una joven de ojos pequeños.

Mi mente se agitaba imaginando todas las terribles posibilidades de dónde podía estar y qué podía pasarle. No tenía tiempo para quedarme aquí y esperar. Tenía que encontrarla. Tenía que hacer algo.

Sin decir una palabra más, me di la vuelta y salí por la puerta, con la respiración entrecortada mientras empezaba a buscar por las calles cercanas a Brookdale Memory Care. Una mujer en su estado no podía ir muy lejos.

Entraba y salía de las tiendas, me asomaba a los callejones, y mi desesperación aumentaba a cada minuto que pasaba. El gentío matutino me dificultaba la visión y me tropezaba con la gente, murmurando disculpas sin verles la cara.

Y entonces, cuando estaba a punto de cruzar otra calle, algo me llamó la atención: una figura familiar en el escaparate de un pequeño restaurante de la esquina. Me quedé helada y el corazón se me subió a la garganta. Allí, junto al mostrador, estaba mi madre, Isabella, como si no le importara nada.

Casi sollozo de alivio mientras corría hacia el restaurante, sin apenas darme cuenta de la gente que me rodeaba al empujar la puerta. El restaurante estaba en silencio, salvo por el tintineo de los cubiertos y las conversaciones en voz baja, mientras corría hacia mi madre, que deambulaba por la zona delantera, con la mirada fija en las fotografías enmarcadas que cubrían las paredes.

"¡Mamá!" Grité, pero no respondió. Estaba ensimismada, estudiando una foto del horizonte de Boston como si contuviera los secretos del universo.

Me acerqué a ella despacio, intentando mantener la calma. "Mamá, soy yo, Molly. Te he estado buscando por todas partes".

Se volvió hacia mí, pero sus ojos no me reconocieron. En cambio, me miró como a una extraña, alguien a quien podría haber conocido una vez, hace mucho tiempo. Se me encogió el corazón. No era la primera vez que no me reconocía, pero me dolía igual cada vez que ocurría.

"Oh, hola", me dijo amablemente, como si saludara a una conocida. Su mirada se desvió hacia un matrimonio que se registraba con la anfitriona y luego hacia mí. "¿Estás casada?"

La pregunta fue como un cuchillo retorciéndose en mi pecho. "No, mamá, no lo estoy", respondí, intentando que el dolor no se reflejara en mi voz. "Iba a estarlo, pero... ya no".

Ella asintió distraídamente, con la atención puesta de nuevo en las fotos de la pared. "Es una

pena", murmuró. "Mi madre siempre decía que el amor es lo más poderoso del mundo".

Tragué con fuerza, una oleada de emociones que apenas podía contener amenazaba con consumirme. La necesidad de averiguar algo sobre mi pasado, sobre la hermana gemela que nunca había conocido, surgió en mi interior. Tenía que saberlo, sobre todo ahora, con todo lo que estaba ocurriendo.

"Mamá", dije, con la voz temblorosa, "¿tuviste más hijas?"

La expresión de Isabella cambió, volviéndose casi infantil, y dio un pequeño paso atrás, con la mirada revoloteando por la habitación como si buscara una escapatoria. "No puedo hablar de eso", susurró, con la voz teñida de miedo.

"Por favor, mamá", le pedí acercándome. "Es importante. Quizá... ¿quizá tuviste dos niñas?"

Negó con la cabeza, moviendo los dedos nerviosamente. "No, no puedo... Se supone que no debo hablar de eso".

Una necesidad desesperada de conectar con ella, de llegar a ella, brotó dentro de mí. Necesitaba que supiera quién era, que me recordara. "Mamá, estoy embarazada", le dije, con la voz entrecortada. "Y la ecografía muestra que voy a tener gemelas..."

En ese momento, algo en ella pareció hacer clic. Sus ojos se encontraron con los míos y, por primera vez, hubo un destello de reconocimiento, aunque fue débil y fugaz. "Gemelas..." Repitió en voz baja, como si la palabra tuviera un significado profundo y oculto.

Asentí, tragándome el nudo que tenía en la garganta. "Sí, gemelas. Por favor mamá, dime... ¿tuviste otra hija?"

Dudó, mirando a su alrededor como si temiera que alguien pudiera oírla. Luego, acercándose más, se llevó un dedo a los labios y susurró: "Shh... no se lo digas a nadie, pero tuve dos niñas. Fue lo más duro que tuve que hacer... renunciar a una. Pero tuve que hacerlo. No vivía con el padre, y sabía que no podía criar a las dos sola. Apenas llegaba a fin de mes... una artista hambrienta, ya sabes. Y viajaba tanto..."

Se me hizo un nudo en la garganta. Era la verdad que había estado buscando todos estos años.

"Se suponía que debía entregarlas a ambas", continuó Isabella, con la voz temblorosa por el

recuerdo. "Pero no pude... Me quedé con una, mi hija..."

Entonces me miró, me miró de verdad, y sus ojos se llenaron de una extraña mezcla de reconocimiento y confusión. "En realidad, te pareces a ella. Aunque ella es mucho más joven... sólo que así de grande", levantó la mano un metro del suelo como si se estuviera imaginando a una niña.

Las lágrimas me nublaron la vista mientras la miraba fijamente, con la verdad asentándose pesadamente en mi pecho.

Antes de que pudiera preguntar más, la atención de mi madre se desvió de nuevo hacia las fotos de la pared. El momento de claridad había desaparecido, sustituido por la niebla de su enfermedad. No podía presionarla más, no ahora. Pero no podía olvidar lo que acababa de decirme. La verdad, después de tanto tiempo.

Suavemente, la cogí de la mano y la guié fuera del restaurante. Me acompañó de buena gana, olvidando su agitación anterior. Cuando salimos al sol, un torbellino de emociones se apoderó de mí: alivio por haberla encontrado, dolor por el pasado y una nueva comprensión de mi madre. Ahora que estaba embarazada... no podía imaginar el dolor de renunciar a una de mis hijas; no me extrañaba que hubiera estado distante.

Cuando volvimos a Brookdale Memory Care, el personal nos recibió con sonrisas de alivio. Entregué a mi madre a ellos y vi cómo la guiaban suavemente hacia el interior. Me miró una vez, con expresión vacía y distante de nuevo, y luego desapareció en el edificio.

Me quedé allí un momento, intentando ordenar mis pensamientos y decidir qué hacer a continuación. Mi teléfono zumbó en mi bolsillo, recordándome la entrevista, la oportunidad por la que había estado trabajando durante tanto tiempo. No podía hacer nada más por mi madre, pero podía asegurarme de no acabar en la misma situación que ella, incapaz de cuidar de mis dos hijas. Tenía que ir a la convención. La entrevista impulsaría mi carrera, y lo necesitaba si quería dar a mis hijas la vida que se merecían.

Capítulo 28

Grant

Estaba de pie frente al espejo, apretándome el nudo de la corbata con una precisión mecánica desconectada de todo lo demás. Mis hermanos -todos menos Quinton, que estaba de viaje- se arremolinaban detrás de mí, haciendo el tipo de ruido que sólo un grupo de hombres de la familia Sullivan puede generar: alto, bullicioso y lleno de opiniones. Pero sus voces no eran más que ruido de fondo, un zumbido lejano en el que no podía concentrarme.

Era el día de mi boda. Esa era mi realidad. En sólo un par de horas, estaría de pie frente a un altar, diciendo votos huecos y sin sentido. Me iba a casar con Shannon por el privilegio de heredar lo que me correspondía por derecho desde el principio, cumpliendo con mi deber aunque este matrimonio me pareciera una condena de cárcel.

Resignado.

Esa era la palabra que me rondaba la cabeza. Estaba resignado a esto, a una vida que ya no sentía como mía.

Miré a Beckett, que se estaba ajustando los gemelos con una sonrisa que sólo podía significar que estaba a punto de decir algo que yo no quería oír. "¿Estás seguro de esto, hermano mayor? Parece que te diriges a un funeral, no a tu propia boda".

Jonas y Porter se rieron entre dientes, pero yo apenas percibí su risa. Me encogí de hombros y me volví hacia el espejo. "Está bien", murmuré. "Es lo que hay que hacer".

"Oye, no es que sea para siempre; puedes divorciarte en cuanto papá esté satisfecho", dijo Beckett, intentando animarme.

Asentí con la cabeza. Tenía razón.

Sonó el timbre, atravesando la bruma de mis pensamientos. Porter, siempre el primero en actuar, se dirigió hacia la puerta, llamando por encima del hombro: "Probablemente sea Shannon, que está aquí para arrastrar tu culo hasta el altar".

Suspiré, resignándome a lo inevitable, cuando de repente oí una voz que no era la de Shannon. Era Bea. "Grant, necesito hablar contigo".

Eso llamó mi atención. Bea no era de las que se dejaban caer por aquí para charlar, y menos en un día como hoy. Me giré justo cuando entraba en la habitación, con cara de estar pensando en algo importante. El malestar que me había estado invadiendo durante toda la mañana se intensificó de repente. Shannon entró tras ella, tan impecable como siempre, pero al ver a Bea de pie se me revolvió el estómago.

"¿No es de mala suerte ver a la novia antes de la boda?" Preguntó Bea, con tono acerbo y una ceja levantada.

Shannon la ignoró, mostrándome una sonrisa brillante que no le llegaba a los ojos. "Grant, tenemos que irnos pronto. Todo está listo, y ya sabes cómo odio llegar tarde".

Mis hermanos se hicieron eco de ella y sus voces se mezclaron en un coro de "Vamos, tío" y "Vas a llegar tarde". Pero la expresión de Bea era seria, casi desesperada, y eso me hizo dudar.

"Bea, ¿qué pasa?" Pregunté, ignorando la presión de irme.

Shannon puso los ojos en blanco y se dirigió hacia la puerta. "No tenemos tiempo para esto".

"Grant, es urgente", dijo Bea, su tono cortó el ruido como un cuchillo.

La miré, la miré de verdad, y algo en sus ojos me hizo detenerme. "Ustedes adelántense", les dije a mis hermanos. "Yo los alcanzo en un minuto".

Hubo gemidos y protestas, pero acabaron saliendo de la habitación, seguidos por el suspiro exasperado de Shannon. La puerta se cerró con un clic y, de repente, sólo quedamos Bea y yo.

Me miró como si estuviera a punto de soltar una bomba, y yo no estaba seguro de estar preparado para ello.

"Grant", empezó, metió la mano en el bolso y sacó un papel doblado. "Esto es para ti. Tienes que ver esto".

Le cogí el papel, con el corazón latiéndome con fuerza. Lo desdoblé y me encontré mirando una ecografía. Mi mente se quedó en blanco por un momento y luego corrió a ponerse al día. "¿Qué... qué es esto?"

"Es de Molly. Son gemelas", dijo Bea suavemente. "Y sí, tú eres el padre".

La habitación se inclinó y tuve que extender la mano para apoyarme en el respaldo de una silla. ¿El padre? ¿Molly estaba embarazada, de mí?

"Creo que todavía te quiere", dijo.

Miré a Bea, buscando en su rostro alguna señal de que se trataba de un error, de una broma cruel. Pero sólo había sinceridad en sus ojos. "¿Estás segura?" Pregunté, mi voz apenas más que un susurro.

Bea asintió, pero había vacilación en sus ojos. "No sé con certeza cómo se siente, Grant. Molly ha pasado por muchas cosas y no está contenta contigo y con Shannon".

Mi mente daba vueltas. "¿Shannon?" Repetí, casi aturdido. "Lo de Shannon no es nada. No estamos juntos de verdad. Es todo para aparentar".

Bea enarcó una ceja y las comisuras de sus labios se curvaron de un modo que me dijo que no se lo creía. "¿En serio? Porque he oído hablar mucho de cómo finges un matrimonio..."

Sacudí la cabeza, tratando de despejarla. "No ha pasado nada entre Shannon y yo. No la quiero, Bea. Nunca la quise".

"¿Quieres a Molly?" Preguntó Bea, y la pregunta se sintió como un martillo en mi cabeza.

"Sí", la palabra se me escapó, sorprendiéndome tanto como a Bea. No me lo había confesado a mí mismo, y mucho menos a nadie. Pero ahora que lo había dicho, era como si se hubiera roto un dique dentro de mí. "Sí, la quiero. Pero no quiero hacerle daño, Bea. No quiero arrastrarla a este

lío".

Los ojos de Bea se ablandaron y señaló la ecografía que tenía en la mano. "La forma en que vas a hacerle daño, Grant, es si te enteras de que te quería, de que lleva en su vientre a tus hijas, y aun así decides caminar hacia el altar con otra persona".

La verdad de sus palabras se asentó sobre mí como un pesado manto. Volví a mirar la ecografía, las diminutas formas que sin duda estaban allí. Mis hijas. Las hijas de Molly.

Mierda.

No podía hacer esto. No podía casarme con Shannon. No podía fingir que todo estaba bien cuando la mujer que realmente amaba estaba ahí fuera, llevando a mis hijas en el vientre. Tenía que arreglar esto. Tenía que hacer las cosas bien.

Sin decir nada más, me metí la ecografía en el bolsillo y salí corriendo de la habitación. La voz de Shannon me llamó al pasar por el pasillo, pero no me detuve. Mis hermanos me esperaban cerca del coche, esperando que subiera y me dirigiera a la boda. Pero eso no iba a ocurrir.

"Grant, ¿qué demonios?" Beckett gritó mientras corría junto a ellos.

Me detuve lo suficiente para gritar: "Se cancela la boda".

Esperaba que pronto hubiera otra, pero sería con la novia con la que debería haberme casado todo este tiempo. La mujer que realmente quería... si me aceptaba de nuevo.

La cara de Shannon se torció de furia y tiró el ramo al suelo, gritando algo que no me molesté en captar. No me importó. Por primera vez en semanas, recuperé la esperanza y, con ella, la certeza de que era lo correcto.

Mis hermanos se me quedaron mirando, con el susto escrito en la cara, pero entonces Jonás sonrió y soltó una sonora exclamación. "¡Ya era hora!"

Los demás se unieron a mí, dándome palmaditas en la espalda mientras subía a uno de los coches que esperaban en la calle. Miré por la ventanilla cuando nos alejamos, justo cuando Shannon se marchaba enfadada calle abajo, pero no sentí ni una punzada de arrepentimiento.

Había dejado de hacer lo que se esperaba de mí. Iba tras lo que realmente quería. Y con ayuda de

Dios, iba a recuperar a Molly.

Capítulo 29

Molly

Me quedé fuera del Centro de Convenciones Bayside, contemplando la enorme fachada de cristal que reflejaba el cielo claro y brillante. El horizonte de Boston se alzaba a mis espaldas, pero lo único en lo que podía pensar era en lo rápido que se me aceleraba el corazón. Se suponía que iba a ser un gran momento para mí, quizá el momento que podría cambiarlo todo para mi blog y para mi carrera. Pero lo único que sentía era pavor en el estómago.

La organizadora del evento, una mujer enérgica con un portapapeles pegado al pecho, me acompañó a través de las puertas de cristal hasta el bullicioso vestíbulo. El ruido de la convención se apoderó de mí: murmullos de voces, conversaciones y alguna que otra carcajada. Intenté estabilizar la respiración mientras me conducía hacia lo que supuse que era la sala Bayview. Allí me habían dicho que sería la entrevista: un lugar pequeño e íntimo, perfecto para el tipo de conversación para la que me había estado preparando.

Pero cuando abrió la puerta, mi corazón se desplomó. No era la sala Bayview. Era el Center Stage, un enorme espacio abierto con una plataforma elevada en el centro, rodeada de filas y filas de sillas, todas orientadas hacia el escenario. ¿Y esas sillas? Estaban llenas. De gente. Cientos de personas.

Me quedé paralizada en la entrada, con las piernas repentinamente pesadas, como si tuviera los pies pegados a la alfombra. Esto no era para lo que me había apuntado. No era la entrevista tranquila y acogedora que había imaginado. Esto era un espectáculo, y yo era el acontecimiento principal.

"Srta. Markie, por aquí", me llamó la organizadora por encima del hombro, ya a medio camino del escenario. Me obligué a moverme, a poner un pie delante del otro, pero cada paso era como caminar por el barro.

Las luces eran cegadoras mientras subía las escaleras hacia el escenario. Tenía la boca seca y las palmas de las manos sudorosas. Me las limpié en los laterales de la falda, intentando controlarme, intentando calmar el pánico que amenazaba con desatarse. Esta era mi oportunidad. Mi gran oportunidad.

La entrevistadora, una mujer pulcra con una sonrisa amable y un micrófono en la mano, me dio la bienvenida al escenario. Me presentó como una de las "voces más brillantes de los blogs de libros" y el público aplaudió. Su entusiasmo era como un maremoto que amenazaba con derribarme.

"Gracias", logré decir en mi propio micrófono, mi voz lejana, incluso para mí. Intenté concentrarme en sus preguntas, las que habíamos repasado de antemano. Eran todas sobre romance: mis libros favoritos, por qué me gustaban, por qué creía que resonaban tan profundamente entre los lectores. Preguntas fáciles. Podría estar todo el día hablando de libros, ¿verdad?

Pero en cuanto hizo la primera pregunta, mi mente se quedó en blanco. "Molly, te has labrado una reputación de apasionada defensora de las novelas románticas. ¿Puedes decirnos qué te atrajo del género en primer lugar?"

Se me hizo un nudo en la garganta. Conocía la respuesta. Ya la había dicho miles de veces. ¿Pero ahora? Ahora, las palabras no salían. Las luces eran demasiado brillantes, el público demasiado numeroso, y lo único en lo que podía pensar era en lo vacías que se sentían aquellas palabras. ¿Cómo podía hablar de amor cuando la idea me parecía tan lejana, tan inalcanzable?

"Yo... solía ser una romántica empedernida", empecé, con la voz temblorosa. El micrófono amplificaba cada temblor, haciéndome sonar aún más insegura. "Creía que el amor, el amor de verdad, si era genuino, podía salvarnos. Creía que de eso se trataba".

Miré a la entrevistadora, que asentía animándome a continuar. Pero su sonrisa pareció vacilar al darse cuenta de que me costaba expresarme.

"Por eso me gustaban tanto las historias de mi abuela Helena", continué, bajando la voz a un susurro. "Ella solía contarme esas increíbles historias de amor... cómo podía conquistarlo todo. Y yo le creía. Creía cada palabra".

El público estaba en silencio, esperando que continuara. Pero no pude. Se me nubló la vista y se me hizo un nudo en la garganta. Las palabras se atascaban, enredadas con todas las emociones que no quería sentir ahora. No aquí, no delante de toda esta gente.

Apreté los ojos, intentando contener las lágrimas. No podía derrumbarme aquí, no ahora. Pero cuanto más intentaba contener los sentimientos, más se resistían, hasta que finalmente no pude hablar.

La entrevistadora se inclinó hacia delante, con la preocupación grabada en el rostro. "Molly, ¿estás bien?"

Sacudí la cabeza, mi voz apenas un susurro mientras preguntaba: "¿Podrían... podrían traerme un poco de agua?"

Asintió rápidamente, haciendo una señal a alguien fuera del escenario. Un momento después, me pusieron delante una botella de agua, pero me temblaban tanto las manos que apenas podía girar el tapón.

Tomé un sorbo, tratando de tranquilizarme, pero el agua no sirvió de mucho para calmar la tormenta que se desataba en mi interior. El público seguía esperando, cientos de ojos fijos en mí, esperando que dijera algo, que les diera lo que habían venido a buscar. Pero sólo podía pensar en lo mal que me sentía. En lo mucho que deseaba estar en cualquier sitio menos aquí.

Grant

El tráfico avanzaba lentamente y, a cada segundo que pasaba, aumentaba mi impaciencia. Tenía que verla, hablar con ella. Molly había estado viviendo justo al lado todo este tiempo, guardándose para sí la noticia de las gemelas. ¿Cómo debía de ser para ella verme con Shannon y pensar que aquello era real? Intenté llamarla de nuevo, pero saltó el buzón de voz. Frustrado, volví a meterme el teléfono en el bolsillo.

La ciudad era un caos; había gente por todas partes y las carreteras estaban atascadas. Me incliné hacia delante, golpeando el tabique. "¿Hay alguna forma de evitar este tráfico?"

El conductor me miró por el retrovisor y negó con la cabeza. "No puedo, señor. Hay un gran acontecimiento en el centro de convenciones que provoca atascos. Mi mujer lleva meses hablando de ello. Le gustan los libros románticos y consiguió su pase en invierno, antes de que se agotaran las entradas. Está entusiasmada desde entonces", el conductor siguió hablando, sin darse cuenta de que mi mente se aceleraba y la urgencia me abrumaba. "Y no es el único evento importante del día. ¿No se supone que se casa hoy, Sr. Sullivan?"

Tiré de la corbata, aflojándola como si me ahogara.

"Ya no", murmuré. El tejado curvo del centro de convenciones se alzaba ante mí y sólo podía pensar en Molly dentro, rodeada de gente, probablemente sin saber que yo corría para llegar hasta ella. La imaginé sola, guardando en secreto aquel ultrasonido: gemelas, nuestras gemelas.

La luz del sol entraba por la ventanilla, calentando el coche, sofocándome. Iba a ser padre. El pensamiento me abrumó, mientras la ansiedad y la determinación inundaban mi pecho. Me quité primero el cinturón de seguridad y luego la chaqueta del esmoquin, pero la presión persistía.

"Enciende el aire acondicionado", le dije al conductor, pero luego cambié de idea. "Mejor aún, para y déjame salir".

"¿Aquí?" Preguntó sorprendido el conductor, echando un vistazo a la atestada acera.

"Sí, aquí", insistí, sin importarme los coches que tocaban el claxon detrás de nosotros.

El conductor dudó, pero al final hizo lo que le dije. En cuanto nos detuvimos, salté del coche a la acera atestada de gente. La gente se arremolinaba a mi alrededor, pero no me importaba. Tenía que encontrarla. Tenía que contárselo todo antes de que fuera demasiado tarde.

Corrí hacia el centro de convenciones entre la multitud. El corazón me latía con fuerza, no sólo por el esfuerzo, sino por la urgencia de encontrar a Molly. En cuanto llegué a la entrada, el personal del evento me cerró el paso.

"Lo siento, señor. Necesita un pase para entrar", dijo uno de ellos, un chico joven que parecía recién salido de la universidad, con una etiqueta en la que ponía "Kyle".

Rebusqué en los bolsillos y me di cuenta de que la cartera estaba en la chaqueta que me había

dejado en el coche. No llevaba nada encima: ni carné de identidad, ni dinero, nada.

"Mira, soy Grant Sullivan", le dije, tratando de hacerle entender. "Necesito entrar. Es importante".

Kyle se limitó a negar con la cabeza, decidido a seguir las reglas. "No me importa quién sea. Sin pase, no hay entrada".

Estaba a punto de discutir cuando alguien gritó mi nombre. Me di la vuelta y Beckett se acercaba corriendo, desentonando con sus brillantes zapatillas de correr combinadas con su atuendo de padrino de boda. Estaba sudando y sin aliento, pero tenía una gran sonrisa en la cara.

"Beckett, ¿qué estás haciendo aquí?" Pregunté, aún sin aliento por mi propio sprint.

"Me imaginé que necesitarías apoyo", dijo, recuperando el aliento. "Hablé con Bea, deduje a dónde te dirigías".

Señalé al empleado. "No me deja entrar".

Beckett le dedicó una sonrisa encantadora a Kyle. "Eh, tío. Hoy es tu día de suerte. ¿Alguna vez te han dado mil pavos de propina, en efectivo?"

Kyle abrió los ojos de sorpresa y negó con la cabeza. Beckett sacó un grueso fajo de billetes del bolsillo y se los puso en la mano a Kyle.

Kyle parpadeó, mirando entre el dinero y yo. "Eh, sí, vale, puede pasar".

Cuando empecé a caminar, Beckett me agarró del brazo. "Espera", dijo, metiendo la mano en su otro bolsillo. "Pensé que querrías esto también".

Sacó el anillo de diamantes que Molly solía llevar en el dedo. El corazón me dio un vuelco al mirarlo. Beckett me lo puso en la mano y me dio un abrazo rápido y firme.

"Ve a por ella, tío", dijo, con voz seria a pesar de la sonrisa que aún tenía en la cara.

Aferré el anillo con esperanza y determinación. Era el momento. Iba a encontrar a Molly, y no iba a dejar que nada se interpusiera en mi camino.

Me lancé a través del bullicioso centro de convenciones, con el aire impregnado del aroma de los libros nuevos y las charlas animadas. Las casetas se alineaban en cada centímetro del espacio, adornadas con coloridas pancartas que promocionaban novelas románticas, blogs y autores. Mirara donde mirara, había corazones, citas de amor y vibrantes muestras que celebraban el romance en todas sus formas. Era abrumador, como sumergirse en un mar de rojo y rosa.

Mi corazón se aceleró mientras me dirigía a la sala Bayview, donde Bea había dicho que Molly hablaría en público. El reloj marcaba las 11:25 y esperaba no llegar demasiado tarde. Pero cuando irrumpí en la sala Bayview, mis esperanzas se desvanecieron. La sala estaba llena de unos cuantos asistentes dispersos, y en el escenario había una oradora que parecía asustada e irritada por mi intrusión.

"Esta charla empezó a las 11", dijo la mujer en el escenario, con la cara desencajada. "No es difícil ser puntual".

Los pocos asistentes se giraron para mirarme. Pero la atención negativa no pudo disuadirme de mi objetivo.

"Disculpe, estoy buscando a alguien", dije, retrocediendo rápidamente. Giré sobre mis talones y salí corriendo de la sala, mi frustración iba en aumento mientras intentaba encontrar a la coordinadora de eventos.

Me abrí paso entre la multitud, tratando de orientarme, buscando a alguien que pareciera saber lo que estaba pasando. Lo último que esperaba era ver a mi madre. Estaba vestida con un elegante vestido y un sombrero, claramente para la boda, pero en sus ojos había un brillo de emoción mientras sujetaba un pase VIP.

"¿Mamá? ¿Qué haces aquí?" Pregunté, momentáneamente distraído por su presencia. "Se supone que deberías ir de camino a mi boda".

"Yo podría hacerte la misma pregunta, por la misma razón", replicó ella enarcando una ceja.

"Yo te pregunté primero", repliqué, consciente de que esta conversación no me acercaba a Molly.

"El mes pasado conseguí un pase VIP para poder ver la exposición de Helena Markie. Estaba a punto de irme a la iglesia. Lo tenía todo perfectamente planeado", dijo en un tono que transmitía lo mucho que pensaba que yo era un idiota por dudar de ella. "Iba a saltármela, pero después de

conocer a Molly, he vuelto a devorar los libros de Helena y no podía dejar pasar la oportunidad".

La mención de Molly me sacó de mi confusión. Estaba aquí con un propósito.

"En realidad estoy tratando de encontrar a Molly", dije, la desesperación arrastrándose en mi voz. "Bea me dijo que se presentaría aquí hoy, pero no la encuentro".

"¿El día de tu boda?" Preguntó.

"No tengo tiempo para explicaciones", le dije, tratando de evitar el conflicto que sabía que surgiría si se enteraba de que había terminado con Shannon. "Por favor, sólo ayúdame. Esto es importante".

No recordaba la última vez que había pedido ayuda a mi madre y, por la cara de asombro que puso, ella tampoco.

"De acuerdo", asintió. "Me he dado cuenta de que el horario de las entrevistas ha cambiado. Ven conmigo, te llevaré al nuevo escenario".

Nos apresuramos a través de la multitud, mi madre guiando el camino con sorprendente agilidad para alguien de su edad en tacones altos. Nos acercamos al nuevo escenario y mi corazón empezó a latir aún más rápido. Había llegado el momento.

"¡Grant!"

Giré la cabeza al oír el chillido. Shannon se acercaba a nosotros con el vestido colgando detrás de ella. Beckett le seguía a pasos urgentes, con cara de exasperación.

"¡Grant, intenté detenerla, pero es persistente!" Gritó Beckett, con un eco de frustración en la voz.

Los ojos de Shannon eran fieros mientras se acercaba a nosotros. "Me niego a que me dejes plantada. Teníamos un acuerdo y espero que cumplas tu parte".

"¿Cómo me has encontrado?" Pregunté.

"Hice que un conductor te siguiera hasta aquí", dijo. "Estás a punto de cometer un gran error.

Soy la única mujer que te dejará divorciarte una vez que pongas tus codiciosas manos en tu herencia, sin convertirlo en una pesadilla legal. Cualquier otra mujer lo haría imposible".

Mi madre, que había estado observando en silencio, parecía cada vez más preocupada. "¿Qué está pasando aquí?" Preguntó.

La mirada de Shannon se desvió hacia mi madre. "Sabes lo que está tramando, ¿verdad? Está intentando recuperar a esa chica, Molly. La única razón por la que la metió en su vida fue para tener una esposa que les satisficiera a ti y a Slater. Incluso la hizo llenar una solicitud. Se deshará de ella en cuanto Slater le entregue Sullivan Suites. Grant cree que puede engañarte a ti y a tu marido, Zora".

Mamá volvió los ojos hacia mí, con un claro gesto de asombro en el rostro.

"¿Es cierto eso?" Preguntó.

Respiré hondo, sintiendo el peso de mis errores presionándome.

"Sí, es cierto que Molly tuvo que rellenar una solicitud", admití. "Pero con el paso del tiempo se convirtió en algo más que eso. Realmente comencé a enamorarme de ella".

Mi madre me miró fijamente, pero no supe si lo que más le sorprendió fue el engaño o que yo admitiera tener sentimientos. Sacó su teléfono. "Será mejor que le cuente a Slater lo que está pasando. No se pondrá contento".

Me encogí de hombros. La desaprobación de mi padre ya no me molestaba. "Dile lo que quieras. No cambiará lo que siento. Ya no me importa, ni la empresa ni los mil millones de dólares. Que se los quede. Lo que me importa es aquella mujer de ahí dentro".

Mi madre vaciló, con la mirada entre las puertas y yo. Al cabo de un momento, guardó el móvil y asintió con la cabeza, haciéndose a un lado para dejarme pasar.

"Continúa", dijo en voz baja. "Te creo".

Empujé las puertas y entré en la sala justo cuando Molly recibía una botella de agua. Tenía los ojos enrojecidos y le temblaba la voz al hablar por el micrófono. "Solía creer en el amor porque me parecía mágico. Por eso me encantaba mi trabajo, escribir sobre personas que se encuentran unas a las otras. Pero mi vida ha dado muchas vueltas y ahora... ahora..." Se le quebró la voz y no

pudo continuar.

Mi corazón latía con fuerza mientras corría por el pasillo y saltaba hacia el escenario. El alivio me invadió cuando por fin me acerqué. Sus ojos se abrieron de sorpresa y confusión, pero también había algo más cálido: felicidad.

"Oh, Molly..." Dije, mi voz quebrándose al llegar a su lado.

Capítulo 30

Molly

Ver a Grant en el escenario delante de mí fue como un sueño. La forma en que pronunció mi nombre, como una plegaria, hizo que mi corazón latiera con fuerza contra mi pecho.

"¿Qué haces aquí?" Pregunté, con la voz temblorosa por la incredulidad y la alegría. "Se supone que deberías estar de camino a casarte".

Grant negó con la cabeza.

"No pude seguir adelante", dijo, acercándose. "Lo siento por todo, Molly. Pensé que te estaba protegiendo, pero ahora me doy cuenta de que sólo me estaba escondiendo de la verdad. Lo que tuvimos fue real. Me enamoré de ti, y te he echado de menos más de lo que puedo decir desde que te fuiste".

Sus palabras me golpearon como un maremoto, y cada una de ellas deshizo los nudos de dolor a los que me había estado aferrando.

"Pero ¿qué pasará con Shannon?" Pregunté, intentando recomponer el caos de emociones y acontecimientos. No podía permitirme confiar en lo que estaba ocurriendo.

Grant suspiró profundamente, sus ojos buscaron los míos en busca de comprensión. "Lo de Shannon nunca fue real. No era más que un espectáculo, una forma de satisfacer las expectativas de mi familia y asegurar mi posición en Sullivan Suites. Estaba tan centrado en el negocio y la

herencia que perdí de vista lo que de verdad importaba: nosotros".

Parpadeé, conteniendo las lágrimas, con el corazón encogido por su confesión. "¿No te preocupa perder tu herencia?"

"No", dijo Grant con firmeza. "Nada de eso importa ya. Lo que importa eres tú y lo que tuvimos juntos. Te quiero".

Respiré entrecortadamente, abrumada por el torrente de emociones. Nunca habría imaginado que me diría esas palabras. O que las dijera en serio.

"Yo también te quiero", le dije, con lágrimas en los ojos.

Grant se metió la mano en el bolsillo y sacó el anillo de diamantes que le había devuelto hacía dos meses. No podía creer que lo hubiera guardado. Cuando se arrodilló, mi corazón se aceleró aún más.

"Molly Markie", dijo, con la voz llena de emoción, "quiero que seas mi esposa. Cuando nos casemos, quiero que sea por compromiso, amor y todo lo que me has enseñado sobre lo que de verdad importa. Ahora estoy preparado para eso".

Miré el anillo y luego volví a mirarle, con un nudo en la garganta. Sabía la respuesta que quería dar, pero ya no tomaba decisiones por mí misma.

"No sólo te comprometerías conmigo", dije suavemente.

El rostro de Grant se suavizó y asintió, con los ojos llenos de ternura. "Sé lo de las gemelas. Bea me enseñó la ecografía. Quiero ser un padre para ellas, formar parte de sus vidas. Quiero construir un futuro contigo y con nuestras hijas".

Mi corazón se hinchó de alegría y alivio. La gravedad de sus palabras se posó sobre mí como una manta reconfortante.

"¿Estás seguro de esto?" Pregunté, necesitando estar completamente segura.

Me cogió la mano, con un apretón cálido y tranquilizador.

"Más que nada", dijo. "Nunca he estado más seguro de nada en toda mi vida".

Se me saltaron las lágrimas de felicidad. Todo el dolor de los dos últimos meses se desvaneció.

"Sí, Grant", dije entre lágrimas. "Sí, me casaré contigo".

Deslizó el anillo en mi dedo, sintiéndolo como nunca antes. Grant se levantó y yo le rodeé el cuello con los brazos. Nos dimos un beso que sentí como la culminación de todo lo que habíamos pasado, alivio y amor fluyendo a través de mí.

El público prorrumpió en aplausos, devolviéndome al presente, recordándome dónde estaba y el micrófono que había retransmitido todo aquello en la sala, y sus vítores se mezclaron con mi corazón palpitando de alegría. Miré al mar de gente que había olvidado tras la aparición de Grant.

Había dos caras conocidas. Beckett y Zora estaban entre los que aplaudían, con sonrisas amplias y genuinas. Beckett gritó: "¡Así se hace, tío!" Mientras Zora aplaudía con entusiasmo.

Miré a Grant a los ojos, sintiendo una profunda conexión y un entusiasmo compartido por el futuro. "No puedo creer que esto esté sucediendo de verdad", dije, todavía sintiéndome abrumada.

Grant me sonrió, con sus ojos llenos de amor y determinación. "Créelo", me dijo suavemente. "Este es nuestro nuevo comienzo. Juntos".

Con la promesa de un nuevo comienzo y el amor de los que nos rodeaban, todo era posible. Apreté la mano de Grant, dispuesta a abrazar lo que el futuro nos deparara.



Un mes después

El sol entraba a raudales por las vidrieras de la capilla Whitaker, enviando un arco iris de colores a través del pasillo. El suave zumbido del órgano llenaba el ambiente mientras los invitados se movían en sus asientos, cargados de emoción y amor. Miré a Grant, que estaba frente a mí en el altar. Su expresión estaba llena de seriedad y adoración de una manera que sólo Grant podía lograr. Mi corazón se llenó de emoción al contemplarlo.

El mes pasado había sido un torbellino de actividad. Planear la boda, volver a vivir con Grant, las citas con el ginecólogo... Por no hablar de cómo Grant no me quitaba las manos de encima ahora que volvíamos a estar juntos. Decía que necesitaba recuperar el tiempo perdido, y yo no podía quejarme.

Su padre se había tomado la noticia mejor de lo esperado. Aunque siempre había advertido contra los encuentros amorosos, ni siquiera Slater podía negar la profundidad del amor que Grant sentía por mí. Aunque sospechaba que Zora tenía algo que ver con su aceptación.

El ministro, un hombre mayor de voz suave y amable, dio comienzo a la ceremonia. Sus palabras fueron un reconfortante telón de fondo para el momento más importante de nuestras vidas.

"Queridos amigos y familiares", comenzó, "estamos hoy aquí reunidos para celebrar la unión de Molly y Grant. El matrimonio es un vínculo profundo y sagrado, que une dos vidas en amor y compromiso".

Era una locura pensar que había conocido a Grant durante tanto tiempo, pensando en él como mi vecino gruñón y con derecho a usarme como recepción de sus entregas y nada más. Todos esos años, había estado soñando con el príncipe azul cuando mi propio Sr. Perfecto vivía justo al lado. Nunca pensé que estaría agradecida por la caída de un techo sobre mi cabeza, pero este suceso nos había unido a Grant y a mí. La vida tenía una manera divertida de funcionar así.

Grant me cogió la mano, su tacto cálido y tranquilizador. Le miré, con el corazón henchido. El ministro continuó: "Molly y Grant han elegido escribir sus propios votos, y es un honor para mí escucharles compartir sus promesas el uno con el otro".

Grant respiró hondo, sin apartar los ojos de los míos.

"Molly", empezó, con voz firme pero llena de emoción, "desde el momento en que nos conocimos, me has desafiado de un modo que nunca esperé. Me has hecho cuestionar mis propias creencias y reevaluar lo que realmente importa. Solía pensar que lo tenía todo planeado, pero entonces llegaste a mi vida y me mostraste que el amor no consiste en la perfección. Se trata de aceptación, crecimiento y de encontrar a alguien que te haga querer ser la mejor versión de ti mismo. Prometo apoyarte, cuidarte y amarte en todos los altibajos de la vida. Agradezco cada día la oportunidad de estar contigo, y estoy deseando construir un futuro juntos".

Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando Grant pronunció sus sinceros votos. Le apreté la mano, sintiendo una oleada de amor y gratitud. Ahora me tocaba a mí, y tuve que tomarme un momento antes de hablar.

"Grant", dije, con la voz un poco temblorosa, "cuando nos conocimos, nunca imaginé que acabaríamos aquí. Creía que sabía lo que quería en la vida, pero tú me has demostrado que el amor es algo más que un cuento de hadas: es real y es algo que se construye juntos, día a día. Has sido mi roca, mi confidente y mi mayor aventura. Prometo estar a tu lado, apoyarte en todos tus sueños y amarte con todo mi corazón. Prometo reír contigo en los buenos momentos y abrazarte en los malos. Lo eres todo para mí, y estoy tan emocionada por la vida que crearemos juntos".

El ministro sonrió e hizo un gesto a Beckett para que acercara los anillos. Se acercó con una sonrisa, sosteniendo el precioso anillo de diamantes y la alianza a juego. Mientras nos los entregaba, susurró: "Enhorabuena a los dos. Esto es sólo el principio".

Bea y Gabby estaban a mi lado como damas de honor, con sus sonrisas cálidas y genuinas.

Me incliné cerca de Grant y le susurré: "Quizá Beckett sea el próximo en casarse".

Grant rió suavemente, con los ojos brillantes. "Creo que Beckett podría tener algo con Gabby".

Miré hacia donde Gabby observaba a Beckett con expresión soñadora. Su mirada estaba llena de admiración, y la atención que Beckett le dedicaba era igualmente afectuosa. Sonreí ante la observación de Grant y asentí con la cabeza. Beckett volvió a su lugar en la alineación.

Grant cogió el anillo y me lo puso en el dedo con un suave toque. El metal estaba frío contra mi piel, un símbolo tangible de nuestro compromiso. Cogí el anillo de Grant y se lo coloqué en el dedo, con las manos temblorosas. El ministro continuó con la bendición final.

"Por el poder que me ha sido conferido, los declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia".

Grant se inclinó hacia mí y sus labios se encontraron con los míos en un beso tierno y estimulante a la vez. El mundo parecía desvanecerse, dejándonos a los dos solos en aquel momento perfecto. Cuando nos separamos, miré a Grant a los ojos y vi un futuro lleno de promesas y amor.

El público estalló en aplausos y gritos. La familia de Grant sonreía y su alegría era evidente.

Cuando terminó la ceremonia y caminamos juntos por el pasillo, cogidos de la mano, mi corazón estaba a punto de estallar de felicidad. Nuestro futuro estaba completamente abierto y yo estaba dispuesta a abrazarlo con Grant a mi lado. El amor que habíamos encontrado era real y nuestro viaje juntos no había hecho más que empezar.

Capítulo 39

Molly

Siete meses habían pasado en un abrir y cerrar de ojos. Mientras noviembre enfriaba el aire en el exterior, la calidez del interior de nuestra casa de piedra rojiza era un contraste acogedor. Me senté en mi nuevo despacho, tranquilizada por el zumbido de mi ordenador. Me alegraba de haber terminado las reformas. Grant y yo habíamos combinado su serie de casas de piedra rojiza con la que yo había heredado de mi abuela, ampliando nuestro espacio justo a tiempo para nuestras nuevas llegadas. Bea vivía ahora en el apartamento del segundo piso que habíamos arreglado juntas, cerca, pero con su propio espacio. Había pasado de una infancia solitaria a estar rodeada de familia.

Con un suspiro de satisfacción, pulsé el botón "publicar" de mi última entrada en el blog. El nuevo éxito de mi blog había sido fenomenal, sobre todo desde que la dramática proposición de Grant durante mi entrevista se había hecho viral. Tenía uno de los mayores blogs de libros románticos del país, pero ese era mi segundo logro más importante. Grant y las gemelas siempre serían el número uno.

Unos golpes en la puerta me sacaron de mis pensamientos. Esperaba a nuestros invitados: mamá y Bea estaban por llegar y también habíamos invitado a los padres de Grant, aunque no habían confirmado. En lugar de eso, abrí la puerta y me encontré con un repartidor que traía un elegante paquete de comida para llevar y una botella de vino.

"Entrega para Grant Sullivan", dijo, mostrando los artículos. Lo que había en el paquete olía divino. Reconocí que era obra de Slater. Siempre enviaba la cena por adelantado cuando él y Zora planeaban venir. Seguía sin gustarle lo que preparaba el chef de Grant, pero ya no era motivo de discusión. Cuando lo invitábamos, él mismo se encargaba de la comida. Sonreí,

sabiendo que pronto la casa se llenaría de familia.

"Gracias", le dije, cogiendo la entrega. La coloqué en la mesa junto a la puerta y saqué mi cartera. "Aquí tienes una propina".

Entregué al agradecido repartidor un billete de cien dólares. Se marchó con una sonrisa y cerré la puerta.

Me llamó la atención el suave arrullo de Meredith desde su portabebés. Me giré y la encontré agitándose, con sus manitas extendidas mientras se despertaba. La cogí con cuidado y la acuné. Bailey, su hermana gemela, dormía plácidamente a su lado, envuelta en una suave manta.

Grant entró justo cuando acomodaba a Meredith en su portabebés. Me saludó con un cálido beso.

"Hola", dijo, inclinándose para besar la mejilla de Meredith. "¿Cómo está mi pequeña?"

"Se está despertando", respondí con una sonrisa. "¿Y adivina qué? Ha llegado la comida de Slater. Parece que esta noche vamos a disfrutar de lo lindo".

"Hay cosas que nunca cambian, sigues aceptando las entregas de mi padre", se rió Grant.

"Sí, pero esta vez no espero que me des propina", solté una risita. "¿Recuerdas aquella noche de enero?"

"Por supuesto", los ojos de Grant centellearon al recordar. "Estabas enfadada porque la pizza costaba demasiado".

"Dos mil dólares sigue siendo una locura por una pizza; lo siento", dije levantando las manos.

Grant me rodeó la cintura con los brazos.

"Y luego, más tarde, irrumpiste en mi casa cubierta de escayola del techo", dijo con una sonrisa bobalicona en la cara.

"Sí, fue tan sexy que no pudiste evitar seducirme", me reí, inclinándome hacia él.

"En mi defensa, eres muy, muy sexy", contraatacó Grant. "¿Quién hubiera pensado que estaríamos aquí, casados y con dos niñas gemelas?"

Me reí, sacudiendo la cabeza. "Ha sido todo un viaje, ¿verdad? Estoy tan emocionada por esta noche". Slater y Zora no tardarían en llegar, a juzgar por la entrega. Y Bea no tardaría en llegar con mamá. "Va a ser una noche tan especial".

Grant asintió con la cabeza, y su rostro se suavizó. "Es increíble lo mucho que Isabella quiere a los bebés. Es como si le aportaran paz. Me alegro mucho de que podamos incluirla en nuestras reuniones familiares".

Me acercó más.

"Te amo tanto, Molly," murmuró. "No puedo imaginar mi vida sin ti".

Mi corazón se hinchó de afecto. "Yo siento lo mismo, Grant. Estoy tan agradecida por todo lo que tenemos. Nuestra familia, nuestro hogar... Es mucho más de lo que jamás soñé".

Compartimos un tierno beso, saboreando la cercanía. Entonces, unas voces y unos pasos en la puerta anunciaron la llegada de nuestros invitados. Eché un vistazo a la habitación, profundamente satisfecha. Nuestra casa, ahora llena de amor y risas, era un testimonio del increíble viaje que nos había unido.

Cuando la puerta se abrió y nuestra familia empezó a entrar, me invadió la felicidad. Slater y Zora llegaron primero, con sonrisas genuinas y cálidas. Cuando Bea entró con nuestra madre, la alegría en sus ojos al ver a sus nietas era innegable.

La velada se llenó de animadas conversaciones, risas y tintineo de copas. Slater, Zora, Bea y mi madre se reunieron alrededor de la mesa, compartiendo historias y disfrutando de la deliciosa comida. Miré a mi alrededor y vi a las personas que ahora formaban mi gran y cariñosa familia. Me sentía realmente bendecida y contenta, saboreando cada momento de nuestra felicidad compartida.

"Decías algo de los libros de tu madre", incitó Zora a mamá. Era sorprendentemente dulce con ella y manejaba sus problemas de memoria con elegancia. Además, nunca dejaba pasar la oportunidad de escuchar sobre los libros de la abuela.

"Sí", dijo mamá, buscando su hilo de pensamiento. "Iba a hablarte del libro favorito que escribió mi madre".

"Soy todo oídos", sonrió Zora, esperando a que mi madre continuara.

"Se trataba de un príncipe", dijo mamá, ganando confianza. "Un príncipe rico con todo el dinero y el poder del mundo, pero nada de eso podía llenar el vacío de su corazón. Y la chica, una plebeya humilde, con abundancia de amor y nada más".

"Me suena familiar", me susurró Grant al oído. Nos cogimos de la mano.

"¿Vivieron felices para siempre, mamá?" Pregunté.

"Estoy segura que tuvieron que superar muchos obstáculos", dijo Zora riendo alegremente.

"Por supuesto, pero el amor siempre triunfa", dijo mamá.

"¿No es así siempre?" Pregunté, apretando la mano de Grant y apoyando mi cabeza en su hombro.

Leer más...

Si quieres leer el próximo libro de Anna, puedes reservarlo pronto en Amazon. Se titula: **"**Oferta de boda sorpresa: Una novela romántica sobre bebés multimillonarios sorpresa**"**.

Este es el resumen:

Todos los libros de esta serie tratan sobre uno de los cinco hermanos Sullivan y su ultimátum.

Cuando me abandonaron públicamente en mi reunión del instituto, juré no volver a salir con hombres durante un año.Pensé que el papel de esposa de un multimillonario me ayudaría a permanecer soltera...Resultó que estaba equivocada. *Muy* equivocada.Besos equivocados nos llevaron a una noche imprudente... y ahora llevo a su bebé dentro de mí.

Se suponía que mi reunión del instituto iba a ser una noche divertida: un vestido nuevo de lentejuelas, bebidas gratis en el bar y mi novio y yo como dúo de cantantes interpretando covers de canciones en el escenario. Pero las cosas no salieron según lo planeado...

Mi vestido se rasgó. En el bar sólo servían cerveza de barril. Mi crítico novio decidió decirme por el *micrófono* que habíamos terminado para siempre. Entre verso y verso, incluso enumeró mis errores. Ni que decir tiene que nuestra banda se separó y ahora él es mi ex.

Las cosas empeoraron aún más. Un vídeo de nuestra ruptura se hizo viral en Internet. *Millones de* personas pensaron que mi vida era una mierda. Ahora la gente de la calle me reconoce como la chica patética a la que le rompieron el corazón entre versos de una cursi canción.

Mi insistente hermano cree que puede arreglarlo todo, incluida mi vida. Está decidido a encontrarme un chico amable que nunca me haría daño. Pero no estoy lista para poner mi corazón en juego otra vez. Necesito tiempo para sanar. Me prometí que no saldría con nadie

durante un año. Nada de hombres. Nada de romances. ¿Cómo puedo quitarme a mi hermano de encima?

Aparece Beckett Sullivan. Él también tiene la misión de permanecer soltero. Necesita una falsa esposa para recibir su herencia. Nos emborrachamos en un bar y urdimos un plan perfecto: un matrimonio de conveniencia que resolverá los problemas de ambos.

Pero... ¿Qué tan buena puede ser *realmente* una estrategia nacida de demasiados chupitos de tequila? Beckett me seduce de todas las formas imaginables, con su barbilla afilada, su sonrisa despreocupada y ese tentador brillo en sus ojos. *Sé* que él siente el mismo hambre que yo. Puedo sentir su deseo en los besos «falsos» con los que me corteja cuando hay una cámara apuntándonos.

Viajar a un lujoso complejo con todo incluido sólo hace que sea más difícil mantener nuestro acuerdo. Los ojos de Beckett dicen que me desea, y la verdad es que incluso este bikini que llevo es demasiado. Si nos entregamos a nuestras fantasías en esta isla, ¿volverá a ser nuestra relación un mero espectáculo cuando volvamos a casa?

Y lo que es más importante, ¿qué hará Beckett cuando descubra que estoy embarazada de él?

Cada novela romántica de esta serie es independiente. Sin embargo, están vinculadas por personajes recurrentes. Una lectura obligada para todos los aficionados a las novelas románticas de jefes, directores generales, millonarios, multimillonarios, bebés, embarazos y papás sorpresa.

Gracias por comprar yleer mi libro. Espero que lo hayas disfrutado. Si quieres leer los otros librosde la serie, puedes encontrarlos en este enlace:

https://www.amazon.es/gp/product/B0CMFHLJ8C

Paraestar al día de misnovedades y promociones, sígueme en mi páginade autora de Amazon https://www.amazon.es/Anna-May/e/B08Q4HFPK3

Gracias

Gracias por comprar yleer mi libro. Espero que lo hayas disfrutado. Si quieres leer los otros librosde la serie, puedes encontrarlos en este enlace:

https://www.amazon.es/gp/product/B0CMFHLJ8C

Paraestar al día de misnovedades y promociones, sígueme en mi páginade autora de Amazon https://www.amazon.es/Anna-May/e/B08Q4HFPK3

Anna May